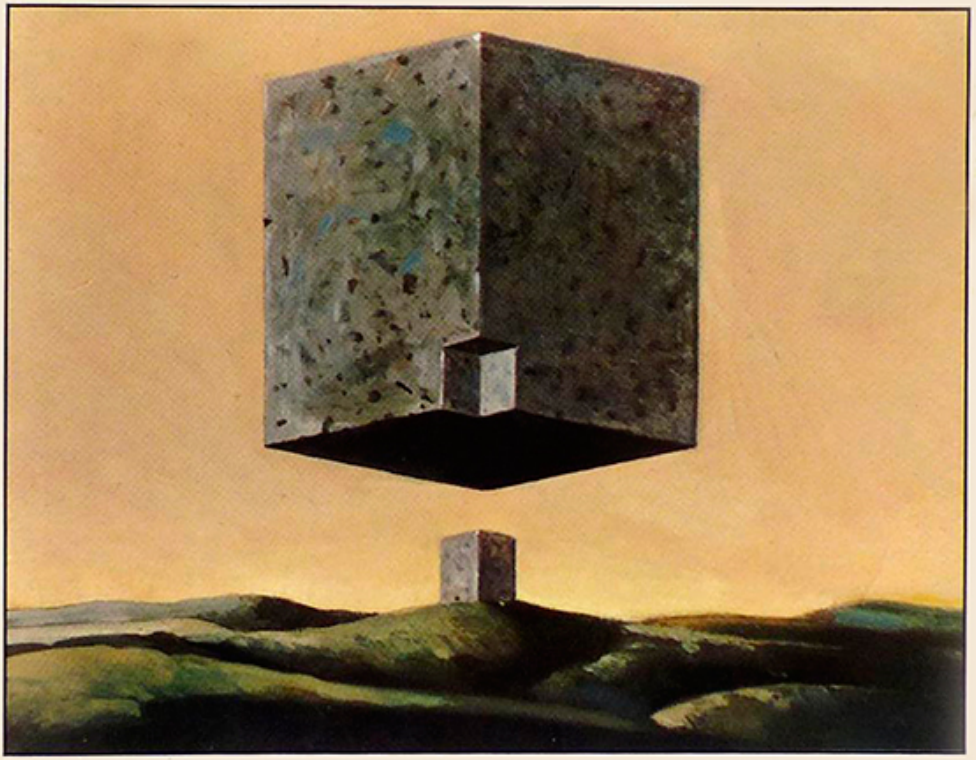
ERNST JÜNGER

EUMESWIL



Publicada en 1977 en su primera edición alemana, cuando el escritor contaba ochenta y dos años, «Eumeswil» es la gran novela de la madurez creadora de Jünger y posiblemente la obra maestra de uno de los escritores centrales de la literatura alemana de nuestro siglo.

«Eumeswil» transcurre en un Estado universal utópico, regido por el Cóndor, un general que se erigió en dictador y domina la capital desde la Alcazaba. Estratega refinado del poder, el Cóndor desprecia a los demócratas de Eumeswil que conspiran contra él.

Un historiador, Venator, entra a su servicio en la Alcazaba. Sigiloso y discreto, Venator tiene acceso a la «zona prohibida» en el corazón mismo del poder. En Venator encarna un nuevo tipo: el anarca, que se distingue del anarquista por su carácter radicalmente solitario y escéptico.

En torno a estas dos figuras, el soberano arte literario de Jünger construye una reflexión alucinada y poética sobre el sentido de la Historia y los resortes del poder político, así como un balance desolado y lúcido de la era del totalitarismo vivida por el autor en sus más aterradoras vertientes.

A la vez relato, ensayo y poema filosófico, «Eumeswil» es una de las piezas mayores de la literatura europea reciente.

epublibre

Ernst Jünger

Eumeswil

ePub r1.0
Titivillus 04.01.2020
EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Eumeswil*
Ernst Jünger, 1977
Traducción: Marciano Villanueva Salas
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Edición digital: ePubLibre (EPL), 2020
Conversión: FS, 2020

LOS MAESTROS

1

ME LLAMO Manuel Venator. Soy camarero de noche de la alcazaba de Eumeswil. Mi aspecto externo no tiene nada de llamativo. En las competiciones deportivas puedo contar con un tercer premio y no me ruborizo ante las mujeres. Dentro de poco cumpliré los treinta años. Se dice que tengo un carácter agradable —así se da por supuesto en mi profesión. En política paso por hombre de confianza, aunque no especialmente comprometido.

Esto en cuanto a la persona. Los datos son correctos, aunque todavía imprecisos. Los iré precisando poco a poco. De momento, tienen ya los primeros trazos de un esbozo.

*

Precisar lo impreciso, definir con creciente rigor lo indefinido: esta es la tarea de todo desarrollo, de todo esfuerzo prolongado en el tiempo. Por eso se van destacando cada vez más nítidamente, en el curso de los años, las fisonomías y los caracteres. Y lo mismo cabe decir de los manuscritos.

El escultor se enfrenta al principio con el bloque en bruto, con la desnuda materia, que encierra en sí toda posibilidad. Responde al cincel, que puede destruir y hacer brotar de ella el agua de la vida, la fuerza del espíritu. Todo es todavía impreciso, incluso para el Maestro. No depende enteramente de su voluntad.

Lo impreciso, lo indeterminado, no es, tampoco en el campo de la invención, lo falso. Puede ser inexacto, pero no debe ser insincero. Una afirmación —imprecisa, pero no falsa— se puede ir

explicando frase por frase, hasta que finalmente se aploma y cae en el centro. Pero si una afirmación comienza con una mentira, hay que irla apuntalando con nuevas mentiras, hasta que finalmente todo el edificio se derrumba. De ahí mi sospecha de que ya la creación comenzó con una falsificación. De haberse tratado de un simple error, a lo largo de la evolución se habría podido restaurar el Paraíso. Pero el Viejo ha guardado bajo candado el secreto del árbol de la vida.

Aquí aflora mi dolor: imperfección irreparable, no sólo de la creación, sino también de la propia persona, que lleva, de un lado, a la hostilidad hacia los dioses y, del otro, a la autocrítica. Tal vez yo exagere, pero en todo caso ambas cosas debilitan la acción.

Pero no se alarmen: no pretendo escribir un tratado de teología moral.

2

Para empezar, hay que precisar que es cierto que me llamo Venator, pero no Manuel, sino Martín. Éste es, como dicen los cristianos, mi nombre de pila. Entre nosotros, lo pone el padre, al alzar al recién nacido, llamarlo por su nombre y dejar que lloriquee.

Pero mientras estoy de servicio en la alcazaba, mi nombre es Manuel. Me lo puso el Cóndor. El Cóndor es el actual soberano de Eumeswil y el señor a quien sirvo. Reside desde hace años en la alcazaba, la elevada fortaleza que corona, a unas dos millas de distancia de la ciudad, una calva colina, llamada desde tiempos inmemoriales Pagos.

Esta situación de ciudad y fortaleza se da en muchos lugares; es la más cómoda no sólo para las tiranías, sino para cualquier régimen personalista.

Los tribunos derribados por el Cóndor se mantuvieron, por el contrario, discretamente en la ciudad y son gobernados desde el municipio. «Donde sólo hay *un* brazo, se actúa con mayor eficacia mediante una larga palanca; donde son muchos los que tienen algo que decir, se necesita efervescencia; impregnan cuanto existe como la levadura al pan». Así Vigo, mi maestro. Hablaré de él más adelante.

*

¿Por qué quiso, y por tanto ordenó el Cóndor, que me llamara Manuel? ¿Es que le gustaba más el sonido ibérico o es que le disgustaba Martín? Así lo sospeché al principio; existe de hecho una repugnancia, o al menos una cierta susceptibilidad, contra determinados nombres, a la que no se presta la suficiente atención. Hay quienes cargan a un niño, para toda su vida, con un nombre que responde a sus ilusiones. Aparece un enano que se presenta como César. Otros eligen el nombre del señor que empuña entonces el timón, porque también aquí existen, entre ricos y pobres, pequeños Cóndores. También esto puede ser perjudicial, sobre todo en épocas de insegura sucesión.

Se presta asimismo muy poca atención —y esto es válido para la mayoría— a que el nombre armonice con el apellido. «Schach von Wuthenow»: es trabajoso, casi un desafío fonético. Por el contrario: Emilia Galotti, Eugenie Grandet aletean suave y equilibradamente en el ámbito acústico. Por supuesto, Eugenie debe pronunciarse al modo galo, no al germánico: Öjenie, con Ö débil. De igual manera, también entre nosotros el pueblo ha pulido el nombre de Eumenes. Se acostumbra decir Ömswil.

Ahora estamos más cerca de la cuestión: de la exquisita musicalidad del Cóndor, quebrada por «Martín». Y se comprende, porque las dos consonantes intermedias suenan duras y ásperas. Arañan el oído. El patronímico es Marte.

Es ciertamente curiosa esta exquisita sensibilidad en un hombre que debe el poder a las armas. Sólo tras larga observación llegué a comprender estas contradicciones, aunque arrojan su sombra sobre todos y cada uno. Todos tenemos, en efecto, un lado diurno y un lado nocturno y algunos se convierten, con el crepúsculo, en personas diferentes. En el Cóndor este contraste es singularmente acusado. Su aspecto exterior sigue siendo el mismo: un hombre soltero de mediana edad, con la actitud ligeramente encorvada de quien está habituado a montar a caballo. Con una sonrisa que se ha ganado a muchos una complaciente jovialidad.

Pero cambia el sensorio. El ave rapaz diurna, el apresador, que acecha desde grandes distancias y observa los lejanos movimientos, se hace nocturno; los ojos descansan en la oscuridad, se afina el oído. Es como si se desprendiera un velo del rostro y se abrieran nuevas fuentes de percepción.

El Cóndor da importancia a una vista aguda. Raras veces tiene suerte con él un hombre que use gafas, sobre todo cuando se trata de puestos de mando en el ejército o en la vigilancia costera. Quien está a punto de conseguirlo, es invitado a una charla privada, durante la cual le sondea a fondo. Su gabinete privado domina el terrado de la alcazaba a través de una cúpula giratoria acristalada. En el curso de la conversación, el Cóndor suele cerciorarse de la vista del aspirante, señalándole un barco o una lejana vela y preguntándole por su tipo y su dirección. Por supuesto, el candidato ha tenido que superar antes otras pruebas exhaustivas. Pero el Cóndor tiene que confirmarlas con su juicio personal.

*

Con la transformación de ave rapaz diurna en nocturna cambia también la inclinación del perro al gato. Ambas especies se crían en la alcazaba. Por razones de seguridad, se mantiene apla-

nado y sin vegetación el espacio que media entre el castillo y el muro externo de circunvalación, convertido, por tanto, en campo de tiro. En él dormitan poderosos dogos a la sombra de los bastiones, o juegan por la explanada. Como los animales pueden fácilmente causar molestias, hay un puente que cruza desde la plaza, en la que se detienen los autos, hasta la entrada de la alcazaba.

Cuando tengo algo que hacer en la explanada, nunca entro en ella sin uno de los centinelas. Me maravilla la tranquila seguridad con que agarran a los animales. A mí me desagrada hasta el simple hecho de que me empujen con sus fauces o me laman la mano con su lengua. En muchas cosas los animales son más perspicaces que nosotros. Es evidente que husmean mi recelo; de haber llegado hasta el pánico… se habrían abalanzado sobre mí. Con ellos nunca se sabe dónde acaba el juego. En esto son como el Cóndor.

Los dogos, oscuros tibetanos de fauces amarillas y amarillentos ojos, sirven también para las cacerías. Se estremecen de placer cuando, en las primeras horas del día, oyen el cuerno de caza. Se les puede soltar contra los más poderosos enemigos, el león y el rinoceronte.

Esta jauría no es la única. Lejos de la alcazaba, pero visible desde la altura, se extiende por la playa un complejo de establos, cocheras, pajareras, picaderos cubiertos y al aire libre. Aquí se encuentran también las perreras de los galgos. El Cóndor gusta de galopar furiosamente junto a la orilla del mar, acompañado de sus favoritos, mientras salta y se agita a su alrededor la trailla de los amarillentos perros esteparios, especializados en la caza de la gacela. Su carrera recuerda a los pilotos de coches y a los virtuosos del fútbol que triunfan aquí en la arena: la inteligencia y el carácter se han sacrificado a la cacería. Los cráneos son estrechos, con aplastadas frentes, los músculos se estremecen nerviosamente bajo la piel. Persiguen a su presa en larga cacería,

hasta la muerte, incansablemente, como impulsados por un resorte.

A pesar de todo, la gacela conseguiría muchas veces escapar, si no fuera delatada por los halcones. Se descaperuza a la rapaz y se la lanza al aire. Los perros, y tras ellos los cazadores montados, siguen su vuelo, que los lleva hasta la presa.

Esta cacería sobre grandes extensiones cubiertas de esparto proporciona un grandioso espectáculo. El mundo se torna más simple, a medida que crece la tensión. Es esta una de las mejores cosas que el Cóndor ofrece a sus huéspedes. Él mismo la goza gloriosamente y parecen haberse forjado para él unos versos del confín del desierto:

> Un buen halcón, un perro veloz, un noble corcel
> valen más que veinte mujeres.

Es evidente que la cetrería, con todas las finezas de la captura, la postura y el adiestramiento, goza de gran estima. Los alfaneques y gerifaltes se capturan a lazo en el mismo país. Hay además otros, entre los que se cuentan algunos blancos como la nieve, que llegan de fuera, del alto Norte. Se los trae como presente, todos los años, el Khan Amarillo, su más distinguido invitado para partidas de caza.

A la cetrería se destina un amplio espacio, a orillas del Sus. La situación, junto al río, es favorable para el adiestramiento. En sus boscosas vegas anidan innumerables aves acuáticas; se agrupan, para capturar peces, en los bancos de arena cubiertos por las aguas. La garza, en especial, se presta bien para adiestrar a los halcones destinados a la caza de volátiles. Para ello se necesita además otra clase de perros: *épagneuls* de largas y colgantes orejas, que gustan de entrar en el agua. Su piel, moteada de manchas blancas, permite que los tiradores los distingan bien entre los cañizales.

El halconero mayor es Rosner, hombre muy versado en zoología, a la que se dedicó llevado de su pasión por la cinegéti-

ca. Hizo bien, porque es fácil encontrar profesores en la cantidad que se quiera, mientras que tropezar con un halconero de sus cualidades es todo un hallazgo.

Por lo demás, también es profesor. Le veo a menudo en la alcazaba y en su Instituto y a veces lo encuentro también paseando solitario junto al río. En cierta ocasión le acompañé a uno de sus puestos de acecho durante la época de migración de los halcones. Allí la estepa limita con una sólida fila de retamas, altas como casas, a cuya sombra se cobija el pajarero. Le sirve de señuelo una paloma, sujeta a un largo hilo. Al acercarse un halcón, Rosner largaba el hilo, para que la paloma pudiera alzar el vuelo. Cuando la rapaz la atacaba y la mantenía entre sus garras, era tarea sencilla ir tirando de ellas hasta una anilla, a través de la cual corría el hilo y con la que se cerraba la red.

El procedimiento era apasionante, como muestra de una trampa inteligente. Se añadían además otras circunstancias que desbordaban los límites de la percepción humana y tenían cierto carácter mágico. Así, por ejemplo, la paloma tiene que ascender cuando surca el aire un halcón que ni la más aguda mirada puede descubrir. Para ello, el halconero utiliza como vigía un pájaro pinto, del tamaño de un tordo, al que mantiene sujeto junto a la paloma y que tal vez más barrunta que ve, a una increíble distancia, la presencia del halcón. Y entonces avisa con agitados chillidos.

La caza posee este carácter mágico porque parece desplumar al mundo. Los cazadores caen, junto con sus presas, en el hechizo, se hunden en sus propias trampas. No sólo el oscuro trampero, que ha consumido su vida en el oficio, sino también el ornitólogo ilustrado, se transforman en Papageno[1] y asisten al espectáculo como danzantes en éxtasis. También sobre mí se desplomó el rápido y profundo jadeo de la pasión.

Debe advertirse que no soy cazador y más aún, que, a pesar de mi nombre, la caza me repugna. Tal vez todos nosotros hayamos

nacido para pescadores y cazadores y matar sea nuestro oficio. Pues bien, entonces es que he cambiado de vocación. En punto a cetrería, me inclino más por la garza que por el halcón que la mata. La garza intenta una y otra vez ganar altura, pero siempre la supera el halcón, hasta que al fin sus plumas caen dispersas.

La gacela es una de las criaturas más encantadoras: las mujeres embarazadas se sienten a gusto en su cercanía, su mirada ha sido cantada por los poetas. Yo la vi vidriosa, al final de la cacería, mientras el halcón aleteaba en el polvo y los perros rastrillaban. Los cazadores matan con singular placer lo que es hermoso.

*

Pero no estamos hablando de la mirada de la gacela, sino de la del Cóndor, y de su aspecto diurno. Todavía tendré que volver sobre la caza, y además desde varias dimensiones, pero no como cazador, sino como observador. La caza es una regalía, un privilegio de los príncipes; encierra en sí la esencia del dominio, no sólo simbólicamente, sino también ritualmente, en virtud de la sangre derramada, bañada por el sol.

*

En razón de mi cargo, comparto más el aspecto nocturno del Cóndor. Se apiñan entonces pálidos rostros con gafas, a veces como nidada de búhos… profesores, escritores, literatos, maestros de profesiones poco lucrativas, simples vividores que contribuyen a animar la reunión. La agudeza de los sentidos se ha trasladado de la vista al oído. Las insinuaciones no están ya ni siquiera en las palabras, sino sólo en el tono e incluso en la mímica —y entonces tengo que reforzar la atención. La conversación gira sobre otros temas, especialmente los musicales y, al parecer, la caza sólo se menciona bajo formas curiosamente veladas. Merece la pena observar el cambio.

La estancia dispone de una excelente instalación acústica. Mantenerla en su justo punto es una de mis obligaciones. Al Cóndor no le gustan —y hasta le hacen daño— las palabras ásperas o destempladas. De ahí que haya dado a algunos de sus convivientes y de los oficiantes que le acompañan de continuo otros nombres, cuidando además de que sean eufónicos cuando se pronuncian seguidos. A su médico, por ejemplo, Attila, que apenas se separa de su lado, le llama «Aldy». De este modo, si el Cóndor me requiere para algún servicio dentro de las competencias de Attila, dice: «Emanuelo…: Aldy». Suena bien.

Cuando, como todos los que trabajan cerca de él, fui presentado al Cóndor, buscó también para mí este nombre. «Manuel, Manuelo, Emanuelo» —según sea el contexto fonético. Su modo de distinguir y modular acentúa el efecto de sus palabras. En el ágora, el cómo es más importante que el qué, la exposición más decisiva que los hechos, pues los puede modificar y hasta crear de raíz.

«Rivalizar por la privanza»: también esto es un arte. Probablemente la elocuencia fue inventada por alguien a quien le ocurría lo mismo que a la zorra con las uvas. Aunque, por supuesto, cuando la cortesana victoriosa logra sentarse en el gabinete privado, las cosas cambian. La masa conoce hasta qué punto la favorita ha satisfecho a su señor cuando ésta le deja solo en la pequeña alcoba.

*

Cuando fui presentado, vestía la librea de servicio, una ceñida tela de lino con listas azules, que tenía que cambiarme todos los días, porque no llevo ninguna otra ropa interior. A ello se añadían las babuchas moras de tafilete amarillo. Las blandas suelas son cómodas y silenciosas cuando me muevo detrás del bar, donde no llega la alfombra. Y, en fin, el ridículo gorrito, un «barquito» que hay que colocarse verticalmente. En resumen, un tér-

mino medio entre el uniforme y el traje de etiqueta. A este conjunto se suma mi presencia, que conjuga el celo del servidor con el talante alegre.

En mi presentación, el Cóndor, para comprobar mi peinado, me quitó el barquito. Y luego me dio el nombre, con un juego de palabras cuya fórmula he olvidado. Su sentido era que él juzgaba posible y esperaba que un día del Venator saldría un Senator.

*

Hay que reflexionar mucho sobre las palabras de los poderosos. Esta última afirmación del Cóndor se prestaba a múltiples interpretaciones. En cuanto al contenido, tal vez quería insinuarme la importancia de mi cargo. Si tenía en cuenta el rango y el honor alcanzado por algunos de sus favoritos —¿y por qué no habrían de tenerlos?— entonces no había que hacer melindres ni siquiera al cargo de simple camarero de noche. En definitiva, también Sixto IV nombró cardenales a sus efebos.

Pero la frase podía también referirse a la persona. Es bien conocida en Eumeswil la inclinación de los Venator, al menos de mi padre y de mi hermano, hacia los tribunos. Cierto que ninguno de los dos se dedicó a la política activa, pero fueron siempre republicanos por convicción y simpatía. El viejo sigue todavía en el cargo, aunque mi hermano ha sido destituido por sus impertinentes discursos. Tal vez la alusión a Senator tenía este sentido: la estirpe no debía salpicarme.

Manuelo: esto crea la base para una especie de padrinazgo. Al mismo tiempo, recibí el fonóforo, con la estrecha cinta plateada, que distingue a los destinados al servicio, ciertamente subalterno, pero directo, del tirano.

3

Esto cuanto a mi nombre y sus variantes. Queda por precisar mi profesión. Es cierto que trabajo en la alcazaba como camarero de noche. Pero esto sólo llena ciertas zonas de mi existencia, como puede colegirse ya de mi estilo. Por este solo dato, un lector atento puede ya haber deducido que, en el fondo, soy historiador.

La afición a la historia y la tendencia a la historiografía son, en mi familia, hereditarias, debido no tanto a una tradición profesional cuanto a una inmediata propensión genética. Me contentaré aquí con mencionar a mi ilustre antepasado, Josiah Venator, cuya obra principal, *Filipo y Alejandro*, goza desde hace mucho tiempo de la fama de ser una de las más importantes contribuciones a la teoría del medio. La obra ha conocido numerosas ediciones, una de ellas todavía muy reciente, aquí, entre nosotros. Es palpable su predilección por las monarquías hereditarias. De ahí que las alabanzas que le tributan los historiadores y especialistas de derecho público de Eumeswil no estén exentas de cierto embarazo. Por supuesto, la gloria de Alejandro Magno está llamada a irradiar también sobre el Cóndor, pero para ello su genio tendría que renacer de sus cenizas, como el ave fénix.

Mi padre y mi hermano, liberales típicos, tienen también sus reticencias respecto de Josiah, pero por otros motivos. En primer lugar, porque les molesta, y es bien comprensible, que se haya cortado la figura de su antepasado según el patrón de la actual moda política. Y, en segundo lugar, porque para ellos las figuras excepcionales son inquietantes. Alejandro les parece un fenómeno elemental, un rayo que explica suficientemente la carga eléctrica entre Europa y Asia. Se dan curiosas coincidencias entre la historiografía liberal y la heroica.

*

Así pues, venimos produciendo historiadores desde hace varias generaciones. Como excepción, aparece de vez en cuando un teólogo o incluso un bohemio, cuya huella se pierde en la oscuridad. Por mi parte, conseguí, por los pasos de una carrera normal, el grado de magister, fui asistente de Vigo y me he convertido ahora en su mano derecha, en trabajos tanto colectivos como privados. También doy clases y dedico parte de mi tiempo a los doctorandos.

Esta situación puede prolongarse todavía algunos años; no tengo prisa ni por llegar a la cátedra ni por conseguir un escaño de senador; me siento a gusto como estoy. Aparte algunas depresiones pasajeras, me encuentro en el justo medio. Dejar que el tiempo fluya mansamente… es, ya de por sí, suficiente placer. Tal vez haya que buscar aquí el secreto del tabaco y de las drogas blandas en general.

*

Puedo preparar mis temas en mi propia casa o en el Instituto de Vigo, y también en la alcazaba, cosa que prefiero debido a su incomparable documentación. Me siento aquí como pez en el agua, y no bajaría para nada a la ciudad si el Cóndor tolerara la presencia de mujeres en la fortaleza. Pero no las hay, ni siquiera en la cocina. Ni a una sola lavandera, con la que poder pasar discretamente un rato agradable, se le permite franquear el puesto de guardia. No hay excepciones. Los casados tienen a sus familias en la ciudad. El Cóndor opina que la presencia de mujeres, sean jóvenes o viejas, sólo favorece los chismorreos. Pero la verdad es que los ricos manjares y la vida en holganza no hacen buenas migas con la ascética.

*

A mi padre no le sentó bien que asistiera a las clases de Vigo y no a las suyas, como había hecho mi hermano. Pero, por las con-

versaciones durante las comidas, sabía yo lo que el viejo podía ofrecer y, además, en mi opinión Vigo le supera en mucho como historiador. Mi progenitor le tacha de acientífico y hasta de folletinesco; pero este juicio ignora la auténtica raíz de la fuerza de Vigo. ¿Qué tiene que ver el genio con la ciencia?

No es que pretenda yo negar que el historiador tiene que basarse en hechos. Sólo que nadie puede acusar a Vigo de negligencia en este punto. Vivimos al borde de una quieta laguna, abrigada de los vientos, a la que han sido arrojadas enormes cantidades de restos de naufragio. Sabemos, mejor que en cualquier época del pasado, qué es lo que ha ocurrido en cualquier lugar del planeta. Vigo tiene presente el material hasta en sus más mínimos detalles. Conoce los hechos, y sabe enseñar a sus alumnos el arte de valorarlos: También en este aspecto he aprendido mucho de él.

*

Cuando se ha traído el pasado hasta el presente y se le ha reconstruido como las murallas de ciudades cuyos mismos nombres han sido ya olvidados, puede afirmarse que se ha hecho un buen trabajo.

Debe advertirse aquí que Vigo no introduce sortilegios en la historia. Al contrario, nos enfrenta con la incertidumbre de los sucesos, de modo que deja abiertas las preguntas últimas. Cuando dirigimos la mirada al pasado, contemplamos tumbas y ruinas, montones de escombros. Pero ocurre entonces que también nosotros somos víctimas del espejismo del tiempo: pensamos avanzar hacia adelante y progresar, cuando en realidad nos estamos moviendo hacia este pasado. Pronto le perteneceremos: el tiempo pasa sobre nosotros, nos deja atrás. Esta tristeza arroja su sombra sobre el historiador. Como investigador, es sólo un zapador de tumbas y pergaminos. Pero, con la calavera en la mano, plantea la pregunta decisiva. El estado de ánimo de Vigo es

una tristeza fundamental y fundamentada; y, como estoy convencido de que el mundo es imperfecto, me siento atraído por este lenguaje.

*

Vigo tiene un método especial de cruzar el pasado en sentido oblicuo, no en sentido cronológico. Su mirada es más la del jardinero o el botánico que la del cazador. Por eso afirma que nuestro parentesco con las plantas tiene raíces más profundas que nuestro parentesco con los animales y opina que durante la noche retrocedemos a los bosques y hasta a las algas del mar.

Entre los animales, sería la abeja la que ha redescubierto este parentesco. Su acoplamiento con las flores no constituiría ni un avance ni un retroceso de la evolución, sino una especie de supernova, un vivo resplandor del Eros cosmogónico en un instante estelar. Ni al más osado pensamiento se le hubiera ocurrido semejante idea; lo real sería sólo lo que no se puede inventar.

¿Espera acaso algo similar en el ámbito humano?

*

Como en toda obra lograda, también en la suya es más lo implícito que lo expresamente formulado. En su ecuación queda una incógnita. Y esto hace que se sienta embarazado ante aquellos —incluidos sus discípulos— para quienes todos los resultados son exactos, sin resto.

Recuerdo como si fuera hoy el día en que me acerqué a él; fue a propósito de un curso dedicado al tema de las «ciudades-plantas», que se prolongó durante dos semestres enteros. Comparaba Vigo la dispersión de las culturas a través de continentes y océanos, de costas, archipiélagos y oasis, a la dispersión de las semillas aladas por el aire o al arrastre de frutos por el flujo y reflujo del mar.

Mientras hablaba, tenía Vigo la costumbre de presentar pequeños objetos, o simplemente tenerlos en la mano —no como pruebas, sino como soportes del tema de sus palabras: a veces simplemente un cascote o un fragmento de ladrillo. Aquella mañana había sido un plato de fayenza, con arabescos de flores e inscripciones cúficas. Centró el tema en los colores: un conjunto de pálidos azafranes, rosas y violetas, además de un tenue brillo no debido ni al esmalte ni al pincel, sino a la pátina del tiempo. Tal es el brillo ensoñador de los vidrios sacados del cobijo de las ruinas romanas o también el de las tejas de las ermitas, resecadas al fuego de mil soles.

Por serpenteantes caminos había llegado hasta aquí Vigo… tras haber iniciado la marcha desde las costas del Asia Menor, tan favorables a los enraizamientos sobre nuevos suelos. Así lo demostraron los fenicios, los griegos, los caballeros templarios, los venecianos y otros más.

Sentía predilección por las culturas de los mercaderes. Ya desde los primeros tiempos, el comercio de la sal, del ámbar, del cinc, de la seda y más tarde del té y de las especias había trazado rutas sobre los desiertos y los mares. En Creta y Rodas, en Florencia y Venecia, en los puertos lusitanos y holandeses se habían amontonado los tesoros como la miel en las celdas del panal. Se transmutaron en modos de vida superior, en placeres, edificios, obras de arte. El oro encarnaba al sol; gracias a su acumulación, comenzaron a florecer y expandirse las artes. Tenía que producirse un hálito de decadencia, de otoñal saciedad. Y, mientras hablaba, mantenía Vigo el plato en la mano, como si pidiera limosna.

¿Cómo llegó hasta Damasco, y dio después aquel salto hasta España, que permitió a Abderrahmán escapar al asesinato? Durante casi tres siglos floreció en Córdoba una rama de los omeyas exterminados en Siria. Junto a las mezquitas, también las fayenzas daban testimonio de este brazo lateral, seco desde mucho

tiempo atrás, del río de la alta cultura árabe. Más tarde, aparecieron también en el Yemen los castillos de Beni Taher. Una semilla cayó en las arenas del desierto y produjo allí cuatro nuevas cosechas.

Un antepasado de Abderrahmán, el quinto soberano omeya, envió al emir Muza a la «Ciudad del Cobre». La caravana partió de Damasco, dejó atrás El Cairo, cruzó el gran desierto y arribó a los países de Occidente, junto a las costas de Mauritania. Buscaba las botellas de cobre en las que el rey Salomón había encerrado a los demonios rebeldes. Los pescadores que arrojaban sus redes en el mar de el-Karkar, sacaban de vez en cuando, junto con sus capturas, alguna de estas botellas. Estaban selladas con el sello de Salomón. Si se las abría, salía el demonio, como una espesa humareda que oscurecía el cielo.

Más tarde, reaparecen en Granada y en otras cortes de la España mora emires llamados Muza. Éste, el conquistador del África nordoccidental, puede considerarse como el prototipo de todos ellos. En él son innegables ciertos rasgos occidentales. Debe tenerse en cuenta, efectivamente, que en la cumbre se mezclan y confunden las diferencias de raza y religión. Del mismo modo que en el orden moral los hombres son muy parecidos, y hasta idénticos, cuando se acercan a la perfección, lo mismo ocurre en el orden espiritual. Se hace mayor la distancia frente al mundo y el objeto: crece la curiosidad y, a una con ella, el placer de aproximarse a los secretos últimos, aun a riesgo de los mayores peligros. Rasgo aristotélico, que pone a su servicio a la aritmética.

La tradición no dice si el emir tuvo sus vacilaciones antes de abrir la botella. Sabemos por otros relatos que esto era peligroso. Así, por ejemplo, uno de los demonios prisioneros habría afirmado que al hombre que le liberara le convertiría en el más poderoso de los mortales; había reflexionado, durante siglos, cómo hacerle feliz. Pero ahora había cambiado de humor: durante su

encierro, se habían ido concentrando la ponzoña y el furor. Cuando, al cabo de muchos siglos, un pescador destapó la botella, sólo gracias a su astucia consiguió escapar al destino de ser despedazado por el demonio. La maldad es tanto más temible cuanto más tiempo tarda en irrumpir.

Pero, en cualquier caso, es evidente que nada habría podido impedir que Muza abriera la botella. Así lo evidencia ya aquella formidable osadía de su marcha por el desierto. El anciano Abd-es Samad, que poseía el *Libro de los tesoros ocultos* y era entendido en astrología, llevó la caravana, tras una marcha de catorce meses, hasta la Ciudad del Cobre. Acamparon en palacios abandonados y entre las tumbas de olvidados cementerios. A veces encontraban agua en los pozos que había hecho excavar Iskander, cuando marchaba hacia Occidente.

También la Ciudad del Cobre se había extinguido y estaba cerrada por un muro. Pasaron otras dos lunas, antes de que los herreros y carpinteros construyeran una escala que llegaba hasta la cresta de la muralla. Pero los que subían hasta ella quedaban cegados por un encantamiento que les hacía batir las palmas y gritando «¡Qué hermosa eres!» se precipitaban en el vado. Así perecieron, uno tras otro, doce compañeros de Muza, hasta que Abd-es Samad consiguió romper el hechizo: mientras subía por la escala, invocaba incesantemente el nombre de Alá y, una vez en la cima, recitó los versos de la salvación. Bajo el espejismo, como bajo una onda de agua, vio los cuerpos despedazados de sus predecesores. Muza: «Si esto hace un hombre sensato, ¿qué no hará un insensato?».

Luego el jeque descendió por una de las torres y abrió desde dentro la puerta de la Ciudad de los Muertos. Pero no se trae aquí el recuerdo del emir Muza por sus aventuras —aunque tenían su trasfondo— sino por su encuentro con el mundo histórico que, frente a la realidad de la fábula, se convierte en mero espectro.

El poeta Thâlib leyó al emir las inscripciones de las tumbas y las paredes de los desiertos palacios:

¿Dónde están aquellos, cuyo poder alzó aquí todo esto
con altas azoteas, como jamás el hombre ha visto?
¿Dónde los reyes persas, seguros tras los muros?
Su tierra abandonaron —¡ya nadie los recuerda!
¿Dónde los que mandaron en todos los países,
de Sind y Hind los altivos señores?
¿Los que a Sendsh y Habesh forzaron
y a la rebelde Nubia, a hacer su voluntad?
No esperes de las tumbas ningún mensaje suyo,
ningún conocimiento conseguirás de aquí.
Cayeron devorados por las fauces del tiempo,
sus soberbios palacios no ofrecen salvación.

Estos versos llenaron de tal tristeza a Muza que la vida le parecía una pesada carga. Cruzando los salones, llegaron a una mesa labrada en amarillo mármol o, según otros relatos, en acero chino. Grabada en signos árabes llevaba esta inscripción:

«En esta mesa han comido mil reyes ciegos del ojo derecho y otros mil ciegos del ojo izquierdo… todos ellos han desaparecido y ahora pueblan los sepulcros y las catacumbas».

Cuando Thâlib leyó esto, una oscura nube ensombreció los ojos de Muza. Lanzando un gran grito, rasgó sus vestiduras. Y luego mandó copiar los versos y las inscripciones.

*

Casi nunca se ha sentido con tal agudeza el dolor del historiador. Es el dolor del hombre sentido mucho antes de cualquier conocimiento, un dolor que le acompaña desde que ha excavado las primeras tumbas. El que escribe historia desearía conservar los nombres y su significado y, más aún, querría redescubrir los nombres de ciudades y pueblos hace mucho tiempo desaparecidos. Es como depositar flores en una tumba: «Vosotros, los muertos y también los innominados príncipes y guerreros, es-

clavos y malhechores, santos y prostitutas: no estéis tristes. Os recordamos con amor».

Pero también este pensamiento tiene un plazo; también él sucumbe al tiempo; todo monumento se desmorona y, a una con los muertos, también la corona se consume. ¿A qué se debe que, a pesar de todo, sigamos cultivando este rito? Podríamos, como Ornar, el Tejedor de Tiendas, contentarnos con apurar hasta la última gota el vino de Shiraz, estrellando luego la copa de arcilla: el polvo al polvo.

¿Abrirá alguna vez un vigilante sus tumbas, les despertará de su sueño el canto del gallo? Así deberá ser y uno de los indicios es la tristeza, el tormento del historiador. Él es el juez de los muertos, cuando se ha extinguido hace ya largo tiempo el fragor de la trompeta que acompañaba a los poderosos, cuando ya han sido olvidados sus triunfos y sus víctimas, sus hazañas y sus vilezas.

Pero sólo un indicio. El tormento, la inquietud del historiador, su labor incansable con medios imperfectos en un mundo efímero… nada de esto puede sentirse ni realizarse sin una indicación, creadora del indicio. La pérdida de lo perfecto sólo puede sentirse si lo perfecto existe. A esto alude el indicio, el temblor de la pluma en la mano. La aguja de la brújula tiembla porque existe un polo con cuyos átomos está emparentada.

Como el poeta la palabra, el historiador tiene que sopesar el hecho —más allá del bien y del mal y de toda moral imaginable. Como en la poesía a las musas, aquí hay que conjurar a las nornas; se presentan, están delante de la mesa. El silencio flota en el espacio: las tumbas se abren.

También aquí hay violadores de tumbas, que falsean la poesía y los hechos con la mirada puesta en el mercado… y entonces es mejor emborracharse con Ornar Khayyam que acompañarles en sus ofensas a los muertos.

Al llegar aquí, hubo en el auditorio rumor de pies arrastrados por el suelo. Lo pude oír todavía a mitad del pasillo, porque había salido discretamente, dejando la puerta abierta. Más tarde, en la biblioteca, Vigo aludió al incidente:

«¿También a usted le ha parecido demasiado anticuado lo que dije?».

Sacudí la cabeza. Al contrario, la lección me había producido una gran impresión. Había tocado mi raíz más profunda, mi propio tormento. No sé si he acertado a resumir sus ideas. Vigo dispone de una inmensa provisión de imágenes, que inserta en su discurso como si las sacara del aire. Envuelven la secuencia de las ideas, sin perturbarla; recuerdan a los árboles cuyas flores brotan directamente del tronco.

Me limité, pues, como he dicho, a sacudir la cabeza; esto es mejor, sobre todo entre personas que adivinan los sentimientos antes ya de que se les formulen. Sentí que me comprendía. Aquel instante fraguó nuestra amistad.

Era evidente que mis camaradas no habían sabido percibir lo que a mí me había afectado tan hondamente. Así ocurre cuando entre dos personas se establece una corriente. En algunos momentos estallaron risas —por ejemplo, cuando utilizó la palabra «lunas» para significar «meses». Recurren con facilidad a la risa, lo que les otorga un sentimiento de superioridad.

Consideraban que palabras como «limas», y en general toda la exposición de Vigo, estaban anticuadas. Para ellos, lo fundamental es el instante presente. Se les pasó por alto, sin duda, que Vigo estaba citando un viejo texto, basado en la traducción del árabe de Galland. Por lo demás, «lunas» es fonética, gramatical y lógicamente mejor que «meses». Pero la palabra tiene el inconveniente de haber sido manoseada por mediocres poetas. Así pues, prescindiré de ella. Vigo está por encima de estas cavila-

ciones. Es un hombre capaz de devolver al lenguaje su prestigio. En otra época que no fuera la nuestra, en la que ya nadie toma en serio a nadie, se le habría reconocido su rango, a pesar de su idiosincrasia.

Si, respecto a los hechos objetivos, es estricto e inflexible, posee en cambio una gran sensibilidad personal. Podría decir lo que quisiera, y como quisiera, incluso las cosas más insensatas, si se mantuviera *up to date*. Pero se lo impide su propio modo de ser, que le obliga a ser honrado. No podría, aunque se lo propusiera, torcer los hechos en su beneficio.

Que una persona de elevada cultura armonice con el espíritu de su tiempo ha sido, desde siempre, una feliz coincidencia, una rara excepción. Hoy es mejor atenerse al consejo del viejo sabio:

> Si no quieres que te roben hasta el último ochavo,
> oculta tu dinero, tu fe y tus ausencias.

Esto mismo hacen los poderosos; se comportan como todo el mundo. También el Cóndor, aunque puede permitirse muchas excepciones, se muestra precavido en este punto. Un camarero de noche es buen juez en estas cosas.

*

Tal como está la situación, lo mejor que puede hacer un profesor es limitarse a las ciencias naturales y al ámbito de sus aplicaciones prácticas. Todo lo que sea salirse de estos límites, por ejemplo la literatura, la filosofía o la historia, es entrar en terreno peligroso, sobre todo si cae bajo la sospecha de «trasfondos metafísicos».

Basándose en estas sospechas actúan entre nosotros dos tipos de profesores: pillos disfrazados de profesores, o profesores que, para gozar de popularidad, juegan a pillos. Compiten entre sí por superarse en infamias; pero los lobos de una misma camada cuidan mucho de no devorarse entre sí. Ahora bien, si espíritus como Vigo entran por error en su círculo, lo tratan como a un

mirlo blanco: todos se unen contra él. Es todo un espectáculo verlos estrechar filas, como si les amenazara el exterminio.

De ellos reciben sus consignas los estudiantes, aunque sean de suyo de buen natural. No quiero descender a pequeñeces. En el análisis histórico se distinguen sobre todo dos perspectivas, una de las cuales se centra en los hombres y la otra en los poderes. Esto responde también a un ritmo en la política. Aquí monarquía, oligarquías, dictaduras, la tiranía; allá democracias, repúblicas, el *okhlos*, la anarquía. Aquí el capitán, allá la tripulación, aquí el gran caudillo, allá el cuerpo social. Los entendidos saben bien que estas contraposiciones, aunque necesarias, son al mismo tiempo ilusorias —sólo motivos que sirven para marcar la hora en el reloj de la historia. Muy contadas veces brilla un gran mediodía, en el que las contradicciones se resuelven felizmente.

*

Tras el triunfo del Cóndor sobre los tribunos, volvieron a gozar de gran prestigio entre nosotros «los hombres». En este aspecto, el Cóndor se muestra más liberal que los profesores, que quieren a toda costa ofrecerle sus buenos servicios… los más jóvenes por simple estupidez, los más viejos, que ya ocupaban cargos bajo los tribunos, por bien fundadas reservas.

Aquí se pueden cursar estudios como en un museo de cera. Por ejemplo: se le propone a un joven profesor una teoría que le resulta extraña, si no ya antipática. La moda le obliga a ocuparse de ella. Le convence —y no hay nada que objetar, aunque tal vez, dadas las circunstancias, no todo sea trigo limpio. Pero a continuación comienza a comportarse como un pubescente, que no sabe distinguir cuándo puede mostrarse exultante y cuando debe reflexionar a fondo. Asume rasgos autoritarios. Y pronto, también amenazadores. La universidad está hasta los topes de estos espíritus a medias, que por un lado husmean y por el otro intrigan y, cuando se reúnen, despiden un pestilente olor a esta-

blo. Si consiguen tener la sartén por el mango, pierden, todavía no acostumbrados al poder, todo sentido de la medida. Hasta que al final llega la bota del comisario.

De momento, el Cóndor o su mayordomo los mantienen a raya, de modo que limitan su cacería a víctimas que creen desacreditadas. Entre ellas está Vigo. Como ahora «la historia la hacen los hombres», tachan de decadente su predilección por los mercaderes que mantenían mercenarios. Pero olvidan que el criterio de Vigo se basa en la aportación cultural. Así, por ejemplo, aunque los cartagineses utilizaron los servicios de mercenarios, no responden al ideal de Vigo. En el fondo, a lo que Vigo rinde pleitesía es a la belleza. A ésta deben servir el poder y la riqueza. Acaso en esto se parezca al Cóndor, al menos en su aspecto nocturno, más de lo que él mismo sospecha.

*

Vigo es, como ya he dicho, una persona sensible, y toma por el lado trágico este comportamiento de los profesores, aunque no está amenazada su seguridad. Cierto que en nuestra putrefacta laguna prosperan algunos tipos de acosadores de singular penetración. «Con cada alumno se cría una víbora en el seno» —me decía una vez, en una hora depresiva, refiriéndose a Barbassoro que, desde luego, pertenece a la especie de ratas de noble cuna.

La rata aristocrática posee un alto nivel de inteligencia, es agradable, trabajador, hábil y de sutil penetración. Estas cualidades naturales le predestinan a ser el discípulo predilecto. Desgraciadamente —y también esto se debe a su modo de ser— es incapaz de resistir la seducción del grupo. Cuando oye el silbido —aunque vaya dirigido contra su venerado maestro— se une a la jauría que se precipita sobre él. Lo que le hace particularmente peligroso es el íntimo conocimiento que tiene de la víctima, gra-

cias a su frecuente trato con ella. Entonces, se convierte en la rata capitana.

*

La crítica de Vigo al espíritu del tiempo es tan cifrada que resulta de difícil comprensión. Por lo demás, la palabra «crítica» no es del todo exacta. Es más bien su manera de ser lo que produce esta impresión. Donde todo está en movimiento y además en la misma dirección, sea hacia la derecha o hacia la izquierda, hacia arriba o hacia abajo, estorba el que está parado. Da la sensación de que nos echa algo en cara, y si tropezamos con él, le consideramos responsable de las lesiones recibidas.

El movimiento intenta transformar los hechos en opinión y luego en tendencia. Y quien se sigue ateniendo a los hechos cae, aunque no lo quiera, bajo sospechosa luz. Esto ocurre fácilmente en una facultad en la que, a cada nuevo cambio, hay que reinterpretar la historia universal según los dictados del momento. Los manuales no envejecen, se consumen.

Para poder atacar a un espíritu como el de Vigo se requiere un cierto nivel de inteligencia. Causa una inmediata sensación de incomodidad, ya por el simple hecho de existir. Para estos casos, los necios poseen un instinto infalible. Hay que demostrar entonces que esta incómoda persona es, de un lado, insignificante pero, del otro, peligrosa. La prueba la aportan eruditos del tipo de Kessmüller. Son como los jabalíes truferos, que escarban con el hocico el exquisito bocado, sobre el que, acto seguido, se arrojan las ratas.

*

Kessmüller, homosexual y calvo, ha estudiado a fondo a Vigo. Sus ideas son tan vulgares como su calva. Es un vividor, un glotón, no carente de humor. Como eumenista, está «por encima

de toda sospecha». Podría ganarse un buen sueldo como presentador en el «Calamaretto»; en las veladas universitarias, corre de su cuenta mantener animada la conversación. Su talento le ha permitido mantenerse a flote bajo varios regímenes, incluso opuestos, como rey de los arenques que brilla en la superficie. Tiene el instinto del conformismo y un olfato infalible para los lugares comunes, a los que reviste de formas estilizadas. Es también capaz de reinterpretarlos, según el viento que sople. Todo un vividor: materialmente se siente a gusto con el Cóndor, materialísticamente, con los tribunos.

En sus lecciones, rara vez omite citar a Vigo, y entonces su cara resplandece de placer. Un buen cómico hace *reír ya con* su simple apariencia —lo cómico por definición. Kessmüller puede cambiar como un camaleón, se muda del tipo de pedagogo al de Pantalón sin más punto de transición que un corto silencio. Parece como si subiera al estrado. Un ambiente de expectación se propaga por el auditorio, ya antes de que abra la boca. Algunos ya apenas pueden contener la risa.

Asistí a sus clases, aunque no fuera más que para estudiar esta metamorfosis. Lo curioso es que para ello apenas mueve la cara. Los oyentes ríen; casi se pensaría en una inducción telepática. Como orador, Kessmüller conoce la magia de las pausas.

Empieza entonces a citar a Vigo, una frase o un párrafo entero, que se sabe de memoria. A veces hace como si de pronto se le ocurriera una idea importante, saca un libro para leer un pasaje… da la impresión de cosa imprevista, pero todo está perfectamente planeado. Lleva el dedo de acá para allá, parece buscar el pasaje que ya tiene subrayado con sumo cuidado. No se menciona el nombre de Vigo, pero todos los, alumnos están al cabo de la calle.

Los pasajes están, por supuesto, sacados de su contexto, pero los cita al pie de la letra. Kessmüller conoce sus deberes como científico. No actúa como si estuviera citando un texto cómico.

A lo sumo, acentúa con cierto regusto palabras como «luna». También le gusta acentuar «alto» y «más alto». Pronuncia «hermoso» como el payaso que se planta su roja nariz.

Todo esto roza el ámbito de la parodia, que se extiende desde la ligera imitación a la cruda grosería. Kessmüller la cultiva como un arte. No es casual que elija, además, los pasajes de los textos de Vigo que gozan de mis preferencias. Se comporta como los parodistas de los cabarets del puerto, que recitan poesías de forma chocarrera, imitando, por ejemplo, el acento judío del rabí Teiteles, o las escupen como el que está acuclillado en el retrete. Eligen para sus parodias textos clásicos y mueven la boca exactamente igual que Kessmüller. Lo curioso es que sus oyentes parecen conocer bien estas poesías, pues de lo contrario faltaría base para su hilaridad. Tal vez las aprendieron en la escuela.

*

Debo a Vigo una de las precisiones geológicas de Eumeswil: aluvión de acarreo de una masa popular sobre zócalo alejandrino. La capa inferior era sabiduría alejandrina sobre basamento clásico.

Luego, los valores se han ido aplanando. Primero eran reales, luego todavía respetados, finalmente motivo de irritación. Para Kessmüller, ya la mera palabra es sospechosa.

Ante nosotros había aún una fosforescencia. Pero el horno se ha apagado. Ya no alcanza ni siquiera a calentar las manos. Los dioses exhumados no dan salvación; tendríamos que ir más a la esencia misma. Cuando tomo en mis manos un fósil, por ejemplo un trilobites —hay aquí, en las canteras al pie de la alcazaba, ejemplares magníficamente conservados—, siento la presión de una armonía matemática. Aparecen fundidas, unidas sin fisuras, como en una medalla grabada por la mano de un maestro, la finalidad y la belleza, frescas como el primer día. En este primordial crustáceo debió descubrir el *bios* el misterio de la estructura

ternaria, que luego reaparece otras muchas veces, también sin parentesco natural; figuras transversalmente simétricas se alojan en el tríptico.

¿Cuántos millones de años han pasado desde que este ser animaba un mar ya inexistente? Sostengo en mi mano su figura, un sello de belleza imperecedera. También este sello se descompondrá un día o se fundirá en futuros incendios cósmicos. Pero la matriz que le dio forma permanece oculta en la ley y actúa desde ella, fuera del alcance de la muerte y del fuego.

Siento que mi mano entra en calor. Si este ser tuviera aún vida, sentiría mi calor, como el gato cuya piel acaricio. Pero ni siquiera la piedra en que se ha transformado puede sustraerse a él; las moléculas se dilatan. Un poco más, un poco más fuerte y comenzaría a moverse en mi mano como si soñara despierto.

Cierto que no puedo saltar la barrera, pero siento que estoy en el buen camino.

5

Estas persecuciones eran fastidiosas, pero Vigo les hacía demasiado honor al sentirse vejado por ellas. A veces, cuando le encontraba en la biblioteca o iba a visitarle a su jardín, le veía pálido y molesto por la luz, como la lechuza que se oculta en su agujero. Si abandona el refugio, las cornejas se lanzan sobre ella. Yo procuraba entonces animarle, recordándole su capacidad y su misión. No eran argumentos lo que me faltaba.

Vigo tenía que comprender, y lo sabía muy bien, gracias a su excepcional conocimiento de la historia, que este tipo de miserables persecuciones no hacía sino acentuar la debilidad de sus adversarios y confirmar su propia fortaleza. Su libertad es una acusación, una espina en la carne de estos semicadáveres que no se cansaban por tanto de meterse con él, aunque por parte de

Vigo no existía la menor agresividad. No había estado del lado de los tribunos ni tampoco ahora estaba del lado del Cóndor. Y las dos cosas les irritaban. No se apunta a ningún régimen. Las formas estatales son para él como las delgadas películas de piel, que van excoriándose una tras otra. El Estado, en cuanto tal, por encima de las transformaciones, y más aún, causante de ellas; ésta es la gran realidad; ésta es, para Vigo, la norma y la medida.

Siente predilección por ciertas formas, aunque sin comprometerse con ninguna, y menos aún con la actual; le cautiva, en cambio, la manera como van desprendiéndose unas tras otras desde el interior, desde la sustancia misma de la historia. Hombres y poderes se suceden, como si el espíritu del mundo se fuera cansando ya del uno, ya del otro, después de que cada uno de ellos ha intentado agotar su contenido, aunque siempre de forma insuficiente. Aquí teorías, ideas, ideales, allá individuos de perfiles más o menos acusados. Las altas culturas —calmas chichas, como si la voluntad se paralizara— fueron y serán siempre posibles en ambos bandos; una belleza cómica empapaba todo el edificio, sobre todo cuando aún no se había fosilizado o cuando ya se había cuarteado. La obertura y el acorde final intensifican el motivo.

La segunda posibilidad parece estimular más a Vigo, porque ya los dioses no son tan poderosos. Su multiplicidad, como la de los Estados, es más propicia. Aquí la paleta, allá la monotonía. Los romanos son el prototipo del Estado, los griegos, de la cultura. Aquí el Coliseo, allá el Partenón.

«¿Cómo quiere usted imponerse a Kessmüller y ni siquiera discutir con él? Esto no hace sino dar materia para su hilaridad».

El materialismo del Domo es de tipo realista, el de sus predecesores era racionalista. Los dos son superficiales, destinados a los usos políticos. Los charlatanes podían obtener mayores ventajas en la época de los tribunos. Kessmüller se sentía más a gusto con ellos.

Fueron dignas de admiración sus refinadas maniobras para adaptarse al Cóndor. Para mi hermano y mi progenitor las cosas fueron menos fáciles. Esto subraya la diferencia entre el liberal consumido y el romo doctrinario, que vive de promesas. Todo es evolución, progreso hacia el paraíso terrestre. El señuelo puede agitarse indefinidamente.

«Usted debería considerar a estas figuras como a los vigilantes del templo; al menos con su ridícula facha mantienen alejadas de usted a las cabezas hueras más irritantes. ¿ Podría usted soportar que también en sus clases se difundiera este contento autosuficiente? Estos espíritus sólo se reúnen en torno a los dioses en los que creen. Allí, en su desnuda vaciedad cotidiana, se descubren sus pies de barro».

Vigo, como, por lo demás, también mi progenitor, todavía exige respeto para el saber objetivo. ¿Cómo puede ser posible tal cosa, en medio de la pérdida de respeto generalizada? Vive todavía sumergido en una época en la que una representación teatral, un desfile, una condecoración, una sesión del Parlamento, hasta una conferencia podían ser una fiesta pero ¿cómo conseguirlo, sin el gozo de la fiesta? A esto se añade la pasión pedagógica de Vigo, de que yo carezco por completo, aunque probablemente algún día llegaré a tener mi cátedra.

No es que no tenga confianza en mí mismo. Podría hacerlo lo mismo que el que asciende a general porque así viene aconteciendo desde siempre en su familia. Conoce la técnica, sabe cómo organizar la tropa. Domina estos aspectos. Por eso, puede permanecer en su puesto bajo todos los regímenes, por muy opuestos que sean entre sí, y aparece de pronto al lado del enemigo, como ya es casi la regla en los generales revolucionarios. Nada de esto afecta a su pasión —como en el caso de Jomini, que exclamó en medio de la batalla: «¡Rayos y truenos! Me gustaría estar ahora al mando del enemigo… ¡Entonces sí que tendríamos una buena fiesta!». Algo parecido ocurre con los histo-

riadores. Cuando menos comprometidos, más imparcial es su opinión. Para esto, Eumeswil ofrece terreno bien abonado.

El hombre que conoce su oficio goza de aprecio en todas partes. Ésta es una de las oportunidades de supervivencia de los aristócratas, cuyo instinto diplomático es casi insustituible. Tengo que hablar de este asunto con Ingrid, para su tesis doctoral, después de uno de nuestros abrazos islandeses.

*

El especialista es tanto más fuerte cuanto más impreciso es el sustrato en que se mueve. No hay vínculos, no hay prejuicios. El potencial pasa de ser base a ser exponente. El que tiene poco bagaje ético y étnico es el matador, el gran diestro de los rápidos cambios y de las transformaciones camaleónicas.

La más pura encarnación de esta capacidad es el gran espía. El hecho no es casual. Con todo gran espía, nace el gran contraespía. Esto es más profundo que la raza, la clase, la patria. Se percibe y se expresa también allí donde las cosas están aún a medias intactas… Schwarzkoppen sólo contemplaba a Esterhazy a través del monóculo y el príncipe Urussow negaba el saludo a Aseff.

*

Neutralidad interior. Se participa donde se quiere y por el tiempo que se quiere. Cuando no se va a gusto en el autobús, uno se apea. Si no me engaño, Jomini era suizo, un condottiero de los del Renacimiento, un mercenario de gran estilo. Precisaré los detalles en el luminar o pediré a Ingrid que estudie el tema.

El general es especialista en la medida en que domina su oficio. Por encima y aparte de los circunstanciales pros y contras, hay una tercera cosa que conserva intacta y en reserva: su propio ser. Sabe más de lo que aparenta y enseña, posee otras artes, ade-

más de aquellas por las que se le paga. Pero esto lo reserva para sí: es su propiedad personal. Lo conserva para sus ocios, sus monólogos, sus noches. En el momento favorable lo transformará en acción, arrojará la máscara. Mientras tanto, se mantendrá en su puesto; cuando se presenta la meta, se emplean a fondo todas las reservas. El destino le desafía. Y él responde. El sueño se hace realidad, también en el encuentro erótico. Pero fugitivamente, también aquí: toda meta es sólo un paso intermedio. Antes se romperá el arco que apuntar a un objetivo poco ambicioso.

El «general» representa aquí a todo individuo que entra en acción, sea por su propia voluntad sea porque se ve obligado a ello. Como la anarquía le crea un clima de acción particularmente favorable, este tipo es hoy permanente. La palabra no tiene, pues, un sentido especial, sino genérico. Puede cambiársela por otra cualquiera. No se refiere a un estado, sino a una situación. Puede darse también en el coolí; más aún, en este último caso tiene un mordiente especial.

*

Vigo tiene grandes reservas, pero las emplea mal. Las malgasta, al intentar presentárselas al hombre, esperando que éste las estime en su justo valor. ¿Se exhibe el oro en oscuros tenduchos ? Esto acarrea sospechas: se acepta mejor una propina. Un ochavo es suficiente.

No le falta conciencia de su propio valer, pero no sabe cambiarlo en monedas pequeñas. Es un príncipe en el reino del espíritu, hurgando en sus bolsillos en busca de calderilla.

Cuando pasé a ser su asistente, y después su amigo, no consideré que mi ocupación primordial fuera utilizar el luminar, sino crear en torno a Vigo un círculo en el que no todo cayera en saco roto… un grupo digno de él.

El que busca, encuentra; ni siquiera en Eumeswil faltan naturalezas que sufren nostalgia del espíritu, aunque sólo sea uno

entre cien o entre mil. Tres, cinco y hasta siete oyentes bastaban para organizar una tarde en el jardín o una velada por la noche, en la que Vigo se sintiera a gusto. También asistía Ingrid, que me sucedió en mi puesto.

Teníamos la intención de guardar el secreto… una invitación a tomar el té, una excursión, un encuentro casual junto a las tumbas. Tampoco queríamos darles el aire de asunto privado. De todas formas, no podía eliminarse la posibilidad de que surgieran comentarios, como ocurre siempre que un grupo de personas se aísla. Se me acercaron varias personas, unas por curiosidad, otras ávidas de saber, y tuve donde elegir.

*

Había momentos en los que saltaban las puertas de la historia, se abrían las tumbas. Los muertos salían afuera, con sus dolores y sus placeres, cuya suma da siempre el mismo resultado. Se les conjuraba a salir a la luz del sol, un sol que los iluminaba igual que a nosotros. Un rayo tocaba su frente: yo sentía el calor, como si el trilobites se agitara en mi mano. Podíamos participar de su esperanza: la siempre desengañada esperanza, heredada de generación en generación. Se sentaban en medio de nosotros; a menudo no podía distinguirse al amigo del enemigo. Podíamos intervenir en sus asuntos. Éramos sus abogados. Todos tenían razón.

Nos dimos las manos: estaban vacías. Pero seguimos tendiéndolas, porque ésta es la riqueza del mundo.

*

Estábamos sentados juntos en el jardín… se había hecho tarde; la luna llena brillaba detrás de la alcazaba, recortada en su disco como en un sello. Destacaban los nítidos perfiles de la cúpula y el minarete.

De vez en cuando, alguno de nosotros dejaba el grupo, para respirar una bocanada de aire fresco, como hice yo en otro tiempo tras la lección sobre el emir Muza y la Ciudad del Cobre.

Al fin, también Vigo pareció como dominado, aunque no por el cansancio, porque su rostro resplandecía. Se levantó: «Muchachos, dejadme solo».

6

He hablado hasta ahora de mi nombre y mi profesión. Falta por precisar mi lealtad política. Está por encima de toda sospecha. ¿Cómo, de otra forma, podría trabajar dentro del círculo íntimo del Cóndor… dentro de su propio campo de acción? Llevo el fonóforo, con la cinta de plata.

Por supuesto, fui probado, examinado, analizado, cribado, escudriñado hasta las entretelas. No siento gran estima por los psicólogos y, en general, tampoco por la técnica, pero debo confesar que conocen bien su oficio. Pillos redomados a quienes no se les escapa nadie con ideas y aun con simples intenciones torcidas.

Al principio se muestran muy amables —previamente, los médicos han emitido su informe sobre la constitución física y la policía ha investigado los antecedentes del candidato hasta la tercera generación. Charlan con él frente a una taza de té, mientras otros escuchan su voz y observan sus gestos. Se crea un clima de confianza, para que baje la guardia y hable sin reservas. Sin que lo advierta, se registran sus reacciones: los latidos del corazón, la presión sanguínea, las breves vacilaciones y las pausas cuando se pronuncia un nombre o se desliza una pregunta. Tienen, además, psicómetros, que les ha proporcionado el viejo Reichenbach, y toman fotografías, en las que irradian de la frente, del cabello, de las puntas de los dedos, nimbos amarillos o

violeta. Del mismo modo que para los antiguos filósofos la región límite era la metafísica, para ellos lo es la parapsicología… y consideran digno de investigar este campo con números y medidas. Por supuesto, también echan mano de la hipnosis y de las drogas. Una minúscula gota en el té que beben contigo, un granito de polen… y ya no estamos en Eumeswil, sino en las montañas de México.

Si amables vecinos, por ejemplo los capadocios o los mauritanos, quisieran infiltrar un agente o incluso un asesino, sería descubierto en cuarenta y ocho horas. Más peligrosos son los astutos emisarios del Khan Amarillo y del Khan Azul; no se les puede prohibir que se instalen en el puerto o en la ciudad. Se dedican a sus negocios, hasta que cometen una indiscreción. No les está permitido entrar en la alcazaba.

*

Mi caso no proporcionó al grupo quebraderos de cabeza. No hubo dificultades. Mi naturaleza es, si se me permite decirlo, no oblicua sino rectilínea. No me desvío ni a la derecha ni a la izquierda, ni hacia arriba ni hacia abajo, ni hacia el Este ni hacia el Oeste, sino que mantengo una posición equilibrada. Por supuesto, analizo estas oposiciones, pero sólo desde una perspectiva histórica, no actual. Soy persona no comprometida.

Todo el mundo sabe que mi padre y mi hermano simpatizaban con los tribunos, pero de forma moderada, no exenta de cierta crítica. En Eumeswil esto era una regla casi sin excepciones. ¿Para qué, además? Un panadero, un compositor, un profesor, tienen, a fin de cuentas, otras preocupaciones que jugar a la política. Quieren dedicarse a su oficio, su arte, su cargo, sin malgastar los mejores años de su vida. Quieren, lisa y llanamente, sobrevivir. Además, se les puede sustituir fácilmente; ya otros acechan su puesto.

Aparte de esto, ocurre además que estos tipos son más útiles para el sucesor que «los puros, los que permanecieron fieles a sus ideales y mantuvieron enhiestas las banderas», mereciendo así los honores que, de la jerga militar, han pasado a la de la guerra civil. Donde mejor están es en las glorias póstumas. Como supervivientes, resultan incómodos.

Esto lo saben bien los examinadores. El entusiasmo es sospechoso. De aquí que fuera un punto positivo adicional en mi favor el hecho de que, respecto del Cóndor, me expresara sobria y objetivamente, como historiador. Creo que, bajo el influjo de una droga dura, dije: «No es un caudillo del pueblo; es un tirano».

Saben que la entrega incondicional es peligrosa. A un político, a un autor, a un actor se les admira a distancia. Cuando se produce el encuentro personal con el ídolo, no responde a las esperanzas. Y entonces la opinión cambia con facilidad. El increíble golpe de suerte, la fortuna de llegar hasta el dormitorio de la diva, produce inevitable desilusión. Con los vestidos, cae también la diosa. El Eros alcanza su mayor eficacia en lo inesperado, en lo que se creía inalcanzable.

En mi caso no hubo cumplidos. Me mantuve normal, por mucho que profundizaran en sus sondeos. Cierto que pocas veces lo normal coincide con lo rectilíneo. Lo normal es la constitución humana. Lo rectilíneo es la razón lógica. Con ésta, pude dar respuesta satisfactoria a sus preguntas. Lo humano, por el contrario, es tan general y al mismo tiempo tan oculto que no pueden percibirlo, como no se advierte el aire que respiramos. Por eso, no pudieron penetrar hasta el anarquismo de mi estructura fundamental.

Parece complicado, pero es muy simple, porque anárquicos somos todos. Esto es lo normal en nosotros. Cierto que es un anarquismo al que, desde el primer día, se le pone coto, a través del padre y de la madre, del Estado y de la sociedad. Son recor-

tes, sangrías de la fuerza primordial, a las que nadie escapa. Hay que contar con ellas. Pero el componente anárquico sigue en el fondo, como un secreto inconsciente hasta a sus propios portadores. Puede irrumpir, desde lo profundo, como lava, puede aniquilarlos y también liberarlos.

Pero aquí hay que distinguir: el amor es anárquico, el matrimonio no. El guerrero es anárquico, el soldado no. El homicida es anárquico, el asesino no. Cristo es anárquico, Pablo no. Claro está que, por ser lo anárquico lo normal, también estuvo presente en Pablo y también a veces brotó poderosamente de su interior. Pero esto no son contradicciones sino gradaciones. La historia universal se mueve mediante la anarquía. En suma: el hombre libre es anárquico, el anarquista no.

*

Si yo fuera anarquista, y nada más, me habrían desenmascarado sin dificultad. Tienen una singular capacidad para detectar a las personas que oblicuamente, «el puñal bajo el manto», intentan acercarse a los poderosos. El anarca puede vivir en solitario; el anarquista es un ser social y tiene que buscar la colaboración de otros camaradas.

Como en todas partes, también en Eumeswil hay anarquistas. Forman dos sectas: la de los benignos y la de los malignos. Los benignos son inofensivos. Sueñan con Edades Doradas. Su santo patrón es Rousseau. Los malignos invocan a Bruto; se reúnen en sótanos y buhardillas y también en un cuarto trasero del «Calamaretto». Charlan juntos, simulando el aire de burgueses que beben su cerveza, y se cuentan un secreto indecente, que traicionan con sus risas sofocadas. La policía los tiene fichados. Cuando llegan a formar células y cuentan con la colaboración de algún químico, se intensifica la vigilancia. «Pronto brotará el absceso», suele decir el mayordomo, al que el Cóndor llama abreviadamente «Domo». Mantendré la abreviatura. Antes de que el

atentado se produzca, se les encarcela, o bien se desvía el golpe en otra dirección. No hay nada más eficaz contra una oposición que empieza a consolidarse que poderles atribuir un atentado.

El confuso idealismo del anarquista, su bondad sin compasión o su compasión sin bondad, le convierte en elemento útil en muchos sentidos, también para la policía. Barrunta un misterio, pero no puede pasar de ahí: el poder inmenso del individuo. Este poder le embriaga, le consume como la luz a la polilla. Lo absurdo del atentado radica no en el ejecutor y en su conciencia, sino en el hecho en sí, y en su conexión con una situación pasajera. El terrorista se vende demasiado barato. Por eso, sus propósitos consiguen casi siempre el efecto contrario.

*

El anarquista depende en primer lugar de su oscura voluntad y en segundo lugar del poder. Sigue al poderoso como la sombra al cuerpo. El soberano está siempre en guardia frente a él. Cuando Carlos V subió una vez, con su comitiva, a una torre, un capitán se echó de pronto a reír. Sometido a intenso interrogatorio, confesó que se le había ocurrido la idea de que, si hubiera agarrado al emperador y lo hubiera arrojado al vacío, habría inscrito para siempre su nombre en las páginas de la historia.

El anarquista es el antagonista del monarca. Sueña con aniquilarlo. Se dirige contra la persona, pero consolida la sucesión. El sufijo «ismo» tiene una función restrictiva. Acentúa la voluntad a costa de la esencia. Debo esta información al gramático Thofern, prototipo del crítico meticuloso.

La contrapartida positiva del anarquista es el anarca. El anarca no es el antagonista del monarca, sino su polo contrario, algo a lo que el poder del monarca no llega, aunque también es peligroso. No es el adversario del monarca, sino su correspondencia.

El monarca quiere dominar a muchos, mejor aún, a todos. El anarca sólo a sí mismo. Esto le sitúa en una relación objetiva, y también escéptica, respecto del poder, cuyas figuras deja desfilar —sin tocarlas para nada, aunque no sin emoción interna, no sin pasión histórica. Todo historiador es, en mayor o menor grado, un anarca; si tiene talla suficiente, a partir de esta base se convierte en juez imparcial.

Esto afecta a mi profesión, que tomo muy en serio. Además, soy camarero de noche en la alcazaba; no quiero con esto decir que tome menos en serio esta segunda actividad. Aquí me encuentro directamente inserto en los hechos, me enfrento con personas de carne y hueso. Lo anarco no es óbice para mi oficio. Al contrario, es su fundamento, en cuanto que es lo que tengo en común con todos, sólo que me doy cuenta. Yo sirvo al Cóndor, que es un tirano —ésta es su función, como la mía es la de camarero. Los dos podemos replegarnos hasta la esencia misma: hasta lo humano, en su fondo todavía sin nombre.

*

Cuando, en el decurso de mis trabajos con el luminar, hice un resumen del derecho público, desde Aristóteles hasta Hegel y aun más adelante, me llamó la atención el axioma de un anglosajón acerca de la igualdad de los hombres. Según él, esta igualdad no está en la siempre cambiante distribución de poder y medios, sino en una constante: que todo hombre puede matar a otro hombre.

Desde luego, es un lugar común, pero expresado en una fórmula llamativa. La posibilidad de matar a otros entra dentro del potencial del anarca que todos llevan en sí, aunque pocos lo advierten. Dormita siempre en el fondo, incluso cuando dos se saludan en la calle, o cuando dan un rodeo para evitarse. Aflora un poco más cuando se está en una torre o cuando un tren se acerca. Además de los peligros técnicos, registramos la presencia

cercana del otro. Este otro puede ser mi hermano. El viejo poeta Edgar Allan Poe lo expresó, con formas geométricas, en su *Maelstrom*. En todos los casos, queremos tener las espaldas bien guardadas. En las catástrofes irrumpe lo reprimido, la balsa de la «Medusa», el hambre en el bote salvavidas.

El inglés lo redujo a una fórmula mecanicista. Contribuyó a ello su experiencia de la guerra civil. La idea es más profunda que Descartes. Al fondo de la ley humana actúa la ley zoológica y, más al fondo aún, la física. Nuestros actos están determinados por la moral, el instinto y la simple cinética. Nuestras células se componen de moléculas, y éstas de átomos.

Sólo quiero referirme a este aspecto en lo que afecta a mi servicio. De cualquier forma, éstas eran mis ideas cuando entré en la zona de contacto personal del Cóndor, en el círculo íntimo que Monseñor calificaba de su «párvulo». Podía matarle, dramáticamente o sin que nadie lo advirtiera. En definitiva, sus bebidas —siente preferencia por un ligero vino tinto— pasan siempre por mi mano.

Sólo que es improbable que le mate, aunque no imposible. ¿Quién puede conocer el cúmulo de factores en que puede verse envuelto? Mis conocimientos son ante todo teóricos, pero en todo caso importantes, puesto que me permiten situarme a su mismo nivel. No sólo puedo quitarle la vida; también puedo condonársela. Todo ello está a mi alcance.

Por supuesto, yo no intentaría matarle sólo porque es un tirano. Estoy demasiado familiarizado con la tiranía, tanto por la historia como, de forma especial, por el modelo que hemos implantado en Eumeswil. Un tirano que no conserva la mesura se destruye por sí mismo. Puede dejarse la ejecución a los anarquistas, que no tienen otro pensamiento. La tiranía raras veces es hereditaria; a diferencia de la monarquía, en contadas ocasio-

nes alcanza a la segunda generación. Parménides heredó la tiranía «como una enfermedad». Según Tales, la cosa más rara que halló en sus viajes fue un tirano entrado en años.

Desde esta perspectiva básica desempeño mi oficio, y tal vez mejor que otros. Soy su igual; la única diferencia está en las ropas y en las ceremonias, que sólo las cabezas hueras desprecian. Sólo cuando las cosas toman mal cariz, se quita uno del vestido.

La conciencia de mi igualdad contribuye a mejorar mi servicio; me siento libre para desempeñarlo de forma ligera y agradable. Es como en la danza. A menudo la velada se prolonga hasta muy tarde y, si todo ha salido bien, me aplaudo a mí mismo, antes de cerrar el bar, como un artista que ha realizado a la perfección su número.

Los poderosos aprecian esta disposición de espíritu, sobre todo en el párvulo. Esta distensión de la atmósfera aumenta la sensación de bienestar. Por supuesto, hay que dosificarla. Yo no bebo, naturalmente, aunque a veces me invitan, sobre todo cuando nuestro huésped es el Khan Amarillo. Pero justamente entonces hay que extremar la prudencia.

Tampoco entablo conversación, aunque sigo atentamente las de los demás, que no pocas veces me fascinan. Sonrío con una cortesía sin compromiso, es parte de mi servicio; pero no río los chistes. Formo parte de la decoración.

No creo equivocarme si afirmo que el Cóndor está satisfecho de mis servicios. Sus «buenas noches, Manuelo», cuando abandona el bar, tienen un tono afable. A veces se interesa por mis estudios. Es aficionado a la historia, sobre todo a la época de los diadocos, lo que no deja de ser natural en Eumeswil. También parecen cautivarle las batallas navales; antes de hacerse con el poder, estuvo algún tiempo al frente de la Armada. La revolución comenzó con un bombardeo a la ciudad desde el mar.

Aquel intervalo de su vida dejó en él una especie de pasión de aficionado por las cosas marinas. En la alcazaba parece sentirse

como en un navío, con el que navega a través del tiempo. Encargo las bebidas del *pantry*. En el «comedor de oficiales» se hace servir por camareros de camarote. La cúpula de la alcazaba semeja un puente de mando. No hay mujeres a bordo.

Inició su carrera en la milicia popular; su padre fue un cabo, un soldado de fortuna. En cierta ocasión escuché una conversación entre el Cóndor y el Domo, que siempre se sentaba a su derecha. Hablaban de la fidelidad del ejército: la palma se la llevaba la infantería de la guardia. Venían a continuación los coraceros; los húsares no eran muy de fiar. Las comparaciones se extendieron luego a la marina y la aviación. El Domo, responsable de la seguridad, había planteado la cuestión, evidentemente, a nivel teórico.

«Cuanto más rápidamente puede moverse un hombre, más cuidadosamente hay que vigilarle».

7

La conversación discurría a nivel teórico también por la simple circunstancia de que entre nosotros apenas puede hablarse de ejército. Eumeswil forma, con su territorio y sus islas, un oasis entre los reinos de diadocos de los grandes Khanes y las ciudades-estado de los epígonos. La región limita al norte con el mar; a veces me creo en el Mediterráneo y otras en el Atlántico, según el humor del momento. Por el sur, la frontera se pierde en el desierto, vigilado por patrullas móviles.

Más allá del desierto, comienzan las estepas; siguen luego zonas de enmarañados matorrales, a continuación las inmensas selvas vírgenes que, tras los grandes incendios, son aún más inextricables y, finalmente, de nuevo el océano. En estas regiones se celebran partidas cinegéticas de diversos tipos. La gran abundancia de piezas de caza mayor es la causa principal de la pro-

tección que el Khan Amarillo dispensa a Eumeswil. Llega puntualmente, todos los años, con una gran comitiva. Los preparativos de sus visitas son el aspecto más importante de la política exterior.

El escenario de la caza se extiende por todas las zonas, hasta la selva virgen, al otro lado de las estepas. Hay que organizar, además, diversiones suplementarias y sorpresas especiales para un amo refinado y exigente, de salud de hierro y apetitos insaciables. «Lleno el carcaj de fatigas y las vacío en el placer».

*

Debe existir un estrecho parentesco entre el perseguidor y la presa. Los grandes cazadores tienen cabeza de tótem; el Gran Louvetier tiene rostro lupino. Puede adivinarse quién se dedica a cazar leones, quién búfalos o jabalíes. A esto se añaden el movimiento y la complexión. No quiero generalizar, porque no sólo se dan afinidades, sino también complementariedades. Así, el Khan Amarillo inicia la caza del elefante con enanos, que se acercan sigilosamente al animal con armas blancas. Practica la montería al estilo antiguo, casi sin pólvora y sin instrumentos ópticos. Cruel con los hombres, observa escrupulosamente con las fieras las reglas del juego noble y limpio.

La gran cacería se detiene en los límites de las extensas selvas impenetrables del sur. Deben guarecerse allí animales que ningún ojo ha visto y de los que sólo se oyen rumores. La mayoría cree que sólo son fruto de espejismos de aventureros, que osaron penetrar en el bosque salvaje y regresaron con fiebres mortíferas.

Se diría, sin embargo, que es allí precisamente donde el Khan sueña con coronar su cacería. Tiene vigías a sueldo, sobre todo entre aquellas tribus enanas, a las que nadie aventaja en el arte de leer las huellas, sin contar sabios que no serían admitidos en ninguna facultad, mitad mitólogos y mitad intérpretes de sue-

ños, de los que se burla no sólo Rosner en cuanto zoólogo, sino también mi progenitor, que los compara con los alquimistas que, en épocas pasadas, prometían a los príncipes trasmutar el plomo en oro. La comparación no es mala. Entonces y ahora, la trasmutación es la gran esperanza, el sueño nunca satisfecho.

Que la selva oculta sorpresas, es cosa indudable; de vez en cuando traen de sus linderos animales desconocidos y, con frecuencia, plantas nuevas, que confirman ciertos rumores, tenidos por fábulas desde los días de Herodoto. Pero no lo son. En otros tiempos, los sabios creyeron que después del Diluvio surgieron no sólo nuevas especies, sino también nuevos géneros. Hoy el fuego ha tomado el relevo del agua; cortinas ígneas separan las transformaciones.

*

Cuando contemplo en el luminar las láminas impresas antes de la época de Linneo, tropiezo con seres que, evidentemente, son mero producto de la fantasía, pero hasta tal punto grabados en ella que incluso se los dibujaba —por ejemplo el unicornio, la serpiente alada, el sátiro, la sirena. Se afirmaba que en los bosques habitaban extrañas criaturas, y aun se las describía. Así, un tal doctor Gesner, hablaba del sátiro, «asombroso engendro», con cuatro pies armados de pezuñas puntiagudas, una corona de senos y cabeza humana. Se dice que fue capturado en el año 1531 de la Era cristiana, en un obispado de Salzburgo, pero que murió a los pocos días porque se negó a tomar alimento.

Esto me trae a la memoria una anécdota que impresionó mucho a Periandro, hombre que, a mi parecer, tiene ciertas semejanzas con el Cóndor. Un pastor le mostró una extraña criatura, que escondía bajo el manto. Se trataba de un pollino con cabeza humana, dado a luz por una yegua. Periandro hizo llamar a Tales, para que le diera su opinión. Éste le aconsejó que en adelante no confiara la yeguada a pastores que no estuvieran casados.

En aquellas épocas la edad mítica no estaba tan lejana que se pusiera en duda la posibilidad de tales partos y hoy día, en Eumeswil, los nuevos conocimientos vuelven a actualizarlos. La serpiente se muerde la cola.

*

Estos apuntes no son una curiosa digresión. Tienen mucho que ver con el fondo del asunto. Por eso debo vigilar atentamente a Attila, que se sienta a la izquierda del Cóndor. Debo extremar la vigilancia cuando ya se hace tarde —porque, si alguien sabe lo que ocurre en los bosques, ése es él.

Parece que ha adquirido también profundos conocimientos sobre drogas y triacas. Previamente, había conseguido dominar su estructura sintética. En mi calidad de escanciador, tengo que colaborar con él, cuando prescribe al Cóndor o a sus invitados ciertos aditamentos. Me sorprende verle recurrir a remedios milagrosos que suelen achacarse a superstición y que hace ya mucho tiempo han desaparecido de las farmacias. Así, por ejemplo, tengo que mezclar ciertos brebajes en la cáscara de coco de mar, fruto de una palmera que flota en las bahías de Sumatra y que algunos atribuyen a un árbol que crece en las profundidades del mar. Otros afirman que los lleva hasta allí el grifo. Los orfebres convertían la cáscara en copas. Se le consideraba una triaca infalible contra los más poderosos venenos.

Attila parece creer también en la virtud del unicornio; podría ser su animal totémico. Hoy se sabe que la torcida punta del asta no pertenece a un blanco caballo oculto en las sombras de los bosques, sino a una ballena del Mar del Norte. Antes se la guardaba en la cámara de los tesoros. Cuando ya los médicos abandonaban la cabecera del enfermo, dándole por desahuciado, se tomaba una pizca de este cuerno y se le daba al moribundo, mezclada con vino.

De no menos estima goza la raíz de la mandrágora, a la que recurre Attila más a menudo. Éste es el fármaco por excelencia, sobre todo para reforzar la potencia viril. Se dice que gracias sobre todo a ella, el Khan Amarillo puede desarrollar, en este campo, una actividad digna de Hércules. Es regalía de grandes señores, ya que descubrir raíces del tamaño y contenido justos requiere infinitas precauciones. Sólo posee virtudes afrodisíacas la planta en estado salvaje, que crece solitaria en los desiertos de Kukunor. Allí la llaman ginseng. Cuando alguien logra descubrir el lugar donde se crían, guarda el secreto para sí; lo marca con alguna señal y desentierra las raíces en el momento oportuno, durante el plenilunio.

Aquí, en el bar, se guardan las raíces bajo llave especial, porque los cocineros chinos sienten tanta avidez por ella como el opiómano por su droga. Tengo una palabra en clave para los cócteles que llevan este ingrediente. Cuando, en las altas horas de la noche, el Khan los pide, los lupanares del barrio del Oeste se enfrentan a una invasión mongólica.

8

Cuando todavía andaba en dudas de si aceptar o no el puesto, fue Vigo quien me animó de forma especial:

«Martín, allá podrá ver cosas de un valor incalculable para usted». Se refería a la posibilidad de observar de cerca los modos y maneras de contemplar y resolver los problemas del poder —visión directa e inmediata del método sobre un modelo práctico. Aquí, especialmente en el párvulo, se desarrolla la escena ante la mirada directa del historiador.

Vigo distingue entre la mirada del cirujano y la del anatomista; el primero quiere operar, el segundo se limita a examinar el estado físico. El primero dispone de un tiempo limitado, mien-

tras que el segundo tiene todo el que desea. Eumeswil ofrece al historiador una situación especialmente favorable, porque no existe ningún tipo de valores. La sustancia histórica ha sido devorada por la pasión. No hay fe en las ideas y causan desconcierto las víctimas en otro tiempo sacrificadas por sus convicciones.

Por un lado, las imágenes se dibujan con más nítidos detalles y ningún deseo soñado aparta de ellas. Cuando, por ejemplo, el Cóndor llevaba un género de vida que oscilaba entre la del déspota ilustrado y la del tirano, abría la perspectiva hacia lejanos tiempos pasados. En opinión de Vigo, yo debería contemplar todo este espectáculo desde cerca, como un experimento, y desplazar el acento: mientras estaba al otro lado del bar, podría observar la realidad con mucho mayor aproximación que aquellos que, justamente porque la tomaban en serio, la simulaban.

Hasta aquí podía seguir el consejo del maestro y con esta intención acepté el cargo. No pretendo afirmar que fuera ésta la única intención que me guiaba, porque tales decisiones son complejas. Hay que añadir en la cuenta lo que suele llamarse emolumentos: mucho tiempo libre para mis trabajos personales, el luminar, un buen salario, el fonóforo con la cinta de plata, el nimbo del poderoso.

Pronto pude notar que la mirada del historiador no era bastante. Cuando se dejan las preocupaciones históricas, se gana en libertad, pero también los poderes a quienes se ha servido se transforman de forma incalculable. Algunas de las noches que estuve de servicio en el párvulo parecían como cargadas de un halo funesto. Se hablaba de cosas de las que Vigo no hubiera querido saber nada, en las que se hubiera negado a entrar, tal como yo lo venía intentando desde largo tiempo. Cuando los señores callan, parece flotar en el espacio una atmósfera aún más pesada que cuando deslizan palabras apenas insinuadas, que, evidentemente, sólo con horror pronuncian, incluso cuando están

como en familia. Entonces el Domo me hace una seña con la mano. Tengo que reforzar el ambiente y reducir la resonancia.

Está claro que todo esto tiene algo que ver con el bosque. Debe de haber allí trofeos y peligros que recuerdan más la expedición de los argonautas que las brillantes épocas de la caza histórica y aun de la prehistórica.

*

Cuando entré al servicio del Cóndor, la reacción de mi progenitor fue la de un auténtico liberal: por una parte le resultaba penoso que me rebajara a la condición de camarero, pero por otra sentía que aumentaba su seguridad política. Para Cadmo, que así se llama mi hermano, soy simplemente un criado de los príncipes. El viejo es un charlatán de frases hechas, el joven un anarquista permanente, pero sólo mientras las cosas no se ponen demasiado al rojo vivo. Los grados de libertad en los que se puede hacer o dejar de hacer todo se dan en muy contadas ocasiones.

Vivo con ellos, cuando bajo a la ciudad. Las conversaciones durante las comidas son desagradables. Sólo saben tocar temas políticos o sociales. Prefiero salir afuera, al jardín de Vigo. Tengo también un pequeño apartamento en la ciudad, una buhardilla de una vieja casa junto al mar, que antes fue bastión de la muralla. Desde aquí, puedo echar el anzuelo, pero los peces que, abajo, mueven perezosamente las aletas, se alimentan de los desechos de las cloacas del Subura y tienen un sabor poco agradable. De vez en cuando, una gaviota viene a posarse sobre el alféizar de la ventana. Debajo, tiene su tasca un vinatero, una salumeria, donde poder tomar apresuradamente un bocado.

Una desnuda buhardilla; los muros y paredes están agrietados, con incrustaciones de salitre. Me refugio en ella para meditar y contemplar el mar, hasta las islas y aún más lejos, sobre todo en las puestas de sol. Una mesa, un sofá, un colchón sobre el desnudo suelo. Una palangana sobre su soporte, con un jarro de

agua debajo. Hay también un orinal, que vacío por la ventana, porque me molesta subir y bajar escaleras, sobre todo cuando he bebido. Ni cuadros ni libros en las paredes, tan sólo un espejo encima de la palangana, como concesión a Ingrid, a la que traigo aquí cuando hemos acabado nuestro trabajo en la biblioteca o hemos visitado a Vigo, fuera de la muralla. Ella se queda una hora escasa; es una especie de tributo, una señal de agradecimiento al profesor.

*

Así pues, me dejo ver por casa casi exclusivamente durante las comidas, y no siempre. Incluso las conversaciones sobre nuestra especialidad carecen de aliciente, porque parten de puntos de vista muy dispares, que no tienen nada en común: a saber, el de un metahistórico, que ha abandonado ya el espacio histórico, con unos interlocutores que se imaginan moverse todavía dentro de él. Esto lleva a desajustes temporales en el ángulo de contemplación: los dos olfatean en torno al cadáver que para mí se ha petrificado en fósil desde mucho tiempo atrás. A veces la conversación es divertida… —Cuando defienden ardorosamente valores que en Eumeswil no pasan, a lo sumo, de parodias. Entonces podría incluso tomárseles en serio: son el prototipo de una época.

*

Aunque me gusta llamar viejo a mi progenitor, esto no quiere decir que no tenga gran respeto al padre. Al contrario, sólo que el mío no cumple esta función o, a lo sumo, como un comediante que se pone la barba de papá Noel. Un jornalero, un pescador, un descargador del muelle lo representan mucho mejor. Es curioso que precisamente estos espíritus libres pidan respeto para unas normas que ya fueron desacreditadas por sus abuelos.

Se casó dos veces. Aquí, en Eumeswil, es habitual que, al principio de la carrera, por ejemplo como hombre político, uno tome lo primero que encuentra. Si luego triunfa, entonces la primera mujer no le basta ya; carece de juventud, belleza y distinción. La cambia por un símbolo de su nuevo rango. Aquí, por ejemplo, en este crisol de razas, se puede advertir también en la transición hacia colores de piel más claros.

El que comienza desde peldaños superiores, suele comportarse de otra manera. Primero piensa en la carrera y en las circunstancias exteriores. Sólo cuando ya está bien situado, hacia la mitad de la vida, reclama Afrodita un tributo tardío. Brotan en él otros deseos. No faltan los patinazos. No hace mucho, un general de alto rango se dejó seducir por los encantos de una puta conocida en toda la dudad. Estos casos se aceptan en la alcazaba con buen humor. Me hallaba de servicio en el párvulo, cuando el Domo se lo estaba contando al Cóndor. Éste se echó a reír: «¡No serán cuñados los que le falten!». El Domo, por su parte, da importancia a lo que antes se llamaba «mancilla del honor». Sabe ser moralista, si la necesidad lo requiere.

Los profesores suelen elegir a una estudiante… una de las que se sientan en primera fila, fascinadas por las exigencias del espíritu. La cosa puede resultar bien. En el caso de mi progenitor, fue la secretaria. Se divorció para casarse con ella; su primera mujer vive todavía en la ciudad. De ella tuvo a Cadmo. Se separaron sin rencor —él la visita de vez en cuando, para refrescar viejos recuerdos.

Mi madre murió prematuramente, en mis primeros años escolares. Sentí su pérdida como un segundo nacimiento, como un ser arrojado a un mundo extraño, más claro y más frío —y ya consciente.

Con su muerte, también cambió el mundo. La casa era menos acogedora, el jardín más frío. Las flores perdieron sus colores, su perfume. Se notó, no poco a poco, sino de golpe, que les faltaba

la mano maternal. Ya no venían a posarse las abejas, ni acudieron las mariposas. Las flores barruntan no con menor sino con mayor sensibilidad que los animales la entrega del hombre, y responden con su propia entrega.

En la casa, en el jardín, buscaba los rincones apartados. Muchas veces me acurrucaba en la escalera que llevaba al desván, en un oscuro agujero. No podía llorar; el sollozo me estrangulaba la garganta.

Con el dolor ocurre como con las enfermedades graves; si salimos de ellas, ya no vuelven a afectarnos. Quedamos inmunizados contra las serpientes. Al tejido cicatrizado no le hacen daño sus mordeduras. La sensibilidad es cosa del pasado. Al mismo tiempo, disminuye el temor. Cuanto menor era mi participación afectiva en el ambiente, mayor era mi dominio sobre él. Podía sopesar sus ventajas y sus peligros. Más tarde, también el historiador sacó provecho de ello. Ya entonces, cuando estaba acurrucado en la oscuridad, incapaz de hallar una salida, debió de desarrollarse en mí la convicción, que nunca más me ha abandonado, de que el mundo es imperfecto y hostil. Vivía en la casa paterna como un extraño.

El dolor debió durar un año o algo más. Luego comenzó a enfriarse como la lava, cuando se ha depositado sobre ella la adecuada corteza. Fue la cicatrización; comprendí bien las reglas del juego de la sociedad que me rodeaba. Comencé a destacar en los estudios; los maestros se fijaron en mí. Luego vinieron las lecciones de piano.

Mi progenitor me contemplaba con creciente simpatía. Podría haberme confiado a él, pero tenía una penosa sensación cuando me rodeaba los hombros con el brazo o adoptaba un aire más familiar de lo estrictamente necesario.

De todas formas, yo era hijo del amor, contrariamente a mi hermano, con el que armonizaba mejor su espíritu y al que consideraba como el legítimo, mientras que a mí me miraba como a una especie de bastardo. Confieso que su opinión no se basa sólo en los celos, pero, de todas formas, tuvieron que acelerar los trámites del divorcio, para que yo naciera dentro de los plazos convencionales. En Eumeswil no se hila muy delgado en estas cosas.

*

Mi madre había sido para mí el mundo. Sólo poco a poco se convirtió en persona. Años más tarde, cuando mi progenitor estaba ausente en un congreso, aproveché la oportunidad para investigar más a fondo mi pasado. Es difícil imaginar a un historiador sin inclinaciones de archivero; así que guardaba en casa algunos documentos que otros jefes de familia suelen destruir cuando cae el telón. Casi toda defunción exige su holocausto.

También mi progenitor hubiera sido más cuerdo de haber quemado las cartas que cruzó con mi madre durante el trimestre crítico. Pero, evidentemente, no acertaba a separarme de ellas. Las guardaba en el desván. Las hallé entre un confuso y polvoriento montón de papeles y, a media luz, me hundí en los primeros meses de mi existencia.

Supe así el momento exacto en que se inició mi vida y también el lugar: la oficina de cartografía del Instituto de Historia. Conozco el sitio; es poco visitado y los mapas ofrecen buena protección para un fugitivo rapto amoroso. De todas formas, no me había imaginado al viejo capaz de tal fogosidad.

Debe de haber mujeres que saben instantáneamente cuándo ha brotado la chispa. Apenas puede explicarse desde la mera fisiología. Mi madre era una de ellas. Dio a entender, de forma velada pero inconfundible, que yo había apareado, o cuando menos que había dado señales de mi presencia. El viejo no quiso

creerlo. Intentó convencerla —al principio en un mero plano teórico, cuando ya habían pasado tres semanas y yo había alcanzado el tamaño de una mora y empezaba a diferenciarme sutilmente. No era mayor que un grano de arroz, pero ya sabía distinguir la derecha de la izquierda y en mi interior se movía un corazón, como fina punta de alfiler, una punta latiente y palpitante.

Cuando ya no se pudo ignorar mi presencia, él pasó a las amenazas prácticas a mi vida. No quiero descender a detalles. Lo cierto es que, mientras me hallaba flotando en el líquido amniótico, peligrosas aventuras me amenazaban, como a Simbad el Marino. Intentó eliminarme con pócimas y armas punzantes, e incluso con la ayuda de un cómplice de la facultad de medicina. Pero mi madre vino en mi auxilio; ella quería tenerme y esto me salvó.

Según la versión de mi hermano, mi nacimiento fue el medio de que se valió mi madre para dominar al viejo… lo cual es perfectamente posible, pero que no pasa de ser el lado práctico de un afecto elemental. Como madre quería tenerme; como persona podía muy bien pensar en las ventajas de la situación.

*

Nos hallamos ante un comportamiento que debe analizarse desde diversas perspectivas. Que yo pueda hacerlo es cosa que debo, además de a Vigo, también a Bruno, mi profesor de filosofía.

Recuerdo un curso en el que disertó sobre el tiempo y el espacio bajo sus aspectos míticos. Según Bruno, el padre encarna el tiempo y la madre el espacio… cósmicamente, él el cielo, ella las estrellas, telúricamente, él el agua, ella la tierra; él crea y destruye, ella concibe y conserva. En el tiempo hay inquietud inextinguible, cada instante destruye al precedente. Los antiguos lo representaron en la figura de Cronos, devorador de sus hijos.

Como titán, el padre devora al engendrado; como dios, lo sacrifica. Como rey, lo gasta en las guerras que maquina. El dios y el mito, la historia y la teología proporcionan todos los ejemplos deseables. Los muertos no vuelven al padre, sino a la madre.

*

Bruno distinguía también entre cremación e inhumación. No sé si le he citado bien. Creo recordar que, según él, el agua es más propia de la madre. Los cristianos la identifican con el Espíritu. Son problemas de coordinación, que provocaron guerras interminables. Cirilo consideraba que el agua es el más importante de los cuatro elementos y la materia de las grandes transformaciones. Así parecen confirmarlo, *ex negativo*, los viajes espaciales.

Los familiarizados con los mitos saben que la enorme magnitud del mar es mera apariencia. Esta idea está fuera del alcance de los hombres de Eumeswil, habituados desde muchas generaciones a pensar sólo en magnitudes cuantitativas. He leído en las notas de un peregrino ruso que el sorbo de agua que damos en el hueco de la mano a un sediento es más grande que los siete mares. Lo mismo ocurre con el líquido amniótico. En muchas lenguas, mar y madre tienen similitud fonética.

9

De todas formas, quiero admitir que cuando mi progenitor me tendía sus trampas, no hacía sino lo que era de esperar. Y, en cuanto anarca, tengo que reconocer que defendía sus derechos. Sólo que los derechos son recíprocos.

Pululan aquí, entre nosotros, infinitos hijos que han escapado a sus padres de esta misma manera. En general, el hecho no sale a luz pública. El complejo de Edipo queda reducido a desave-

nencias a nivel individual. La pérdida de respeto es inevitable, pero se las arreglan para convivir.

Lo que más me molesta no es mi prehistoria, sino el respeto que el viejo exige invocando su paternidad. Se apoya en un crédito que no tiene: en el hecho de que ha habido padres, príncipes, profesores que han merecido este nombre. Pero, en nuestros días, esto es mera palabrería.

Cuando se ufana, me entran a veces ganas de recordarle la oficina de cartografía y las trampas que tendió a mi madre. Ella me escondió en la caverna, como Rea a su Zeus, ante el Saturno devorador.

Por supuesto, no arriesgo esta jugada de ajedrez; también en este punto soy consciente de la imperfección que me atormenta. Hay verdades que deben callarse, si queremos convivir. Cuando se juega una partida de ajedrez, se puede jugar bien o mal. Lo que no se puede es volcar el tablero.

También debo a Bruno esta actitud, pues las lecciones de su curso abarcaban el comportamiento mágico e incluso el práctico. Decía: «Cuando sintáis que las palabras están a punto de salir de la boca, llevad la mano al lado izquierdo del pecho, como si fuerais a sacar la cartera. Así os ahorraréis el gasto de ingenio, que se sumará al capital. Sentiréis vuestro corazón».

Así me porto con mi querido papá. Hay veces que me siento incluso invadido de una sensación de benevolencia. Esto mismo suelo aconsejar a Vigo, cuando siente deseos de contestar a sus odiosos críticos con la misma moneda.

*

Que yo eche de menos al padre, precisamente porque no le reconozco en mi progenitor, es ya harina de otro costal. Le busco en la persona hacia la que pueda sentir respeto. Y esto es posible hasta en Eumeswil, aunque sólo como caso excepcional. Se

encuentran padres nutricios espirituales. Nos unen con ellos lazos más fuertes que los de la sangre.

Pero esta afirmación debe entenderse con las debidas cautelas, porque debe darse siempre un sustrato material. En este sentido, debemos al padre nuestra inserción en un tejido sin fin. En el acto de la generación, celebra un misterio que él mismo desconoce. Su propio ser puede desaparecer en sus profundidades. Por eso es posible que tengamos más parecido con un tío o con un lejano antepasado que con nuestro propio padre. Los genealogistas y biólogos están acostumbrados a estas sorpresas, que a veces echan por tierra sus sistemas. La masa hereditaria es incalculable; llega hasta el mundo inanimado. En ella pueden reaparecer especies hace ya mucho tiempo extinguidas.

*

Este excurso explica bien por qué prefiero la paternidad de adopción a la paternidad de la sangre. En la primera, la paternidad es espiritual. No se trata ya de parientes impuestos por la naturaleza, sino elegidos. Así pues, también en el parentesco espiritual debe dominar Eros; la adopción es la repetición del padrinazgo a nivel superior. Elegimos el padrino, el *pater spiritualis*, y él se reconoce en nosotros… nos acepta. Es una relación íntima, a la que debemos la vida, sólo que una vida de otra especie, que casi me atrevería a calificar de inmortal. Pero no quiero hablar del corazón. No es éste el lugar.

Mi nacimiento y el ambiente en que me vi inserto explican bien que sean tres maestros académicos, tres profesores, las personas con las que me siento emparentado del modo descrito. Si me hubiera dedicado a trabajos manuales, al arte, a la religión o a la guerra, serían otros mis modelos y también serían otros si hubiera elegido, por ejemplo, la carrera del crimen.

Entiendo que, en la pesca del atún, es el *rais* quien desempeña, junto a los pescadores, la tarea más dura. Su obediencia es

sólo la armadura de la confianza que los une con el patrón; él es el jefe, ellos le han elegido. Se percibe aquí más paternidad, incluso cuando les reprende ásperamente, que cuando me siento al lado del viejo, que nada en aguas distantes.

*

De los filósofos se espera un sistema; pero sería inútil buscarlo en Bruno, aunque está profundamente familiarizado con la historia de las ideas. Su curso sobre la evolución del escepticismo desde Heráclito exigió todo un año; es un hombre de mente precisa y ésta es la raíz de su fama. Las lecciones incluyen también el aspecto práctico de su doctrina, su parte artesanal, por así decirlo. El alumno aprobado por Bruno puede afirmar que ha hecho buen uso del dinero gastado en los estudios. Puede sentirse satisfecho. Los discípulos aventajados, ya convertidos a su vez en profesores, saben sacar magnífico partido de esta circunstancia. Quien nos enseña a pensar, nos hace dueños de los hombres y de los acontecimientos.

No deben preocuparse por lo que queda aún en el fondo; no haría sino confundirlos. Cierto que lo que Bruno silencia también les afecta; irradia la racionalidad de su exposición. La autoridad es más eficaz en los silencios que en las palabras. Esto es válido tanto respecto al monarca, que puede ser un analfabeto, como al maestro de elevado rango intelectual.

Cuando tuve la suerte de entrar dentro del círculo de confianza de Bruno, siempre quedaba algo inexpresado en el trasfondo último, incluso en las noches en que vaciamos juntos una generosa ración de vasos. Le gusta el vino que, aunque no llega a dominarle, le otorga una creciente inspiración.

Bruno es de pequeña estatura, de anchas espaldas y rostro ligeramente rojizo. El arco de bóveda de sus ojos presta a su mirada un brillo singular. Al hablar, su rostro puede adquirir la expresión de una penetrante osadía. Y entonces enrojece más aún.

Subraya con una sonrisa los pasajes irónicos, casi de forma imperceptible y siempre amable, como un cumplido. Emite algunas sentencias como el sorbo de degustación de un vino exquisito: reservado para entendidos. Le he visto muchas veces así, frente a mí, con un ligero y libre movimiento de la mano, como si alzara suavemente, al entrar el ángel del silencio, la cortina hacia el reino sin palabras. Y entonces la comprensión sustituía a la razón.

*

También Bruno opina que la situación de Eumeswil es favorable: se ha consumido la sustancia histórica. Ya nada se toma en serio, salvo los groseros placeres y lo que pide la necesidad del momento. El cuerpo social, como un peregrino cansado de la larga marcha, se entrega al descanso. Ahora pueden hacer su aparición las imágenes.

Estas ideas tenían también su contenido práctico para mi oficio de camarero. Como historiador, Vigo me lo había recomendado porque podría contemplar los modelos históricos que volvían a repetirse, sin tener que sentirme afectado y ni siquiera entusiasmado por ellos. Es como cuando se estudia la acuñación de monedas fuera de curso. Aunque no valen nada en el mercado, siguen fascinando al coleccionista.

Bruno aportó el complemento: la idea de que sobre la pared, en la que se desconchaba el encalado, volverían a reaparecer los ídolos largo tiempo olvidados pero todavía soñando su propio mundo… *grafitti* de un poder pre y hasta protohistórico. Entonces llegaría a su fin la ciencia.

*

Así pues, cuando me hallo detrás del bar mi atención avanza en una triple dirección temporal. En primer lugar, está dedicada

al bienestar del Cóndor y de sus invitados: esto es el presente. Luego, sigo con atención sus conversaciones, el proceso de formación de sus decisiones, el entramado de sus intenciones políticas. Para ellos, esto todavía puede ser presente; para mí es, en el sentido de Vigo, un modelo similar al que configuraron los pequeños estados más claramente que los grandes imperios. Florencia fue suficiente para un Maquiavelo. Tengo la seguridad de que el Domo le ha estudiado. Algunas de sus frases parecen sacadas del *Príncipe*.

Hacia la medianoche, cuando ya han bebido bastante, extremo la atención. Caen palabras, frases, que evidentemente se refieren al bosque; voy agrupando las teselas del mosaico. Para esto, los recuerdos de Attila ofrecen superficies mayores, fragmentos más amplios; ha vivido mucho tiempo en el bosque y le gusta contar anécdotas. Es difícil situarlas en su debido orden cronológico y también en el mundo real; piden más el sentido del olfato de un mitólogo que el de su historiador. Un ermitaño vive en el bosque como en un sueño febril.

Venteo el diálogo, como un perro de caza, hasta en la mímica, en el gesto, en lo profundo de los silencios. Algo se agita en la espesura… ¿es el viento, o una fiera desconocida sale al claro? Se hace irresistible el deseo de fijar el instante en una nota; es un instinto que alienta en todo historiador. Y sé cómo hacerlo:

Uno de mis deberes es llevar la nota de las consumiciones del comedor de oficiales; hay que anotar las bebidas y colaciones que pasan de la *pantry* al bar. No se hace por el gasto, sino por razones de seguridad. Nadie se extraña, pues, de verme, lápiz en mano, haciendo cálculos. Desde luego, el Domo examina el libro. Se preocupa, entre otras cosas, por los gustos y costumbres de cada uno de los invitados. Pero es casi imposible que advierta que el texto contiene anotaciones secretas. He ideado un sistema de puntos y acentúo de forma imperceptible ciertas letras. Lo que intento no es tanto fijar lo que he observado cuanto más

bien señalar los puntos esenciales. Insisto una vez más sobre la significación de los silencios. Tengo que controlar también el ambiente. Y en estos instantes, en los que barrunto que algo flota en la sala, me permito ciertas libertades y acentúo su intensidad.

He llegado, al fin, a la conclusión de que basta sólo con el carácter de la letra. Miro el manuscrito como un espejo del tiempo. Olvidaría un detalle en este contexto, si no mencionara el método de Bruno:

Que la escritura transmite algo, desde una simple nota de administración casera hasta los ámbitos del espíritu, es cosa sabida… Que descubre además, a los ojos de los entendidos, una idea del carácter, es un hecho corriente en grafología. Pero Bruno va más lejos: para él la escritura es un espejo que capta el instante y lo vuelve a reproducir cuando se lo contempla de nuevo. ¿Por qué, durante la marcha por el desierto, llevaban consigo los hebreos las tablas de la ley? Todos se sabían su texto de memoria. Pero desde ellas les hablaba algo más y algo distinto de los mandamientos: el poder que ordenaba. Por eso las contemplaba a solas el sumo sacerdote antes del sacrificio… y seguramente también las tocaba. Bruno avanzaba —lo digo salvando siempre las proporciones— en esta dirección. El espejo desempeñaba una importante función: «La imagen originaria es imagen y reflejo». Al parecer, esperaba algo excepcional de mis observaciones nocturnas y daba por descontado que poseo olfato suficiente para ello. Para tomar notas, me proporcionó un bolígrafo de destellos, cuyo depósito contenía minas de varias clases. Cuando la conversación alcanzaba un punto culminante y hacía referencia al bosque, bastaba una presión con el dedo para sacar del depósito la mina destinada a estos casos; es como si quitara el seguro de un arma. No tenía que añadir anotaciones especiales, sino que sencillamente seguía la lista de las consumiciones.

Puede ser imaginación —en definitiva, ¿qué es imaginación? —, pero cuando miraba las columnas escritas surgían las conversaciones como si estuvieran más cerca que en el momento en que las escuché. Es como si se levantara el telón de fondo. La palabra adquiere entonces no sólo una capacidad de comunicación, sino un poder de conjuración. Con mirada retrospectiva, contemplaba los rostros rígidos, como en una ofrenda ritual. Era hasta inquietante.

¿Qué es lo que podía provocar este efecto conjurador? Se abre paso la sospecha de que la mina estaba impregnada con alguna de esas sustancias que van más allá de los límites de la percepción. Actúan incluso en ínfimas cantidades, imponderables como el polen arrastrado por el viento.

Bruno suele hacer esta clase de experimentos, pero no permite la presencia de adeptos. Una vez que le visité de improviso, le hallé completamente ausente. Detrás de la máscara de vidrio, vi un rostro cuya mirada me era insoportable. Por lo demás, es evidente que no recuerda esta visita.

Sea como fuere, no le considero un mago. Su carrera incluye un peldaño mágico nada desdeñable. Pero sólo está destinado a servir al acercamiento —del mismo modo que un curso de lógica sirve de introducción para el estudio de la filosofía. Se plantean aquí problemas de transición: hay que olvidar el saber mágico, porque induciría a engaño cuando comienza la caza cósmica. A esto se debe que, en última instancia, los dioses dependan de la ayuda de los hombres. Con todo, sospecho que Bruno ha optado por el mundo subterráneo.

*

Algunas firmas de Eumeswil acostumbran obsequiar a sus clientes, en Año Nuevo, con modestos regalos de propaganda, preferentemente bolígrafos, que ayudan a mantener vivo el recuerdo de la casa y de los productos que vende. Supongo que

Bruno se trajo consigo, por idéntico motivo, el bolígrafo de destellos, como recuerdo de una de sus visitas a las catacumbas.

Tan sólo un juguete. Probablemente, lo único que intenta es indicar el nivel técnico allí conseguido y, si no inspirar miedo, sí al menos respeto. ¿Es «técnica» la palabra adecuada? Mejor sería hablar de «metatécnica». Pero no entendida como un perfeccionamiento de los medios, sino como una transformación en una cualidad diferente. Cuando un corredor alcanza su máxima velocidad, la carrera se transforma en vuelo. El bolígrafo ofrece un ejemplo: ya no es suficiente la comunicación a través de las palabras.

En otras épocas, se registró una excesiva insistencia en la pura dinámica y, por ende, en la expansión de la técnica por grandes espacios. A ello respondió, en el extremo opuesto, una condensación plutónica a cargo de un reducido número de personas, conscientes de su propia valía.

10

Los considero a los dos como a mis padres espirituales: a Vigo le debo la visión sin prejuicios de la historia, tal como la consigue quien no toma parte en sus sucesos ni a favor ni en contra. Éste es el placer del historiador; toma parte en las acciones como Zeus en las batallas de los dioses y los hombres. Tras el barniz con que las cubrió la Ilustración, las imágenes reaparecen de nuevo con todo su fulgor.

Bruno me permitió barruntar los planos últimos, que ya no pertenecen ni a la historia ni al reino de la naturaleza, que ni siquiera dependen de la presencia del hombre en el universo. Bruno era capaz de borrar la conciencia histórica y sus pasiones.

¿A qué se debe que, a pesar de sus diferencias, yo no acierte a distinguirlos con suficiente precisión? Probablemente, a que se

encuentran y se unen en algún punto, por ejemplo en mí. Del mismo modo, todas las disciplinas, la biología y la física por ejemplo, se encuentran en un punto en el que quedan abolidas y superadas las oposiciones entre los átomos. Vigo se ha dedicado a los dioses, Bruno a los titanes; el primero al bosque, el segundo al mundo subterráneo.

*

Vigo contempla el mundo como un libro ilustrado. Bajo su mirada, los objetos se cargan de tensión y saltan hacia él. Una tarde estábamos sentados en su jardín, en las afueras de la ciudad. Señalando una araucaria, me preguntó:

«Martín, ¿nota algo especial en ella?».

Era un bello ejemplar de este árbol, cuya silueta confiere a nuestras costas su característica austeridad. Pero no veía nada de particular en él. Vigo me lo explicó:

«Hace siete años, se rompió la guía. Tal vez un pájaro quiso posarse encima o un insecto se comió la yema. Un crimen contra la belleza —estuve a punto de talar el árbol. Por suerte, no lo hice. ¿Qué ha sucedido? Una de las ramas laterales se orientó hacia arriba y ha formado una nueva guía, como si fuera una bayoneta. Al cabo de unos pocos años, no se veía ya el menor rastro de la herida. ¿ Qué piensa usted de esto?».

«Lo consideraría como la reproducción del fenómeno a través de la forma».

«Veo que ha aprendido bien mis lecciones. Tiene que tener en cuenta que este giro de noventa grados no sólo ha reparado los daños morfológicos, sino que ha transformado también la anatomía hasta su más delicada estructura, hasta la cicatrización que los silvicultores llaman madera sangrada.

»Puede observar usted el fenómeno también en el campo genealógico. Cuando el verticilo se endereza, una de las ramas la-

terales asume la misión y el poder. En los bosques están nuestros modelos elementales, en los jardines los sociales».

Luego volvió sobre mi respuesta:

«¿Qué fenómeno se manifiesta aquí?… sencillamente, el médico interior de Paracelso; endereza el ser incluso después de decapitado. Yo creo que ya su sola contemplación es salutífera».

Podía pasarme horas enteras escuchando a Vigo y podíamos también permanecer largo tiempo silenciosos. La luna brillaba detrás de la alcazaba; el árbol se recortaba nítidamente en el pálido cielo nocturno. Como pentagramas con sus negras notas, así estaban cubiertas sus esbeltas ramas con redondas piñas.

*

Del mismo modo que Vigo quiere ir más allá de la historia, también Bruno quiere ir más allá del saber; el uno más allá de la voluntad, el otro más allá de la representación. Para el gremio, el primero es reaccionario, el segundo utópico, los dos poco serios. Yo los aprecio, aunque y precisamente porque he escuchado demasiadas veces las chanzas de que les hacen objeto, durante la comida, mi progenitor y mi hermano.

«Los mares nunca navegados se extienden al otro lado de las columnas de Hércules. Herodoto y Heráclito son sus aduaneros».

Escuchaban con desagrado estas y parecidas frases que yo les contaba del seminario de Vigo. Según ellos, no tienen suficiente objetividad. Aquí me mantengo alejado de todo idealismo, aunque le he pagado tributo. Para mí no es bastante que sepan calibrar el peso de los hechos; deben incluir también su Eros. En éste se condensa la materia; el mundo se hace excitante. En esta senda, me entendía bien con mis dos profesores. Ellos me dieron lo que no pudo darme mi progenitor, cuyo amor y conocimiento eran insuficientes.

*

Aunque anarca, no soy antiautoritario. Al contrario, necesito la autoridad, aunque no creo en ella. Como no aparece esta autoridad digna de fe que voy buscando, se aguza mi sentido crítico. Como historiador, sé bien lo que esta autoridad puede ofrecer.

¿Por qué los espíritus que no tienen ya ningún valor intrínseco siguen multiplicando sus pretensiones? Se apoyan en que en otro tiempo hubo dioses, padres, poetas. La esencia de las palabras se ha evaporado en títulos vacíos.

Hay en el reino animal parásitos que chupan silenciosamente a la oruga, hasta vaciarla. Al final, en vez de una mariposa, del envoltorio sale una avispa. Lo mismo hacen aquellos con la herencia, y en especial con el lenguaje. Son monederos falsos. Por eso prefiero la alcazaba, aunque sea detrás del mostrador del bar.

*

«En las universidades ha habido siempre círculos de profesores y alumnos que examinan juntos, y no sin placer, el curso del mundo. El contenido cambia, pero la atmósfera es siempre la misma; recuerdan a los sectarios congregados alrededor de un culto… Siempre se desliza algún error».

Así Vigo. Y Bruno: «Esto es válido para cualquier despilfarro del espíritu. No habría que darles demasiada importancia. ¿A qué conduce esto, en definitiva? Con sus mutuas conversaciones se confirman entre sí en la imperfección del mundo. Entonces se envían señales de socorro y se encienden los fanales de la esperanza. Que Hércules limpie los establos de Augias o que un cartero rural limpie su palomar, ¿cuál es la diferencia? La distancia a las estrellas no es menor porque uno se suba al tejado».

Estas y otras cosas parecidas se oyen, cuando sopla el viento del desierto. Pero también hay momentos de euforia.

11

«Siempre habrá personas que hablen mejor que otras».

La frase fue saludada por los «oh, oh» del auditorio.

«Siempre habrá, además, algunos que hablen bien».

El tumulto fue en aumento. No habían acudido de buena gana al curso obligatorio impuesto por el Domo, a cargo del gramático Thofern.

Como otras disposiciones del Domo, también pude seguir los pasos de ésta desde su origen. Estas miradas desde el interior son uno de los placeres de mi oficio. Soy curioso por naturaleza, cosa imprescindible en un historiador. O se es historiador nato, o uno se aburre.

Saint-Simon no se trasladó a la corte porque tuviera aficiones cortesanas, sino porque era historiador nato. El hecho de ser, además, aristócrata, le facilitó la tarea. Éstos son *roles*... Si hubiera asumido también el de ayuda de cámara, tal vez no se le habrían escapado peces mejores, aún más pequeños. Más importante aún que sus *grandes entrées* era su familiaridad con los *derrières* —el hecho de que se entendiera a la perfección con Bloin y Maréchal. El duque no sólo fue testigo ocular de la terrible escena de aquella noche en Marly, en la que el monarca estaba fuera de sus casillas porque su bastardo favorito se había portado como un cobarde en la batalla. Conocía también la conversación anterior con el encargado del baño.

*

No es una digresión. Estoy hablando de mi segunda profesión, la de camarero de noche en Eumeswil. En virtud de este oficio, pude escuchar una conversación íntima entre el Cóndor y el Domo. Se trataba de una sentencia en una causa civil. El Do-

mo hizo traer la copia que tenía en su despacho y leyó algunas frases:

«Está usted satisfecho con la sentencia».

«Aquí debería haber signo de interrogación».

El Domo repasó de nuevo el pasaje y movió la cabeza:

«No. Hay un signo de admiración. El tipo tiene indigestión de imperativos».

Examinó la firma.

«Y ni siquiera es un copista, ¡es un pasante de abogado!».

A diferencia del Cóndor, el Domo no es un soldado de fortuna. Procede de una antigua familia. Que estos ilustres apellidos hayan podido sobrevivir a la cadena de revoluciones raya en lo milagroso; el hecho se explica por las capacidades que han ido desarrollando en el curso de la herencia, hasta convertirse en instinto, sobre todo el talento diplomático. El ministerio de Asuntos Exteriores proporciona una serie de oportunidades de supervivencia. Pero no entraré en esta materia. De todas formas, si en el grupo a cuyo servicio estoy hubiera alguna sustancia histórica, habría que buscarla en el Domo. Pero, en vez de exhibirla, procura disimularla.

Sus relaciones con el poder pueden calificarse tanto de «primitivas» como de «tardías». A la primera opinión se inclina mi progenitor, a la segunda mi maestro Vigo. Vigo va más al fondo y sabe que estas dos posibilidades no se excluyen entre sí. También para esto tiene una imagen:

Según él, lo primitivo es la capa básica de cada individuo y de sus comunidades. Es su zócalo fundamental, sobre el que se apoya la historia; apenas ésta se desmorona, reaparece aquél. El humus y su flora cubren la capa de roca, pero desaparecen, sin que importe la manera —ya porque se resecan o porque la tem-

pestad los dispersa. Y entonces asoma otra vez la desnuda roca, que alberga inclusiones prehistóricas. Por ejemplo, el rey reaparece como cabecilla, el médico como brujo, la votación como aclamación.

De aquí podría deducirse que el Cóndor está más cerca del inicio del proceso y el Domo más cerca de su fin. En el primero predomina lo elemental, en el segundo la razón. Todo esto tiene sus prototipos en la historia —por ejemplo, en las relaciones entre el rey y el canciller, o entre el comandante en jefe y su jefe de Estado Mayor. En resumen: dondequiera los asuntos se reparten entre carácter e intelecto, entre ser y servicio.

*

Mi progenitor me produce la impresión —para no salir de la comparación de Vigo— de ser como los que se deleitan con ramilletes secos, con flores del herbario de Rousseau. Puedo incluso entenderlo, desde mi razón académica. El autoengaño del viejo se convierte, en la tribuna, en engaño del pueblo.

Mi intervención en los asuntos entre el Domo y los tribunos es, por el contrario, metahistórica; no me preocupan las cuestiones ásperamente controvertidas, sino el modelo. He seguido con el luminar los detalles de la visita de Rousseau a Hume, junto con los equívocos que llevaron a Hume a cursar la invitación. La vida de Jean Jacques se fue despeñando, de desengaño en desengaño, hasta desembocar en la soledad. El hecho se refleja también en la vida de sus sucesores, hasta nuestros días. Cabría sospechar que quedó afectado el núcleo de lo humano. Las grandes ideas brotan del corazón, dijo un antiguo francés. Podría añadirse: y fracasan en el mundo.

*

Considero mal estilo histórico mofarse de los errores de los antepasados, sin tener en cuenta el Eros vinculado a aquellos errores. Nosotros no hemos sucumbido menos al espíritu del tiempo. La locura es hereditaria. Lo único que hacemos es cambiar de tema.

No me enojaría con mi progenitor si se limitara a cometer errores. Nadie puede evitarlos. Lo que me fastidia no es el error, sino su continuo recurso a frases hueras, a las grandes palabras que en otro tiempo movieron al mundo.

Los errores pueden arrancar de sus goznes al mundo político; pero con ellos ocurre como con las enfermedades: en la crisis pueden enderezar muchas cosas y hasta pueden curar —en la fiebre se prueban los corazones. Crisis aguda: es la cascada con nuevas energías. Enfermedad crónica: la consunción, el pantano cenagoso. Así ocurre en Eumeswil; nos consumimos lentamente, aunque sólo por falta de ideas; por lo demás, la infamia ha obtenido su recompensa.

La falta de ideas o, por mejor decir, de dioses, provoca un inexplicable malestar, casi como una niebla que el sol no puede atravesar. El mundo se torna desvaído. La palabra pierde sustancia, sobre todo allí donde debe ser algo más que simple comunicación.

*

Sólo me interesa la actitud política del Domo en la medida en que tiene importancia para mis estudios. Debo evitar pasar de aquí, dejándome arrastrar, por ejemplo, por la simpatía o por cualquier otro género de resaca.

Pero esto no impide que le escuche con gusto. Ocasiones no me faltan. Cuando no hay que agasajar al Khan Amarillo o a otros invitados importantes, las noches en el bar son tranquilas; muchas veces están sólo el Cóndor, con Attila y el Domo, aparte los efebos.

En el bar, estoy encaramado en un alto taburete. Da la impresión de que me hallo pronto y dispuesto para cualquier servicio. La atenta observación de los invitados es una de mis funciones; «adivino sus deseos con la mirada». Dispongo para ello de una agradable sonrisa. La examino en el espejo antes de iniciar mis tareas. Ya he dicho antes que tomo nota de las consumiciones. El servicio de las mesas, llevar los platos, corre a cargo de los efebos.

Éste es el elevado apostadero desde el que observo mi caza. Cuando digo que me gusta escuchar al Domo, me refiero ante todo a un aspecto negativo —al hecho de que no utiliza las grandes palabras, de las que estoy sobresaturado desde que he aprendido a pensar por mí mismo. Por otra parte, también debo admitir que al principio su dicción me impresionó por su sobrio realismo, en una época que nos ha habituado a que el estilo sustituya los argumentos por frases hechas.

Esta impresión de realismo se debe, en primer lugar, a la sobriedad de sus expresiones: pocos adjetivos, no muchas frases subordinadas, más puntos que comas. Nada de florituras; evidentemente, lo exacto pesa más que lo bello, lo necesario más que la moral. No es la lengua de que se sirven los oradores para dirigirse a la asamblea, mover sus ánimos y lograr luego su adhesión, sino aquella otra que se emplea cuando se habla a un reducido grupo, con cuya conformidad se cuenta de antemano. Casi siempre son expresiones que confirman al Cóndor en lo que éste ya deseaba.

Es, pues, el lenguaje del hombre que sabe lo que quiere y transmite a otro este querer. *Digo* no es igual que *dicto*. Cuando dicto, digo con determinación, prescribo: la «t» concentra energía.

Pronto me acostumbré a su dicción, como quien se familiariza con una vieja escuela, por ejemplo de pintura. Tenemos la orilla de un río con árboles, tal como la concebía la segunda mi-

tad del siglo XIX de la era cristiana: luz, movimiento del follaje, un juego de impresiones generales, fluctuantes, cambiantes, que se fue desarrollando, por sus pasos contados, desde Rubens. Pude seguir de cerca el proceso en el luminar. Pero ahora viene otra sala: florentinos, de hacia 1500, tras el destierro de los Médicis. El aire es seco y transparente. Árboles inmóviles, nítidos e inconfundibles, aquí un ciprés, allá un pino. Con ello concuerdan los rostros, las leyes, la política.

*

Del ejército proceden, desde mucho tiempo atrás, todos cuantos se glorían de ser capaces de sacar al carro del atolladero en que está hundido. La situación se torna entonces peligrosa, también para ellos. Se produce una etapa de transición, durante la cual se van formulando las ideas, que parecen similares a las de los tribunos. Esto ya no es necesario en Eumeswil. Por lo demás, el Domo prescinde de cinismos; puede apuntarse este hecho en el haber de su fuerza.

Es bien sabido que tampoco las tropas pueden llevar al carro más lejos que los demás. Parece darse aquí, desde los tiempos antiguos, desde Mario y Sila, un constante relevo; caso por caso, se registra la dilapidación de un crédito de fe, de buena voluntad, o, simplemente, de vitalidad. Al espíritu del tiempo le gustan las hojas todavía en blanco. Una vez escritas, se desprenden por sí solas.

*

Me guardo mucho, como ya dije, de todo sentimiento de simpatía, de compromiso interno. Como anarca, debo mantenerme libre de ello. Tengo que servir a alguien, esto es inevitable; en este aspecto, me comporto como un *condottiero*, que alquila sus servicios por algún tiempo, pero sin sentirse íntimamente ligado

a ninguna causa. Además, mi servicio aquí, en el bar de noche, forma parte de mis estudios, su lado práctico.

Como historiador, estoy convencido de la imperfección, más aún, de la inutilidad de todo esfuerzo. Confieso que tal vez en esta actitud tenga algo que ver la sobresaturación de una época tardía. El catálogo de las posibilidades parece agotado. Las grandes ideas se han desgastado a fuerza de repetidas. Ya nadie mueve un dedo por ellas. En este sentido, mi conducta es similar a la de cualquier otro ciudadano de Eumeswil. Nadie sale a liza en defensa de una idea. Para ello, sería preciso que el precio del pan o del vino aumentara, aunque sólo fuera un céntimo, o que se produjera un tumulto a propósito de los pilotos de carreras.

*

Como historiador soy escéptico, como anarca, precavido. Lo que contribuye a mi sensación de bienestar, y hasta a mi buen humor. Así conservo juntas mis posesiones, aunque no sólo para mí, como si fuera el único. Mi libertad personal es una ganancia adicional. Además, estoy preparado para el gran encuentro, para la irrupción de lo absoluto en el tiempo. Aquí finalizan historia y ciencia.

*

Aunque me gusta más el lenguaje del Domo que el de mi progenitor, el hecho es relativo. El del Domo es más concreto pero, comparado con el de Attila por ejemplo, parece como desprovisto de follaje. Se ve el ramaje, se perciben las desnudas ramas, aunque debo añadir que insinúan las raíces. Se reflejan en él. Hay una profundidad desde la cual la lógica asciende hasta el lenguaje —pero no me refiero a la lógica que se enseña aquí, en Eumeswil, sino a aquella otra que fundamenta el Universo y que, al ascender por su ramaje, lo orienta siempre hacia lo alto.

*

«El que no puede hablar, tampoco debe juzgar», he oído muchas veces esta frase en labios del Domo. No me extrañó, pues, que le irritaran tanto los groseros errores de aquella sentencia. La consecuencia inmediata fue decretar que todos los juristas asistieran obligatoriamente a las lecciones de Thofern. El profesor pasaba por ser nuestro mejor gramático.

12

Tras haber provocado, con su introducción sobre las diferencias cualitativas del lenguaje, la desaprobación de su auditorio, Thofern consiguió, mediante un paréntesis, su aplauso y su hilaridad.

«Ayer por la noche, cuando estaba sentado en el Huevo Azul, sin ninguna mala intención…».

Hay que advertir que no son precisamente lugares de mala nota los que nos faltan en Eumeswil. Los hay para todos los gustos, por muy aberrantes que puedan ser. Se debe a la liberalidad del Domo, secundado por el Cóndor. «A cada uno lo suyo» tiene entre nosotros una muy laxa interpretación.

El Domo decía: «Lo que cada cual hace en la cama o en la cuadra, es asunto suyo; no nos metemos en esto. *Bien manger, bien boire, bien foutre*… Si lo prohibiéramos, daríamos un trabajo enorme a la policía y a los tribunales. Así que, fuera de los criminales vulgares y los locos, sólo nos preocupamos de los que intentan mejorar el mundo; éstos son todavía más peligrosos.

»Nuestras gentes de Eumeswil no quieren futuros mejores; quieren vivir bien ahora. No quieren escuchar el tintineo de las monedas, quieren tenerlas en su bolsillo. Mejor pájaro en mano

que ciento volando. Hasta podemos servirles a manteles puestos».

Mi progenitor se apoya en las ideas, el Domo, en los hechos. Ésta es la diferencia entre el liberalismo y la liberalidad. Como historiador, debo observar que todo está bien a su debido tiempo. El método del Domo presupone nuestro sustrato campesino. Se han consumido las grandes ideas por las que se dejaron matar seis millones de personas. Han desaparecido también casi todas las diferencias: circuncisos e incircuncisos, blancos, amarillos o negros, ricos y pobres, no dan ya tanta importancia a estas cualidades. Sólo saltan a la calle, a lo sumo, cuando no alcanza el presupuesto o en las fiestas de Carnaval. En conjunto, aquí se puede hacer y dejar de hacer lo que a cada uno le plazca.

Aunque tirano, el Cóndor trata a la gente en el mercado y en el puerto —bien que discretamente escoltado— como si fueran sus iguales. Le gusta entablar conversación:

«Kârim, viejo truhán, siempre al pie del cañón… Juraría que todavía eres capaz de correr una juerga…».

Se dirigía al *rais* de los pescadores de atún, un hombre de blanca barba, ya cerca de los ochenta. Y éste:

«¿Qué quieres decir, Cóndor? ¿Cada semana o cada noche?».

*

El «Huevo Azul» es un tugurio de pésima fama, frecuentado por drogadictos y criminales. El Domo se hace informar por medio de vigilantes de los movimientos de los bajos fondos. Se trata de una profesión peligrosa. No pasa un mes sin que los serenos descubran por los alrededores a un hombre acuchillado.

Se comprende, pues, que al mencionar Thofern un lugar que hasta los rufianes distinguidos se abstienen de frecuentar, estallaran las carcajadas. Según él, lo único que quería era recabar información sobre un lance de cuchilladas. Algunos ladrones es-

taban comentando el caso. Dado que están más atareados por la noche que durante el día, algunos de ellos pasan las mañanas en las audiencias de los tribunales. Se divierten y al mismo tiempo extraen lecciones instructivas.

Se comentaba, pues, en el «Huevo Azul», una acusación de asesinato, que se había cerrado sin emitir sentencia. La víctima era un traficante de opio; aunque es un oficio tolerado, no deja de entrañar ciertos riesgos. Hay toda una serie de cosas que, aunque no están permitidas, tampoco están perseguidas, creando así una zona ambigua, al margen de la legalidad pero sin estar fuera de ella, muy acorde con la fantasmagórica fama del antro.

En esta zona intermedia, son también imprecisos los Emites de los impuestos; de esta circunstancia sacan provecho tanto la alcazaba como los bajos fondos. Se producen incidentes, más por el opio que por el cáñamo. Aquél insensibiliza, éste excita. Un hombre, atacado por el *amok*, corre por la calle blandiendo un resplandeciente cuchillo; una estudiante se quema viva en la cama. Cuando el Domo hace llamar a uno de los grandes comerciantes, para hablarle «con entera confianza», no tiene que añadir palabras expresas para moverle a la generosidad. Estos regalos no dejan, además, ninguna huella.

También los bajos fondos tienen sus aduanas. Los comerciantes, distribuidores y dueños de locales son víctimas propicias para la extorsión y saben llegar a un arreglo. Pagan regularmente, anotándolo en la columna de gastos generales. Tampoco aquí quedan huellas.

En el caso en cuestión, el comerciante se había dejado enredar en una prueba de fuerza que superaba sus posibilidades. El asunto empezó a tomar mal cariz: a las cartas amenazadoras siguió una bomba de piña ante su puerta, a continuación apareció acribillado uno de sus guardaespaldas y, en fin, lanzaron tras él las ratas. El asunto se ponía feo. Había que abandonar Eumeswil

a toda prisa. Tuvo tiempo justo para alcanzar un navío surto en el puerto, a punto de levar anclas. Probablemente se proponía buscar refugio junto al Khan Amarillo, en cuya protección había puesto excesiva confianza.

Pero nadie se ríe de las ratas; cuando se ponen en acción y han olfateado la presa, la cacería es apasionada. Apenas el comerciante había cruzado la pasarela, se desprendió de una grúa un fardo, del que escapó por el grueso de un cabello. Era tan pesado que atravesó la pasarela de parte a parte. El hombre pudo llegar sano y salvo a su camarote de lujo, con salón y cuarto de aseo.

Pero cuando apareció el *facchino* con las maletas, encontró al pasajero, sin vida, ante el espejo del lavabo. El médico de a bordo, que ya había embarcado, sólo pudo firmar su certificado de defunción: ataque cardíaco —evidentemente, había recibido una impresión tan fuerte como otrora el caballero del lago Constanza.

Ningún marinero se siente a gusto con un cadáver a bordo. Estaban todavía a tiempo de deshacerse de él. Tras firmar el certificado de defunción, el médico regresó con los camilleros para vigilar el traslado. El muerto yacía sobre la cama, desnudo de medio cuerpo arriba. En esta posición le había examinado el médico. Éste pudo afirmar bajo juramento que cuando lo examinó todavía no estaba el estilete clavado en la parte izquierda del pecho. Pero ahora sobresalía claramente la empuñadura.

El golpe había sido asestado, con la seguridad de un profesional, en el corto intervalo que mediaba entre el examen médico y el traslado a tierra. No fluyó la sangre. La hoja había atravesado un corazón sin vida. Así lo confirmó la autopsia, a la que asistió también Attila. Esta circunstancia hizo que yo pudiera enterarme del caso por las conversaciones en el bar, durante la noche.

La policía subió a bordo. Se produjo un irritante retraso en la partida. Todos los pasajeros, la tripulación y, en general, cuantos

se hallaban sobre el puente o debajo de él, fueron sometidos a interrogatorio. Las primeras sospechas recayeron sobre el *facchino*, que parecía saber más de lo que decía, aunque evidentemente no tenía nada que ver con el hecho en sí.

Cuando corre peligro de verse llamada a declarar como testigo, la gente suele comportarse como los monos del templo de Nikko, que se tapan la boca, los ojos y los oídos —y no les faltan buenas razones para ello. Pero la policía conoce el paño. Por muy enredado que esté el ovillo, les basta dar con el cabo para desenredar toda la madeja.

No se necesitó mucho tiempo para sonsacar al maletero; en efecto, había ocurrido algo fuera de lo normal. Y lo confesó sin mayores reparos, porque se trataba de un *facchinaccio*, es decir, uno de esos tipos que, en la confusión de la partida, se deslizan al interior del barco para ganarse una propina o espiar una ocasión favorable. Como no tienen licencia de trabajo, es bien comprensible que sean para los *facchini* como una espina en el ojo.

Se había descubierto, pues, el rastro todavía caliente. Se concluyó que aquel falso maletero era el asesino que había asestado el golpe. Se había deslizado como una sombra en el camarote, en cuya penumbra yacía sin vida el comerciante, tal como lo había dejado el médico. Y, en una fracción de segundo, llevó a cabo su tarea.

*

Éste habría sido, pues, el tema de la conversación que Thofern había sorprendido, o así lo pretendía —no estoy seguro de ello— en el «Huevo Azul». Me asaltó la idea de si no había leído ya toda aquella complicada trama en una novela o la había visto en uno de esos filmes policíacos que constituyen entre nosotros una parte básica del tiempo libre, que luego se olvidan con rapidez. La caza del hombre, con todos sus refinamientos, es uno de los temas que nunca pierden su encanto y pueden variar hasta el

infinito. Algunas veces me permito poner en el luminar resúmenes de las obras de Pitaval y de otros autores similares. Sobre el tema del asesinato de un cadáver, descubrí en Day Keene, un clásico del género una receta parecida. Es una de las variantes que, desde los tiempos de Caín, reaparecen en nuestras pesadillas: en sueños, creemos haber cometido un asesinato; la vigilia nos devuelve nuestra inocencia.

Pero ¿por qué el profesor descubrió este asesinato con tanto lujo de detalles? A fin de cuentas, no se trataba de un curso de derecho, sino de filología. Pero muy pronto se pudo ver que Thofern estaba a la altura de la misión que el Domo le había confiado.

«Señores, el tribunal se enfrentaba con una acusación en la que se solicitaba una pena capital. La defensa pidió libre absolución. Vamos a seguir sus pasos, analizando el significado de la palabra "apuñalar".

»Supongamos que el golpe contra el comerciante fue asestado cuando todavía estaba vivo y que fue este golpe el que le causó la muerte; es evidente que en este caso nos hallaríamos ante un asesinato con premeditación. Si el golpe no le hubiera producido la muerte, la defensa se basaría en lesiones corporales. Pero no ocurrió ninguna de las dos cosas. A un cadáver no se le puede ni matar ni causar lesiones, en el sentido enunciado. De otra suerte, también habría que castigar al forense que hace la autopsia.

»La defensa tiene que demostrar, por tanto, que el comerciante no fue apuñalado (*erstochen*), sino «punzado» (*gestochen*) y que, por tanto, se trataba de una acción sin consecuencias punibles. Ahora bien, el *facchinaccio* no habría sido capaz de basar su defensa en esta distinción, porque supera el nivel de sus conocimientos gramaticales; era incumbencia del abogado defensor poner en sus labios las palabras adecuadas.

»Señores, la diferencia entre estos dos prefijos puede parecer mínima. Pero aquí tienen un buen ejemplo de su trascendencia. El "er" nos lleva a las raíces del lenguaje. Es un "ur" debilitado.

»El "ge", en cambio, amplía, generaliza, como monte (Berg) en montaña (*Gebirg*). Aunque también en este caso la sílaba se ha debilitado y trivializado con el uso».

Thofern sonrió: «Pueden extraer de aquí muchas conclusiones. En el "er" se encierra la idea de soberanía. La distancia a la luna puede calcularla cualquiera que posea algunos conocimientos de trigonometría. La ha "medido" (*gemessen*), la ha "probado"… es un conocimiento general que comparte con la sociedad. Pero "comprobarla" (*ermessen*) es cosa que tiene que hacer cada uno por sí mismo».[2]

A continuación pasó a examinar otra circunstancia: «Podríamos también suponer que el comerciante sucumbió al ataque de una banda y que cuando recibió la última puñalada ya había muerto. En tal caso, no se trataría de la continuación de un acto, sino de un acto continuado.

»Esto crea una diferencia que más que a la culpabilidad de la acción se refiere a su punibilidad. El juez debe determinar con absoluta precisión la secuencia temporal de los hechos. Si con los tiempos de los verbos no puede conseguirse la precisión requerida, debe llegarse a ella por medio de paráfrasis».

Y presentó algunos ejemplos.

*

La intención primaria de Thofern había sido hacer su presentación personal. Y lo consiguió plenamente. Esta inauguración de sus lecciones estaba pensada en función de un curso dedicado a los prefijos, que ofrecía bajo la forma de un *puzzle* de investigación etimológica detectivesca… interesante y para mí, como historiador, hasta excitante. Llegaba hasta el análisis de las in-

tenciones del *facchinaccio* y establecía las diferencias de la voluntad delictiva con ejemplos clásicos.

Por ejemplo, si, tras la puñalada, la muerte del comerciante hubiera sido sólo aparente y el criminal, para deshacerse del cadáver, lo hubiera arrojado al mar, de modo que la muerte se produjera por asfixia, el defensor se enfrentaría con una tarea harto menos fácil.

«Se habría conseguido el efecto intentado a través de una serie de acciones unidas entre sí por una secuencia causal, pero no lógica, que los antiguos juristas englobaban bajo el epígrafe de *dolus generalis*. En nuestros días, no se hila un delgado… con razón o sin ella, porque es difícil distinguir entre lo real y lo posible y entre lo posible y lo deseable. A esto responde un empobrecimiento de las formas verbales, que no puede compensarse con especulaciones psicológicas. Volveré sobre este tema cuando abordemos lo irreal».

*

También a mí me preocupaba vivamente esta idea, aunque bajo otros aspectos, porque Eumeswil es una ciudad en la que nada parece real y todo parece posible. Esto nivela las diferencias y favorece un claroscuro en el que la vigilia y el sueño se confunden. Ya no se toma tan en serio la sociedad; lo cual confiere a las dictaduras una nota nueva; no en balde alude Vigo con tanta frecuencia a las resonancias de las *Mil y una noches*.

Un pescador, un descargador, un tintorero, no sólo perciben en sus sueños cosas nunca oídas, sino que salen de ellos engrandecidos. Entre el deseo y el cumplimiento no hay barreras. Recuerdan la situación de la lámpara de Aladino: el zapatero remendón que la encuentra, la frota y sale un demonio:

«Soy el esclavo de la lámpara y de su propietario —ordena, señor, lo que deseas: construirte un palacio en una noche, aniquilar un pueblo o incendiar una ciudad».

Hasta aquí la fábula —y, sin embargo, el pueblo fue aniquilado y su ciudad, en el lejano Oriente, destruida hasta sus cimientos. Así lo dispuso un comerciante de textiles. En vano intentaron los historiadores determinar la verdad del hecho. Superaba sus criterios de verificación.

Bruno está en lo cierto cuando relaciona estas fábulas con la magia, que evoluciona hasta convertirse en *scienza nuova* que se sirve de la ciencia. La técnica tiene un subsuelo. Es inquietante hasta para sí misma. Está ya cerca de la realización inmediata de las ideas que le advienen en los sueños. Parece que ya sólo falta un corto paso. Un paso que podría surgir, como de un espejo, del sueño mismo. Para esto ofrece Eumeswil un clima favorable.

Ya no habrá que abrir una puerta; girará por sí misma. Podrá alcanzarse en un abrir y cerrar de ojos cualquier lugar que se desee. Podrá extraerse del éter, o, como en el luminar, de las catacumbas, cualquier mundo, por extraño que pueda ser.

Éste es el aspecto del confort. Thofern deriva la palabra de *conferto* — «conforto». Pero el confort puede ser demasiado fuerte.

*

A partir de aquella introducción al cursillo para juristas, asistí con regularidad a las clases de Thofern y me apunté también al seminario. Encontré allí pocos alumnos, y casi siempre los mismos; la gramática es una ciencia muerta. Por eso se la cultiva con mayor seriedad en el ámbito de las lenguas muertas que en el de las vivas.

Lo que el Domo quería era que los juristas aprendieran a dominar la lengua como instrumento lógico para poder sentenciar; quedaban lejos de su zona de interés las consideraciones de la estética o de las musas, salvo la música.

La tiranía tiene que dar importancia a una buena administración de la justicia en los asuntos privados. Por otra parte, esto consolida su autoridad política. Esta autoridad se basa en la igualdad, a la que se sacrifica la libertad. Tiende a la nivelación y, por consiguiente, está emparentada con la soberanía popular. Las dos producen formas similares. A las dos les resultan incómodas las élites que destacan por su lenguaje. Llegan a odiar a los poetas.

Thofern, como gramático, da un valor singular a la palabra «destacar» y en esto coincido con él como historiador. El oficio de historiador es trágico: en definitiva, se dedica a la muerte y a la eternidad. De ahí su rastrear en los escombros, su girar en torno a las tumbas, su insaciable sed de fuentes, su ansiosa escucha de los latidos del tiempo.

Me he preguntado muchas veces qué es lo que se oculta tras esta inquietud. Comprendo muy bien el miedo del salvaje cuando contempla el ocaso del sol y teme que no retorne. En el retorno confiaba el hombre que hacía encerrar su momia en el seno de la roca. Cuando nosotros la libramos de sus vendas, confirmamos su —no, nuestra— esperanza. Cuando prestamos vida al pasado, logramos realizar un acto que vence al tiempo y triunfa sobre la muerte. Si esto es posible, también cabe imaginar que un dios nos devolverá el aliento.

13

«La decadencia del lenguaje no es tanto una enfermedad cuanto un síntoma. Se estanca el agua de la vida. La palabra tiene todavía significación, pero no sentido. Es cada vez más desplazada por las cifras. Es incapaz de poesía, ineficaz para la oración. Los placeres groseros sustituyen a los del espíritu».

Así Thofern. En el seminario descendía a los detalles:

«En los argots, en los libros que se venden bajo cuerda o que se leen tapándolos con una mano, hay siempre un deleite, más o menos oculto. Pero luego se los celebra como modelo. Domina el tercer tono».

Por «tercer tono» entendía Thofern el nivel ínfimo en la manera de nombrar las cosas y las actividades. Se las puede denominar de una forma elevada, corriente o vulgar. Cada una de ellas tiene su lugar adecuado.

«Cuando se recurre a lo vulgar en el lenguaje cotidiano y más aún en la poesía, se produce un ataque contra el lenguaje elevado. Si, por ejemplo, hay un glotón que, además, se jacta de ello, se libra de la sospecha de ver en el pan un milagro, cuyo culto celebra en cada comida.

»La profanación excita las formas más bajas del regocijo. La cabeza puede convertirse en noble testa, la cara en rostro, pero también puede deformarse en mamarracho. Puede hacer reír, como se ve en el pandemónium. También los dioses se reían de Príapo. El bufón está bien para los entreactos. Pero si domina toda la escena, como *buffo assoluto*, la escena se convierte en deforme caricatura.

»En la Ópera cómica he podido comprobar muchas veces que algunos espectadores abandonan la sala en cuanto comienzan a estallar las risas. No es sólo cuestión de gusto. Hay una satisfacción colectiva, un júbilo, que anuncia un peligro inmediato. Los buenos espíritus abandonan la casa. En el circo, se cubrían con un velo las estatuas de los dioses, antes de que comenzara a correr la sangre».

*

En mi calidad de historiador, pude ayudar de cuando en cuando a Thofern en la preparación de sus temas. Así, por ejemplo, cuando estaba estudiando el proceso de decadencia del len-

guaje, me pidió que le proporcionara material sobre la participación de los eumenistas.

Las cosas se remontan a mucho tiempo atrás, y puede afirmarse que ya ningún gallo cacarea por ello. Pero, en el luminar, pude seleccionar por mí mismo toda una inabarcable cantidad de títulos, sin salir del reducido círculo de nuestra ciudad. Como en cualquier otro trabajo con el aparato, lo más importante era fijar bien los puntos centrales. Afluyó caóticamente lo que movía el espíritu del tiempo: lo importante era comprender el sentido histórico que se ocultaba en el fondo de las opiniones y de los sucesos.

La decadencia del lenguaje a que el profesor se refería ocurrió en el período final de las naciones combatientes, que anunciaba los grandes bloques. Pero antes hubo que destronar a los dioses regionales; que también el Padre fuera afectado por la medida, era indicio de una inquietud a nivel planetario.

El destronamiento del Padre amenaza al cielo y a los grandes bosques; cuando Afrodita se despide, el mar se torna opaco; cuando Ares no preside las guerras, proliferan los desolladores, la espada se convierte en cuchillo de carnicero.

En una época agonizante, en la que era título de gloria haber contribuido a la decadencia del propio pueblo, no podía maravillar que se cortaran también las raíces de la propia lengua, sobre todo en Eumeswil. Pérdida de la historia y decadencia de la lengua van de la mano. A esta tarea se dedicaron los eumenistas. Se sintieron llamados a despojar de su follaje a la lengua y a prestigiar la jerga. Y así, so capa de facilitar la comunicación, despojaron al pueblo de su lengua y, con ello, de su poesía, mientras los eumenistas ponían en el pináculo de la gloria a sus espantapájaros.

Los ataques a las lenguas adultas y a la gramática, a la escritura y a sus signos son uno de los elementos constitutivos de la simplificación que se ha introducido en la historia bajo el nom-

bre de revolución cultural. Pero ya antes había comenzado a proyectar su sombra el primer Estado Mundial.

*

De cualquier forma, estas cosas pertenecen ya al pasado. En este sentido, nos hemos liberado de apetencias y deseos y podemos juzgar con imparcialidad, a condición de que tengamos la capacidad suficiente para ello. En mi opinión, esto es lo que ocurre, en Eumeswil, con hombres como Vigo, Bruno y Thofern. A pesar de sus diferencias, los tres pueden llevar una conversación en la que no se recurre de entrada a frases hechas. Aquí se tiene a menudo la impresión de que no te responde la persona, sino la muchedumbre. Con todo, hay plataformas elevadas, como la de mi querido papá, y también platijas de las profundidades, que se agrupan en sectas.

Los tres tienen también en común un enraizamiento directo en el mito, al que no han desnudado y secularizado al modo de los psicólogos. Por eso pueden someter a prueba a los dioses desde su propio contenido sustancial. Por eso están distanciados del tiempo y se nutren de las estructuras fundamentales que se repiten en los acontecimientos.

Vigo califica al Estado Mundial como una de las utopías permanentes que los actores de la historia consiguen representar con mejor o peor fortuna.

«El fenómeno aparece ya en la historia natural como una especie de hambre, por ejemplo en la formación de las moléculas gigantes. Pero son éstas las más directamente amenazadas de destrucción —y acaso sean incluso uno de sus signos precursores. Cuando más se extiende el Estado, más depende de la igualdad, a costa siempre de la sustancia».

Al mismo tiempo, considera el impulso hacia la magnitud máxima y hacia la subsiguiente disgregación como una secuencia de latidos:

«La medusa se mueve ya cuando despliega su umbela y luego la contrae. Del mismo modo, se suceden en el curso de la historia el anhelo de grandeza y la tendencia al aislamiento. Ya Boutefeu sabía —y nosotros lo hemos experimentado— que el Estado Mundial llega a su cúspide y luego se desmorona de la noche a la mañana. Los límites del Leviatán son más temporales que espaciales».

*

Ya he mencionado la predilección de Vigo por las épocas de decadencia. En realidad, no se trata tanto de decadencia cuanto de la madurez final de las altas culturas, tras el primer escalofrío. De ahí que para él sean «más grandes». Atenas y Tebas que el imperio mundial de Alejandro —y, de todas formas, prefiere siempre las ciudades-estado:

«En ellas cristalizan el campo y el paisaje, mientras que los grandes imperios los lavan con lejía y los degradan a la condición de provincias. Antes de Alejandro, todavía bajo los sátrapas, Asia Menor era un reino de cuentos de hadas. Herodoto y el mismo Ovidio nos han transmitido un eco».

Por lo demás, Alejandro lleva merecidamente el predicado de Magno.

«Tal vez esta magnitud hubiera sido más pura, de no haber tendido a la enormidad. En él había más que un poder histórico, había un poder divino. Por eso fue uno de los últimos que entraron en el reino del mito».

«¿Y Cristo?».

«Cristo ya no es un mito».

También las guerras de los diadocos testifican, según Vigo, el carácter singular, único, de Alejandro. Ellos formaron el modelo del destino de los grandes imperios. Luego se refería a Eumenes, el griego entre macedonios, el diadoco de nuestra común predi-

lección. A él debe su nombre Eumeswil. Cualquier otra referencia a este hombre es mera arrogancia de *fellahs*.

«Cuando un gran imperio se desmorona, como a la muerte de Alejandro, entonces las viejas tribus intentan separarse de nuevo, invocando su peculiaridad. Pero ya la han perdido, bajo el peso del gran imperio, como el grano bajo la muela del molino. Ya sólo conservan el nombre, como las ciudades griegas de la época romana. En cambio, Alejandría registra un período de esplendor.

»En ella, la cultura no está ya en la sangre, sino en la cabeza. Se inicia la época de los polígrafos, de los lexicógrafos, de los especialistas y coleccionistas. Las antigüedades y las obras de arte alcanzan precios fabulosos. Todavía pueden ustedes percibir sus ecos en Eumeswil. Es un interés similar al que despiertan algunas especies animales en el momento en que están amenazadas de extinción. Es el brillo de los tejados en el ocaso del sol».

Así, más o menos, Vigo. Cito de memoria y a grandes rasgos. Como historiador, Vigo contempla el curso de la historia universal como un movimiento cíclico y, por eso, tanto su escepticismo como su optimismo son moderados. Siempre habrá un rincón donde calentarse al sol, incluso en Eumeswil.

Bruno, en cambio, contempla al mundo desde la perspectiva mágica. La tierra muestra acá y acullá, de vez en cuando, sus tótems, el de la antigua Serpiente que se desprende de sus miembros o los repliega en su interior. Así se explican el Estado Mundial, la extinción de las culturas, la desaparición de especies animales, los monocultivos, los desiertos y la multiplicación de los terremotos y de las irrupciones plutónicas, el retorno de los titanes —por ejemplo de Atlas, que encarna la unidad, de Anteo, que personifica la fuerza, o de Prometeo, símbolo de la astucia de la madre.

Con esto se da la mano la caída de los dioses. Regresaron de nuevo los que habían arrojado al Padre del trono —lo que en la edad antigua fue la hoz diamantina que sirvió para castrarle, es ahora la razón y la ciencia. Bruno aludía al carácter subterráneo de la técnica, que se nutre de tierra y fuego, al plutónico resplandor de sus paisajes.

La Serpiente volvió a ser poderosa; volvieron los dolores de parto. En Eumeswil se vivía como en una isla, como sobre los restos flotantes de un naufragio. ¿Por cuánto tiempo aún? Hasta los niños se reían de los dioses. ¿Por qué no, después de todo? Pronto tendrían nuevas muñecas, la provisión era inmensamente grande. ¿Y por qué dioses? Grandes sorpresas estaban ya llamando a la puerta.

Bruno tiene acceso a las catacumbas; pero respecto al conocimiento de los poderes reales es menos comparable con Vigo que con Attila, que ha vivido en los bosques.

Bruno se distancia del campo de la historia con más decisión que Vigo; por eso me atraen las retrospectivas del uno y las prospectivas del otro. Como anarca, tengo la firme determinación de no comprometerme con nada, de no tomar nada con definitiva seriedad… pero no al modo nihilista, sino como el centinela de la línea avanzada que, situado en la tierra de nadie, aguza, en el flujo y reflujo, ojos y oídos.

Por tanto, tampoco puedo comprometerme con el retorno. Es el refugio final del conservador que ha perdido la esperanza en la política y la religión. Mil años son para él la unidad monetaria más pequeña; calcula por ciclos cósmicos. Un día se manifestará el Paráclito, saldrá de la montaña el emperador encantado.

Pero siempre hay sucesión, siempre hay tiempo. Lo temporal vuelve una y otra vez, sometiendo a los dioses a su ciclo automático —por eso no puede haber un Eterno Retorno; es paradójico

—, no existe el Eterno Retorno. Es mejor hablar del Retorno de lo Eterno; sólo se producirá una vez —y entonces llegará el tiempo al final del trayecto.

Así me explayaba, en el jardín de Vigo, mientras la luna brillaba sobre la fortaleza.

«Vaya», dijo él, «hemos puesto el dedo en la llaga».

A mí, que tengo toda la piel hecha una llaga viva.

La idea del Eterno Retorno es como el pez que quiere saltar de la sartén. Cae en las brasas.

Thofern siente ante todo la pérdida. Su dolor es el del hombre inspirado, en una época sin inspiración. Conoce los valores y también las medidas; pero eso no hace sino avivar su desengaño, cuando los aplica al presente. Yo creo que tiene talento poético, pero que se le ha negado la capacidad expresiva. En el espacio sin dioses, es como el pez que aún mueve las agallas, cuando el oleaje le ha arrojado a la playa. Lo que en su elemento era un placer es ahora un tormento. Ha pasado la Edad de los Peces.

Conozco demasiado bien, como historiador, este tormento. Tenemos en nuestros gremios obras famosas que han nacido de él. Hay aquí como una atmósfera de desierto. En los espacios sin aire, las estructuras se acercan con un contorno hiperreal. Un estímulo, un gusto anticipado de la muerte —éste es el hechizo mágico de la Ciudad del Cobre.

Quien abre con respeto las tumbas, descubre en ellas algo más que polvo, más que los placeres y los tormentos de edades desaparecidas. A esto cabalmente se debe que el historiador sufra menos que el poeta. Para éste no hay lenitivo en ningún saber. A él no le ofrecen cobijo los palacios desiertos.

Me habría gustado intimar con Thofern lo mismo que con mis otros dos maestros, pero pronto advertí que era imposible. Su temor a los contactos va mucho más allá de lo normal. Evita incluso el sol; los juristas le llaman «el Rostropálido».

Si, por tazón de su cargo, tenía que recibir a un alumno, evitaba darle la mano y le señalaba un asiento en el rincón más distante. Tiene las manos inflamadas de tanto lavárselas y cepillárselas.

No deja de ser extraño que consiguiera una cátedra. Estudió historia como asignatura secundaria y Vigo me contó que para poder examinarle tuvo que recurrir a una argucia. Le invitó a subir a su auto y entabló una charla con él, pero en cuanto advirtió de qué se trataba, saltó del coche en marcha e incluso se produjo algunas heridas. De todas formas, había aprobado el examen.

Estos temores se deben a una sensibilidad a flor de piel que, por otra parte, le capacita para captar los más finos matices. Es pura delicia asistir a una de las exégesis con que sigue el movimiento y toma el pulso. No suele explicar la musicalidad de los versos, sino que simplemente los recita, como si rogara al poeta que volviera a hablar en ellos.

Sus clases son a la vez contenidas y apasionadas, interrumpidas por silencios que penetran más profundamente que las palabras. Ni siquiera los juristas pueden sustraerse a esta impresión. Mide las sílabas con los dedos, marca suavemente el ritmo con el brazo. Si le es posible, se apodera del manuscrito original o lo hace fotocopiar en el luminar. Yo observaba que, aunque tenía la hoja en la mano, recitaba de memoria —y era capaz de recrear el presente del poeta. Un rasgo mágico, que entusiasmó a Bruno cuando se lo conté.

Por otra parte, su sensibilidad para el lenguaje le causa más dolor que placer. Le molestan las incorrecciones hasta en la conversación normal, tan insignificantes a veces que sólo él las ad-

vierte, como chabacanas afrentas. Pero, por encima de todo, es asombrosa la seguridad de su exposición —entonces habla *ex cathedra*. A veces recurre a la ironía, el arma clásica de los sojuzgados.

*

He hablado hasta ahora de mis maestros, con los que me siento más compenetrado que con mi progenitor, pues prefiero el parentesco espiritual al de la sangre. Sería muy hermoso, ciertamente, que los dos se dieran cita en una misma persona: «un corazón y un alma», se decía en los viejos tiempos; alma era entonces sinónimo de «espíritu». Pero incluso mi hermano es un extraño para mí.

Ya dije antes que no tengo nada contra la autoridad, aunque no creo en ella. Más exactamente, diría que la necesito, porque tengo una idea de la grandeza. Por eso me mantengo, aunque no sin escepticismo, al lado de las primeras figuras.

A fuer de honrado, no debo ocultar que tengo que estar agradecido a ciertas capas que suelen llamarse el humus de la educación. Hay un Eros de la enseñanza, reservado a los espíritus simples. Su saber es fragmentario, pero lo reciben y lo dan como si fuera pan. Poder enseñar algo a un niño, por ejemplo un reloj, y explicarle el movimiento de las agujas, les causa tanta alegría como si levantaran una cortina o trazaran un círculo en una hoja en blanco. Hay aquí una especie de magia.

AISLAMIENTO Y SEGURIDAD

14

Los días en la alcazaba se deslizan con cierta monotonía. Apenas si hago diferencias entre el tiempo de servicio y el tiempo libre. Me gustan tanto el uno como el otro. Esto responde a mi principio de que no debe darse un tiempo vacío, ni un minuto, sin tensión de espíritu y actitud vigilante. Cuando se acierta a vivir la vida como un juego, puede hallarse miel hasta en las ortigas y los estercoleros. Incluso las contrariedades y los peligros tienen su placer.

¿A qué se debe la sensación de estar siempre de vacaciones? Indudablemente al hecho de que la personalidad espiritual se libera de la corporal y observa su juego. Por encima de todo orden jerárquico, disfruta del armonioso acorde de descanso y movimiento, de invulnerabilidad y elevada sensibilidad… a veces incluso de la capacidad creadora. Esta persona espiritual escribe el texto en una hoja en blanco y triunfa del destino; la escritura cambia el mundo. Es la unidad de danza y melodía.

*

Por otra parte, siempre estoy de servicio. No me refiero sólo a mi participación espiritual en todo cuanto sucede en la alcazaba y en el bar de noche, sino también a los pequeños detalles de cada día, que exigen atención. De suyo, no hay aquí nada especial; son muchas las profesiones que obligan a una constante preparación —sobre todo las que están relacionadas con el peligro.

La preparación está, pues, calculada en función de algo que puede suceder —es decir, en función de un servicio en el que no

sucede nada o muy poca cosa. Pero si este poco sucede, entonces todos los brazos son necesarios. Es algo parecido a las precauciones que se toman para los casos de incendio o de catástrofe. Un ejercicio de alarma al principio de un viaje marítimo instruye a cada pasajero sobre lo que debe hacer y le asigna su bote salvavidas. Si la sirena le despierta, debe ser capaz de realizar todos sus movimientos como un sonámbulo.

Así, también en la alcazaba se realiza cada trimestre un ejercicio para el caso de disturbios. Apenas pasa de un simple paseo armado —fuera de esto, tengo todo el día a mi entera disposición y a veces también la noche, porque al Cóndor no siempre le apetece pasar del comedor de oficiales al bar. Y, cuando viene, no siempre se prolonga la sesión. Con frecuencia, todo se reduce a un café turco, un sorbo de champán o un digestivo. No tengo que insistir en que las noches que me resultan más provechosas son aquellas en que se bebe larga y copiosamente.

A veces puede pasar toda una semana sin que tenga que ponerme el «barquito». Una vida regalada, en suma —al menos para la mayoría y con suficiente estímulo para mí, gracias al placer espiritual que me proporciona.

*

«Aquí es donde cojea». Éste es el parecer de mi querido hermano que, como mi progenitor, considera que mi oficio es indigno de un profesor de universidad. En su opinión, sirvo al tirano en sus orgías y le ayudo a oprimir al pueblo. «Uno que dispara contra el pueblo —y, además, sin que nada ni nadie le obligue. El viejo Josiah se estremece en su tumba».

El bueno de él olvida que más de una vez les he servido de pararrayos, a él y al viejo, cuando hacían más ruido del conveniente. Y, ¿qué significa «cojear» en unos tiempos en que todo el mundo anda de lado? Jugamos en un tablero inclinado. Si sus bonzos consiguen un día —cosa que no dudo— derribar al Cón-

dor, Eumeswil volverá a celebrar una *liberatione*, es decir, el cambio de un poder visible por otro anónimo. Hace ya mucho tiempo que soldados y demagogos se turnan en el poder.

«Aunque he analizado muchas veces esta cuestión en el luminar, me da la impresión de que nuestra ciencia no ha conseguido establecer netas diferencias entre el tipo del tirano o el déspota y el del demagogo. Los conceptos fluyen juntos y es difícil separarlos, porque se refieren a una disposición profundamente enraizada en el hombre, que cambia con los individuos. En la práctica, este parecido se refleja en el hecho de que los dos tipos son jubilosamente aclamados cuando conquistan el poder».

El hombre es, desde su nacimiento, un ser inclinado a la violencia, sólo sujetado por el medio ambiente. Pero si alguna vez logra romper las cadenas, puede contar con el seguro aplauso, porque todos se reconocen en él. Se realizan sueños profundamente encarnados y hasta amortajados. No es casualidad que sea éste el tema principal de conversación de Eumeswil. Y, como anarca, no indiferente a la participación, sino libre en participar, puedo entenderlo bien. La libertad cubre un amplio abanico y tiene más facetas que un diamante.

*

Acometí, pues, esta parte de mis estudios con el expreso propósito de llegar a conocer a fondo la condición del Cóndor. Hice desfilar ante el luminar una amplia multitud de estos tipos y de las épocas en que más abundaron: ciudades griegas y sobre todo sicilianas, satrapías de Asia Menor, césares del Bajo Imperio romano y del bizantino, ciudades-estado del Renacimiento, entre ellas, y a petición de Vigo, Florencia y Venecia, luego las breves y sangrientas rebeliones del *ockhos*, las noches de las hachas y de los largos cuchillos y, en fin, las dilatadas dictaduras del proletariado, con sus trasfondos últimos y sus matizaciones.

Los días y las noches ante el luminar me introducían en un laberinto en el que temía extraviarme; la vida es demasiado corta para la tarea. Pero ¡qué enorme dilatación ganan el tiempo y las edades, cuanto se entra en ellos por una estrecha puerta! Es fascinante. No tenía que recurrir a estimulantes y casi ni siquiera a la copa que tenía en la mano.

Por ejemplo, la crónica de Perusa escrita por Matarazzo, la historia de una ciudad entre otras ciudades, de un país entre otros países —en el curso de mi estudio proyectaba recuadros de puertas etruscas, del coro del Pisano, frescos de Baglioni, de Pietro Perugino, de Rafael a sus doce años. Ya esta sola selección era inabarcable— y así en cada fuente, en todos y cada uno de los puntos de la tradición que iba tocando. Percibía un chisporroteo y luego un resplandor: ésta es la carga de tensión histórica con todo su inquebrantado e incompartido poder. Amigos y enemigos, tiranos y víctimas contribuyeron con lo mejor de sí mismos.

El tiempo auténtico, el explotado hasta el máximo, es el que paso ante el luminar, sea en la alcazaba o allá abajo, en el Instituto de Vigo. El estado de ánimo se contagia a mi servicio, tanto aquí arriba como durante mis paseos por la ciudad. Pero esto no quiere decir que lleve una existencia literaria al estilo de los epígonos; contemplo el presente incluso con más fuerza y nitidez… como el que mira desde el tapiz ante el que hizo su oración. El festón está formado por los siglos, la trama por cada día concreto. Así se crea distanciamiento respecto de lo inmediato. Personas y hechos ganan profundidad. Se hacen más soportables.

*

¿Cómo clasificar al Cóndor? Como tirano, sin duda, pero esto no aclara mucho las cosas. A tenor del uso lingüístico, los tiranos encuentran terreno más abonado en Occidente, los déspotas en Oriente. Los dos disponen de poderes ilimitados, pero el ti-

rano actúa de acuerdo con ciertas reglas, mientras que el déspota sigue el dictado de sus caprichos. Por eso la tiranía puede transmitirse por herencia, aunque no más allá de los nietos. Más segura es la guardia personal y también el hijo del tirano. A pesar de las grandes diferencias que les separaban, Licofronte sólo se rebeló contra su padre Periandro en espíritu, no de hecho.

Según el esquema clásico, el Cóndor no entra en el clisé de los antiguos tiranos, que se hicieron con el poder en luchas contra la aristocracia o como exterminadores de la monarquía. Hace ya mucho tiempo que no puede hablarse de tales cosas en Eumeswil. Es cierto, de todas formas, que los antiguos tiranos llevaron a cabo una tarea previa, como «mezcladores de hombres», no sólo mediante la aniquilación de las élites y la igualación del *demos* con la masa, sino también mediante deportaciones, al tiempo que tapaban los huecos con mercenarios y trabajadores extranjeros. Esto hacía disminuir, de decenio en decenio, la resistencia interior, asentada sobre la calidad. Las revoluciones se hicieron crónicas, pero no cambiaron nada. Los tipos que se sucedían unos a otros eran parecidos entre sí, sobre todo por su fuerza de voluntad. Recurrían también a los mismos grandes lemas, como a una especie de fuegos de artificio, que cubrían los agudos estampidos de los disparos.

De todas formas, y a pesar de haber asumido ciertas características sudamericanas, el Cóndor recuerda a los antiguos tiranos por el hecho de que es un hombre de buen gusto. Como soldado, no ha leído mucho; pero intenta rellenar este vacío y le gusta invitar a la alcazaba a artistas y filósofos, así como a científicos y artesanos inteligentes. He sacado buen provecho de esta inclinación, ya que he conseguido que me instale un costoso luminar.

Confieso que algunas noches disfruto en el bar de reminiscencias de Sición, Corinto y Samos, pero sobre todo de la Siracusa de los antiguos potentados. Las interconexiones a nivel

mundial entrañan, entre otras, la consecuencia de destacar a los grandes «solitarios», a los talentos que no están ligados a un lugar o a una tradición determinada. Descuellan sobre la llanura como «cumbres aisladas». Cierto que así no se puede formar un estilo. No hay ningún lugar de encuentro, ningún intercambio entre iguales a nivel superior, ni polícromas salas de columnas, ni talleres de maestros. Parece, a veces, como si la tensión superficial se descargara en una bola de fuego.

Casi desvinculado de todo lugar y toda época, el individuo que tiene importancia adquiere libertad de movimientos. Los pequeños y grandes potentados intentan encadenarle. Quieren tener gran surtido de tales hombres. El Khan Amarillo prefiere a las mentes planificadoras, arquitectos para sus asiáticos palacios; su antagonista se inclina hacia los artistas y los metafísicos. Se les puede ver también en Eumeswil, aunque no de forma permanente, sino como invitados excepcionales, formando parte de las comitivas o también de paso hacia otros lugares. De todas formas, tengo bastante con las conversaciones entre el Cóndor, Attila y el Domo. Por lo demás, también los efebos dan a veces, cuando se les dirige la palabra, asombrosas respuestas. Me recuerdan los pajes de lisos cabellos, cuyos perfiles aparecen como recortados en cornalina. A menudo reaparecen luego ocupando puestos importantes.

*

¿Un diadoco posterior entonces? No en vano vivimos en Eumeswil. De este Eumenes dice un historiador que le faltaba una de las cualidades imprescindibles del diadoco típico: la perversidad. Lo mismo cabría decir del Cóndor. Le falta también la crueldad; más aún, le repugna.

Me pregunto, pues, por qué no doy con una comparación satisfactoria. La culpa debe ser de la dilución, como cuando en un brebaje se ponen siempre en infusión las mismas hojas. Vivimos

de una sustancia orgánica esquilmada. Las crueldades de los antiguos mitos, Micenas, Persépolis, los viejos y jóvenes tiranos, los diadocos y los epígonos, la caída del Imperio Romano de Occidente y luego del de Oriente, los príncipes renacentistas y los conquistadores y además la paleta exótica, desde Dahomey hasta los aztecas… parece como si los motivos se hubieran desgastado y ya no bastan ni para las hazañas ni para las atrocidades, sino a lo sumo para pálidas resonancias.

Como historiador, sé sustraerme a esta impresión, al moverme a través de la historia como en un museo de pintura de cuyas paredes cuelgan obras maestras, con las que me he familiarizado en mis estudios. Pero sólo liberado de toda ligadura reconozco su rango. Llegó hasta la calidad humana oculta al fondo de todos sus estratos: en Caín y Abel, en el príncipe y en el ganapán.

15

Estoy, pues, de servicio permanente, tanto en la alcazaba como en la ciudad. Cuando tengo plena dedicación a la enseñanza, se me dispensa de mis deberes aquí arriba; con todo, se me cataloga como «simpatizante» y por tal me consideran tanto el Cóndor y su plana mayor como sus enemigos. Tengo que contar con ello aunque, como ya he dicho antes, esta simpatía tiene sus límites.

Acostumbro a distinguir entre lo que los demás piensan de mí y lo que pienso yo mismo. Los demás se refieren a mi posición social, que yo también tomo en serio, aunque, una vez más, dentro de ciertos límites. No estoy descontento de esta posición. En esto me diferencio de la mayoría de los ciudadanos de Eumeswil, insatisfechos o con lo que perciben o con lo que representan.

Pero también podría decir, y con la misma razón, que estoy poco contento, aunque la tomo en serio. Me refiero a la situación de la ciudad en general, a la falta de un centro ante el que todo cargo fuera responsable y toda acción tuviera un sentido. Aquí no tenemos ni juramentos ni víctimas.

Pero…donde todo es posible, todo es permisible. Yo soy anarca… no porque desprecie la autoridad, sino porque la necesito. Tampoco soy incrédulo, sino una persona que pide cosas dignas de creerse. Soy como la novia en el cuarto nupcial: espía el más liviano paso.

Mi pretensión se funda —aunque no del todo, sí al menos en buena parte— en mi formación: soy historiador y, como tal, sé lo que las ideas, las imágenes, las melodías, los edificios y los caracteres pueden dar de sí.

*

Mi situación actual es parecida a la del ingeniero de una empresa de derribos que actúa con honrada conciencia porque los palacios y catedrales, así como las antiguas casas burguesas, han sido demolidos hace mucho tiempo. Soy leñador de un bosque que lleva treinta años en explotación. Si un gobierno es capaz de mantenerse tanto tiempo, puede considerarse afortunado.

A lo sumo a que puede aspirarse es a una modesta legalidad… de legitimidad no puede hablarse en este caso. Se han arrancado los distintivos de los blasones o han sido sustituidos por banderas. Pero esto no quiere decir que mire al pasado, como Chateaubriand, o que espere el Retorno como Boutefeu; esto lo dejo, en lo político, a los conservadores, y, en lo cósmico, a los astrólogos. No, yo espero cosas del mismo rango o incluso más poderosas, y no sólo en el ámbito humano. Será posible calcular la posición del *Naglfar*, el barco de los muertos.

*

No puedo evitar contemplarme a mí mismo con cierta ironía, cuando hablo con tono doctoral ante un auditorio que sólo se interesa por los más triviales y efímeros asuntos. La Serpiente se convierte en lombriz. Mi sentido de la medida se siente más a tono cuando, en mi uniforme de camarero, sirvo al Cóndor y a sus invitados.

Tomo, pues, en serio mis ocupaciones dentro de un conjunto que rechazo por su mediocridad. Lo importante aquí es que esta actitud negativa se refiere precisamente al conjunto y no se debe a una postura que pueda definirse como conservadora, reaccionaria, liberal, irónica o cualquier otro adjetivo de contenido social. Hay que mantenerse alejado de las turnantes capas dirigentes de la guerra civil, con sus frentes siempre tajantes y endurecidos.

Bajo este presupuesto, puedo tomar en serio las tareas que realizo. Sé bien que el subsuelo se mueve, como en los desprendimientos de montaña o en los aludes —y que precisamente por ello no se distorsionan las relaciones concretas. Me mantengo inclinado sobre un plano inclinado. No se modifican las distancias entre las personas. Hasta las veo con más precisión sobre este fondo engañoso. Su situación, tan cerca del abismo, suscita incluso mi simpatía.

Las contemplo a veces como si yo estuviera paseando por las calles de Pompeya antes de la erupción del Vesubio. Éste es uno de los placeres del historiador, pero también, y más aún, uno de sus dolores. Cuando vemos a alguien hacer algo por última vez, aunque sea tan sólo comer un trozo de pan, esta acción adquiere una prodigiosa profundidad. Asistimos a la transformación de lo efímero en sacramental. Barruntamos los tiempos en los que esta visión era además la de cada día.

*

Me comporto, pues, como si Eumeswil fuera un sueño, un juego o también un experimento. Esto no excluye la participación interna, similar a la que sentimos cuando asistimos a una representación teatral.

A este modo de enfocar las cosas se debe que yo prefiera la compañía de Vigo y Bruno a la de mi progenitor y mi querido hermano. Si me comportara como ellos, quedaría encadenado a una actividad que en nada me atañe, ya la analice desde arriba o desde abajo, desde la derecha o desde la izquierda.

Entonces el Cóndor sería para mí «el tirano» no sólo de hecho, sino también en el sentido moral. Y como hay que odiar a los tiranos, le odiaría. O bien: encarna la voluntad de poder, tal como la enaltecía Boutefeu: conduce, como un gran capitán, a través de las olas y las tempestades, de la *struggle for life*. Y entonces sería mi modelo, le seguiría incondicionalmente, le admiraría. En resumen: tipos de sentimientos de los que debo mantenerme apartado.

Aunque considero que somos una familia de historiadores, me parece que habito en un piso más alto que mi padre y mi querido hermano: en espacios en que se vive con menos prejuicios. Podría, en cualquier momento, bajar al otro piso, pero esto sería descender de historiador a político, un cambio que podría tener sus buenas y aun sus nobles razones pero que, en cualquier caso, iría acompañado de una pérdida de libertad.

*

Éste es el papel del anarca, que conserva su libertad frente a todas las corrientes pero puede elegir la que le plazca: como un parroquiano sentado en uno de aquellos célebres café, cuyos nombres han entrado en la literatura. Me lo figuro tal como podría haberlo retratado uno de aquellos viejos pintores, un Manet por ejemplo: con negra y espesa barba recortada, sombrero redondo, un cigarrillo en la mano, rasgos a un mismo tiempo dis-

tendidos y concentrados, es decir, en silencioso pero atento y vigilante bienestar consigo mismo y con el mundo.

En aquellos tiempos debió de darse un alto grado de libertad personal. El café se halla cerca del Parlamento, pasan ante él ministros, diputados, oficiales, artistas, abogados. El camarero, en el interior, comienza a preparar las mesas para el servicio de noche; el marisquero llega con las canastas de ostras, las primeras mujeres de la vida inician sus paseos por las aceras.

Ambiente: a estas horas, las grandes ciudades comienzan a soñar; la noche las despoja de sus velos. El parroquiano ve a conocidos y desconocidos que le invitan a la conversación, a los negocios, al placer. Pero, por muchos que sean los que desfilan, rehúsa la conversación. Esto sería cambiar por calderilla el tesoro que le enriquece. La imagen de estas gentes fugitivas le afecta más profundamente que sus personas. Si fuera pintor, podría plasmar en un cuadro esta impresión y la entregaría bajo una forma maestra. Si fuera poeta, daría nueva vida, para él y para otros muchos, a esta impresión: la armonía de los hombres y de las casas, el difuminarse de los colores y el crecer de los sonidos a medida que la noche avanza. Todo fluye junto y se confunde.

> Tout, jusqu'au souvenir, tout s'envole, tout fuit
> Et on est seul avec Paris, l'onde et la nuit.[3]

Como todo placer, también éste aumenta con la sobriedad. La sensibilidad, y con ella las sensaciones, se agudiza hasta extremos desazonadores. La invisible armonía fluye y fluye cada vez más fuerte, hasta hacerse cegadora, en la visible. El cliente podría en todo momento trasladarse a la realidad. Pero si se niega a ella y se aferra a su pasividad, quiere decir que a este pretendiente de lo suprasensible no le atrae la oferta. Ahora las figuras se convulsionan con creciente vehemencia; quieren ser conocidas.

Aquí está la roca de Moisés, tocada por la vara.

¿Qué tiene que ver todo esto con «cojear»? Mi padre y mi hermano califican con esta palabra mi servicio, sobre todo y en especial en momentos de agitaciones interiores, durante las que se esconden en la madriguera de nuestra modesta casa, para no reaparecer hasta que ha pasado el fragor de la tormenta. Tienen, no sólo en teoría, sino de hecho, dos banderas en el desván, que izan según el viento que sopla. Si el Cóndor conserva el poder, presentan las manos limpias; si triunfan sus adversarios, probarán que estuvieron siempre de su lado. Alguna vez debieron dar un curso sobre Giordano Bruno; se pavonean de ello como de una acción heroica. Todo historiador sabe que pueden interpretarse tanto los hombres como los poderes bajo la luz de aspectos contradictorios.

Siempre me ha maravillado la despreocupación con que mi progenitor intenta armonizar sus teorías, en el fondo loables, con nuestra oblicua realidad. Yo al menos sé que, inserto en una realidad oblicua, ocuparé en cualquier caso una posición oblicua, y opino que es precisamente este conocimiento el que confiere nitidez a mi ideas. Por lo demás, cuando actúo no lo hago oblicuamente, sino de través: de acuerdo con la situación y sin autocompasión. Una distinción que en Eumeswil no puede darse por supuesta.

*

El Cóndor se atiene a la teoría de Maquiavelo, según el cual un buen ejército y unas buenas leyes son el fundamento del Estado. Podría añadirse que hay que garantizar también el pan cotidiano. Éste es nuestro caso: se ha procurado que haya no sólo pan, sino también sus complementos, y en especial juegos. Precisamente aquí, en las competiciones y a veces también en los mercados, pero casi nunca en los tribunales, pueden estallar tu-

multos. La policía los sofoca con toda rapidez, a no ser que el Cóndor prefiera darles curso libre. «Se cansarán, cuando se hayan desfogado bastante». Opina además que la mejor policía es, lo mismo que la mejor ama de casa, aquella de la que menos se habla. La televisión le libera de algunas preocupaciones. También entre nosotros, las retransmisiones deportivas y las películas violentas gozan de más audiencia que la política. Además, las masas están distribuidas por edificios aislados.

A esto se añade que el Cóndor goza de popularidad. Apenas son, pues, de temer agitaciones internas, aunque siempre son posibles. Se producen inesperadamente, como los terremotos. Hace ya mucho tiempo que las revoluciones clásicas han sido sustituidas por las revueltas militares, en inacabable sucesión. También los tribunos necesitan, antes que nada, un general. Es una verdad de perogrullo. El motivo más socorrido es la corrupción del antecesor. Y también en esto, casi siempre tienen razón.

Cuando se presentan los nuevos señores, se registran algunas variantes: unos invocan la voluntad popular, a otros, como el Cóndor, les basta la fuerza de los hechos. En algunos casos se da una jovialidad que se gana la confianza.

En uno y otro caso hay que vigilar a la policía, el ejército, a los generales y a la guardia de palacio. Difícilmente pueden darse en la alcazaba grupos de oficiales de la guardia como aquellos de los que surgieron los Orloff; pero no hay que olvidar que el padre del Cóndor fue un simple cabo. El Domo tiene gentes de su confianza hasta el nivel de batallones, y otras gentes que vigilan a las primeras. Pero no se puede hablar de espionaje. Todo transcurre de forma natural.

«Mi querido alférez, ya sabe cuánto confía el Cóndor en usted». En los desfiles, se le llama por su nombre y se le dan oportunidades de distinguirse; nada extraño, pues, que se le recomiende en los informes. Un valeroso soldado, leal a la causa; no se hace ningún misterio de ello, ni un átomo de chismorreo. Por

otra parte, es obvio y natural que el Domo «tenga contactos directos con la tropa». Veo a uno u otro de estos jóvenes cuando, después de la comida en el comedor de oficiales, el Cóndor los invita al bar de noche —distinción especial. Rostros francos, nada de críticas profundas, personas de buena voluntad. Ésta es la tercera variante del comportamiento en Eumeswil: no querer reconocer que la situación es oblicua, cosa que yo acepto como una imposición de las circunstancias, mientras que mi progenitor se empeña en ignorarla.

La buena fe es lo normal, es el crédito del que viven los Estados; sin ella hasta la más modesta duración sería imposible.

*

Así pues, no es probable que se produzcan agitaciones interiores pero, de producirse, afectarían a la situación en su conjunto. Se iniciarían con duros ataques… con motines en la marina, ocupación de las emisoras, rebeliones en la oficialidad y, sobre todo, con un atentado contra el mismo Cóndor. Así llego él al poder.

Las tentativas de este tipo difícilmente pueden pasar inadvertidas. Casi siempre se filtra algo. Muchas rebeliones han triunfado sólo porque los titulares del poder se negaron a tomar en serio los primeros síntomas. Estos síntomas requieren, además, su período de incubación.

No es probable que el Domo se deje sorprender. El servicio de información es perfecto. Los boletines de la mañana le ponen al corriente de los acontecimientos más destacados de la noche anterior. Diariamente rinde su informe el jefe de policía; en él se incluye también la supervisión del correo postal, que proporciona un sustancioso capítulo de la crónica escandalosa.

No existen diferencias esenciales entre la policía y el ejército. Sólo puede hablarse de guerra entre nuestros estados de *fellahs* en el sentido de focos o acciones aisladas en territorios extranje-

ros. Además, estos territorios dependen siempre de las grandes potencias.

En la tiranía rige la ley de la manada; si un ciervo joven se cree capaz de desafiar al viejo jefe, se produce un choque, una prueba de fuerza. Entonces, hay fuego en la casa. El Domo enciende la señal roja de alarma durante un minuto y luego la repite a intervalos regulares. Sigue un mensaje a los fonóforos, que sólo puede escucharse en una determinada frecuencia… y además sólo con aparatos que, como el mío, están expresamente equipados para ello.

Las unidades se reúnen en los puestos de alarma. Cada hombre conoce su tarea.

17

De producirse la señal estando yo en la alcazaba, comenzaría por ponerme el uniforme de combate que, como ocurre con los chalecos salvavidas en los barcos, está empaquetado debajo de mi cama. Es una especie de mono, que permite gran libertad, al que se añaden las botas y la gorra. Todo ello en el tono rojizo que tiene también la ciudadela. Raciones «de hierro», vendas y cosas similares llenan una mochila. Se ha pensado incluso en el detalle de una botella de coñac en el bolso del pecho. La armería está en la bodega; tomo aquí fusil y munición. Se me tienen que presentar dos camareros de camarote. Como están a mis órdenes en la alcazaba, los conozco bien por nuestro trato diario.

Descendemos luego los tres por uno de los senderos que serpentean hacia la ciudad y establecemos un puesto a medio camino. Antes había aquí una pequeña torre de vigía, que se derrumbó cuando el gran terremoto. Se ha conservado en pie un muñón, cubierto con cañas, de modo que semeja uno de los chozos que se han construido allá abajo, junto al Sus, para la ca-

za del pato. Aquí hacemos alto. Primero envío a mis dos acompañantes un trecho más abajo, hasta donde hay una placa que dice: «Prohibido el paso». Arrancan la plancha de metal que hay a su alrededor y dejan a la vista una calavera fosforescente.

El Domo espera de la policía que sea capaz de dominar la situación sin recurrir a las armas; hasta los disparos efectuados en defensa propia tienen que justificarse en un informe. Pero si se autoriza el fuego a discreción, entonces exige que se apunte bien y se tire a matar.

Los dos camareros colocan una nueva señal de aviso y regresan. Reparto las guardias y discutimos las posibilidades. Los camareros de camarote se reparten en varias secciones. Probablemente, pertenece también a mi grupo uno de los cocineros chinos de servicio en la alcazaba y un libanés llamado Nebek. El cocinero tiene un nombre muy largo; sus camaradas le llaman Kung. Es un tipo obeso, que no me serviría para mucho; su amiguita, Ping-Sin, vive en la ciudad.

Me los puedo imaginar: el libanés acecha con gozosa esperanza; como le gusta disparar, está deseando que los atacantes se nos vengan encima. Su vocabulario es rico en expresiones agresivas, sobre todo cuando tiene que pasarse toda una semana en la alcazaba sin ver a su palomita: «Liarse a tiros, que se vaya todo al diablo, darle gusto al gatillo». El chino está cómodamente sentado a su lado, las manos sobre la barriga.

En realidad, en nuestra posición no pueden ocurrir grandes cosas. La situación es excelente. Sólo un suicida se atrevería a pasar del cartel de aviso. Durante el día sería descubierto desde mucho antes mientras asciende la pendiente de la montaña y por la noche nos informarían de su presencia los centinelas de los puestos avanzados, mediante bengalas de luz y a través del fonóforo. Es imposible desviarse del sendero, porque toda la montaña está cubierta de unas plantas euforbiáceas de las que el pueblo dice que son «más venenosas que la suegra». Un ataque

sólo podría prosperar desde la carretera, y no sin armas pesadas. Y para que se produjera esta circunstancia, antes tendrían que haber pasado muchas cosas.

*

Analizo mi misión desde un triple punto de vista: primero, como camarero de noche del Cóndor, luego como historiador y finalmente como anarca.

Me llama aquí la atención el hecho de que se haya pasado por alto, o más bien no hayan querido darnos instrucciones para una eventualidad muy importante, que evidentemente han tenido en cuenta. Me refiero a la posibilidad de que el enemigo nos ataque por la espalda. Para esto, primero tendrían que apoderarse de la alcazaba y, además, sigilosamente, pues, de haber precedido un ataque abierto, lo hubiéramos advertido. Desde nuestro refugio dominamos bien los accesos y podemos contribuir, aunque en medida modesta, a la defensa.

Se habría dado, pues, el caso clásico de la revolución palaciega. Para esto bastan unos cuantos disparos y, en algunas circunstancias, un simple puñal. La residencia del detentador del poder respecto a la capital es uno de los problemas de la historiografía comparada. La fortaleza puede estar bien dentro de los muros de la ciudad, bien fuera de ellos. En el primer caso se tiene la ventaja de la proximidad inmediata; puede ahogarse en germen un intento de rebelión. Si la fortaleza está fuera de la ciudad, da tiempo para la reflexión y para recurrir a la eficacia de la palanca de largo brazo. La distancia a la capital es un factor que debe analizarse con sumo cuidado. Desde la alcazaba se domina toda la ciudad y, por otra parte, es difícilmente atacable desde ésta. Entre Capri y Roma había una distancia considerable. Aun así, Tiberio consiguió dominar la peligrosa conjura de Seyano, gracias a osados movimientos diplomáticos, dirigidos desde la isla.

No obstante lo cual, tenía en el puerto navíos fistos para emprender la retirada.

Tenemos noticia de palacios del antiguo Oriente que, aunque enclavados dentro de los muros de la ciudad, contaban con pasadizos secretos que llevaban fuera de las murallas. En las monarquías hereditarias, los palacios situados en los alrededores de la capital pueden tomar el aire de fincas de recreo o de residencias veraniegas. El tirano, en cambio, siempre debe estar en guardia. Le convendría incluso tener ojos en el cogote; en el bar de noche, el Cóndor y el Domo se sientan siempre de espaldas a la pared. En las demás habitaciones, y también en los pasillos, hay espejos en los muros.

Admito, pues, como un hecho seguro que se ha tenido en cuenta la posibilidad de una revolución palaciega. Es, a no dudarlo, una de las ideas que persiguen a los tiranos hasta en sus sueños y que pueden llegar hasta formas obsesivas, particularmente peligrosas para las personas del entorno inmediato. Tales obsesiones pueden incluso anular unas buenas disposiciones naturales, como precisamente ocurrió en el caso de Tiberio. No es nada extraño que los historiadores hayan emitido juicios tan contradictorios sobre su persona.

Una de las cosas que hacen agradable el servicio en la alcazaba es cabalmente que la desconfianza no desborda los límites de la precaución basada en hechos reales. El tono es conciso, pero no exento de cierta benevolencia que, por la noche, puede casi llegar a la cordialidad. Apenas nunca se ofende el respeto debido a cada uno. Sólo cuando aparece el Khan Amarillo con su comitiva, baja el nivel. En cambio, es entonces cuando se presenta la ocasión favorable para múltiples observaciones.

*

Debo confesar que no habría tenido inconveniente en servir a un Tiberio. Estaría entonces más cerca de la sustancia histórica,

de la que aquí ya sólo contemplo el último recuelo.

La época subsiguiente a Actium abrió inmensas posibilidades, que sólo en parte se realizaron. Vigo aludía al telón de fondo de la situación creada tras la batalla: la aniquilación de la flota de Antonio, a la sombra del santuario de los arcanos: allí Isis y Osiris, aquí Apolo. Octaviano había dicho a su cuñado: «Habría que llamarte Serapio, y no Antonio». También estaba presente Esculapio: los barcos de Antonio habían sido construidos con maderas del bosque consagrado al dios en la isla de Quíos. Tras la victoria, Augusto hizo ajusticiar a Publio Turulio como impío, por haber ordenado aquella tala.

No me puedo permitir descender a los detalles, para no hundirme en los sueños. Los ataques africanos a Europa son tan apasionantes como los asiáticos y, por su propia naturaleza, más coloristas. Pero estaba hablando de Tiberio, que, en mi opinión, no supo aprovechar grandes oportunidades por haberse retirado a Capri. El hecho se repite en la historia —en una medida mucho menor, por ejemplo, cuando el duque de Orleans, regente de Francia, se retiró con sus libertinos, para consagrarse enteramente a sus placeres, abandonando los negocios en manos del inmoral Dubois.

Tiberio fue un hombre de carácter excepcional; ya el simple hecho de que fuera capaz de llevar por tanto tiempo las riendas del Imperio casi como un hombre privado, roza la magia. La verdad es que no faltaron los rasgos mágicos. Todavía hoy, cuando los pastores de Capri hablan de «il Tiberio», pronuncian este nombre con un deje especial. Sigue presente en las piedras.

Le he llamado a cita muchas veces en las horas tardías en el luminar. En él están registrados algunos de los días de su vida casi minuto por minuto. En este punto es, una vez más, importante la circunstancia de que la historiografía tiene que apoyarse necesariamente en resúmenes. Pero deseo saber cuándo, por cuánto tiempo y en qué compañía se aburrió este hombre —

quiero participar de esta experiencia. En este aspecto, el historiador tiene parecido con el buen actor, que se identifica con su papel.

*

Se dan, por supuesto, diversas concepciones. Son inevitables; ni el más genial compositor encontrará un director de orquesta que le repita con fidelidad histórica. Aquí, las desviaciones groseras son a menudo menos falsas que las imponderables. Cuando se llega a comprender, mediante una improvisación congenial, el fondo de los tonos, el flujo apasionado de aquella vida, entonces el tiempo del destino triunfa sobre el tiempo histórico.

Cometí la insensatez de mencionar este tema en la mesa familiar y coseché la respuesta que cabía esperar de mi progenitor; que la invención del fonógrafo había hecho inútiles tales especulaciones. Semejante invención fue debida, si no me engaño, a un americano particularmente antipático, un discípulo de Franklin llamado Edison.

Así están, desde luego, las cosas, pero hice bien en renunciar a replicar que no sólo la técnica cambia, sino también el oído. Incluso ante la mejor y más perfecta reproducción, oímos de forma diferente —aun prescindiendo del hecho de que ni el mejor aparato del mundo puede sustituir la presencia de la orquesta.

De cualquier forma, con esta invención se inició la invasión del automatismo en la música. La consecuencia fue la creación del primer estilo mundial y con ella la generalización y la trivialización de las melodías populares. Y, dicho sea de paso, también la creación de todo un arsenal de odiosos instrumentos. Los espío muchas veces; cada estilo tiene su contenido… la época de los Estados combatientes no pudo apenas producir otra cosa, salvo nostálgicas reminiscencias. En aquel tiempo, los médicos tenían que curar más pacientes sordos por las músicas infernales que por el estruendo de los campos de batalla.

Pero con esto no pretendo decir nada contra el estilo mundial, que es una de las esperanzas del anarca. Tal vez un nuevo Orfeo pueda hacer justicia al mundo, junto con sus cielos y sus infiernos.

*

El luminar me permite disfrutar de estas «improvisaciones congeniales»; destacados espíritus debieron dedicarse, durante generaciones, a coleccionar y ordenar, en las catacumbas, los materiales de la historia universal.

Estas cosas son posibles en los largos períodos de seguridad, sobre todo cuando se las practica como un juego. Debieron contribuir además la pasión archivadora y un chinesismo eunucoide… y también el miedo a la aniquilación, al fin del mundo por el fuego. Los archivos del Vaticano sólo constituían una pequeña parte de la totalidad.

Me pregunto muchas veces qué es lo que pretende esta pasión archivadora. Parece desbordar todo propósito histórico. ¿Preparaba tal vez material para un nuevo emir Muza de futuros desiertos y soledades?

Pero ¿dónde dejé el hilo? Sí —hablaba de Tiberio y decía que me hubiera gustado estar a su servicio en Capri—, mi cargo, aquí en la alcazaba, me sirve sobre todo como modelo histórico.

Creo tener un cierto talento para tratar con los grandes. Al igual que en los satélites, la distancia media es la más favorable. Si se acerca uno demasiado a Júpiter, se consume; si se está demasiado lejos, la observación es deficiente. Y entonces se orbita en torno a teorías e ideas, no en torno a hechos concretos.

Res, non verba… En términos generales, es bueno orientarse, en toda acción y omisión, por las leyes físicas. Es una máxima importante; según ella actúa el elefante, que, antes de cada nuevo paso, tantea el suelo. En cierta ocasión, abordó Rosner, en el

bar de noche, el tema de este animal. Contó, entre otras cosas, que cuando corre el peligro de hundirse en arenas movedizas o en una ciénaga pantanosa no vacila en levantar con la trompa al *cornac* de su asiento y ponerlo bajo su pata, como si fuera un madero. El Domo, a quien le gustan mucho este tipo de anécdotas, replicó: «La culpa es del guía, que pide lo imposible. A un *cornac* experimentado no le ocurriría tal cosa». Lo cual es absolutamente cierto: quien cabalga un elefante, debe saber lo que se trae entre manos.

Uno de los constitutivos del justo distanciamiento respecto de los poderosos es la reserva; nunca hay que acercarse a ellos por iniciativa propia, ni siquiera para hacerles un obsequio, no sea que le ocurra lo que al pescador que había pescado un lenguado gigantesco y quiso ofrecérselo a Tiberio. Pero cosechó una mala recompensa. Otro tanto le aconteció al centurión que debía mostrar el camino a los portadores de la litera del César y los llevó a un callejón sin salida. Hay que tener tanta cautela como cuando se manejan explosivos. Recuerdo el caso de un astrólogo, a quien se le obligó a profetizar la hora de su propia muerte. Su gran presencia de espíritu le permitió salir del paso con una ingeniosa respuesta: «Veo que en este momento corro un gran peligro».

El mejor puesto es aquel desde donde se ve mucho y es poco visto. En este sentido, me siento a gusto aquí; a veces me muevo en el bar como un camaleón, como si me fundiera con los tapices. Si me comparo con el pescador de Capri, los peces que yo pesco son pequeños; sueño que estoy junto a Tiberio, que habla, en el triclinio, con Macrón, mientras lleno los *spintria*. De pronto, suena un nombre fatal: «Germánico».

*

El trabajo, aunque sea subordinado o, como mi querido hermano acostumbra decir, «indigno», no me causa dolores de ca-

beza; es el sustrato de la observación. Habría desempeñado del mismo modo el puesto de chófer, de intérprete o de secretario para asuntos de segunda importancia. Lo que acontece aquí, una risa reprimida, una frase entre bastidores, tiene más contenido que las fastuosas recepciones y los discursos en el foro, en los que los poderosos se calzan los coturnos. Esto es material para Plutarco.

Prefiero la historia cortesana y cultural a la de la política, Herodoto a Tucídides. Es más fácil imitar los hechos que los caracteres, tal como lo testifican las vulgares repeticiones de la historia universal. Es cierto que Eumeswil es una ciudad de epígonos y hasta de *fellahs*, pero nadie en la alcazaba pretende pasar a la posteridad. La conversación se limita a los pequeños placeres y cuidados de cada día.

*

Se me considera trabajador y contribuyo a mantener esta fama. Mis días se deslizan agradablemente; tengo todo el tiempo que deseo para mis estudios. Pero cuando las olas se agitan, como con ocasión de las visitas del Khan Amarillo o en los grandes banquetes, ayudo voluntariamente a los camareros y sirvo a las mesas, cosa que, absolutamente hablando, no entra dentro del campo de mis obligaciones. Se me pagan aparte estos servicios extra, de los que también el Domo tiene conocimiento. Me hace gracia transformarme, en el luminar, de Emanuelo en Martín.

La transformación no es tan fácil como pudiera parecer a primera vista. Primero hay que conseguir hacerse a la idea de que el trabajo es un juego del que soy participante y al mismo tiempo observador. Esto es lo que presta su encanto particular a cienos lugares, incluso peligrosos, como el chozo de caza. Se presupone aquí que uno es capaz de contemplarse a sí mismo como fenómeno a una cierta distancia, como una pieza en el ta-

blero de ajedrez… en una palabra, que se da a la jerarquía histórica más importancia que a la personal. La frase puede sonar a pretenciosa, pero es lo que se exigía antiguamente a todos los soldados. Lo peculiar para mí, en cuanto anarca, es que vivo en un mundo que «en el fondo de mi corazón» no tomo en serio. Esto aumenta mi libertad: soy soldado voluntario por un tiempo determinado.

*

En el tema del autodistanciamiento, debo mucho a Bruno; me enseñó sistemas prácticos para superar también el miedo. El soldado que se lanzaba al ataque sabía que podía caer herido o muerto; esto formaba parte de su oficio y era incluso glorioso. Recibir un tiro mientras se va a la caza del pato sería simplemente un hecho con el que ni el rey ni la patria tendrían nada que ver —un accidente laboral. Debo tenerlo en cuenta: lo que me fascina es la situación táctica, no su endeble ideología. También el Domo lo sabe; como recompensa a acciones destacadas, el Cóndor no otorga honores y títulos, sino dinero y distribuciones de tierras. Tal vez el fonóforo sea una recompensa algo más elevada.

De más difícil solución es el problema de los ultrajes; aquí entran en juego conceptos del honor hondamente arraigados. Armar caballero era el definitivo honor que podía impartirse con la espada plana. Tras esto, ya sólo podía recurrirse al filo. El oficial que caía herido en una guerra nacional recibía condecoraciones. Pero si había recibido una afrenta en el seno de la sociedad, tenía que obtener un desagravio suficiente, so pena de quedar descalificado. Esta mentalidad fue siempre fuente de regocijo para pensadores de tendencias cínicas: el caballero que, tras recibir una coz del caballo, sabe sonreír, aunque sea cojeando, exige sangre si un asno le asesta una bofetada.

La guerra civil mundial modificó los valores. Las guerras nacionales se libraron entre padres, las guerras civiles entre hermanos. Desde siempre ha sido mejor caer en manos del padre que del hermano. Es más sencillo ser enemigo nacional que enemigo social.

No analizaré estos puntos. Me basta comparar en el luminar la situación, por ejemplo, de los prisioneros de guerra del siglo XIX de la era cristiana con la de los encarcelados por cuestiones sociales del siglo XX, añadiendo las diferencias del lenguaje político al uso. Según Thofern, la ramplonería de este lenguaje corre paralela a la presión de las masas. Si se inscribe el lema humanidad en las banderas, ello significa no sólo que se excluye al enemigo de la sociedad, sino que se le priva además de todos los derechos humanos. Así se explican la reintroducción de las torturas en amplias regiones, los traslados forzosos de población, la concepción mercantilista del hombre, las formas oficiales y criminales de la retención de rehenes, las amenazantes bocas de las baterías. A lo cual se añaden las grandes palabras… lo que me recuerda a mi progenitor, con un pie en la Atenas de Pericles y el otro en Eumeswil.

*

Jugar a caballero sólo puede ocurrírsele, en Eumeswil, a un comediante; nadie piensa en tal cosa. Más bien la gente se siente inclinada, como mi progenitor y mi hermano, a imbuirse en el papel de mártires. Medio Eumeswil está compuesto de tipos que han sufrido —o dicen que han sufrido— por sus ideales. Fueron fieles a sus banderas; ofrecieron heroica resistencia —en una palabra, despiertan de su sueño las viejas fórmulas militares. Mirado más de cerca, lo que intentan, con muy raras excepciones, es salvar la piel, como todo el mundo. Pero se pasa por alto la circunstancia, a condición de que uno no se permita demasiados faroles.

El anarca no se aferra a las ideas, sino a los hechos. No sufre por ellas, sino a causa de ellas y casi siempre por su propia culpa, como en los accidentes de tráfico. Hay, por supuesto, cosas imprevisibles —atrocidades. Pero creo haber conseguido el grado justo de autodistanciamiento que me permite considerarlo como un accidente.

*

Estamos todavía en el chozo de caza… ¿Qué debo deducir del hecho de no haber recibido instrucciones para el caso de una revuelta palaciega? Acciones de este tipo suelen desarrollarse en escasos minutos y acaban con la aniquilación del atacante o del atacado. Es evidente que ni al Cóndor ni al Domo se les ha pasado por la cabeza la posibilidad de huir. Ésta es también la opinión que tengo de ellos.

Sobran, pues, las consignas para los centinelas avanzados. Pero esto no me exime de una valoración personal de la situación. Ser batido desde la retaguardia, y como de pasada, es destino de campesino, muy poco atrayente, desde luego. Por tanto, tengo que saber qué pasa en la alcazaba, mientras vigilo el campo que se extiende ante mí. De haber ocurrido algo, ha tenido que producirse algún tumulto.

Hay que tener en cuenta, sobre todo, a los perros; poseen un olfato especial para la violencia, a la que contribuyen con sus aullidos. También anuncian la muerte con un particular gemido. Son capaces de detectarla hasta una cierta distancia y no sólo con el olfato.

Prescindiendo de esto, tendré que enviar a intervalos regulares a uno de mis dos centinelas hacia la alcazaba para avituallarnos o, como se dice en el ABC de las normas de vigilancia, «para mantener el contacto». Esto me tiene al corriente y yo sería uno de los primeros en enterarme de la caída del Cóndor. Así ganaría tiempo.

Tras la caída, la ciudad empezaría a agitarse como un enjambre —a medias como en el vuelo nupcial y a medias como en la matanza de zánganos, En mi casa, deliberarían mi querido papá y mi hermano si deberían izar la vieja bandera. La precipitación podría costarles la cabeza. Tal vez el espíritu de familia me llevaría hasta informarles desde aquí arriba. Serían entonces los primeros en saber que el Cóndor yacía bañado en su propia sangre y podrían sacar el oportuno provecho.

Para el anarca, la situación cambia poco: para él las banderas tienen significación, pero no sentido. Las he visto ya izadas ya arriadas, como las hojas en mayo y noviembre, y esto como contemporáneo, no sólo como historiador. Seguirá existiendo el primero de mayo, sólo que con otra interpretación. En la cabeza de los desfiles aparecen nuevos retratos. Se profana una fecha consagrada a la Gran Madre. La honra mejor la pareja de enamorados en el bosque. Me refiero al bosque como algo indiviso, en el que *todo* árbol es todavía un árbol de la libertad.

Para el anarca cambian poco las cosas porque se quite un uniforme que llevaba en parte como bata de loco y en parte como un camuflaje. Tras el uniforme sigue inalterada su libertad interior, que ve objetivada en estos cambios. Esto es lo que le distingue del anarquista, que, carente de libertad real, comienza a bramar, hasta que se le pone una camisa de fuerza más resistente.

*

Los dos centinelas, a los que hasta ahora mandaba en nombre del Cóndor, pasarían a ser mis subordinados inmediatos —es decir, que los someto a mis órdenes directas. Hago que descarguen sus fusiles y pongo las municiones en lugar seguro. Ahora ya puedo deliberar con ellos, no porque necesite de sus consejos, sino porque produce mejor impresión. He estudiado el curso de estas deliberaciones. Se habla y discute mucho, pero siempre hay

uno que sabe lo que quiere y tiene la sartén por el mango. Lleva el agua a su molino.

Probablemente, procuraré informarme una vez de cómo van las cosas en la alcazaba y en la ciudad. Nada más peligroso que fiarse de simples rumores; fácilmente se imita el papel del asno, que se puso a caminar sobre el hielo demasiado pronto. «La jornada de las faldas» —he aquí una situación que se repite con frecuencia.

El chino es pacífico —le enviaría a la ciudad; no llamaría la atención. Nebek tiene tendencias agresivas; se desenvolvería mejor en la alcazaba. Una de sus misiones sería informarme de si ha visto el cadáver. «¿Has visto bien su cara o sólo viste las botas? Y, sobre todo: ¿quién es el que da ahora las órdenes?».

Seguro que se dedicará a algún pequeño saqueo. Está en su derecho. Tendré que contar también con la posibilidad de que tome sus propias iniciativas. Probablemente el chino no regresará. Venderá su fúsil en la ciudad y se quedará con Ping-Sin. También está en su derecho y me Ebro de él.

Lo más probable es que les deje libres a los dos; añaden poco a mi seguridad y más bien son una carga. Uno de los defectos de mi carácter es que casi en todo el mundo veo un traidor en potencia; pero así lo confirma la experiencia. Casi nunca es preciso recurrir al tormento para arrancar una confesión. Lo único que hace el tormento es darles el impulso último; pero también habrían confesado sin torturas.

*

Estimo que tendría tiempo suficiente para informarme de lo que ha ocurrido y de cuál es el alcance de las depuraciones. Fuera como fuera, siempre es aconsejable desaparecer por algún tiempo. Todo hombre razonable de Eumeswil cuenta con esta posibilidad. Cambia de residencia, aunque sólo sea por una noche. Está «en el campo», tiene alguna cuenta corriente secreta.

Se sumergen como las ranas y reaparecen al cabo de unos días, unos meses o unos años. Pasan un período de hibernación, hasta que una nueva primavera trae un nuevo primero de mayo.

Por mi parte, no entra en mis cálculos una ausencia prolongada. En definitiva, un camarero de noche no es un pez gordo. Pero también en su caso es aconsejable desaparecer por el momento. Más peligroso sería que se hubiera hecho sospechoso también como historiador. Rebaños enteros de impotentes profesores se han dedicado a la represión política. Aun en el caso de que no tuviera por qué temer nada de ellos, ya su simple proximidad me resultaría intolerable. Así que mejor dedicarse a lavaplatos.

Es también posible que tenga que levantar la tienda por un tiempo indeterminado. Si las cosas en la alcazaba fueran muy movidas, podría incluso dárseme por muerto. Es una forma de desaparecer singularmente favorable a la resurrección.

18

Desaparecer es mejor que sumergirse; prefiero las costumbres del ratón a las de la rana. No me refiero a los ratones negros y grises de casas y jardines, sino a los amarillentos del monte bajo, que son como minúsculas ardillas. Se alimentan de nueces, de las que hacen provisión a principios del otoño en su nido de invierno. Pasan en él, perfectamente escondidos, medio año o incluso más, mientras caen las hojas sobre el suelo del bosque, que luego quedan cubiertas por la nieve.

Siguiendo este ejemplo he tomado mis precauciones. El musgaño es un pariente del lirón. Ya de niño me imaginaba que la vida de estos dormilones era sumamente atractiva. No es casual que, tras la muerte de mi madre, me perdiera en este mundo protector. En mi soledad, en el desván de la casa, me transformaba en un musgaño. Fue durante años mi animal totémico.

Busqué, en los linderos del bosque, un sitio donde excavarme una cueva. La entrada no tenía que estar a ras del suelo, sino en una hendidura de la roca o en un tronco vacío. A partir de aquí, comencé a excavar la galería profundizándola un poco cada día. Sacaba la tierra afuera y la esparcía para no dejar rastros.

Una vez alcanzada la profundidad suficiente, excavé una segunda galería hacia arriba, como salida de emergencia. En toda entrada hay que tener en cuenta la salida, en todo camino, el regreso. Ya entonces sabía bien estas cosas. Había que hacer el trabajo despacio y con suma precaución; desde arriba amenaza de día el gavilán, de noche, el búho; en el suelo se mueven animales hostiles, sobre todo la víbora —el musgaño está siempre en peligro. Es el precio que paga por su libertad.

Una vez excavadas las galerías, había que acomodar la vivienda. Tenía que ser una estancia agradable, ni demasiado pequeña ni demasiado grande. Tal que pudiera vivir en ella también una mujer, aunque entonces no pensaba en ello. Tampoco tenía que preocuparme por mi madre; estaba presente por doquier, era la cueva misma.

Acabada la cámara y alisado su óvalo, excavé el corredor para la despensa. Ésta era mayor, de forma abovedada. Con aquellas provisiones, no había que temer el hambre. No había que olvidar el lavabo. La limpieza del musgaño es proverbial. No despide olor, como los otros ratones, y sólo en primavera se percibe su almizcle. En invierno, el retrete se llenaría de negros montoncitos. También aquí había pensado no sólo en la entrada de alimentos, sino también en su evacuación.

Construido el refugio, había que amueblarlo. Para un lugar en el que, durante los inviernos, me dedicaría a soñar, lo adecuado eran los colchones de las más finas plumas. Conocía lugares en los que habían sido ya seleccionadas: los nidos de los reyezuelos y de los trogloditas. Las buscaba cuando oía el «si-si-sí» de los reyezuelos. Es su grito de llamada, cuando su cría ha emprendi-

do el vuelo. Yo los espiaba ya desde que comenzaban a construir sus nidos. El musgaño gatea cautelosamente por las ramas. Yo encontraba allá arriba las finas plumas que se habían arrancado, las fibrillas que habían traído. Y me cobraba mi impuesto.

En la orilla del bosque, los epítimos se elevan por encima de las ortigas y las escabiosas. Forman pequeños colchones sedosos, que se secan en los primeros días de otoño. También de aquí sabía yo sacar partido; los entrelacé en mi refugio; añadí además hojas de rosal silvestre y de escaramujo.

Trabajaba con entusiasmo; sujetaba los filamentos con los pies y los iba entretejiendo con las manos y la boca. La tarea me resultaba sencilla, aunque la hacía a oscuras. Cuando los materiales son agradables al tacto y de poco peso, el trabajo puede convertirse en juego; el placer material se transforma en espiritual.

Así era mi ánimo mientras construía, y aumentó aún más cuando cayeron las primeras nueces —con un ruido que era capaz de distinguir de cualquier otro. Era como una llamada a la puerta, como un anuncio. Ésta es la profecía que prefiero. No hueras promesas, sino fenómenos, manifestaciones, pequeñas monedas sólidas, cosas materiales. Soy como Tomás; «¡Enséñame tus llagas!». Y entonces aguanto con firmeza.

Pronto cayó una gran cantidad de nueces; cuando el viento sacudía el follaje, era como si granizara. También los pinzones las echaban al suelo —aves estinfálicas, con su batir de alas de cobre, venidas, en enormes y chirriantes bandadas, del norte, donde habían pasado el verano, en los bosques del Khan Amarillo.

Nadando en abundancia, bajaba las mejores nueces en la boca, aunque siempre procedía con gran precaución. Hice también acopio de otros frutos: de triangulares ayucos, de escaramujos, de frutos de espino y serbas, de todo tipo de semillas.

Rápidamente se llenó mi despensa. Pero no olvidé mi dieta diaria, porque para pasar el sueño invernal lo más importante es la acumulación de grasas en el cuerpo. «Invierno, dormiremos a lo largo de tus días, porque rebosamos de resplandeciente grasa», decía un poeta romano, que cantó la vida en sus poemas.

El hambre de un lirón se sacia con poco. La fantasía es, en cambio, insaciable; se apacienta de la abundancia del universo. Me sentía a gusto visitando mis provisiones, pequeño bodeguero de redondeada panza. Las ordenaba por especies, las colocaba por capas. Ya podía venir el invierno, cuanto más riguroso mejor. Estaba preparado.

Cuando las hojas comenzaron a caer copiosamente, el exterior se hizo inhóspito. Una mañana aparecieron cubiertas de escarcha. Comprobé una vez más mi colchón, lo estiré y mullí. Entonces tapé la entrada con heno seco, así como la salida, aunque menos sólidamente. Ya podían venir las nevadas. Empezaba la estación de los lobos.

Podía tenderme, con las rodillas encogidas y la cabeza doblada. Mi aliento apenas movería una pluma, apenas se percibiría el latido de mi corazón. Estaba allí como el niño en el seno materno. ¿Por qué no permanecer siempre así?

*

¿A qué se debe que, al llegar aquí, cesen mis sueños? Han alcanzado su punto culminante: son demasiado vivos, hay que interrumpirlos. Esperamos a la amada, oímos desde lejos el ruido de su coche, distinto de todos los demás. Se ha parado abajo, ante la casa y comienza el juego de las puertas —la del coche, la del jardín, la de casa. Ya está subiendo las escaleras. De un momento a otro se abrirá la última puerta.

19

Los juegos de los niños se diferencian como se diferencian sus caracteres; ya en estos juegos se perfila lo que harán de mayores. En cualquier edad se repite el acorde básico de la melodía. Esto mismo me ocurrió también a mí con el musgaño y su castillo de refugio en Eumeswil. Pero tengo que tomar el hilo desde algo más atrás.

Ya antes de que el Cóndor bombardeara el puerto, flotaba en el ambiente la inquietud que precede a estos actos. Se hablaba mucho de ello, o se cuchicheaba al oído; incluso personas que antes apenas se saludaban, se reunían ahora y se consultaban entre sí.

También en casa de mi progenitor se reunieron los que, como él, esperaban que los tribunos podrían controlar la situación. No carecía esta esperanza de fundamentos, más o menos sólidos. Intentaban darse mutuos ánimos. Se oían cosas más o menos razonables. Como anarca, para quien el resultado era, de una parte, indeferente, aunque de otra me cautivaba como objeto histórico, podía juzgar bien la situación. Además, era acaso el único que no sentía ningún temor. Los contemplaba con íntima satisfacción como Stendhal en una situación similar. Le aprecio también como historiador.

No es que yo quiera decir nada contra el miedo. Es uno de los fundamentos psíquicos, y hasta físicos. Cuando el suelo se hace inseguro y amenaza con derrumbar el edificio, la mirada se dirige a la puerta. Esto crea también una selección —por ejemplo, de los que no se han dejado sorprender por el suceso. En este sentido, Ulises es uno de los mejores ejemplos, el Venteador por antonomasia. El miedo es un sentimiento primario: el barrunto instintivo del peligro. A esto se une la astucia, luego la trampa, la perfidia incluso. La astucia de Ulises era tan extraordinaria porque poseía además valor y curiosidad. En él se anunciaban ya la razón, la osadía y el impulso investigador de Occidente.

*

Sus temores testificaban que conocían la situación mejor de lo que indicaban sus palabras. El Cóndor era ya el centro —invisible para sus enemigos, bien visible para sus partidarios. Se agrupaban ya, desde Catón el Joven hasta el traidor Ganelón. Era el Cóndor el que guiaba sus pensamientos y, más tarde, sus movimientos. ¿Era posible, era permisible adaptarse a él o incluso pasarse a sus filas?

En estas vísperas, el tirano necesita amigos, pero también le son indispensables los enemigos. Correrá la sangre —éste es el rito de consagración al que no puede renunciar. Así lo espera de él el pueblo: «¡Ahí va el glotón, el cojitranco! ¡Cuélgalo del garfio, el parricida, el Tíber con él!».

¿Qué hay de las listas de proscritos? Contienen acusaciones de mayor o menor gravedad, pero también figuran simples comparsas. Fiscales que hasta ahora habían guardado silencio, desarrollan de pronto una extraordinaria sensibilidad jurídica. Pero ya la mera perspectiva de perder el puesto es dura, de modo que hay que correr algunos riesgos. Lo mejor es un puesto secundario, en el que no se llame la atención. Aunque ni siquiera aquí faltan envidias.

Calculaban, pues, las posibilidades, ponderaban las circunstancias de tiempo y espacio. En caso de duda, lo prudente era desaparecer, aunque fuera por una noche. La ausencia podía prolongarse más tiempo. Mientras tanto, el agua seguía pasando bajo el puente. Al fin, puede uno reaparecer.

«Mi querido amigo… ¿Dónde ha estado usted? ¡Tanto tiempo sin verle!».

«He sobrevivido».

*

Respecto de la cuestión de espacio, lo mejor es estudiar el asunto cuando todavía no hay nubes de tormenta en el cielo. Al-

gunos amigos de mi progenitor tenían parientes en el extranjero; en aquellos días todavía gozaba de aprecio un *bungalow* en la orilla septentrional del Mediterráneo. Un tercero se había puesto de acuerdo con una amiga, para casos de necesidad. Hubo mujeres que mantuvieron ocultos a sus amantes durante años, tras una puerta secreta o en la buhardilla. Por la noche, podían salir a tomar el aire.

Así, más o menos, reflexionaban y planeaban en su retiro, mientras yo me frotaba las manos. El hombre es un ser razonable que sólo a regañadientes sacrifica su seguridad a las teorías. Los carteles de propaganda cambian, pero el muro en que se pegan permanece. De igual modo, pasan de largo a nuestro alrededor teorías y sistemas.

«A ti nada te conmueve», me dijo mi querido hermanito una vez, durante uno de nuestros inútiles debates. Lo acepté un cumplido.

*

Por lo demás, la cosa no fue tan mala como habían temido, aunque es inevitable la violencia. Toda revolución exige sangre. Pero en aquella ocasión no hubo más que la que se derrama en una corrida de toros.

La prudencia es siempre aconsejable; hay un momento en el que acontece lo imprevisible. Durante algunos días y noches los bajos fondos tienen mano libre. Los nuevos amos dejan correr las cosas —son atajos que entran dentro de sus cálculos. El libanés me dijo una vez: «Sabe usted, cuando llegaron las primeras noticias de desmanes, desaparecieron los discursos floridos». En un rincón del bosque junto a Nahr-el-Kelb, se habían descubierto varios cadáveres por los que nadie se preocupaba —y menos que nadie la policía. También fue ejecutado un vidente. Los tuertos salen mejor librados.

*

Casi todo el mundo tiembla por su puesto. A otros, en cambio, se les abren expectativas de ascensos fuera del escalafón; las denuncias se desarrollan en razón directa a estas esperanzas. Pero lo mismo suele suceder cuando las mayorías se suceden de forma legal. Instalan a sus seguidores hasta en los estancos.

En las revoluciones, hay que contar también con tipos que se dicen a sí mismos: «Lo mejor será que ése no vuelva a aparecer». Cuanto más arriba estaba el predecesor, más profunda es su caída y más segura su muerte. Con todo, también al afiliado de segunda fila de extrarradios le amenaza el ajuste de cuentas. Tendrá que pagar su pan dos veces.

Hay capas que colindan con el magma y son para el historiador demasiado calientes, demasiado densas. También a esto se debe el hastío que me produce la estúpida repetición de los acontecimientos. Cuando ya un Shakespeare ha descrito con pinceladas maestras el tema, debería tenérsele en cuenta de una vez para siempre.

*

Deberíamos o bien obedecer a los instintos como los animales o a la razón como seres espirituales. Entonces no habría lugar para los remordimientos de conciencia. Aquí, en Eumeswil, el terreno está ya demasiado esquilmado para producir una noche de San Bartolomé o unas Vísperas sicilianas; ya sólo alcanza a producir infamia. De otra parte, hay que tener en cuenta la liquidación por vía administrativa. De esto se ocupan funcionarios sentados en sus cómodos sillones, que actúan con total ausencia de pasión, desde sus amables despachos… tipos que a menudo no pueden soportar que se le retuerza el pescuezo a un pollo.

*

Lo dicho es en parte una retrospectiva y en parte una perspectiva. Los médicos llaman «alivio» a una disminución pasajera de la enfermedad. Pero el cuerpo sigue expuesto a las recaídas. Al principio, parece que apenas hay nada que temer; el Domo exagera incluso las formalidades jurídicas. Pero también esto es un síntoma sospechoso. Nuestro modelo no es el tribunal de justicia, sino el accidente de tráfico. Nos saltamos el semáforo en rojo o la señal de ceda el paso y nos encontramos ardiendo con otras cien personas.

Mi progenitor y casi todos sus amigos pudieron incluso conservar sus puestos; sólo mi hermanito quedó algo desplumado. Pronto volvieron a reunirse como los siete justos.

*

Por lo demás, una de las cosas que me llama la atención en nuestros profesores es que lanzan virulentos discursos contra el Estado y el orden, para destacarse ante los alumnos, pero, al mismo tiempo, esperan de este mismo Estado que les pague puntualmente el sueldo, la pensión y demás sinecuras y que por tanto, y al menos en este sentido, contribuyan a mantener en vigor el orden establecido. La mano izquierda cierra el puño, la derecha se abre para recibir su dinero —y así sigue marchando el mundo. Con los tribunos la cosa era aún más simple; ésta es una de las razones de la nostalgia de mi hermano por aquella época de esplendor. Pero lo cierto es que fue uno de los que ayudaron a serrar la rama.

*

El Cóndor se siente tirano y no hace nada por ocultarlo. Lo cual tiene al menos la ventaja de que no se miente tanto como antes. Para mí, en el fondo nada ha cambiado; mi carácter de anarca sigue intacto. Para el historiador el botín es incluso más abundante, porque es más plástico. Hay que observar siempre la

corriente política, en parte como espectáculo y en parte a causa de la propia seguridad. El liberal está descontento cualquiera sea el régimen. El anarca recorre la serie procurando no tropezar con ninguno, como cuando se huye a través de una serie de salas. Ésta es la consigna de todo aquel que da más importancia a la esencia del mundo que a sus manifestaciones externas —del filósofo, el artista, el creyente. En este sentido, opino que los judíos cometieron una equivocación cuando negaron el saludo al César. Era sólo una cuestión formal. Pero, antes de sentirse a gusto con la nueva situación, es preciso superar la resistencia interior.

*

Al principio, tuvimos aquí, como en todo cambio de régimen, un período bonancible y también una cierta renovación gracias a una serie de reformas. Escoba nueva bien barre. Vinieron luego las molestias, pero casi siempre de tipo personal. Volveré sobre este punto más tarde, cuando hable de la pena de muerte.

Tal vez también a mí me afectó la nueva situación, pero no me di cuenta de ello en la alcazaba, sino en la ciudad. En el Instituto se me trataba con más reserva; en las conversaciones conmigo la gente se mostraba, aunque de forma casi imperceptible, más retraída. Se advierte que hablan con menos libertad. Nacen tabúes. Así, por ejemplo, en mi presencia nadie aludía al detentador del poder, ni siquiera en bromas, o, si alguien lo hacía, sonaba a cosa forzada. En la calle, la situación era más evidente. Gentes desconocidas se apartaban de mi lado en cuanto veían mi fonóforo, como si hubieran visto algo desagradable. Otros me miraban en cambio con fijeza y con no disimulada hostilidad.

En general, el fonóforo se lleva de tal forma que el borde sobresale del bolsillo izquierdo del pecho. En él están indicadas las calles. Entre nosotros, sólo puede hablarse de clases, a lo sumo, en un sentido potencial, dinámico. La igualdad y las diferencias

entre la masa sin historia están reducidas al movimiento. La función social está cifrada y escalonada de forma mecánica. El Cóndor detenta el monopolio de los discursos públicos y lo comparte con quien quiere y como quiere. El fonóforo garantiza lo que ya había sido el ideal de los jacobinos: el foro ininterrumpido, la «sesión permanente».

Muy raras veces se ve el fonóforo de oro; sus portadores casi nunca se desplazan a pie por la ciudad. El mío es, por supuesto, el de un satélite menor —aunque de todas formas notable, en cuanto que está inserto en el Sistema Rojo. Esto acarrea ventajas e inconvenientes. Así, por ejemplo, en cualquier momento pueden requerirse mis servicios como auxiliar de la policía.

*

Los cambios en las capas profundas se dejan sentir en la superficie por suaves ondulaciones. La sensibilidad se aguza; tal vez la temperatura ha descendido una décima de grado.

No es agradable comprobar que, cuando te acercas a un grupo de conocidos, cambian abiertamente de conversación. Por aquel entonces, observé que en algunos lugares o en determinadas circunstancias ocultaba el borde del fonóforo dentro del bolsillo. Al principio era sólo un acto reflejo, pero no por eso dejaba de ser el inicio de un camuflaje… y muy pronto añadí la idea de mi seguridad. Podría resultar aconsejable retirarse de la circulación por un tiempo indeterminado.

Pero con esto no pretendo decir que pensara en desertar. Va en contra de mis reglas de juego. La partida debe jugarse hasta el fin, tanto si se ha comenzado con las piezas blancas como con las negras. Es indudable que también el Cóndor ha pensado en este final y de ahí que no haya impartido ninguna instrucción para el caso de que el chozo sea atacado por la espalda. El tirano quiere permanecer fiel a sí mismo. Y, mientras dura la partida,

puede contar conmigo. No hay que entenderlo como fidelidad de vasallo. En una cuestión de honradez personal.

20

La perspectiva de alejarme totalmente de la sociedad y vivir por algún tiempo como señor de mí mismo no dejaba de tener su encanto. Tuve incluso que luchar contra la tentación de desear la venida de la catástrofe o de apresurarla con mis limitadas fuerzas —cosa no del todo descabellada. *Carne vale*— también cuando el año declina, y no digamos un milenio, irrumpe esta locura.

Se trataba, pues, de buscar un rincón tranquilo para mudar de piel. Y esto me lleva de nuevo al musgaño. La desembocadura del Sus es ancha y poco profunda. Con la marea baja, emergen bancos de arena. En ellos pululan grandes bandadas de flamencos, garzas, alcaravanes, patos, ibis y cormoranes; en una palabra, el delta se transforma en un paraíso alado. Aquí se sienten a sus anchas los pescadores, cazadores, pajareros y, por supuesto, también los ornitólogos como Rosner. Se sienta en la orilla, ante su puesto de vigía, desde donde observa a los animales, lleva su diario de notas y anilla sus capturas. Le acompaño a veces —en parte por gusto, porque reina allí una vida como la de los Primeros Días, en parte en ejercicio de mis funciones, cuando se aproximan las fechas de una visita del Khan Amarillo y hay que hacer los preparativos de las grandes cacerías. Los halconeros adiestran a sus halcones para la presa y los cazadores a sus perros para recoger las piezas cobradas.

A partir de aquí, inicié mis reconocimientos. No llama la atención que me desplace de un lugar a otro, con una escopeta y provisiones. Inmediatamente aguas arriba de la desembocadura se extienden grandes cañaverales. Serían impenetrables si los

animales no hubieran elegido aquel lugar para sus mudas: hoyos semioscuros en la hierba de elefante. Un encuentro con tales bestias es peligroso; sobre todo en la luz crepuscular del amanecer y el anochecer, resulta siempre posible que tenga que aplastarme al abrigo de los cañaverales. Además, antes de cada nuevo paso, tengo que comprobar bien dónde pongo el pie. En compensación, apenas existe el riesgo de que alguien me siga.

Siguiendo corriente arriba, comienzan a clarear los cañaverales, pero la ciénaga es más traidora. Son, sobre todo, engañosos los bancos de arena movediza arrastrados por la pleamar. Basta con hundirse hasta las rodillas para estar irremisiblemente perdido. La pleamar deja tras de sí charcas y marjales en los que abundan los reptiles. Me llevó mucho tiempo marcar con señales una senda segura.

En medio de este laberinto, se arquea una plana cima, no más grande que un campo de golf de medianas dimensiones. Ni a un bosquimano se le hubiera ocurrido la idea de atreverse a subir hasta ella, porque está densamente cubierta de maleza con espinas largas como la palma de la mano, la *Acacia horrida*. Tuve que abrirme camino a machetazos para llegar a la cumbre. Allá arriba me esperaba una sorpresa.

*

Como historiador, he tenido que estudiar el potencial geomántico que poseen muchos lugares, y especialmente las colinas. Es, en primer término, de naturaleza material, física. De aquí extraen su poder. En toda convexidad se oculta una cavidad. Novalis: «Los senos son el pecho elevado al rango de misterio». Es cierto, pero sería mejor decir *desde* el rango de misterio.

Mi modelo era la Lugdunum de los galos, una de mis ciudades predilectas. Fortaleza y santuario de tribus y pueblos que se fueron sucediendo unos a otros, desde aquellos que los arqueólogos apenas adivinan hasta las riadas de turistas del tercer mile-

nio cristiano… y que llenarían más de un libro. También Rolando residió en ella. Una colina visible desde la distancia y dominadora de la distancia. Con su roca se construyó la catedral; la roca se elevó desde el rango de misterio. Bajo los fundamentos, criptas y catacumbas; en ellas el misterio es más espeso que arriba, en el bosque de columnas. Me vino su recuerdo irresistible cuando, acribillado por espinas y mosquitos, llegué a la cumbre de la colina.

*

Desde el punto de vista histórico, esta costa permaneció siempre en penumbra —dominada por señores extranjeros, que la dividieron en provincias y colinas o que se replegaban, a ella durante las guerras civiles. Tierra mauritana, ha contemplado batallas a caballo, con camellos y elefantes, con carros de combate y vehículos blindados.

Quien deseara poder vigilar la llanura desde el mar hasta más allá del río, tenía en la colina un magnífico observatorio. Esto debió ocurrir por última vez después de la Segunda Guerra Mundial, es decir, tras el triunfo definitivo del técnico sobre el guerrero. Del mismo modo que, tras los grandes incendios, las llamas siguen crepitando en los flancos, también después de los tratados de paz se siguieron dando algunos enfrentamientos aislados. Apenas dejaron en pos de sí nombres y fechas; para el historiador son períodos áridos que, como máximo, ofrecen algunas noticias curiosas —y aun entonces casi siempre de odiosa naturaleza. El luminar ofrece la ventaja de que se pueden extraer con gran rapidez, de los pesados infolios, los detalles que interesan, por ejemplo de la «Historia de la ciudad de Atenas en la Edad Media».

Algún sultán debió planear instalar aquí una atalaya fortificada, un *bunker*, en el que tan sólo las troneras emergían a ras de tierra. Aunque se llevó a cabo la construcción, es evidente que

nunca fue utilizada, porque las hormigoneras y otros aparatos aparecían esparcidos acá y acullá, tostándose entre la maleza. El *bunker* estaba recubierto por una capa de vegetación, sobre la que hacía ya mucho tiempo se habían multiplicado las acacias. Ningún piloto, por muy raso que volara, podría sospechar su existencia. Por supuesto, habría que tomar la precaución de no hacer humo durante el día.

Apenas lo vi, decidí posesionarme del lugar. Me pareció totalmente adecuado para una estancia, incluso prolongada, en el bosque. Una especie de trinchera llevaba a la parte inferior; la crucé, tras comprobar con una vela la presencia de gases y con un contador la de radiaciones. La puerta estaba blindada e intacta. Necesitaría un poco de aceite. El espacio interior, calculado para un comando, no me resultaba ni demasiado grande ni demasiado pequeño.

*

Con estas actividades de exploración se inició el trabajo de todo un año que, aunque espinoso, recuerdo ahora con placer. Dediqué a la planificación las horas de asueto de la alcazaba; la ejecución llenó todo mi tiempo libre y unas vacaciones de cierta duración.

La tarea era sencilla, la realización muy meticulosa. La razón básica era que la llevé a cabo como un juego. Es bien sabido que nos dedicamos a estos juegos con mucho mayor entusiasmo que al trabajo con que nos ganamos el pan. Es el caso, por ejemplo, de la pesca, la equitación, la danza, la instalación de un *bungalow*, las distracciones y colecciones de todo tipo. Durante milenios, la guerra, la caza, el caballo, el teatro, las magníficas construcciones fueron el pasatiempo de los príncipes. A todo ello puso fin la técnica. Puede observarse que, lo más tarde a partir de la invención de la pólvora, el guerrero sólo con repugnancia aceptó un arma que, aunque era más eficaz, eliminaba el juego.

*

El problema que tenía que resolver podía reducirse a una simple fórmula: «Cómo desaparecer de la circulación durante un cierto tiempo». No era yo el único en afrontar la cuestión. En Eumeswil todo el mundo piensa en ello, con mayor o menor intensidad. Son ideas que, en la guerra civil, se imponen por sí mismas. Están en el aire, forman parte de la atmósfera.

Una revolución palaciega, una revuelta militar son posibles en cualquier momento; cualquier mañana, pueden llamar a tu puerta los nuevos ocupantes. Apenas uno ha destacado en algo, se le pone en una lista. La policía ha conseguido altas cotas de refinamiento en estos asuntos y tampoco faltan personas privadas que tienen sus propios archivos. En este punto, toda prudencia es poca.

La participación en determinados desfiles o reuniones, la negativa a ciertos servicios o condecoraciones, hasta las formas de saludar son, al parecer, cosas insignificantes o incluso se admiten con benevolente liberalidad… pero, como Thofern dijo en cierta ocasión, no sólo se notan, sino que se anotan. Basta un agujero en la ficha y el sistema de estas perforaciones perfila lo que se llama ideología de un individuo.

Me esfuerzo en no tener ninguna ideología, debido a lo cual mi querido hermano me tacha de persona sin ideología. Sería mejor, por supuesto, hablar de persona libre de ideologías. No doy importancia a las ideologías, sino a la capacidad de disponer libremente de mí mismo. Y, así, dispongo de mí cuando se me desafía, sea para el amor o para la guerra. No me fijo en las ideologías, sino en el hombre. *Je regarde et je garde*.

Por una observación del Domo en el bar de noche supe que tiene una lista de los abonados al «Reyezuelo». Se trata del órgano de la oposición de Eumeswil, aunque dentro de unos límites muy moderados. Se lo tolera, aunque no en el sentido del le-

ma de un pusilánime rey de Prusia: «Quiero una oposición con ideas claras». Más bien cabe sospechar que la revistilla en cuestión debe su existencia cabalmente a la lista. Un terroncillo de azúcar, y acuden las moscas en tropel.

Los redactores actúan como quien pisa huevos. De todas formas, en estas circunstancias hasta la más leve insinuación tiene su eficacia. Los oídos adquieren tal sensibilidad que hasta se oye el vuelo de una mosca. Estas publicaciones viven de una popularidad anónima. Todo el mundo las lee; se alude a ellas bajo formas encubiertas, como si fueran un tabú.

El tercer Napoleón tuvo un perseguidor mucho más correoso, que le asechaba con una revista llamada «La Lanterne». Las cubiertas estaban impresas con color de baja calidad, de modo que a sus lectores les quedaban las puntas de los dedos entintadas de rosa, lo que pasó a considerarse signo de distinción y hasta el propio emperador coqueteó con la nueva moda. Así se explica que el «Reyezuelo» tenga una elevada tirada a pesar del pequeño número de suscriptores. Se vende en los puestos callejeros y también en los quioscos. No podía, pues, sorprenderme la observación del Domo —estoy en guardia.

*

Cuando uno se encuentra ya en el plano inclinado, comienza a preocuparse más seriamente por los problemas de su seguridad personal. En esto no me distingo de los demás. Comencé a tomar precauciones prácticas cuando observé que algunos transeúntes me dirigían miradas hostiles. El descubrimiento del *bunker* fue la preparación; venía después la tarea de la instalación y equipamiento.

Comencé, pues, por resolver a mi manera el problema de cómo desaparecer del mejor modo posible y sin dejar rastro por un período indeterminado. Esto requirió su tiempo. Si la sociedad envuelve al anarca en un conflicto en el que éste no partici-

pa interiormente, lo que hace es obligarle a hacer el juego contrario. Intentará cambiar de dirección la palanca con la que la sociedad le mueve. Dispone entonces de esta sociedad, como si fuera el escenario de un grandioso espectáculo inventado por él. Si es historiador, la historia se le convierte en realidad presente. Todo cambia: las cadenas cautivan, el peligro se convierte en aventura, en tarea excitante. En mi caso, la huida se transformaba en el lujo de la soledad. Vivir como el monje en su celda, como el poeta en la buhardilla, como Robinson en su isla: todo el mundo ha soñado con ello. Para mí era como el musgaño, el animal totémico de mi infancia, que alentaba en mis recuerdos. Cuando se trata de convertir en realidad un sueño, ninguna fatiga nos detiene. Esto me sucedía a mí ahora.

21

Para describir estos esfuerzos, tendría que descender a prolijos detalles. Me contentaré, pues, con el esquema general. Podría también servir de utilidad a otros, porque se trata de un problema muy común.

La tarea de llevar hasta el refugio provisiones para un año y suficiente equipamiento a través de ciénagas y espesuras, y sin que nadie lo advierta, puede parecer insoluble para un solo individuo. Pero tenía que renunciar a todo tipo de colaboración. Con sólo uno que supiera el secreto, la seguridad se convertía, ya de entrada, en cosa incierta.

Ya el mismo lugar proporcionaba algunas ayudas. Así, por ejemplo, como era de prever que el cemento acabaría por deprimirme, revestí las paredes y el techo con cañas parecidas al bambú, que crecían abundantemente entre las acacias. Su color amarillo maduro tirando casi al naranja, era de un efecto agradable. Por lo demás, tenía la intención de pasar al aire libre la mayor

parte del tiempo. Los matorrales protegen de las miradas. Además, su plumoso follaje era tan ralo que podía tomar baños de sol. Para el descanso nocturno había hecho provisión de musgo y esparto.

Pero faltaba el transporte desde la ciudad. Cuando se quiere realizar una tarea sin que la comunidad se entere, existe un medio bien acreditado: se lleva a cabo, a la vista de todo el mundo, otra tarea que permite realizar la primera y cuenta, además, con la general aprobación. Por ejemplo: un padre ve con satisfacción que su hijo estudia la Biblia. La satisfacción sería menor si supiera que el celo de su hijo se limita a buscar los pasajes escabrosos. O bien: un espía instala un negocio de fotografía, etc.

Yo busqué como tapadera la ornitología: me disfracé de observador de aves. Rosner estaba encantado. Procuré que pareciera que la idea se le había ocurrido a él. Existen aún especies volátiles de las que los sabios saben poco o que son incluso totalmente desconocidas. Así, no hace mucho los cazadores del Khan Amarillo descubrieron un pavo salvaje al otro lado del desierto. Un feliz descubrimiento similar pudo hacer también Rosner cuando estudiaba, en el Sus superior, una especie de gallina cuyos parientes más próximos se encuentran en los montes bajos de Australia. Se trata de un animal de extrañas costumbres. Rosner afirmaba: «Este animal ha descubierto la incubadora mucho antes de que se les hubiera ocurrido a los egipcios». No hay nada nuevo bajo el sol, pues de otra suerte el universo no merecería este nombre.

El ave abandona a los elementos su nidada: forma montículos de hojas y esconde en ellos sus huevos. La fermentación de estas hojas aporta el calor suficiente. Lo único que el animal tiene que hacer es procurar que la temperatura se mantenga dentro de los límites correctos. También hay que regular la humedad. Para ello, cuando llueve, excava en la base del montículo una cavidad, que cubre cuando brilla el sol. Consigue con ello que el interior

no alcance una temperatura excesiva; una anticipación del termostato. Hay motivos para sospechar que nuestra inteligencia no es sino un instinto atrofiado, una ramificación lateral del árbol de la vida, a través de una selección acentuada durante milenios. La idea no es nueva, pero con la decadencia de la historia, es decir, con la metahistoria, adquiere una nueva significación. Entre otras cosas, tal vez los animales nos exijan la indemnización por las víctimas que hemos causado entre ellos. Desde esta perspectiva puede enjuiciarse la trivialidad de aquellos espíritus que discuten la cuestión de si los animales poseen inteligencia.

*

El género de vida del ave mencionada proporciona un buen ejemplo de un problema familiar… porque sólo trabaja el macho. Se caracteriza por sus patas, dotadas de poderosas uñas, con las que agrupa incansablemente montones de hojas. Sólo cuando ondea en su desnudo cuello un ligero penacho, se presenta la hembra para el apareamiento. Tras una serie de movimientos y danzas ceremoniales, se deja cubrir y luego deposita los huevos en el nido. Cuidar de ellos corre de cuenta del macho, hasta que salen los polluelos. Aletean, como codornices, y ya desde el primer día se valen por sí mismos.

Rosner afirmó que este enriquecimiento de nuestra fauna era sensacional. Fijó un catálogo de preguntas. Probablemente, al gran distanciamiento del hábitat debía corresponder también un distinto comportamiento. Para mí, como historiador, estas costumbres replanteaban los problemas del matriarcado. Cité a Bachofen en el luminar y pudimos sostener una animada conversación. Surgió así, de forma espontánea, mi ofrecimiento de dedicarme a observar el animal durante mi tiempo libre. Rosner elogió mi celo; incluso el Cóndor, al enterarse de mi ofrecimiento, me obsequió con unas frases amables, cuando abandonó el bar.

Quedaba, pues, solucionado el problema del transporte. El biotopo era excelente, casi inaccesible y no lejos de allí se iniciaba la subida hacia los matorrales de acacias. Establecí allí mi puesto. Era obvio que la misión, incluyendo las interrupciones, tendría que prolongarse al menos durante una estación.

Entre la instalación de este puesto y el que yo había planeado para mi *bunker* no había grandes diferencias. Todo cuanto yo necesitaba fue transportado en camión, hasta el centro ornitológico de Rosner, en el Sus inferior, y luego transportado a lomo de caballería a través de la hierba de elefante. Los porteadores me alzaron una cabaña en el lugar. Apenas se marcharon, comenzó el trabajo auténtico; subí hasta el *bunker*, a través de las acacias, todo el equipo. Con la intención de facilitar la tarea, me quedé con un animal de carga. Para abrir paso al animal, tuve que ensanchar un poco el sendero. Pero esto no me preocupaba, porque los acacias crecen con rapidez. Ya poco después de mi primera instalación, estaría tan rodeado de maleza como el palacio de la Bella Durmiente del bosque.

La cabaña para la observación de las gallináceas tenía para mí una significación similar a la de la cámara de compresión del buceador: en ella se prepara, ya con su equipo, antes de lanzarse a mayores profundidades. Ofrecía, además, una ventaja política: servía de estación de enlace. Podía alejarme de Eumeswil, sin despertar sospechas, en caso de crisis, y volver cuando hubiera pasado la tormenta. Había trabajado para Rosner. Si la situación se agriaba, podía retirarme a mi soledad. Al principio era poco visible, luego totalmente invisible.

*

Por lo demás, Rosner no quedaría defraudado. Yo disponía de tiempo suficiente para observar sus gallináceas. Coloqué dentro de los montículos de hojas pequeños aparatos que medían la temperatura en las distintas capas; situé, además, otros por di-

versos lugares para captar el grito de llamada de la época de celo. Entre otras cosas, observé que el ave tiene en los perros salvajes implacables enemigos. Conseguí matar a tiros a unos cuantos. Ya su sola presencia hacía peligrosa la región.

Pero, sobre todo, pude comprobar que se trataba, efectivamente, de una nueva especie. Rosner estaba entusiasmado. Se empeñó en bautizarla con mi nombre: *Alectura venatoris*… Me costó gran trabajo disuadirle. A pesar de todo, había utilizado en mi provecho al buen hombre. Éste es uno de los emolumentos del anarca: que se le recompensa y distingue por cosas que hace adicionalmente o incluso contra lo que se quería de él. Quedaba solucionado el transporte.

Era natural que me llevara armas para mis tareas de ornitólogo. No se trataba sólo de abatir aves para el museo de Rosner, sino que también tenía que defenderme de las fieras y de los grandes animales salvajes, sobre todo del búfalo rojo, que surge de improviso y es muy peligroso. Me aprovisioné, pues, de armas de caza y guerra. El anarca libra sus propias batallas, aunque vaya en la fila marcando el paso.

Me procuré munición para las escopetas, desde perdigones a postas, y también balas redondas para el tiro a corta distancia. Para hacer fuego con el fusil rayado, pensé utilizar balas sin camisa de la marca «Unedo». «Una basta».

Los poseedores del fonóforo de plata no necesitan licencia de armas. Compré, en diversas armerías, dos equipos duplicados, el uno para la cabaña de abajo y el otro para el *bunker*. Así, no sólo estaba preparado para la defensa, sino también para expediciones de caza con que procurarme carne fresca. Suele pastar allá arriba un gran antílope, del que puede obtenerse excelente cecina. Uno solo proporciona carne para todo un año.

*

No son de temer visitas indeseadas; de todas formas, hay que prever esta eventualidad. Tracé en línea recta la última parte del sendero a través de las acacias. Durante la noche, sustituiría la mira telescópica del fusil por un proyector luminoso, para deslumbrar a los intrusos. Al rayo de luz le seguiría inmediatamente el disparo.

Podría oír a los perros rastreadores mucho antes de que llegaran a la línea de tiro. Los microaparatos de escucha habían alcanzado en Eumeswil notables cotas de perfección. Hay lugares en los que uno apenas se atreve a hablar ni en susurros. Puede irle en ello la vida.

No quiero perderme en detalles; sólo añadiré que renuncié de antemano a las minas. «Con minas no se puede hacer nada serio», me dijo en cierta ocasión un entendido en la materia. Y así lo confirmaban también mis estudios sobre la guerra de guerrillas.

La mina es, como dijo una vez un ruso respecto a la bala, una «ciega estúpida», una auténtica caja de Pandora, también para el que la abre. Aparte el hecho de que en nuestra región se registran frecuentes terremotos, puede hacerla estallar la pisada de un animal o puede hacer saltar por el aire a un inocente. También puede ser mortal un olvido del mismo que la puso.

La mina es anónima, una burda y tosca arma de guerra. Que los partisanos sientan cierta predilección por ella se explica por la peculiaridad de su lucha, que tiende a hacer insegura toda una región. Pero el anarca no cae en esta tentación, porque no se guía por las ideas, sino por los hechos. Lucha en solitario, como hombre libre, ajeno a la idea de sacrificarse en pro de un régimen incapaz que será sustituido por otro igualmente incapaz, o en pro de un poder que domine a otro poder. En este sentido, está más cerca incluso del ciudadano común, del panadero por

ejemplo, que se preocupa ante todo por cocer bien el pan, o del labriego, que guía su carreta mientras los ejércitos cruzan sus campos.

El anarca marcha en solitario, los partisanos, en grupo. He observado sus actuaciones, como historiador y como testigo contemporáneo. Aire sofocante, ideas confusas, energía mortífera que, en definitiva, repone en su sitio a monarcas o generales destituidos, que no tardarán en liquidarlos. Yo amaba a algunos de ellos, porque amaban la libertad, pero la causa no merecía su sacrificio; me sentía triste.

*

Si amo la libertad «sobre todas las cosas», todo compromiso es sólo parábola, símbolo. Y esto afecta a la diferencia entre el que se echa al monte y el que lucha por la libertad; no es una diferencia cualitativa, sino esencial. El anarca está más cerca del ser. El partisano se mueve dentro del campo de opciones sociales o nacionales; el anarca está fuera. Aunque, por otra parte, no puede sustraerse a estas opciones, ya que vive en la sociedad.

La diferencia se advierte inmediatamente en el hecho de que mientras yo me retiro a mi refugio del bosque, mi libanés se unirá a un grupo de partisanos. Por tanto, no sólo conservaré mi libertad esencial, sino que conseguiré un placer pleno y perceptible. El libanés, por el contrario, seguirá moviéndose dentro de la sociedad, volverá a depender de un nuevo grupo, que le atará aún más corto.

*

Por supuesto, también podría ponerme al servicio de los partisanos con tan buenas o tan malas razones como al servicio del Cóndor. He jugueteado con esta idea. También aquí seguiría siendo el mismo, internamente desapegado. Con los partisanos

correría más peligro que con el tirano, pero no importa; amo el peligro. Aunque, como historiador, prefiero los peligros de formas concretas.

Asesinato y traición, incendios y venganzas sangrientas, apenas tienen importancia para el historiador; largos períodos de la historia, por ejemplo la de los corsos, son infecundos. La historia tribal sólo adquiere importancia cuando repercute en la historia universal, por ejemplo en los bosques de Teutoburgo. Entonces nombres y fechas resplandecen.

El partisano actúa en los flancos; sirve a las grandes potencias, que le equipan de armas y lemas. Inmediatamente después de la victoria, se hace incómodo. Si insiste en mantenerse fiel a los ideales, se le hace entrar en razón.

*

En Eumeswil, donde las ideas vegetan, todo esto tiene repercusiones aún más miserables. Apenas se ha formado un grupo, es seguro que «uno de los Doce» medita ya la traición. Y se le elimina por la más pequeña sospecha. En el bar de noche escuché una vez un comentario del Domo al Cóndor, sobre uno de estos casos:

«Con nosotros le podría haber ido mejor», añadió. «Gentes ilusas —esto es algo que debo reconocer a los *gangsters*: conocen su oficio».

Lo apunté en mi libro de notas. Para concluir, sólo añadiré que no me hago la ilusión de pensar que, como anarca, sea algo fuera de lo corriente. No siento nada que no sienta cualquier otro. Tal vez he analizado la situación con mayor agudeza y soy consciente de mi libertad que, «en el fondo», todo hombre tiene, de una libertad que determina, en mayor o menor grado, sus acciones.

*

Un capítulo importante a tener en cuenta era el del agua. Pero el problema no presenta dificultades. En nuestra región, los *bunkers* fueron construidos con tejados oblicuos, de modo que, durante la época de las lluvias, alimentaban una cisterna. Pero no puedo contar con este recurso, porque hace mucho tiempo que la superficie del mío está cubierta de vegetación. Con todo, pasa cerca un brazo del Sus. Aunque durante el verano se seca, siempre quedan algunas bolsas, en las que sobreviven peces y tortugas. Las bolsas son inaccesibles desde el río: las arenas movedizas intermedias no soportan el menor peso.

Tendré, pues, que abrir un nuevo sendero a través de las acacias y seguir luego por los cañaverales; en caso de necesidad podrá servirme de camino de retirada. Éste será mi primer trabajo. Quedará así asegurado el acceso al agua.

No me faltará el vino; he almacenado una buena bodega, al menos una botella por día. Debe advertirse que entre nosotros las viñas crecen con notable pujanza; los sarmientos prosperan sobre el caliente suelo y producen auténticos racimos de Caleb. Conozco las diversas clases: como camarero, soy uno de los que tienen que probar la calidad de los caldos antes de hacer las compras para la alcazaba.

Ya he dicho que pienso vivir en buena parte de la caza. Por tanto, tengo que hacer provisiones de sal y pimienta y de otras especias; nuestros cocineros tienen casi una determinada para cada asado. Tampoco me faltarán legumbres frescas: he llevado una buena provisión de semillas. Las lechugas, rábanos colorados, una especie de alubia trepadora crecen aquí con asombrosa rapidez. He enterrado algunos depósitos de mandioca dulce; los bulbos se multiplican sin que haya que dedicarles ningún cuidado.

El té, el café, el chocolate están guardados en paquetes cerrados al vacío. Podría depositárselos en los sepulcros de momias y

los futuros arqueólogos los encontrarían deliciosos. Azúcar de caña, jarabe de arce, miel cristalizada para el té.

Recipientes —en primer lugar mi copa de plata; la llevaré en el último viaje. Cubiertos, sin olvidar el sacacorchos y todo lo necesario para los asados y cocidos. Basta con la especie de olla que emplean las mujeres árabes y que haría las delicias de un gastrósofo como Rumohr. La fabrican con piezas perforadas superpuestas, sobre las que van colocando, según su gusto, diversas clases de carnes, mijo, legumbres, hojas de verduras, guisantes y tubérculos. Los ingredientes se enriquecen con sus mutuos sabores, casi como una especie de alquimia.

Aunque allá arriba abunda la leña seca, pienso prescindir del fuego, a causa del humo. Desde la invención de las placas térmicas, la calefacción ha dejado de ser un problema. De una fecha relativamente reciente procede la invención del regulador térmico, capaz de generar cualquier tipo de calor, hasta el rojo blanco. Las placas son caras; para adquirirlas hay que tener al menos el fonóforo de plata. Lo cual quiere decir que tal vez las catacumbas nos deparen aún más de una sorpresa.

Esto en cuanto a las provisiones. Podría continuar los detalles. Es posible que al lector esta enumeración le parezca demasiado prolija; y con razón. Me he extraviado en un juego de fantasía, como en otro tiempo con el musgaño. Sólo que ahora estoy más cerca de la realidad y puedo alcanzar el sueño en el momento en que lo desee. Lo mismo cabe decir de esta descripción. Bastaba para darme, en mi monólogo, testimonio de mi libertad.

*

El capítulo de las distracciones me daba menos quebraderos de cabeza, porque no soy, por naturaleza, un tipo que se aburre. De niño, me bastaba, para distraerme, retirarme a un rincón alejado. Hoy ya no lo necesito. También en este punto me ayudó Bruno. Resumiré lo siguiente:

La opinión de que son las cosas exteriores, como cargos, dinero y honores, las que dan la felicidad, ha sido muchas veces refutada, pero no es del todo falsa. Tales cosas entran en la categoría de lo que el Aquinatense llamaba «accidentes». El *accidens* es lo no perteneciente a la esencia, incluido el propio cuerpo. Si se consigue separar al cuerpo de la esencia, es decir, si se consigue el autodistanciamiento, hemos ascendido ya el primer peldaño hacia el poder del espíritu. A esto se enderezan muchos ejercicios… desde la instrucción militar del soldado hasta la meditación del ermitaño.

Ahora bien: una vez conseguido este autodistanciamiento, puede reconducirse la esencia a los accidentes. Algo así como una transfusión con la propia sangre, que se hace perceptible en la revitalización del cuerpo. La fisonomía adquiere rasgos como los que se ven en los cuadros de los antiguos pintores. Y lo mismo cabe decir de los objetos: antes significaban, ahora tienen sentido. Una nueva luz cae sobre las cosas; resplandecen. Todos pueden alcanzar este estadio. Oí decir a un alumno de Bruno: «El mundo me parecería vacío, si mi cabeza estuviera vacía». Pero también la cabeza puede sobresaturarse. Debemos comenzar por olvidar lo que hemos aprendido.

En este sentido, me encuentro todavía en los comienzos. La meta va más allá de Bruno: «Si pudiera alejar a la magia de mi camino»… quedaría desterrado el hastío. La pieza no ha comenzado aún; los músicos afinan sus instrumentos, se adivina el movimiento detrás del telón. Me ejercito ante el espejo en el autodistanciamiento… pero el Retorno: éste es el problema.

*

Tendría tiempo, allá arriba, para la pesca y la caza. No le faltarían informaciones a Rosner. Ya en mi primera descubierta hacia el *bunker*, me llamó la atención una acacia; crecía en un claro de los que se forman cuando un árbol se desploma. Del árbol

pendían esqueletos como de una horca. Aunque eran pequeños, su visión me hizo retroceder.

Así ocurre a veces, cuando topamos inesperadamente con la crueldad de la naturaleza. Rosner dice que es un resentimiento. Compara a la naturaleza con una espléndida cocina, en la que todos devoran y son devorados. Nada se pierde; la suma da siempre el mismo resultado. «Todo hace estiércol», dicen los campesinos. Si he de creer a Rosner, vivimos en parte de seres que creamos en nuestras propias entrañas, para digerirlos a continuación. Así podríamos imaginarnos a los demiurgos: arriba, como Espíritu del Mundo, que se deleita en olímpica paz con la furia de los animales y las guerras de los hombres… abajo, como un abultado vientre a quien le sienta bien todo devorar y ser devorado.

Pero esto no me libera del dolor, como no libera al granadero a quien, sirviendo a su rey, una bala de cañón le ha amputado una pierna. Como anarca, tengo que mantenerme a cubierto del martirio. Y, para el historiador, el dolor es un problema fundamental.

Nota al margen: del mismo modo que evita una contemplación biológica o económica de la historia, el historiador debe evitar también su interpretación filosófica. Su ciencia se refiere a lo humano; ni la historia ni el hombre pueden ser ni explicados ni sublimados. Se miran directamente a los ojos.

*

Los esqueletos del árbol-horca procedían de aves, ranas y lagartos. A juzgar por su tamaño, las aves iban desde crías en cañón hasta gorriones adultos. Era evidente que algún ave de presa tenía aquí su cazadero. El pueblo le llama desollador, empalador o picaza. Se oculta en las proximidades de los zarzales espinosos, en los que instala su despensa. Aquí empala a sus presas, cuando no las devora inmediatamente. Según sus necesidades, vuelve al

lugar para engullir a las presas pequeñas de un solo bocado o ir arrancando trozos de las mayores, como pude ver aquí en este osario. Un cuadro en miniatura, pero horripilante.

Hay mucho que meditar aquí. ¿Trae a sus víctimas ya muertas o todavía vivas? ¿Y cómo las empala? Probablemente se preocupa, como un buen padre de familia, por mantenerlas frescas el mayor tiempo posible. Rosner conoce algunos ejemplos parecidos. Hay una avispa que paraliza a su presa, una oruga, destinada a ser alimento de sus crías, con una picadura en el ganglio. La víctima puede seguir masticando. Las larvas de la avispa se van comiendo su cuerpo, a medida que va creciendo.

Tal vez la obra de la acacia se debía a un ave de presa aún desconocida. Más abajo, junto a los cañaverales, caza un gran alción o martín pescador. El ave abunda mucho en nuestra región, al borde de ríos y costas, y no es de temer. Casi se deja coger en la mano. Una vez que me hallaba pescando en el Sus, se posó una de ellas cerca de mí, sobre un palo, con un pez que había capturado; parecía hacerme señas con la cabeza. No sabría añadir más detalles al tema, pero tampoco me interesa.

Rosner sabe sobre todos estos animales infinitamente más que yo. Pero, si se me permite aludir a lo que dije antes, se queda en la superficie, en los accidentes.

*

Aparte un calendario, para ir tachando los días, no llevaré conmigo ningún impreso. La perspectiva de pasar un año con el espíritu liberado de toda lectura, no deja de tener sus atractivos. Abstenerse de ella por algún tiempo puede ser, tan beneficioso para la salud interior como un período de ayuno para la exterior.

También resulta favorable tener que prescindir del luminar. El transformador, situado en una roca debajo de la alcazaba, requeriría un camión para su transporte. Tendré que renunciar a sus

consultas, no como anarca, sino como historiador. Aparte algunas escasas conversaciones, como las que tengo con Vigo, esta evocación mágica y a menudo genial de los tiempos de las catacumbas llena las únicas horas que dedico enteramente a mi trabajo. He reflexionado muchas veces sobre si no será la distancia temporal la que eleva el acontecimiento a la categoría de historia, aunque me inclino más a pensar que lo que hace es sacar a la luz la esencia que tenía oculta en su espuma. Entonces, la historia es también tema para el poeta. Por otra parte, aunque pasen mil años, Eumeswil nunca llegará a convertirse en un objeto de esta categoría. Carece de historia y, para entonces, serán otras las expectativas.

*

Hay una especie de corte transversal paralizador que secciona el nervio de la historia. Con él se extingue la tradición. Los hechos de los Padres ya sólo sobreviven en las representaciones dramáticas o trágicas, pero no en la acción. Hay que admitir esta realidad, que en Eumeswil viene aconteciendo desde hace muchas generaciones.

Y, con todo, también entre nosotros han sobrevivido conservadores, ciudadanos soñadores que se agrupan como espectros. Sus asambleas tienen un cierto parecido con las de los anarquistas. Hacen tremolar en sus tertulias pequeñas banderitas y atraen a jóvenes que se regocijan con el espectáculo. Por supuesto, también las revoluciones pueden convertirse en material de la tradición. Recuerdo uno de estos círculos y su insípido idealismo… la «Compañía de asalto Sócrates». Me llevó a ella mi querido hermano.

Para el historiador, estas manifestaciones son más fantasmales que epigonales. Hay largos períodos vacíos, sin sangre y sin botín. Se mantiene la tradición, a una con sus portadores, allí donde se hunde, es decir, va hasta el fondo, no allí donde se la man-

tiene, como bajo los Césares de Occidente, en una artificial vida crepuscular. En cuanto a los Césares de Oriente, el último de ellos sucumbió en la brecha de los muros de su ciudad. Las grandes ciudades se hacen trascendentes a través de las llamas. Pienso aquí en la mujer de Asdrúbal, una mujer a la que venero y amo. Prefirió el fuego a la rendición.

*

He llevado allá arriba un pequeño televisor. Lo conectaré de vez en cuando para oír las noticias. El programa se emite hacia la puesta del sol y son entonces tantos los telespectadores que no es posible rastrear la localización de uno concreto. Existe una estricta vigilancia en el ámbito de las telecomunicaciones, lo que ha permitido no sólo localizar los emplazamientos de guerrilleros, sino seguir sus planes hasta en los menores detalles.

Es increíble la ligereza con que algunos jóvenes de buenas familias se lanzan a estas aventuras. Su fantasía es muy superior a su inteligencia. Tienen, desde luego, la audacia suficiente para enfrentarse a la sociedad, pero les falta el instrumental necesario. Siempre comienzan cometiendo los mismos errores; la policía sólo necesita esperar, hasta que caen en sus redes. No tiene ninguna prisa.

«Dejemos que las cosas maduren». Ésta es una de las máximas que he oído al Domo en el bar de noche. Y entonces se aguza mi atención. Así concluyen las consultas del círculo restringido, aunque marginalmente se deslizan ciertas palabras importantes. Al Sus superior no se le considera región de guerrilleros; de esto puedo estar seguro. Sería sumamente fastidioso que se instalaran aquí algunos aficionados y me topara de improviso con la policía.

Ya he dicho que nada tengo que ver con ellos. No tengo la menor intención de enfrentarme con la sociedad, por ejemplo, para intentar mejorarla. Lo que quiero es mantenerla a distancia.

Cumplo mis obligaciones y, por tanto, también exijo mis derechos.

Por lo que hace a tales reformistas de la sociedad, conozco muy bien las atrocidades cometidas en nombre de la humanidad, del cristianismo, del progreso. Las he estudiado. No sé si cito bien a un pensador francés: «El hombre no es ni bestia ni ángel; pero se convierte en demonio cuando quiere hacer el ángel».

*

De ordinario, seguiré las noticias por el transistor; pero puede ocurrir que sea necesario confirmarlas con el televisor… por ejemplo en los casos en que surgen dudas sobre la muerte del detentador del poder o la vida de los rehenes. Hay que esperar, hasta que se muestren las cabezas.

Cuando alguien desaparece, las investigaciones comienzan por una llamada al fonóforo. Si hay respuesta, se sabe que el tipo vive y también, aproximadamente, dónde. Por tanto, desconectaré el fonóforo durante un buen período de tiempo. Nuestra existencia social se agota en este conectar y desconectar. El ideal es la conexión igualitaria total.

Por lo demás, la correspondencia entre el descubrimiento y la utilización de la energía eléctrica y la conciencia social forma un capítulo por sí sola. Para encontrar una situación similar, hay que remontarse mucho en la prehistoria. Éste es uno de los temas que Ingrid está estudiando. La figura clave es Franklin.

*

He reflexionado a fondo sobre las causas del fracaso del hombre que actúa en solitario. El problema ha preocupado a muchos —por ejemplo a cuantos planean el «crimen perfecto». Estos tipos se entregan, casi sin excepción, a un optimismo sin fundamento.

Este «echarse al monte» confirma la independencia del anarca que, en el fondo, es siempre y en todas partes un solitario, tanto si se halla en la espesura del bosque como en una ciudad populosa, esté en la sociedad o fuera de ella. Del mismo modo que hay que distinguir entre el solitario y el partisano, también hay que hacerlo entre el anarca y el criminal. La diferencia está en su actitud frente a la ley. El partisano quiere cambiarla, el criminal transgredirla; el anarca no quiere ni lo uno ni lo otro. No está ni a favor ni en contra de la ley. Aunque no la reconoce, procura conocerla y medirla por el patrón de las leyes naturales, ajustando su conducta según ellas.

Cuando hace calor, se quita el sombrero; cuando llueve, se abre el paraguas; cuando hay terremotos, se sale de casa. El derecho y la costumbre se hacen objeto de una nueva ciencia. El anarca se esfuerza por valorarlos desde el punto de vista étnico, histórico y también —punto sobre el que sin duda insistiré más adelante— moral. El Estado se sentirá, en términos generales, satisfecho con su comportamiento; no llamará la atención. En este aspecto, tiene un cierto parecido con el criminal, por ejemplo el gran espía, cuyo talento se oculta bajo una ocupación vulgar.

Supongo que en los grandes personajes, cuyos nombres no me atrevo a citar, ha debido haber un acusado elemento anarquista. Y es que, efectivamente, cuando se quieren introducir cambios fundamentales en el derecho, las costumbres, la sociedad, hay que presuponer un gran distanciamiento respecto de lo hasta entonces considerado como válido. Este efecto de palanca, caso que se produzca, debe atribuirse a lo que estos hombres tienen de anarcas.

He citado en el luminar a algunos de los grandes reformadores, para poder comprender lo que ocurría tras la fachada revolucionaria —no para seguir el rastro de sus vidas privadas, sino para analizar su fundamentación espiritual. Lo que se contempla

así, al margen, sin intención, lo dicho sin recurrir a los grandes lemas, es a menudo más instructivo que lo programático. Lo «grande» es para el anarca secundario, a menudo accidental. Así se explica que estos «grandes» consideren a menudo insuficiente y hasta opuesto a sus intenciones lo que han conseguido. Últimas palabras: *And so much to do*. El hecho tiene una repercusión póstuma en los seguidores. Surgen siempre nuevas escuelas y sectas, todas las cuales invocan el nombre del fundador.

No debe confundirse, como ya se ha dicho, al solitario con el partisano. El partisano lucha en la sociedad, el solitario tiene su guerra particular. Tampoco debe confundirse, por otra parte, al solitario con el anarca, aunque hay momentos en que son muy semejantes y apenas diferenciables desde el punto de vista existencial. La diferencia está en que el solitario ha sido expulsado de la sociedad, mientras que el anarca ha expulsado a la sociedad de sí. Es y sigue siendo un hombre libre bajo cualquier circunstancia. Si se decide a marchar en solitario, esto no constituye para él un problema de derecho o de conciencia, sino un accidente de circulación. Cambia de camuflaje; por lo demás, cuando marcha en solitario se percibe mejor su peculiaridad y también su forma de ser, más débil, aunque, llegado el caso, inevitable.

Es obvio que he analizado a fondo estos temas con el luminar y en la biblioteca. Advertí aquí que cabía también la posibilidad de un error en sentido contrario. Expresaré esta idea con una frase que encontré en la introducción de una obra antigua sobre la pre y la protohistoria del pueblo germano. Un tal profesor Kiekebusch escribía allí: «Vivir como miembro al servicio de la totalidad es una tarea y una recompensa. La meta suprema de todo trabajo y de todo esfuerzo del individuo es el bienestar de la comunidad».

Esta idea se mantenía aún en el estilo de la etapa final de las naciones combatientes, cuando la explotación cambió de rostro. Algunas generaciones antes, durante las guerras de liberación, se hubiera expresado este pensamiento con mayor fogosidad. El espíritu sopla sobre la carne como un viento, que mueve siempre renovadas generaciones. Según como sople, aparece y desaparece el entusiasmo. En Eumeswil hace ya mucho tiempo que estas frases han pasado a ser historia, hasta el punto de que apenas se las cita en los seminarios.

Para el anarca, sobre todo si tiene formación histórica, las cosas no son tan simples. Aunque se mantiene libre frente a todo dominio, sea del príncipe o de la sociedad, esto no quiere decir que se niegue en todo momento a prestar sus servicios. En términos generales, no rinde peores servicios que los demás y en ocasiones incluso son mejores, cuando los desempeña como un juego. Sólo retrocede ante el juramento, el sacrificio, la entrega última. Aquí afloran problemas de honestidad metafísica, que en Eumeswil apenas asoman al campo de la conciencia. En este punto resulta imposible el diálogo con individuos que opinen que hay aquí muchas cosas que sería preciso reformar, o que se preocupan incluso por un bienestar en el futuro.

Yo presto mis servicios en la alcazaba; si cayera aquí luchando por el Cóndor, sería un simple accidente, tal vez un gesto amable, pero nada más.

*

Voy a permitirme aquí una ojeada, aunque rápida, a la meteorología. Todo historiador innato conoce el estremecimiento ante los hechos. La tradición nos ha transmitido su alcance, pero hoy ya no tienen sentido. En realidad, ¿por qué o por quién se sacrificaban? Y la idea puede ampliarse a la visión total del mundo. El gran viajero que fue sir Richard Burton:

How Life is dim, unreal, vain,

like scenes that round the drunkard reel…
A drop in Ocean's boundless tide,
unfathom'd vaste of agony;
Where millions live their horrid lives
by making other millions die.[4]

Existe un grado de absurdo y congelación que, al espantar la mirada, exige el contraste. La realidad se hace sospechosa y, por ello, se acercan más los fantasmas. Tal vez a esto se deba que la visión de un esqueleto nos cause más conmoción que la de un cadáver. Lo mismo cabe decir de las ideologías puramente matemáticas. A partir de este efecto surgió una escuela que puede consultarse en los libros de historia del arte bajo la entrada de «surrealismo». Floreció poco antes de las exploraciones lunares.

Una casa no sólo está deshabitada, se ha extinguido, fosilizado en sarcófago del espíritu, en mausoleo de un mundo totalmente extinguido. Ningún mortal saldrá por sus puertas.

Puede creerse que un volcán está extinguido desde tiempos inmemoriales; ya sus primeros vecinos le tenían por apagado. Pero, si se está preparando una erupción, sus consecuencias serán funestas. Son pocos los que lo advierten en Eumeswil.

El que «se echa al monte» se parece al criminal perfecto tanto en su planificación como en sus fracasos. Nada tan sencillo como decidir ser dueño de sus propios destinos; nada tan difícil como ponerlo en ejecución. El hombre ha olvidado el arte de bastarse por sí mismo sobre sus propios pies, sólidamente asentados en el suelo. No renuncia de buen grado a los ayudantes y los cómplices. Y esto acarrea ya los primeros fallos en el sistema.

La más larga huida a la soledad fue de Grettir, en Islandia; era el hombre más fuerte de la isla; no temía a los hombres, pero sí a los espectros. Cuando Gudmund le aconsejó instalarse en una roca inexpugnable, respondió:

«Voy a intentarlo. Pero me da tanto pavor la oscuridad que no podría estar solo ni aunque me fuera en ello la vida».

A lo que respondió Gudmund:

«Lo admito. Pero no te fíes de nadie tanto como de ti».

Grettir tomó consigo a su hermano Illugi, de quince años, e hizo bien. Pero llevó también al esclavo Glaum. Illugi cayó a su lado, mientras Glaum le traicionaba. He levantado un monumento a Illugi, allá arriba, en la colina de las acacias.

*

También aquí, en el sur, se labraron un nombre gentes nómadas —habitantes de islas, como aquellos del norte, y también como ellos pastores de ovejas y salteadores. El ovejero es más osado y más libre que el boyero; está menos sujeto al suelo, apacienta sus rebaños en los desiertos. La carreta, el yugo, la cerca, la casa son invenciones del boyero y, por ende, pasos sucesivos hacia la esclavitud y el lucro. Éstos son los fenómenos; al fondo de ellos se encuentran los grandes signos de Aries (el Carnero) y de Tauro (el Toro).

De todas formas, estas observaciones resultan superfluas en una ciudad en la que ya no se sabe distinguir entre fundamento y causa. La causa tiene un fundamento, pero el fundamento no tiene causa. La causa se explica, pero el fundamento reposa sobre lo insondable —dicho sea de paso.

Cuando sigo en el luminar la suerte de los bandidos corsos y sardos, por ejemplo de un Tandeddu —de hombres que se echaron al monte e hicieron frente, a veces durante mucho tiempo, a grandes contingentes de policía—, descubro que la causa de su perdición fue casi siempre una mujer. No porque, como Sansón, fueran traicionados por ellas, sino sencillamente porque estas mujeres sabían. La mujer, muchas veces la única persona que conocía el refugio, subía a escondidas al encuentro del marido o

del amante. Y entonces a la policía le bastaba poner a sus perros tras las huellas. Fin del juego.

Tenía, pues, mis buenas razones para no poner a Ingrid al tanto de mis proyectos. Se nos había visto muchas veces juntos en la ciudad y en el Instituto y es del todo seguro que ella figura en mi ficha de la alcazaba bajo la rúbrica de «relaciones personales». Sin duda puedo confiar en su discreción —pero ¿qué significa esto? A la policía le basta con saber que alguien sabe algo — y al poco tiempo acaba por saberlo todo.

*

Cuando se habla de tiranía, surge automáticamente la palabra «tortura». No puede decirse que se practique en Eumeswil. La policía es demasiado buena para esto —lo que no quiere decir demasiado benévola. Se insiste mucho en que trabaje con guantes— lo que, una vez más, no equivale a decir con guantes blancos. Los golpes pueden ser duros, pero nada de malos tratos; la réplica ha de ser —citando al Domo— «adecuada a la provocación». Puede, pues, entenderse lo que se decía antiguamente: «No debe haber sangre en la tierra».

Cuando me hallo detrás del bar, más atento a escuchar que a servir, se me pasa el tiempo como un soplo observando al Domo. No entran en su estilo las brutalidades. No es nervioso, pero sí de finos nervios. Los movimientos del servicio tienen que realizarse en armoniosa cadencia. Los efebos han recibido un expreso entrenamiento en este sentido. Cuando le desagradan los ruidos o las voces, su rostro se contrae casi, imperceptiblemente. He estudiado con gran atención estas crispaciones. Parecen molestarle de forma especial los aullidos de los perros de la alcazaba, en las noches de luna llena.

Cuando, al margen de un informe, pone su roja «I», para indicar que debe proseguirse el interrogatorio, no hay por qué pensar en siniestras y horribles torturas. Al contrario, cuanto más

importante es un asunto, más suaves son las maneras. En el bar de noche aparece de vez en cuando un obeso juez militar, que se sienta, con la mayor amabilidad del mundo, junto al interrogado y, si entiendo bien la trama, parece preocupado, ante todo y sobre todo, por que los cambios de humor se mantengan dentro de sus justos límites.

Todo el mundo sabe que en las regiones del Khan Amarillo se sigue practicando, o ha vuelto a ponerse en vigor, la tortura. Pero aquí nadie lo pregona. En esto coinciden el Cóndor y los tribunos, aunque por muy diversos motivos.

*

En Eumeswil hay tiranía, pero no despotismo. El déspota disfruta humillando a los hombres; es algo innato —y sigue su impulso incluso cuando va en contra de la razón de Estado y de su propio interés. Se trata de un impulso que en algunas regiones aparece bajo una luz especialmente cruda, pero que no está limitado a unas zonas determinadas, tal como puedo deducir de las actas que llegan a los tribunales. Unos jóvenes asaltan por la noche a un transeúnte, se apoderan de él y lo llevan a un lugar solitario. Aquí comienzan a torturarle hasta que finalmente le matan— aunque la víctima no les ha hecho nada y ni siquiera le conocen; pero esto no hace sino aumentar su furia.

Estos ataques no ocurren en el puerto, donde casi todas las noches se registran sucesos sangrientos, sino en los barrios de las familias más pudientes y respetables, para diversión de sus retoños. Hay un lujo también en el crimen, un el arte por el arte. «Las razones», dice Vigo, «son sólo la fina piel de lo irracional».

*

Si guardo, pues, mi secreto para mí, es, en primer lugar, por mi propia seguridad y, después, también porque no quiero cau-

sar molestias a otros. Ingrid sabe sólo que, si un día desaparezco, puede ocurrir que la llame por teléfono. Ella conoce la cabaña donde la citaría, pero no mi bosque de acacias. Aquí comienzan mis dominios personales.

Parto de la idea de no dar señales de vida al menos durante los seis primeros meses; conectaré el fonóforo sólo durante un cuarto de hora, para escuchar el parte. Lo haré sólo como medida de precaución, porque dado que en ningún caso puede cambiar para mejor la política de Eumeswil, no siento la menor curiosidad.

Pasar seis meses sin una mujer no debería ser difícil; en este aspecto, recibimos buen entrenamiento en la alcazaba. He observado que cuando se sujetan las riendas con la mano firme, los sueños no sólo son más refinados, sino también más plásticos. Se cambia la calderilla por oro, dicho sea sin la menor intención de parecer poco galante.

*

En el fondo, yo soy aquí un pez pequeño, aunque acaso un pez de las profundidades —un satélite en la órbita del tirano, como casi todos en esta ciudad. Bien mirado, no hay más que tiranos; sus porras se diferencian por el color de las fundas, no por el material. La semejanza incluso en la selección del vocabulario evidencia que de los tres grandes principios, se ha impuesto el de la igualdad. En beneficio de la igualdad se ha consumido la libertad. El tirano es el igualador; todos se reconocen en él.

Fraternidad significa que ya no es el padre el que sacrifica a los hijos, sino que son los hermanos los que se degüellan entre sí. Las guerras nacionales han cedido el puesto a las guerras civiles. La gran nivelación, al principio todavía encubierta bajo pretextos nacionalistas, desembocó, en creciente escalada, en la guerra civil planetaria.

Pero esto es el pasado. Nosotros proseguimos el juego en somnolienta repetición, porque no se nos ocurre nada mejor… y también, pero sólo en casos aislados, con ánimo expectante.

¿Por qué, siendo un pez pequeño, no más que un gobio, me preocupo tanto? Probablemente, me bastaría con ponerme de rodillas entonando el *pater peccavi* ante mi progenitor, que luego sería proclamado lumbrera de la ciencia, junto a una docena de otras nulidades, ya muertos o aún en vida.

Por lo demás, lo que atormenta a la mayoría de los revolucionarios es no haber llegado a profesores. Esto lo sabe también el Domo —una vez le oí decir en el bar al Cóndor: «Le nombraremos profesor… y le tendremos a nuestros pies».

¿A qué, pues, tanta preocupación? No está amenazada mi seguridad. Al contrario, yo creo que es el peligro el que hace que nuestra existencia aquí sea aún tolerable. Por eso florecen las drogas, los crímenes, la lotería. Me apeo cuando el viaje es aburrido, no cuando es peligroso. Si juego la partida hasta el final al lado del Cóndor, no es la relación de vasallaje o la fidelidad lo que me ata, y menos aún ser de su partido. Es más bien mi propia honradez. Por eso le seré aún más fiel cuando el juego llegue a su término.

Considero los cambios de poder como un *intermezzo* —se suceden dos formas de dominio de cuya respectiva incapacidad estoy convencido. Disfruto entonces de una pausa, que hace más palpable aún la circunstancia de que vivo en un descanso.

Porque viva allá arriba como Robinson en su isla, no soy más libre que el que está de servicio en el bar de noche. Ni tampoco como actor de la historia soy más dueño de mí que como historiador. Sólo que las cosas serán entonces diáfanas. Se pondrá al descubierto la libertad interior. Tal vez comience por organizar mi derrota de Cannas personal, ante el chozo de caza.

22

Así pues, el anarca se distingue del anarquista también porque posee un agudo sentido de las normas. Si las respeta, y en la medida en que las respeta, se siente dispensado de pensar.

Éste es, de hecho, el comportamiento normal; el que viaja en tren, rueda sobre puentes y a través de túneles que han calculado para él los ingenieros y han ejecutado cien mil brazos. Pero esta idea no turba su conciencia; se sumerge cómodamente en el periódico, desayuna o piensa en sus negocios.

Así también el anarca —sólo que para él la relación siempre es consciente y mientras desfilan vertiginosamente valles y montañas jamás pierde de vista su tema, el de la libertad. Puede apearse en cualquier instante, no sólo del tren, sino también de cualquier pretensión del Estado, la sociedad, la Iglesia; puede apearse hasta de su propia existencia. Goza siempre de la libertad de brindársela al ser, no sólo por razones convincentes, sino también por simple capricho, en un instante de exaltación o de hastío.

¿Por qué son tantos los que buscan la carrera de pequeño funcionario? Sin duda, porque tienen una idea razonable de la felicidad. Se conocen las normas y los tabúes. Se sientan en su sillón: ante sí desfilan los demás con sus deseos, sus tributos. El tiempo fluye mansamente. Se está ya casi en el Tíbet. Y además la seguridad. Ningún Estado puede prescindir de estos funcionarios, por muy fuerte que sea el oleaje. Cierto que hay que mantenerse en un segundo plano.

*

Como historiador, debo reconocer que ha habido largos trayectos de la historia y sobre todo de la prehistoria en los que el viaje fue tan placentero que no existían motivos para apearse. La situación fue mucho menos agradable con el monoteísmo; había

un solo carril, sin posibilidad de desvío. La paleta era más sobria.

La igualdad descansa, como ya hemos visto, sobre el hecho de que todo hombre puede matar a otro hombre. Basta ya esta conciencia para poner al descubierto la arrogancia de las superpotencias —o para cambiar, como aquí, en Eumeswil, la historia en investigación del comportamiento.

*

Hasta aquí la igualdad. La libertad se funda en una generalización de la máxima, en la conciencia del anarca de que también puede matarse a sí mismo. La lleva consigo, le acompaña como una sombra a la que puede conjurar. «Un salto desde este puente me hace libre».

Desde este ángulo, más o menos, contemplaba yo mis fatigas en el bosque de acacias. Como ya he dicho en otros lugares, el anarca es la contrapartida del monarca: es tan soberano como éste y, además, es más Ubre, porque no tiene que gobernar.

El baluarte, allá arriba, es la capilla de mi libertad, tanto si la visito como si no. Me servirá de fortaleza si me transformo en un poder belicoso y hago prevalecer mi libertad frente a las pretensiones de la sociedad —mi valor contra su demasía.

*

He partido del respeto del anarca a las normas. *Respectare* es la forma intensiva de *respicere*: es mirar hacia atrás, mirar de nuevo, reflexionar, considerar. Son señales de tráfico. El anarquista recuerda al peatón que no las observa y es atropellado. Ya un simple control de pasaporte le resulta funesto.

«Todavía no he visto a nadie que haya acabado bien», hasta donde alcanzan mis consultas a la historia. Puedo, en cambio,

admitir que algunos, favorecidos por la suerte, como Sila, fueron anarcas encubiertos.

*

Respecto a «las normas a seguir en una agitación interior», hasta ahora me he limitado a citar el caso de que se dé la alarma mientras estoy en la alcazaba. Si me hallara en la ciudad, el fonóforo emitiría la señal roja. Pero entonces podría verme envuelto en situaciones que escapan a todo cálculo —sobre todo si aún no se han distribuido las armas.

A veces he hecho desfilar en el luminar escenas similares —tomadas, por ejemplo, de la historia de los cesares o de los rusos de antes y después de la Revolución Roja. Cierro la puerta y echo las cortinas; abismo sin fondo.

Me pongo entonces en el lugar del monarca, por ejemplo de Nerón, en el momento en que se le anuncia que la guardia pretoriana ha abandonado sus puestos. Es uno de los signos precursores del instante final. Una enorme, funesta soledad se desploma sobre el palacio. Ninguno de los amigos, ninguno de los poderosos responde a las llamadas. Sólo quedan algunos libertos; esperan que se ponga rápido fin.

El César es la persona del mundo que peor puede ocultarse. Es curioso notar cómo entonces, solo en el universo, se asemeja al anarca. Aunque le oprime poderosamente el miedo a la muerte, tiene «apartes» de considerable valor. Mientras resuenan los pasos que anuncian la llegada de los perseguidores, es capaz de citar el verso de Homero adecuado a la situación: «Atronadoramente resuena en mis oídos…». Y luego aquel genial: *Qualis artifex pereo* [«¡Qué gran artista muere conmigo!»].

Es demasiado débil, demasiado inhábil para clavarse el puñal; tiene que guiar su mano su secretario Epafrodito. Su buena acción le valió ser condenado a muerte por Domiciano.

No me gustaría verme envuelto en tal situación, o que el Cóndor me obsequiara con aquel «Esto es lealtad» que dijo Nerón de aquel centurión, de dudoso comportamiento.

De sonar la alarma estando no en la fortaleza, sino en la ciudad, las cosas serían más sencillas —y no sólo porque entonces podría retirarme a mi propia fortaleza cuando lo deseara. Es que, además, tendría que cavilar menos, porque se me darían instrucciones cifradas. Las recibiría en el Banco central, donde se guardan en una caja fuerte, con un sobre a mi nombre. Llevo codificada en el fonóforo la palabra clave que sirve para abrirla.

Al llegarme el aviso, debo interrumpir cualquier trabajo o diversión y dirigirme al Banco. Si están abiertos los quioscos, compraré un número de *El Reyezuelo* y lo romperé, mientras camino, en dos trozos, que tiraré en el primer cruce.

Si anoto estas minucias es porque, junto con otras del mismo género, son buena prueba de la economía racional del Domo. Es indudable que *El Reyezuelo* puede causar molestias si «enarbola la bandera de la libertad»; podría jurar que también mi hermanito tiene en su mesa, guardada bajo llave, una «proclama».

Si hay en el suelo, en un punto céntrico, un *Reyezuelo* roto, son miles los que lo pisan. La imagen se graba. Aquí no estaría actuando el Cóndor; aquí hay algo que irrumpe desde las profundidades, desde lo innominado, es obra de un transeúnte. Y es, al mismo tiempo, una advertencia, una señal de desprecio. Un tirón a «la soga de la que pende».

APUNTES DEL BAR DE NOCHE

23

Si mi querido hermanito llegara a barruntar las ideas que acabo de deslizar aquí de pasada, habríamos acabado para siempre. Porque atentaría a lo que hay de más sagrado para él. «Libertad de prensa» y «pena de muerte»… palabras que evito mencionar ni siquiera de lejos en nuestras conversaciones en la mesa, porque si mostrara la más pequeña reticencia crítica en estos puntos, se habría acabado el juego.

No le entra en la cabeza que la libertad comienza donde acaba la libertad de prensa. «Libertad de opinión»… significa que no se atreve a exponer y defender en la plaza pública sus rancias ideas. Concedo que se mantiene dentro de la tradición liberal aunque, comparada con la de mi padre, es mucho más débil y diluida. También las buenas ideas tienen su momento. El liberalismo es a la libertad lo que el anarquismo a la anarquía.

Para iluminar mi mente, Cadmo me lleva algunas veces a las reuniones de sus «Compañeros de asalto». No se me recibe con simpatía —y hasta tal vez me toman por un agente del Domo, quien, por lo demás, está perfectamente al tanto de estos conciliábulos, que considera inevitables y, hasta cierto punto, útiles. «Perro ladrador, poco mordedor».

La razón por la que se me hace difícil entenderme con estas mentes es, sobre todo, su falta de decisión. Sienten, cuando tendrían que pensar, y a la inversa. De Sócrates sólo han heredado el escepticismo. Pero no habrían sido capaces de imitar a Jenofonte, cuando le sacó del combate sobre sus hombros. Debido a

su convicción de la temporalidad y finitud de las cosas, retroceden ante el dolor, el sacrificio, la entrega.

*

Mi hermanito no ha cruzado el acero ni tan siquiera con anarquistas como por ejemplo Zerrwick, el editor de *El Reyezuelo*. A Zerrwick le fluyen las ideas fácilmente, tanto de los labios como de la pluma, y sabe transformarlas en «fermento de descomposición». Me sirvo de esta imagen, favorita de los conservadores, porque me parece muy apropiada al caso… aunque para los anarcas la descomposición es un proceso como otro cualquiera y para el historiador este Zerrwick es más instructivo que mi progenitor y mi hermanito. Podría considerársele como la figura del ujier o también del portero, que se retira una vez cumplida su misión, ya que de esto es de lo que se trata. Tiene también algo de lacayo, forma parte de la comitiva del detentador del poder y desaparece con él. Se oculta tras el plumaje del Cóndor y espera el momento en que pueda dominarle.

Si quisiera hacer un trabajo sobre este tipo, comenzaría por Beaumarchais, que al principio combatió a los aristócratas «que no se habían tomado más trabajo que el de nacer» y más tarde fue difamado como cortesano. La difamación, que llega hasta el asesinato de la fama, es aquí una de las formas de ganarse el pan.

*

Al hacer estas reflexiones, tengo siempre conciencia de los límites de la historiografía o, por mejor decir, del análisis histórico. La tortura se inicia apenas tomamos la pluma en la mano.

Estoy de acuerdo con mi maestro Vigo en que disfrutamos de perspectivas más o menos profundas y angostas, veredas abiertas en la espesa realidad. Hemos de rechazar, sobre todo, la ten-

tación de tomar partido. El verdadero historiador, más que hombre de ciencia, es un artista, un poeta trágico.

Cuando, como en este caso, investigo las relaciones del poderoso con sus adversarios, tropiezo con la contradicción entre los que reclaman libertad de acción y los que piden libertad de opinión. Son figuras que se repiten no sólo en la historia sino también en el mito y hasta en el mundo animal. De ellas se alimenta la fábula: el león es la fuerza, la zorra la astucia.

Pero la contradicción va más al fondo: hasta la misma materia. El detentador del poder encarna la calma; se le pinta como a Zeus, sedente o de pie. Su adversario es ágil… apenas si existe en las arte plásticas una representación más vigorosa del movimiento que la de la estatua en bronce, de pie, dedicada por los atenienses a los tiranicidas Harmodio y Aristogeitón: ambos pagaron su osadía con la muerte.

Éste es el final clásico, cuando corre la sangre; hice pasar ante el luminar una serie de ejemplos: desde el asesinato de Julio César hasta el de Sarajevo. Los dos son similares, en cuanto que encendieron el fanal de guerras mundiales.

Si retrocedemos hasta los átomos, desaparecen las diferencias existentes entre César y aquel príncipe de escasa importancia. Los dos estaban, igual que sus asesinos, bajo una misma presión. También estoy de acuerdo con Vigo en que el historiador no debe dar explicaciones, sino imágenes. Por lo demás, la realidad elemental debe trasparentarse en el dibujo y el color, en los hechos y en los caracteres.

No puede, por supuesto, parangonarse la categoría de un Harmodio con la de nuestro Zerrwick. Tampoco es esto lo que me interesa. Prescindiendo del hecho de que, como anarca, me esfuerzo por seguir una conducta no supeditada a los valores, me basta con Eumeswil para mis estudios, ya por la simple razón de que me siento desligado. El bar de noche es mi acuario: los peces

tienen agallas y dientes, como los del océano. Bruno mira en una bola de cristal y contempla allí a los reyes con sus ejércitos.

*

Zerrwick encarna, como ya he dicho, la agitación de un cuerpo en movimiento en torno a otro parado, al que intenta desalojar del centro. Es una ley natural. Si cayera el Cóndor, no pasaría mucho tiempo sin que los tribunos vieran en Zerrwick un satélite parecido; esto se basa en el simple hecho de que todo régimen, incluso el mejor, tiene su oposición y, a una con ella, un público que, si no saluda con aclamaciones el ataque, disfruta al menos con el número de trapecio.

En realidad, Zerrwick tiene algo de equilibrista. Recuerda también a los *canzonettisti* de los cabarets, maestros en el arte de la ambigüedad, que escurren el bulto cuando se les quiere atrapar. A veces, tienen el temerario valor del picador, que excita al toro hasta la sangre y en cualquier momento puede recibir una cornada.

Hace poco, mientras tomaba parte, en el luminar, en un desfile en la explanada del Tempelhof, se produjo un incidente que me recordó uno de los números de equilibrista de Zerrwick. El rey tardaba en llegar. Un berlinés, aprendiz de zapatero, encaramado en un árbol, gritó: «¡Es que no va a venir de una vez esa carroña!».

Entonces se le acercó un agente:

«Maldito granuja, ¿a quién te refieres?».

«A mi hermano, naturalmente; ¿a quién, si no?».

Por fin, llegó el rey y concluyó el desfile. A continuación, el aprendiz de zapatero se acercó al agente del orden:

«Señor agente… y *usted*, ¿a quién se refería?».

La anécdota refleja bastante bien las guiños de ojo de los artículos de Zerrwick. Muchos se pasman de que el Cóndor se lo

tolere; pero también esta tolerancia tiene una gama, porque el chupatintas evoluciona, según el viento que sople, desde bufón de corte, pasando por lo francamente ofensivo, hasta lo abiertamente peligroso. A veces se detiene en la fase intermedia, cuando todavía se le puede perdonar sin causar escándalo. De producirse un giro en los acontecimientos, y mientras yo me retiro a mi bosquecito de acacias, es posible que sea, durante algunas semanas, el gran hombre de Eumeswil.

Es un periodista de eximias cualidades, como reconocen sus propios adversarios. Incluso el Domo lee todos los números de *El Reyezuelo* apenas salen a la calle —y sospecho que no sólo como jefe de la policía, sino también con placer. Por lo demás, sabe apreciar la prosa limpia y la precisión lógica.

*

Durante la comida, estoy siempre a punto en el bar. Compruebo el aire, la temperatura, el regulador del ambiente, los vasos alineados ante mí en el mostrador, las filas de botellas a mi espaldas, en sus estantes. Pregunto abajo, a la *pantry*, si tienen suficientes provisiones. La mayoría de los pedidos vienen ya listos para servir y los encargo con palabras convenidas.

La comida es, de ordinario, sencilla; dura tres cuartos de hora; un trío toca algo al principio, después de los aperitivos, y a los postres. Al comedor se le llama «comedor de oficiales» o también «el refectorio». Cuando el Cóndor abandona la mesa, le siguen algunos comensales, entre los que nunca faltan Attila y el Domo, al salón amarillo, donde se sirven el café y los licores. Se permite fumar, aunque al Cóndor no le gusta. A veces, pero no siempre, pasa al lado, al bar de noche; depende del humor y del ambiente. Quien lo desee (como: «Sirve, Marly»), puede acompañarle. El Domo me avisa: los efebos ocupan sus puestos.

*

El Domo rinde su informe al Cóndor antes de la comida y, por consiguiente, ya no debería volverse sobre el tema delante del servicio. Pero es inevitable que, de vez en cuando, se deslicen algunas insinuaciones. Para mí son más instructivas que si hubiera estado presente durante el informe: bocados exquisitos para mi insaciable curiosidad. Me permito repetir que prefiero la historia de la cultura a la de los Estados. Con aquélla comienza y acaba la humanidad. Por tanto, concedo también mayor importancia a la historia cortesana, incluidos sus amores y amoríos, que a la historia política y a la de los partidos. La historia está hecha por los hombres y, como máximo, regulada por las leyes; de ahí su inagotable capacidad de sorpresas.

*

Pero no quiero alejarme mucho de Zerrwick. Por supuesto, no se menciona su nombre en el bar de noche; es cuidadosamente ignorado. Pero se advierte bien cuándo ha levantado remolinos con uno de esos artículos cuya lectura hace que mi querido hermano se frote las manos con satisfacción. Así ocurrió hace poco, cuando salían los dos del salón amarillo. El Domo decía: «Me he informado en el Meidinger». El *Meidinger* es nuestra enciclopedia, una obra digna de los alejandrinos.

El Domo se inclina a una precisión que casi sobrepasa los límites de lo necesario; de las palabras quiere saber no sólo su exacta significación, sino también su sentido subliminar. Para ello, hay que ir tan al fondo de la etimología como Thofern, y tan al fondo de la magia de los sonidos como Bruno.

Me maravilla este tantear cuidadoso del Domo, sobre todo porque en su caso no parecen darse inclinaciones estéticas. A mi parecer, se trata más bien de una necesidad de exactitud jurídica. Para que la palabra alcance su objetivo, debe estar bien elegida. Ya aludí antes al caso del puerto, en el que se pedía una sentencia capital, y expliqué cómo el fondo de la cuestión estribaba

en que el juez estableciera la adecuada distinción entre dos prefijos.

La notable sensibilidad musical del Domo puede conciliarse con un carácter netamente racional. Tenemos aquí cirujanos, arquitectos y hasta policías de dudosa fama, con aficiones musicales. Tal vez ésta sea en su casa la única escalera de caracol que lleva a los cimientos. «Cuando mi marido tocaba el violín, era otra persona» —oí decir una vez a una mujer en un penoso proceso y la frase me llamó la atención aunque yo, como anarca, lo hubiera expresado de otro modo. Pero sea como fuere: nunca se llega hasta los cimientos del carácter. Y también esto tiene su fundamento.

El cuidado con que el Domo utiliza el lenguaje contrasta de extraña manera con el desaliño usual en Eumeswil. Sólo se oyen frases desgastadas, de contornos borrosos como las monedas del mendigo —y, desde luego, más en labios de los universitarios que en el puerto y en el mercado. No siempre ha sido así: los campesinos, los artesanos, los cazadores, los soldados, los pícaros han sabido desde siempre utilizar imágenes robustas.

La «popularización» acabó con todo esto. A ello contribuyeron eumenistas de la cantera de un Sperling y un Kessmüller. El objetivo era acabar con el lenguaje elevado. «El estilo es el hombre»… había que acabar con esto; había que impedir que se reconociera el rango espiritual de un hombre en su modo de hablar. Surgió de aquí una vulgarización del lenguaje, que ya no era propio ni de los de arriba ni de los de abajo.

Por supuesto, no todos los cálculos salieron bien. Incluso en las épocas en que han desaparecido los buenos ebanistas, un buen armario o un simple tablero bien labrado destacan del resto. Del mismo modo, cuando ya las élites son raras o incluso están reducidas a individuos aislados, las palabras claras, precisas,

sólidas, convencen al hombre sin cultura —precisamente a éste, el no deformado por la cultura. Barrunta —y esto le tranquiliza — que el poderoso, a pesar de su fuerza, reconoce reglas y leyes. *Caesar non supra grammaticos*. Un consuelo para épocas decadentes.

24

Está lejos de mi ánimo comparar al Domo con César, pero de todas formas, y como ya he dicho antes, el estudio de los peces de nuestra laguna me permite ojeadas retrospectivas a la historia.

¿Qué información había buscado el Domo en el *Meidinger*? Lo supe inmediatamente, porque, una vez que los efebos les acercaron sus sillas y tomaron asiento, continuó:

«A lo que se me alcanza, los buitres gozaron de alta estima unto entre los pueblos románicos como entre los germánicos — en todo caso en épocas que aún no eran tan estériles».

Se adentró luego en las sutilezas etimológicas. El *Gihr* con que en el alto alemán se designaba al buitre tenía una significación más sólida que el actual *Gier* (voracidad), con su connotación peyorativa. Voraz era entonces el que no permitía que le arrebataran la presa. «Carroña» equivalía antes simplemente a «carne». La palabra tenía la misma raíz que «carnada». Sólo más tarde adquirió el sentido despectivo de carne corrompida —sólo apta para cebo engañoso de los cazadores. En el *vultur* (buitre) de los romanos resuena la rapidez del giro. Volturno era el nombre de un rápido curso de agua de Campania. El lenguaje no sólo se ha deshilachado, sino también moralizado.

Hasta aquí había llegado el Domo con los frutos de su lectura —pero apenas oí la palabra «buitre» supe dónde le apretaba el zapato. Era mi primer día de servicio después de unas vacaciones. Por la mañana había estado en la ciudad y me compré de paso *El Reyezuelo*. Solía hacerlo de vez en cuando, para informarme, con una curiosidad semihastiada, del estado de la opinión— aunque sólo lo compro en los quioscos.

Creo haber dicho ya que el número de suscriptores es muy reducido, aunque casi todo el mundo lee la revista. La alcazaba tenía, por supuesto, las listas. Figurar en ellas no era por sí un indicio peligroso, pero podía sumarse a otros dos o tres. En mi caso, por ejemplo, se añadiría el de mi familia. Precisamente por eso, hace ya algunos años que Zerrwick tomó la iniciativa de regalarme algunos ejemplares —lo que casi es peor. Le rogué, pues, cortésmente, que suspendiera los envíos. Una de las cosas que me han fastidiado desde siempre es que se me quiera implicar en partidos, cuyas actividades me molestan y hasta me repugnan. Siempre tengo encima al uno o al otro, y a veces a los dos a la vez.

*

En este número aparecía un artículo que, aunque firmado con un pseudónimo, llevaba la marca inconfundible de Zerrwick: «Las aves de rapiña». Zerrwick se ocultaba bajo el camuflaje de un estilo doctoral. Comenzaba describiendo el sistema zoológico de las aves de rapiña diurnas y su género de vida. La línea del artículo discurría sobre una comparación entre las águilas y los halcones de un lado y los buitres del otro. Allí animales altivos, que se lanzan sobre presas vivas, aquí devoradores de carroña. El autor describía detalladamente, como a enormes desolladores, a los buitres del Nuevo Mundo, y daba sus nombres. Pero no se mencionaba el cóndor, aunque entre líneas era evidente que el artículo se refería a él. Como auténtico polemista, Zerrwick sa-

bía que la mejor manera de subrayar es omitir. Debe quedar oculto el *center of attraction*.

Todo cuando Zerrwick cavila o escribe, gira en torno al Cóndor. Y así seguirá siendo, en el caso de que le sobreviva; durante muchos decenios, su único tema será el Cóndor. Hasta que el propio Zerrwick se convierta en devorador de carroña. Perseguidor y perseguido están hechos el uno para el otro.

El artículo me dio que pensar, aunque no, desde luego, al modo como había regocijado a mi hermanito. Para describir a las águilas reales y los nobles halcones, que Zerrwick utilizaba como las imágenes directrices de su exposición, recurría a un elevado estilo heráldico. Así podría haber escrito un Chateaubriand, aunque también es un escritor equívoco.

Cualquier medio es bueno para él con tal de clavar una espina en el ojo al Cóndor. Como prestidigitador nihilista, extrae de la chistera, a su voluntad, ya gorras de jacobinos, ya cetros y coronas. Lo menciono aquí porque responde a un estado de ánimo de día de San Silvestre que goza de gran popularidad en las tiranías. Cada cual se forma su imagen soñada, que apenas sobrevive a la resaca de la fiesta. Alguna vez he tenido la ocurrencia de confeccionar un calendario perpetuo, una de cuyas fiestas fijas sería «la jornada de las faldas».

El anarca no alimenta esperanzas. No se apoya en nadie, fuera de sí mismo. En el fondo, los demás son cazadores de ratas, sea cual fuere la melodía que tocan. Y las ratas… pero esto pide capítulo aparte.

*

El lazo corredizo había sido urdido con suma habilidad, incluido el *timing*. En las dictaduras hay dos fases que piden especial precaución; la primera se sitúa en las inmediaciones de la toma del poder: «Escoba nueva barre bien». La segunda coincide con la etapa final. El detentador del poder intenta abrirse pa-

so una vez más; pero ahora le falta el apoyo popular. Y esto le hace todavía más peligroso. Lo cual significa que hay que ser muy precavido, para no verse entre la espada y la pared.

En el período intermedio hay calmas chichas, en las que pueden permitirse muchas cosas, por ejemplo este excurso a la zoología. En otras épocas más imaginativas, se recurría a la fábula, entre nosotros a la ciencia. No le faltaba a Zerrwick la «agudeza epigramática» que pedía Lessing. Pero, de todas formas, la descripción de la comida de los buitres era excesiva: la pluma estaba mojada en odio puro. Quien conociera la trastienda de Eumeswil, tenía amplia materia de interpretación.

Todo análisis polémico de la conquista del poder distingue entre los «precursores» y los «seguidores». Como precursores mencionaba Zerrwick una especie de cuervos, o zopilotes —pequeños, ágiles y hambrientos pájaros negros. Ventean la extenuación de un gran animal mucho antes de que caiga desplomado, contemplan su agonía desde las ramas de desnudos árboles. Como no pueden desgarrarlo con sus pequeños picos, tienen que esperar a que aparezca el buitre, que se encarga de la tarea. Pero ya antes comienzan su festín, picoteando los ojos y el ano.

La agitación que propagan por la atmósfera despierta la atención del buitre real. Desciende entonces planeando y empieza a rasgar la presa. Vienen luego los «seguidores», grandes y pequeños, guardando siempre las debidas distancias. «El orden ha sido restablecido».

Con evidente «placer de lo nauseabundo», pasaba luego Zerrwick a los detalles del horrible festín. Singular fuerza plástica encerraba la descripción de una especie de zopilote de curvo pico y rugoso cuello rojizo-azulado, que hunde la cabeza en boca y ano de la carroña y remueve sus tripas… retrato plenamente logrado del Ministro de Hacienda, a quien observo muchas veces de cerca en el bar de noche.

*

Zerrwick conoce su oficio —de esto no hay dudas. Como historiador, leo estos excursos con mayor distanciamiento— no sólo como una efímera polémica de revista, sino en su validez atemporal. Zerrwick ha comprendido bien el mecanismo del golpe de Estado, por el que unas dictaduras se suceden a otras y son, desde hace ya mucho tiempo, la única fórmula para garantizar un cierto orden. También los tribunos necesitan su general.

Zerrwick no analiza como historiador, sino como periodista. Y así, no advierte que al describir los métodos del Cóndor está describiendo también y al mismo tiempo los de sus predecesores y sucesores. Además, el artículo es también un autorretrato, pues también él se cuenta entre las devoradoras de carroña.

Si, en vez de anarquista, fuera anarca, sin moralismo y sin prejuicios, podría conquistar fama de excelente historiador. Pero, como los de su clase, prefiere las elevadas ventas y el cobro rápido.

*

La tortura del historiador y su transformación en anarca parte de la convicción de que no puede eliminarse el cadáver y de que siempre habrá nuevos enjambres de buitres y moscas afanados a su alrededor… es decir, de la idea de que, consideradas las cosas en su conjunto, el mundo es imperfecto y que debió haber, ya desde el principio, algún error de planificación.

Desde una perspectiva política, se suceden los sistemas, devorando cada uno al anterior. Viven de la siempre heredada y siempre desengañada esperanza, que nunca se extingue. Pero sólo se mantiene viva la chispa que va consumiendo la mecha. Para esta chispa, la historia es sólo pretexto, nunca meta.

Pero, volviendo al cadáver: las *interviews* de Zerrwick son temibles. Es especialista en preguntas capciosas como: «¿Qué opi-

na usted del hecho de que sus adversarios le llamen el sepulturero del tribunado?».

A lo que el encuestado, un alto magistrado de la Justicia: «Antes de que llegue el sepulturero, tiene que haber un cadáver».

*

Zerrwick ofrece al Domo una excelente ocasión de hacer patente su liberalismo. En cualquier caso, aquel excurso sobre los buitres era un plato demasiado fuerte: «Este tipo nos está tocando las narices».

El malhumor era palpable; después de haberse sentado, Attila, que estaba, como de ordinario, a la izquierda del Cóndor, sugirió: «De todas formas, tenemos un especialista: Rosner —podría echarnos una mano».

A lo que el Cóndor: «Exacto, haremos que venga… tengo curiosidad por saber el tipo de ave que soy».

El Domo me pasó el encargo: «Manuelo, llámelo. Después de todo, usted es su ayudante de ornitología».

Lo cual era bien cierto; yo sabía que a aquella hora todavía se podría localizar al profesor en el Instituto. Por lo demás, la observación del Domo me demostró una vez más que siguen de cerca mis pasos.

Al cabo de media hora, llegaba Rosner a la alcazaba; la guardia le anunció. Al entrar, su rostro, con gafas, daba la impresión de una deslumbrada ave nocturna, pero recobró su seguridad apenas supo el motivo de la llamada. El Cóndor le señaló un lugar y le asignó un efebo, que se estrechó contra él. Yo sentía curiosidad por ver cómo escabulliría el bulto Rosner: la figura equívoca del especialista.

El Domo se dirigió a él: «Profesor, le hemos hecho venir a propósito de ese guiso sobre águilas y buitres de *El Reyezuelo*. Supongo que usted lo conoce…».

«Lo siento, Excelencia, pero no leo literatura barata. Además, mi trabajo no me deja un momento de respiro. Pero estoy dispuesto a darles una información objetiva».

No era mal comienzo; evidentemente sabía afrontar la prueba. Tras informarse del tema, pasó al punto nuclear. Ante todo: ¿qué significa devorador de carroña?

«Debemos precavernos de enjuiciar estas cuestiones antropocéntricamente, es decir, desde los gustos humanos. También nosotros consumimos albúmina animal, pero no *in statu vivendi*, salvo en el caso de las ostras. Si estableciéramos este criterio, habría que concluir que sería más noble el régimen de los chupadores de sangre, como mosquitos y vampiros, o el del pájaro carpintero, que saca a la oruga del interior de los troncos.

»La carne cruda nos parece poco digestible; así que la colgamos —muchas veces casi hasta que empieza a picarse. Pensemos además en los productos lácteos, como el queso, en tan avanzado estado de descomposición que ya el mismo olor lo delata. Y, sin embargo, resulta muy agradable para los nervios gustativos.

»Por otra parte, para los biólogos la descomposición es un proceso no sujeto a tablas de valores; el *bios* pasa por toda una serie de estaciones en el gran tubo digestivo que es la naturaleza».

*

Me gustaba lo que Rosner decía; respondía a mis concepciones sobre el cambio de las formas políticas.

Que dinastías y dictaduras se vayan sucediendo sin fin, no puede explicarse sólo por su imperfección. Debe contribuir a ello un movimiento peristáltico. No hay progreso, la suma de padecimientos es constante. Se diría, más bien, que por ese camino se confirma la existencia de un saber oculto en la materia. Así lo insinúa ya el ingenuo fervor con que pronuncian la pala-

bra «movimiento» todos los revolucionarios. Es su palabra del destino; con ella crecen y mueren.

Rosner es materialista de la más pura cepa y, como tal, demasiado inteligente para ser darwinista. Podría considerársele seguidor de ciertos neovitalistas. Ha asimilado muy bien y sublimado la tendencia hacia una creencia anónima, tal como la profesan los naturalistas clásicos. Prescindiendo del hecho de que le he utilizado para mi guerra privada, me gusta charlar con él —tanto sobre cuestiones relativas a su especialidad como las que desbordan estos límites. La ornitología posee una magia particular, una profundidad de las percepciones, en la que se dan la mano la aldea nativa y los horizontes ilimitados. Además, consagra sus afanes a la magnificencia y la plenitud de la vida. La mirada descansa en la riqueza de la paleta; no se satisface en la esperanza, sino en el «aquí y ahora». No hay progreso: *universalia in re*.

*

Por lo demás, el anarca casi siempre puede mantener una buena conversación con el materialista consecuente. Un terreno abonado para ello, una especie de crisol en el que, por otra parte, sólo se conseguían amalgamas, fue hace ya muchos años la taberna de Hippel de Berlín. Se reunían allí los «libres», que se calificaban a sí mismos de «cuerpo franco avanzado del radicalismo». Los he citado en el luminar y volveré con mayor detalle sobre el tema. A principio, me parecía que era una de esas típicas camarillas germanas, que se reúnen junto al tronco del Yggdrasill para meditar sobre el destino. Siempre que se busca el origen de los grandes cambios, se acaba por dar con una de sus universidades —pero ¿quién recuerda ya sus nombres— Tubinga, Königsberg, Gottinga?

*

Lo que había dicho Rosner sobre la descomposición, ajena a todo análisis desde la tabla de valores, pareció interesar también vivamente a Attila —el Unicornio se acarició la barba: «Algo salta hacia arriba, aunque es verdad que bajo circunstancias sospechosas. Puedo certificarlo como médico. Deberíamos devolver la chispa a los dioses».

Y al decirlo miraba al Cóndor y le tomó la mano. Lo noté y lo grabé en mi recuerdo, como todo cuanto se decía en el bar. Pero la observación tenía otro sentido distinto del que aparecía en la superficie; sólo me di cuenta cuando la Gran Cacería llegó a su fase aguda.

Rosner replicó: «A ese campo no llega mi competencia».

La conversación tomó otro rumbo, sobre todo porque al Cóndor le había dado que pensar aquel «análisis de la descomposición ajeno a toda tabla de valores»:

«Lo tendré en cuenta para la próxima exposición. Prefiero un montón de estiércol de Hauser a una *Madonna* de Cario. ¿No podría haber al menos un jurado también libre de valores?».

A lo que el Domo, a quien iba dirigida la pregunta, respondió: «Es imposible, ya por el simple hecho de que contradice a la lógica. Las gentes tienen que juzgar. Lo mejor es dejarles hacer lo que quieren, a condición de que no se metan en política. Pero justamente esto es en ellos una tendencia imposible de erradicar».

*

Las inclinaciones estéticas del Domo no pasan de la música; sus gustos sobre el estilo y el lenguaje responden a la escuela clásica. No me atrevería a afirmar que no comprende las artes plásticas, pero se pondrá siempre del lado de los «dibujantes», no de los coloristas. Sus habitaciones privadas están amuebladas al estilo clásico, con sobria y austera elegancia. La temperatura no es

ni demasiado cálida ni demasiado fría y se habla más en voz suave que alta. No hay cuadros en las paredes, aparte un Vermeer salvado de los Grandes Incendios, con sus superficies amarillo limón y azules ultramar, nítidamente separadas. Sólo lanzan su irisación los redondos cristales emplomados de la ventana —como si el maestro hubiera querido demostrar, con un ejemplo, que también dominaba los tonos intermedios.

El Domo tiene allí un pupitre, desde el que dicta sus cartas, después de la comida, a un secretario. Lo mismo puede ocurrir también a altas horas de la noche, si la lectura no le distrae. Una vez, tuve que ordenar la biblioteca de la cabecera de su cama: dramas y obras históricas, ni novelas ni poesías, y además una colección de máximas desde Heráclito a Montaigne y Lichtenberg. Por lo demás, su máxima personal reza: «Primero el tablero, luego la partida».

Recibe a sus visitantes sentado ante su mesa de despacho, con un ceremonial muy matizado. Hay un gran ventanal abierto que da sobre la ciudad; un televisor le permite contemplar todos y cada uno de sus rincones, incluso los que no están al alcance directo de la mirada. Un segundo aparato le proporciona las noticias sobre cinta de movimiento continuo; cuando el moderador estima que hay una noticia que merece especial atención, suena una campanilla.

Del mismo modo que no aprecia en pintura los cuadros en los que el color difumina o incluso anula las formas, odia también el ingrediente sentimental en los hechos políticos. «Los sentimientos son asunto privado».

Todo entusiasmo le resulta sospechoso, incluso el dirigido al Cóndor. «El hombre es un ser desagradecido —sobre todo cuando se le mima. Comencemos por admitirlo como un hecho».

Cuando el Cóndor bombardeó la ciudad, el Domo estaba al frente del ayuntamiento. Uno de los pocos diputados que no habían huido declaró:

«Sólo cederemos ante la fuerza.

»Es razonable, y aquí está…», y señaló a los marineros situados a su espalda ante la puerta.

*

Todo lo dicho, para explicar que no podía gustarle el sesgo que había tomado la conversación. Rosner quiso abordar también el tema de la relatividad de los olores:

«Para muchos animales, si no para la mayoría, los olores sólo son atractivos cuando la descomposición esta muy avanzada. Tenemos, por el lado contrario, perros que enferman si huelen perfumes. Es, a menudo, cuestión de dosis; así, por ejemplo, en el costoso aroma de la esencia de rosas hay trazas de escatol… la sustancia que da al excremento su olor fecal».

*

No perdía ni una sola de las palabras de la exposición de Rosner, mientras mezclaba un poco de ginebra en su jugo de naranja, anotaba las consumiciones y llevaba a cabo otras operaciones de mi cargo. Esto me proporciona, como ya he dicho, cierto placer; estoy seguro de que, si la necesidad lo exigiera, podría ser un excelente encargado de bar.

En esta y otras ocupaciones —conducir, vender, dosificar, informar, operar— lo importante es dedicarse a fondo a ellas durante un cierto tiempo, hasta dominarlas. Luego se las ejecuta automáticamente o como un juego. Se ha superado ya el estadio en que era preciso reflexionar. Conozco, por ejemplo, a un *croupier* de la Plaza Hassan, que mueve con tal elegancia las fichas sobre el tapete que apenas se nota quién gana y quién pierde.

Es indudable que los tipos que manejan grandes sumas tienen una vena de fluidez que se advierte ya en su manera de contar los billetes o de distribuir las monedas en la ventanilla. Aquí, en

Eumeswil, donde los pagos se hacen en oro, es todo un poema. Se reconoce a estas gentes hasta en el modo de ponerse el sombrero o de cruzar una puerta. Hay algo de mágico o, cuando menos, un cierto género de prestidigitación.

Esto da seguridad, que se manifiesta, por ejemplo, en la suavidad con que me muevo detrás del bar. A los invitados les encanta. Se sentirían menos edificados si supieran lo que, al mismo tiempo, me ronda por la cabeza.

Hay aquí, dicho sea de paso, tres niveles dialécticos: primero la tarea en el ámbito personal y material, luego su dominio mediante ejercicios repetidos y, en fin, la liberación, para pasar a consideraciones generales, en mi caso históricas.

*

En este sentido, la exposición de Rosner constituía un ejemplo de la manera de moverse sobre el *parquet*. Como le resultaba materialmente imposible no enumerar al buitre entre los devoradores de carroña, intentó cuando menos ennoblecer su comida, o presentarla como una cosa normal. Aparte esto, Rosner podía también aludir a la diferencia de categorías… es decir, a la existencia de águilas raquíticas y buitres poderosos. Así parecía esperarlo también el Domo; dijo:

«Profesor, dejemos las consideraciones preliminares. Nos gustaría saber algo sobre el cóndor».

25

Sobre este punto, Rosner sólo sabía decir cosas magníficas; trazó un cuadro impresionante del ave, que superaba en envergadura a todos los volátiles. Planea majestuosamente, sin mover las alas, sobre las más altas cumbres de las cordilleras, sobre los helados casquetes de humeantes volcanes. Aunque invisible a las

más agudas miradas, no se le escapa nada de cuanto se mueve, sea en las angostas quebradas o en el espacio. Cuando los círculos de los buitres de rango inferior le dan a entender que han olfateado una presa, se lanza al abismo y nadie osa disputarle la comida y ni siquiera acercarse hasta que no se harta.

El tirano, que había seguido la descripción con creciente placer, quiso saber si el cóndor se nutre siempre y necesariamente de carroña. En modo alguno, si hemos de creer al profesor, porque el poderoso toma lo que le apetece. Los pastores de Sorato afirman, y los entendidos lo admiten, que asustan con sus aletazos a los animales de la alta montaña, a las alpacas y guanacos, hasta despeñarlos por paredes cortadas a pico. Los sigue en su caída y luego los devora tranquilamente en el fondo del abismo.

A los grandes señores se les reconoce sobre todo por sus banquetes. Su mesa es la playa, sobre la que el mar arroja los grandes bocados, las focas, leones marinos y delfines, y hasta la ballena que, lanzada sobre la arena, sucumbe bajo su propio peso.

Luego el profesor pasó al reino del cóndor, lo que llamaba su «biotopo». Casi todos los ornitólogos son grandes viajeros: era evidente que también Rosner había hecho estudios en las cordilleras, porque describía las montañas, con sus filas de volcanes y sus gigantescas paredes, como quien las ha recorrido, desde la orilla del mar hasta los altiplanos. Conocía desde las selvas impenetrables de sus flancos hasta las puntas extremas, donde los glaciares descienden al mar. Se explayó más allá de los límites de su ciencia:

«Un coloso que esconde su majestad al ocultarla bajo su masa. Actúa por su propio peso, directamente. Y hay que tener en cuenta que sólo le contemplamos desde el nivel del mar, es decir, que sólo vemos la mitad».

Pasión, entrega a la realidad en sí, son cosas que despiertan el interés incluso entre los alejados del tema… como si la realidad hubiera encontrado un intermediario, un espejo que refleja su

luz en forma de calor. Aunque no todos son capaces de percibirlo: los cortesanos de Berlín temían las veladas en las que Humboldt narraba a uno de los Guillermos prusianos las maravillas del Nuevo Mundo.

Attila volvió sobre la imagen de la ballena arrojada a la playa:

«¿No puede dominarla el cóndor por sí solo?».

«No, pero la desgarra. Acuden entonces muchedumbres de cuervos, gaviotas y buitres menores y también animales terrestres».

«¿Se podría entonces decir que vive del Leviatán?».

Rosner no quería verse implicado en estas especulaciones.

«Así podría decirlo un poeta. Creo que mi colega Vigo es más competente en esta materia».

Pero Attila no renunció al tema:

«De todas formas, no puede negarse que tiene una capacidad de configuración de mitos. Usted ha debido oír algo en este sentido, desde los altiplanos hasta la ciudad de México».

*

Durante las tarde y sobre todo en las horas tardías de la noche, mi atención, mientras estoy en el bar, se concentra en Attila. Sólo poco a poco llegué a comprender que no son suficientes los criterios que suelo emplear como historiador. Tengo que retroceder hasta lo arcaico, no sólo en el sentido de su propagación en el tiempo, sino también de su profundidad en el espacio, siempre presente. Penetro en terreno desconocido y espero sorpresas.

Como historiador, estoy habituado a *descifrar*; pero ahora debo *adivinar*: ésta es la diferencia entre la aproximación racional y la numinosa. Los jeroglíficos fueron descifrados aproximadamente por el mismo tiempo en que Humboldt escalaba, con sus instrumentos, el Teide y el Chimborazo, cuando las figuras he-

ráldicas cedían el puesto a los colores y se consolidaban las fronteras nacionales. Luego, cuando en el siglo XXI de la Era cristiana se fueron desdibujando estas fronteras, primero en razón de principios económicos y luego espirituales, las élites inactivas descubrieron la herencia de los pueblos nahua. Aquí ya nada se conseguía con el desciframiento. Estos encuentros son recíprocos y provocan un movimiento ascensional. Así, tampoco puede concebirse la inquietud arqueológica que precede al descubrimiento sin una energía plutónica. En el momento favorable, asciende el tesoro desde el fondo de las aguas, como en la fábula.

Esto es lo que me llamó la atención en Attila: este fulgor hacia fuera. El viejo ha debido ver mucho, debe saber muchas cosas que calla. Adivinarlas es mi tarea. Attila es la contrapartida del Domo, el jefe de la política y la policía del Cóndor; se sienta a su izquierda, como su médico corporal y, sobre todo, espiritual.

*

Attila esconde su saber, porque quiere ser conocido por adivinación. ¿Qué quería decir con su pregunta sobre la «capacidad de configuración de mitos» ? El contemporáneo sólo tiene capacidad para configurar hechos. Se le cuenta como voto, como contribuyente y asalariado, como especie que sobrevive en los archivos de los registros civiles y en los ministerios. Su memoria desciende al sepulcro junto con sus nietos.

La capacidad de configurar anécdotas es más poderosa, está preñada de historia. En ella se condensa el género con sus caracteres, ella marca con su sello por cientos de años. Por el cristal se conoce una montaña y por la moneda un metal. No hay aquí un privilegio de papas y emperadores: un monje, un campesino, un bufón pueden hacerlo con mayor eficacia.

La capacidad de configurar mitos es, en cambio, ahistórica, no está sometida a un origen y una evolución; repercute de una

manera incalculable e imprevisible sobre la historia. No pertenece al tiempo, sino que lo crea.

A esto se debe que los períodos finales, en los que se ha agotado la sustancia histórica y ya ni siquiera puede garantizarse el orden zoológico de la especie, estén desde siempre indisolublemente vinculados a una oscura y no expresada expectativa. La teología desaparece bajo la arena, cede el puesto a la teognosis: ya no se quiere saber nada más de los dioses: se les quiere ver.

Es comprensible que un historiador que desespera de su oficio se muestre sensible al mito y tanto más vigilante cuanto más rechaza lo que su ambiente le puede ofrecer… es decir, que se comporte como anarca.

*

Attila ha debido de vivir mucho tiempo en los grandes bosques, al otro lado del desierto. Me da la impresión de que intenta llevar al Cóndor en otra dirección distinta de la del Domo que, aunque dispuesto a conceder algún espacio de juego, quiere mantener la situación, con puño de hierro, dentro de sus límites actuales. Los dos están de acuerdo en que la tiranía es el único marco capaz de dar forma a la masa atomizada y de retrasar la guerra de todos contra todos. El Domo es pragmático, totalmente ajeno a tendencias trascendentes. Cada día tiene su afán. Mejor es navegar con vela roja hasta el naufragio, que ir inútilmente a la deriva en el Mar Rojo.

Y, con todo, el poder busca complementos cósmicos, pues de lo contrario muere víctima de su propia insaciabilidad. Ni siquiera a los cesares les bastó su poder. A uno se le acercaba el mar en sueños, para susurrarle sus secretos, a otro se le aparecían los dioses, antes de la batalla, como a un igual.

*

Cuando ya asoma la aurora en el bar y nos domina el cansancio, los contemplo como esculpidos en jeroglíficos: el Cóndor en el centro, como buitre real, y a su izquierda Attila, como el Unicornio de plateada barba. Sólo el Domo conserva aún rasgos humanos, pero modificados, tal como se representa a Ulises en los vasos antiguos. También él lleva barba; una orla de cobrizos pelos se ensortija desde las sienes hasta el mentón. Hacen el perfil aún más agudo. Observo sorprendido que las cabezas de Attila y del Cóndor aparecen de pronto como si hubieran sido colocadas allí, mientras que la del Domo ondula, para solidificarse después como en un molde.

Puede ocurrir entonces que derrame el vino al llenar los vasos. Ya no lo advierto.

*

La pregunta de Attila sobre la capacidad configuradora de mitos del cóndor desbordaba ampliamente la especialidad de Rosner. Se refería a las dimensiones no de la alta cacería, sino de la cacería cósmica.

¿A qué magnitudes recurrir para dar nombres a las estrellas y a las constelaciones? La astrognosis ha respondido, desde los tiempos de los caldeos, con infalible instinto: a los dioses y a los animales: el espacio no está a disposición del hombre, con muy escasas excepciones, la de Palinuro por ejemplo.

De todas formas, el profesor supo salir airoso de la situación. El folklore, los usos y costumbres, los totems y la heráldica caen todavía dentro del ámbito de las ciencias positivas. Había recorrido los Andes, desde Quito hasta el cabo de Hornos, y oído muchas cosas en aldeas y ciudades, también de labios de los primitivos, «aunque en la tierra del Fuego —añadió— buscaba otra ave, el colibrí más meridional.

»En realidad, el cóndor había sido objeto de culto de los primitivos habitantes. Le atribuían poderes suprasensibles. Por des-

gracia, su número había disminuido drásticamente; los comerciantes de guano lo diezmaron por codicia, los indios, para adornarse con sus plumas.

»Una vez me encontré en el altiplano con un viejo que lo transportaba a hombros como botín de caza; lo alababa como un bocado de reyes y distinguía tres sabores en su carne; una parte sabía a buey, otra a caballo, la mejor a cóndor; además, su hígado y su corazón tenían propiedades medicinales maravillosas».

Luego pasó a enumerar las trampas que se utilizan para cazar al gran tirano. Un cazador se oculta bajo la piel de un novillo recién sacrificado, con la parte ensangrentada vuelta hacia el exterior. Cuando el cóndor se lanza sobre la presa, el indio cierra la piel en torno a sus garras, como si fuera un saco, y lo ata con un cordón. Entonces se acercan los demás.

En algunos distritos, llenan el cadáver de una llama con plantas narcóticas. Los buitres se emborrachan al comerlo y comienzan a girar en círculo. Entonces se los traba con bolas o se les echa un poncho encima.

En el altiplano de Huachirin, los indios ponen los cadáveres de los mulos al borde de un cráter muy profundo. Cuando los cóndores comienzan a descuartizarlo, arrojan el cadáver al abismo, donde lo siguen. Pero desde allí ya no pueden alzar el vuelo y caen en manos de los cazadores.

Debemos otras noticias a antiguos viajeros, como Alejandro de Humboldt, Pöpping, Tschudi, Jerry y Libby Mc. Graham y también a un poeta, Pablo Neruda, que lo celebró en sus cantos. Rosner prosiguió:

«Una vez participé en una fiesta ritual en Perú, en la que se sacrifica el cóndor. La fiesta se celebra en febrero. Las gentes son crueles; aunque lo veneran como a un dios, los someten a lentas torturas, hasta la muerte. Pero al cóndor capturado se le conserva sobre todo para la corrida de toros. Previamente, se le tiene

una semana sin comer, luego se le sujeta, como si fuera un jinete, al lomo del toro, ya ensangrentado por las picas. El pueblo llega hasta el paroxismo, cuando el cóndor, con las alas desplegadas, descuartiza a la poderosa bestia».

*

Y entonces el profesor lanzó la estocada maestra; la venía preparando, evidentemente, a medida que avanzaba su exposición y la deslizó, debo reconocerlo, con una habilidad extrema:

«Creo poder admitir que en este espectáculo se oculta un encuentro totémico. El ave sagrada de los primitivos habitantes derrota al toro, la imagen simbólica de los conquistadores españoles.

»Por lo demás, en México no vive el cóndor, sino su pariente más cercano, el magnífico buitre real que, como solemos decir en zoología, es su especie vicaria. Se le tributa aquí el mismo respeto que al cóndor en Perú. Es bien sabido que el águila es el animal heráldico mexicano —el águila con una serpiente en las garras. Aquí se repite el tema de la serpiente alada, un símbolo azteca.

»En mis viajes al interior del país, y también cuando los contemplaba en sus puertos, sentados en torno a sus platos, me asaltaba a veces una idea extraña, aunque disculpable en un ornitólogo: también habrían podido dibujar al buitre en su escudo —les habría convenido. Les falta aún el rey que, tras haberse regalado, parte el botín y se lo distribuye. Tal vez reaparezca de vez en cuando, reconocido como el primero entre iguales, como aquel Juárez que hizo fusilar al emperador. También éste fue un encuentro totémico: el del buitre real y el águila imperial de los Habsburgo— el buitre vengó a Moctezuma».

*

El profesor había rozado en su discurso los límites de la exaltación; por mi parte, había mezclado las bebidas tal como lo pedían las circunstancias. El regulador de temperatura trabajada a medio rendimiento; la atmósfera era agradable. Había hablado el especialista —y *El Reyezuelo* no podía seguir aquel majestuoso vuelo. Al mismo tiempo, había desbordado su campo estricto, superando al ornitólogo— acaso con conciencia no del todo limpia, pero su Instituto disfrutaba de una generosa asignación.

26

Se había hecho tarde; allá arriba, ya tendido en mi cama tras haber cerrado el bar, rememoraba la conversación. En general, los interlocutores no suelen tener plena conciencia de lo que dicen… es decir, las palabras son de más peso que las opiniones. El sentido permanece oculto tras las fórmulas triviales del trato diario. Cuando alguien entra en una habitación y dice «Buenos días», pronuncia una fórmula de cortesía, acompañada tal vez de un deseo cordial. Pero, al mismo tiempo, está anunciando un acontecimiento cósmico.

Habían acertado a exponer la estructura política de Eumeswil mejor de lo que ellos mismos imaginaban —con una profundidad que acaso sólo Attila advertía. Era el más distante de todos ellos. Cierto que el Cóndor vivía de Leviatán. Pero este Leviatán era un cadáver; no era ya ningún gigantesco juguete con el que se divertía el Espíritu del Universo, sino un simple cadáver arrojado a la playa por la marea. Cierto que el buitre real era más fuerte que el águila, pero esta águila apenas merecía mayor respeto que un avechucho disecado. Rosner se había apuntado un buen tanto al mencionar a Maximiliano, uno de los últimos epígonos de Carlos V.

*

Aquel Juárez había fusilado a uno de los príncipes de la decadencia; el Cóndor se había impuesto a los últimos tribunos. En ambos casos era siempre el águila, triste ave extendiendo las vacías garras, despojada de corona y cetro. Bajo su sombra se reunían, mitad Catón y mitad Bruto, a la vez acordes y en desacuerdo, sucediéndose los unos a otros, iguales en su impotencia. Se desplomaron todos a la vez, como un castillo de naipes, cuya ruina mi querido papaíto sigue llorando todavía.

Cuando la autoridad se ha consumido hasta la última hilacha, aparecen los dominadores, los que se imponen por la fuerza. La *auctoritas* cede ante la *potestas*, según el esquema de Don Capisco. A menudo, son de más mérito los entreactos, sobre todo en las grandes rupturas. Ingrid había elegido uno de estos temas para su tesis doctoral; con este objeto, citamos a Pompeyo Magno en el luminar. En él aparecen de forma inconfundible ciertos rasgos regios y, a una con ellos, un esbozo de restablecimiento de la monarquía. Este trauma marcó a los romanos durante siglos.

En este sentido, era Pompeyo, y no César, la figura ideal de la protesta de Bruto.

*

César, apuñalado por Bruto, cayó al pie de la estatua de Pompeyo; estos símbolos sólo suelen darse en sueños. Resistiré la tentación de perderme en estos símbolos; me limitaré, pues, a mencionar brevemente uno de los modelos de la historia intermedia, que representamos en el jardín de Vigo. También asistió Bruno.

El tema se refería a la comparación entre un revolucionario ruso llamado Trotski y Pedro el Grande… dos enfrentados con el problema de coordinar una revolución limitada a un espacio concreto con la situación mundial, y especialmente con la europea. El zar consiguió solucionarlo, Trotski fracasó. Tal vez se

atuvo demasiado al clisé de 1789 y por tanto, como Bruto, desconocía la verdadera situación. De todas formas, La IV Internacional llevaba ya en sí el más enérgico fermento de la revolución mundial.

No desarrollaré el tema. Bruno sacó a la discusión de sus goznes cuando afirmó el predominio del desarrollo técnico frente al desarrollo económico. Trotski acusó a Stalin de ser un «thermidoriano», mientras por su parte pedía «revolución más electricidad» y no pasó de lo que, en opinión de Bruno, era «quedarse a medio camino». Los materialistas del siglo XVIII cristiano fueron más consecuentes que los del siglo XX.

En cualquier caso, el primer Estado Mundial hubiera sido inimaginable sin la repercusión niveladora de la técnica, y más en concreto de la electrónica… podría también decirse (así, una vez más, Bruno) que «fue subproducto». Vigo, que aborrece la técnica desde lo más profundo de su ser, asentía vivamente.

*

Aun en el caso de que el Cóndor sea derribado por los tribunos, las cosas cambiarán muy poco, porque también éstos tendrán que recurrir a la violencia. Sólo cambiará el estilo. El tirano será sustituido por el demagogo. El demagogo lleva el timón mediante el sistema de celebrar plebiscitos cuando le place. El arte está en el modo de plantear la pregunta; si se resuelve bien este punto, la respuesta es abrumadoramente afirmativa, no sólo en virtud del número, sino también en virtud de la uniformación espiritual, que alcanza hasta las élites.

El Cóndor procura evitar los plebiscitos; serían para él una lengua extranjera. Pero sabe organizar manifestaciones populares. Si la oposición empieza a ganar terreno, el Domo puede, en cualquier momento, provocar tumultos en el puerto o en los mercados, para luego pacificar la situación. Como preludio, una prensa clandestina a medias tolerada, del tipo del *Amigo del Pue-*

blo, comenzará a pedir cabezas y, casi siempre, con esto basta. En caso contrario, la cólera popular aumenta hasta límites virulentos.

En estos incidentes, no hace acto de presencia ni el ejército ni la policía y ni tan siquiera destacados miembros del partido. Al contrario, el Domo ordena su intervención sólo cuando las cosas van más allá de la rotura de escaparates. El poderoso Cóndor toma bajo su protección a sus mismos adversarios.

El poder no se transmuta totalmente en política; siempre se infiltran de forma inevitable algunos factores personales. Ésta es la frontera en la que tanto los tiranos como los demagogos descienden a déspotas. Irrumpe aquí la obsesión, que desborda al poder y a menudo roza lo cómico. A pesar de su débil voz, Nerón quería ser también el Primero como cantor. No hace mucho, seguí su grotesca actuación en el circo de Nápoles, donde se habían distribuido, por grupos, entre las filas, cinco mil *hippies* con orden de aplaudir. Las aclamaciones comenzaron con un «runruneo de abejas», aumentaron hasta «el tono de ladrillo hueco» y finalmente se desbordaron sobre la arena como «la resonancia de ánforas».

Otro de ellos, Cómodo, que afirmaba ser descendiente de Hércules, abatía por su propia mano fieras salvajes en el Coliseo y bebía en copa en forma de clava. Este Cómodo me ha llamado la atención como prototipo del anarca fracasado. No pienso aquí en ciertos detalles transmitidos por Lampridio —por ejemplo, que agrupaba en el palacio a las mujeres de noble alcurnia, ordenaba que se desnudasen enteramente y luego las iba examinando una a una como un comprador en el burdel. Lo que sí cae fuera de lo habitual es que ordenara escribir estos y otros hechos impúdicos similares en los anales del Estado.

El estudio de la historia de los cesares tiene para el anarca un valor más bien teórico —le proporciona una colección de ejemplos de la deseable amplitud. En la práctica la única forma de dominio que se permite es la autodisciplina. También él puede matar a cualquiera —cosa que permanece profundamente emparedada en la cripta de su conciencia— y, sobre todo, puede eliminarse por sí mismo, si no se basta a sí mismo.

*

El tirano proporciona un anecdotario más rico que el demagogo incluso cuando desciende al nivel de déspota. Sila y Mario son un buen ejemplo.

Por los mismos días en que se descubrió Plutón apareció un gran demagogo. Era pintor aficionado, como Nerón fue cantor. Perseguía a los artistas cuyos cuadros no le gustaban. Sentía también afición por otros campos, por ejemplo en el ámbito de la estrategia, para desgracia de muchos, pero era técnicamente perfecto, hombre capaz de todo. Para concluir, se hizo incinerar con gasolina. Sus perfiles se difuminaron en la vacuidad; los torrentes de cifras acaban por quitarles todo sentido. Para el historiador y el anarca el botín es escaso. Roja monotonía, incluso en las vilezas.

Comparado con él, el Cóndor se mantiene dentro de los modestos límites de Eumeswil. Ha cesado el progreso; la agitación interior mueve en círculo los acontecimientos, como la saeta del reloj.

«No hay progreso», oigo decir con frecuencia a mi progenitor. Y parece que lo considera como una desgracia. Afirma que «pararse es retroceder»…, pero el hombre vulgar y corriente se siente satisfecho cuando su vivir diario sigue un ritmo constante; le gusta ver el humo de la chimenea, no el incendio de su casa.

*

A esto se añade que, de ordinario, los generales fantasean menos que los demagogos. Se han visto insertos, casi desde la infancia, en la trama de la jerarquía, están habituados al mando y a la obediencia. Han recibido una educación dictatorial, no dialéctica. En algunas raras ocasiones ambas cosas coinciden en una sola persona: Trotski es un ejemplo. (Por aquella época existía el prejuicio de que los judíos no sabían mandar). *Dicto* y *digo*: ésta es la diferencia. Quienes tienen desde mucho tiempo experiencia del poder, conocen su estática y su dinámica; saben mover a los otros sin moverse de su sillón. Si un profesor, un literato, un abogado, llega al poder, el mando le emborracha. Se pierde en enormes proyectos; pone excesivo ahínco en su ejecución.

Uno de los reproches que mi progenitor suele hacerle al Cóndor es que «no tiene ideas». Pero cuando las ideas, incluso las buenas, entran en tales cabezas, suelen ser casi siempre funestas para el mundo. Aquí hemos presenciado ya los espectáculos más grotescos.

La obsesión de igualdad de los demagogos es más peligrosa que la brutalidad de los galones…, aunque para el anarca las dos cosas son meramente teóricas, porque las rechaza por igual. El oprimido puede volver a levantarse, si ha conservado la vida. El hombre igualado, queda arruinado física y moralmente. El que es distinto, no es nuestro igual. Ésta es una de las causas de las frecuentes persecuciones de judíos.

Se iguala por abajo, como el afeitado, las talas o la instalación de baterías. A veces, el espíritu del mundo parece transformarse en un espeluznante Procusto: alguien ha leído a Rousseau y empieza a practicar la igualdad cortando cabezas o, como decía Mimie le Bon, «haciendo rodar los albaricoques». En Cambrai, las ejecuciones de la guillotina servían de aperitivo para la cena. Los pigmeos cercenaban las piernas de los negros de elevada estatu-

ra, para igualarlos con la suya. Los negros blancos nivelaban las lenguas cultas.

*

El anarca no reconoce ningún régimen, ni se «zambulle,» como los anarquistas, en sueños de paraísos; por eso su observación puede ser imparcial. El historiador que hay en él ve entrar en la arena a los hombres y los poderes como si él fuera el jurado que adjudica los premios. El tiempo roe todo dominio, y más vorazmente a los mejores.

A partir de estas ideas, el Domo parece guiarse más por el momento presente que por la permanencia: ha ganado un día más, cuando, tras el parte de la noche, la guardia ocupa sus puestos. Aunque abandona con frecuencia el comedor, nunca falta en el bar de noche; tengo que llamarle por teléfono, cuando el Cóndor se presenta de improviso. Pronto le veo sentarse a la derecha del tirano; incluso después de un largo día de trabajo, se muestra, hasta altas horas de la noche, preciso y vigilante, pero no tenso.

27

Me encuentro todavía de camino hacia el Banco central —pero lo que he venido diciendo no es una digresión. Incluso he tenido que abreviar. Son ideas que cruzan por la cabeza en estos paseos, pero también durante cualquier otra actividad. Tienen mucho que ver con el tema. Por eso me resulta tan sencillo el trabajo mecánico; lo blindo con mis pensamientos. En el piso superior hay un teatro a domicilio gratis, en el que a veces se representan varias escenas diferentes a la vez. Qué, al mismo tiempo, mueva las piernas, sirva en el bar o rompa y tire en un cruce un número de *El Reyezuelo*, todo esto es secundario. De vez en

cuando, desciendo del piso para gozar con plenitud del instante presente.

Llegado al Banco, recibo mis instrucciones. Algunas de ellas están selladas y lacradas; seguirán otras, de acuerdo con la situación. Acaso me las entreguen cuando me halle todavía de camino.

Doy por supuesto que el Domo ha tenido sus buenas razones para elegirme a mí para esta misión. Un universitario, un profesor, puede ir sin escolta a un lugar donde hay depositadas grandes cantidades de oro. Evidentemente, se habrá incrementado la vigilancia en torno al edificio. A parecer, se espera de mí un servicio que exige inteligencia y probablemente también tacto. Aquí debe advertirse que para la alcazaba el libre flujo del dinero es más importante, por ejemplo, que la libertad de prensa y otros postulados, de los que el Domo acostumbra decir que «son buenos y bellos, pero con ellos no se puede comprar nada». Afirma también: «Entre nosotros, lo primero que se pregunta es si las cuentas están bien».

Obviamente, el Banco central es uno de los puntos neurálgicos. Las ventanillas deben funcionar con normalidad incluso en situaciones críticas: esto irradia seguridad. Sólo cuando se retiran grandes cantidades se pide un aviso anticipado. Las sumas pueden completarse en cualquier momento con los depósitos de los sótanos de la alcazaba; superan cualquier posible demanda.

*

Debo decir aquí algo sobre las finanzas. Su estabilidad es uno de los factores básicos que explican que la tiranía se haya mantenido aquí durante un período relativamente prolongado. Su presupuesto indispensable ha sido la total ausencia de fantasía del Domo. Es evidente que ha estudiado con particular atención dos cosas: la policía y el dinero.

Aunque, como anarca, el tema queda lejos de mi campo de interés, he tenido que ayudarle en sus estudios en mi calidad de historiador. Ocurre a veces que me llama por teléfono a altas horas de la noche: «Manuel, necesito el artículo de un autor llamado Karski, sobre "Carestía de vida, precios y producción de oro". Debió imprimirse en los tiempos antiguos, antes de la Primera Guerra Mundial. Por favor, el texto para mañana. Es posible que el nombre del autor se escriba con y griega».

Buscar el artículo y hacer una copia es juego de niños, tanto aquí como en el Instituto, con ayuda del luminar. A la noche siguiente, cuando el Domo llega al bar, tiene ya la copia sobre la mesa. Antes, y por curiosidad profesional, le doy una ojeada.

De hecho, la cantidad de oro que debía ponerse en circulación constituyó un importante problema. El Domo partió de las necesidades reales; mandó hacer encuestas para saber qué es lo que un hombre normal necesita para sentirse satisfecho.

Se requiere un cierto superávit cuando las exigencias son más cultivadas o —lo que no es lo mismo— más espiritualizadas. La insatisfacción de un hombre espiritual es más peligrosa que la de un hambriento. Entre el oro y el arte existe una relación mágica. El superávit privado debe fluir sobre la existencia estética y la alta artesanía incluyendo las encuadernaciones de libros y la refinada repostería; el superávit del Estado debe revertir, por el contrario, en el bienestar de las masas, sobre todo bajo la forma de juegos. Hay que evitar los repartos de pan; son preferibles las construcciones, aunque sean superfluas. Pero se exige que sean obras con categoría artística; éste es precisamente nuestro problema.

Un Estado sin riqueza es tan miserable como un Estado sin pobreza: resulta placentero contemplar lo que la vida puede ofrecer. Es excelente desembarcar en puertos en los que chicas maquilladas hacen señas a los extranjeros y los comerciantes ofrecen mercancías superfluas; esto es lo que hace la vida agra-

dable. Una vez compré un papagayo y lo eché a volar; los negros se reían y me invitaron a un trago.

*

Hay más oro del necesario; por consiguiente, hay que atesorarlo; en las cámaras acorazadas se apoya su invisible poder. Además, la abundancia de oro hace subir los precios. El encarecimiento afecta sobre todo a los que viven al día.

Las minas están en el profundo sur; allí aparece el oro en gruesas vetas. Se las viene explotando desde muy antiguo y, atendido este hecho, causa extrañeza la creciente penuria de este metal bajo los tribunos. A pesar de su abundancia, sólo se veía papel, brillantes billetes, recién salidos de las prensas. Hasta las más pequeñas monedas de cobre estaban adulteradas.

Al principio parecía sencillamente increíble que el Cóndor pagara en oro. El milagro se explica porque juzgaba a los hombre con sobrio y hasta escéptico realismo —al revés que los tribunos, que habían convertido la palabra «hombre» en un concepto sublime. Por esta idea se guiaban sus esfuerzos pedagógicos, sus ofrecimientos de felicidad y hasta sus promesas mesiánicas. Pero, evidentemente, todo esto cuesta dinero, que extraían de los hombres reales, no de los ideales. Como traficaban con ilusiones, pronto desaparecieron las monedas fuertes; hasta el dinero era ficticio. Era como un truco de prestidigitador. Al mismo tiempo podían ser personas de buena fe, como mi querido papá.

No es casual que la política haya adquirido su carácter benefactor cuando los dioses comenzaron a perder terreno. Y no habría nada que objetar, porque tampoco a los dioses les iban las cosas demasiado bien. Pero, al menos, podían verse templos en lugar de una arquitectura de termitas. Cuando la felicidad está cerca, ya no se la busca en el más allá, sino en algún más acá —en el tiempo, aunque no siempre aparezca al instante.

El anarca tiene un pensamiento más primitivo; no permite que se le quite su porción de felicidad. «Hazte feliz a ti mismo» es su ley fundamental. Es su contrarréplica al «Conócete a ti mismo» del templo de Apolo en Delfos. Las dos se complementan; debemos conocer nuestra felicidad y nuestra medida.

*

Las bancarrotas de Estados con grandes riquezas naturales agrícolas y mineras —de las que México dio ejemplo— tienen múltiples causas, como la corrupción, el despilfarro, la falsa planificación. La manía constructiva y el talante belicoso de los gobernantes, como en el caso de los tribunos, cuestan caros a los pueblos. Son, en cambio, de modesto costo los placeres personales, aunque tan duramente criticados. Son las grandes ideas las que más abren el tiro de la chimenea.

*

El Cóndor puede pagar al contado, porque tiene pocas ideas. Dinero en mano es convincente. Se le pueden echar en cara grandes gastos, como máximo, a propósito de la Armada; pero no hay que olvidar que gracias a ella se decidió el curso de la guerra civil. También la caza ocasiona suntuosos gastos, tanto para diversión propia como en concepto de tributo al Khan Amarillo. Hay que añadir los efebos.

Eumeswil es un Estado de *fellahs*. Esto permite eliminar los gastos de armamento, aunque exige por otro lado una política hábil y flexible entre las grandes potencias. Mantener un ejército, en estas circunstancias, sería una provocación sin sentido.

*

El sistema monetario se basa en dos principios que mostraron sus excelencias en la mejor época de Heliópolis. Se calcula según

dos sistemas: hay compra-venta de bienes o de energía. Para las casas, tierras, máquinas, herramientas, todo tipo de mercancías, en una palabra, para todo cuanto hay visible y palpable, puede exigirse el pago en oro. La unidad es el «cóndor», una moneda que, ya por la simple razón de su peso, casi sólo se ve en los bancos. Un cóndor tiene cien escudos; un escudo representa un buen sueldo diario, con dos escudos se puede vivir con mucha holgura. Los servicios del amor cuestan en el puerto medio escudo, en los lupanares de categoría un escudo.

La energía, es decir, el trabajo de la máquina, los robots humanos y animales, la difusión de juegos y noticias, se paga en sueldos. Pero hay que tener oro para el canto y la poesía, para escritos y obras de arte —y, como se ha dicho, también para el amor. Entre nosotros se distingue entre salarios y honorarios. Pero, en el fondo, sólo se trata de dos formas diferentes de cuentas, porque las sumas son convertibles a voluntad. El intercambio se hace en máquinas automáticas, en las que las monedas depositadas devuelven valores o servicios. Esta segunda modalidad tiene cierto parecido con la categoría superior existente en Heliópolis, bajo la forma de metales que irradiaban directamente energía. En Eumeswil esta técnica ha caído en desuso— en primer lugar, porque se demostró que era altamente peligrosa y también porque se ha perdido el secreto de su utilización. En cambio, se ha perfeccionado en las catacumbas. Así puede deducirse de algunos modestos ensayos «para utilización pacífica», como el bolígrafo de destellos o las placas térmicas de importación. Recuerdan las perlas de vidrio y los espejos para los nativos de la Costa de los Esclavos y la Costa de Oro.

*

Así pues, tenemos el sueldo para los servicios dinámicos, el escudo para los bienes muebles e inmuebles. ¿Por qué esta dife-

rencia, si las monedas pueden cambiarse ante cualquier ventanilla?

Nuestro especialista en cuestiones monetarias es el profesor Scavo, al que el Domo lleva de vez en cuando al bar de noche. He tomado nota de algunas de sus observaciones marginales. A menudo se abordan problemas prácticos, como la fuga del oro, que ha constituido desde siempre uno de los problemas de los estados mercantiles. Pero, aun en estas ocasiones, se rozan necesariamente los principios básicos.

También aquí me maravilla la actitud reservada del Domo, su sobrio pragmatismo, que se limita a tratar magnitudes racionales y mensurables. Para él, lo que cuenta es el peso del oro, no su rango mágico, que fascina a espíritus como Bruno. Una vez, en una de nuestras conversaciones nocturnas, afirmaba Bruno que hay tres «misterios patentes»: la serpiente, los judíos y el oro. «Aquí están todavía indiferenciadas la bendición y la maldición, aquí fracasa la razón».

Un especialista como Scavo no desciende a tales profundidades, una renuncia que el historiador agradece. Hechos, no ideas, son su alimento básico. Evidentemente, Scavo considera que tiene importancia, también en el terreno práctico, la existencia de dos tipos de monedas.

«Debe haber un tipo de dinero de rápida utilización. El sueldo sirve para la circulación fluida, es cíclico; el escudo, por el contrario, es vertical. Esta fuerza de gravedad que le es inherente explica su tendencia a desaparecer bajo el suelo, hasta que la hierba crece encima».

La idea no era mala; se daba la mano con la otra manera de desaparecer, la del atesoramiento. Se esconde el oro en los calcetines. El mayor de todos ellos es el que tiene el Cóndor en los sótanos de la alcazaba; sirve para crear un contrapeso. Hay que enseñar oro en las mesas de los cambistas. Las palomas vuelan hacia donde hay palomas.

*

De acuerdo con su función, podría decirse que el sueldo equivale a una cuenta corriente y el escudo a una de ahorros. Pero, en la circulación diaria, la diferencia, como hemos dicho, desaparece —aun prescindiendo del hecho de que los pagos han alcanzado un alto grado de abstracción. Quien posee un fonóforo, es decir, casi todo el mundo, es solvente en todo momento. Su saldo se registra por proceso automático. La instalación es complicada, pero su utilización es muy simple; pago con el fonóforo más rápida y fácilmente que con cheques.

La nivelación de la sociedad mediante el automatismo —la forma en que ha exagerado los problemas cardinales de salario y trabajo— constituye un capítulo aparte. Aquí, en Eumeswil, se tiene la impresión de que el sistema a veces dormita y la ciudad se hunde en sus sueños. El navío choca contra un banco de arena y luego se pone otra vez a flote. Se corta la corriente y al cabo de unos instantes vuelven a funcionar las máquinas. En estas pausas es donde el anarca mide su propia fuerza y su independencia.

*

Tras haber calibrado la valía de Scavo por algunas de sus conversaciones en el bar, decidí acudir a sus clases, cuando tenía algo que hacer en la universidad. Comprendí entonces que no era casual que me viniera a la cabeza la idea de la corriente. La utilización de la electricidad ha ejercido sobre la propiedad y, por ende, sobre el dinero una influencia más profunda que la invención del vapor.

Decía Scavo: «El contravalor del suelo es la energía. El escudo tiene su valor en sí mismo. Posee, por consiguiente, capacidad de compra tanto de bienes como de energía. La relación perma-

nece oculta, ya que para los pagos se aceptan sueldos y escudos, sin parar mientes en ello.

»Pero que el sueldo es, no quiero decir ficticio, sino efectivo —es decir, que está vinculado a unos rendimientos—, se advierte bien en el mundo del trabajo. En el caso extremo, el *black-out*, el sueldo carece de valor, mientras que el oro lo conserva y aun lo aumenta».

*

Ésta era, más o menos, la armazón sobre la que luego iba colocando las reflexiones históricas. La inflación como consecuencia de la dilapidación, por ejemplo en los períodos de posguerra, el atesoramiento de servicios potenciales mediante fondos para los parados, las manipulaciones monetarias, los cambios de divisas impuestos por decreto, las falsificaciones de moneda, los cauríes, la impostura de los tulipanes, el abate Galiani, Law y los Spitzeder, Panamá y otros muchos.

Buena formación histórica, interconexiones abundantes, pero controladas. Había aquí puntos sugerentes para mi especialidad, que merecía la pena proseguir en el luminar. Esto como historiador, como observador neutral, libre de valores. El anarca, en cambio —lo digo simplificando—, está de parte del oro —le fascina, como todo cuanto se sustrae a la sociedad. El oro tiene su propio inconmensurable poder. Basta con enseñarlo, y la sociedad y su orden se tambalean.

El anarca está de parte del oro, pero no debe entenderse como si tuviera sed de oro. Reconoce en el oro el poder central, inmutable. Lo ama, no como Cortés, sino como Moctezuma, no como Pizarro, sino como Atahualpa: éstas son las diferencias entre el fuego plutónico y el resplandor solar, tal como era adorado en los templos del sol. La más preciada cualidad del oro es su luz: la difunde con su sola existencia.

*

El movimiento que provoca el oro —«todos se precipitan hacia el oro»— incluso cuando se encuentra en las cámaras acorazadas, es sólo un reflejo de lo que Agripa llamaba su «dignidad». Éste es su valor; el precio es sólo una expresión.

El valor es permanente, el precio, cambiante y mudable: depende también de la moda. La preeminencia de su valor se expresa en las teorías de Scavo y también, aunque imperfectamente, en la *praxis* diaria.

Se me grabó de forma especial en la memoria una conversación entre el Domo y Scavo sobre esta materia. Estaban hablando del sentido auténtico del trabajo, de lo que el Domo llamaba su «genio». Y afirmaba que el trabajo en el que aflora este genio, ya sea el de un ebanista, un pintor o un platero, valía «su peso en oro» y que se le debería pagar de acuerdo con este valor.

Habían bebido bastante; Scavo estaba de vena y se despachó a su gusto. Yo puse mi grano de arena con el regulador de ambiente. Evidentemente, el profesor había advertido bien dónde le apretaba el zapato al Domo. Comenzó aludiendo a la aniquilación de los valores en la era económica. Habría sido como un corte a través del cuerpo social, que paralizó todo movimiento superior y del que nunca nos habíamos recuperado.

Aquí sólo puedo dar un resumen, y aun así no muy exacto. En esencia, decía Scavo, el salario se establece según el tiempo trabajado y el número de piezas producidas; la calidad había sido sustituida por la normalización. «Lo que Su Excelencia llama genio está fuera del tiempo; por consiguiente, no está sujeto a medida ni puede pagarse según unos criterios establecidos. Cuando el genio desborda ampliamente al talento, o no es reconocido, o sólo de manera insuficiente. La obra de arte alcanza elevado precio sólo mucho después de la muerte de su creador, que tal vez murió rodeado de miseria. Pero incluso el más alto precio que

pueda imaginarse sólo significa que en realidad es una obra que no tiene precio. En este sentido, aunque sea mimado por mecenas y príncipes, el genio trabaja de balde. Es semejante a los dioses, que reparten sus dones gratuitamente. El mundo, como creación, no está más allá del tiempo, sino fuera del tiempo. Aquí descansa su ser permanente».

*

El bar de noche tiene la ventaja de que incita a los especialistas a salir fuera del campo de su estricta especialidad. Genera el ambiente adecuado; por eso prefiero servir aquí más que en el comedor, aunque allí se disfruta de excelente música.

El profesor se llevó la mano a la boca, como arrepentido de haberse dejado arrastrar por el entusiasmo. Pero al Cóndor le gustan estos arranques de sus invitados. Le dio las gracias y deslizó una observación. De ordinario, sus expresiones son sencillas, pero por desgracia no anoté sus palabras textuales. Yo seguía el diálogo con gran tensión, porque estaba tocando diferenciaciones a las que consagro mis afanes como anarca y como historiador.

El Cóndor tiene sentido de la historia y de sus interconexiones; así lo indica ya el simple hecho de que pusiera a mi disposición el luminar. Continúa una tendencia que floreció de forma especial durante la época de los epígonos y de los *fellahs* —quiero decir, el deseo de los «paralelos históricos». Las reflexiones giran en torno a la tradición, con sus obras y documentos. Restablecer la creación— he aquí el protoproblema. Sólo que aquí el deseo puede ser padre del pensamiento, pero no de la obra de arte, ni siquiera del más modesto de los poemas.

A esto se debe que el Cóndor se sintiera afectado por la máxima de Scavo, de que el genio está fuera del tiempo y se limita a actuar dentro de él. Según esto, estaría también fuera de la sociedad y sería independiente de ella —cosa a la que el anarca no

puede menos de dar su aprobación. A veces he tenido la sospecha de que al Cóndor le gustaría hacer de Eumeswil una pequeña Florencia; en tal caso, ya tendría a su Maquiavelo en el Domo.

Cuando los buenos espíritus han abandonado la casa, no existe ningún conjuro para hacerlos regresar. Y esta ausencia le inquietaba. Attila advirtió este fallo en la lógica de las ideas:

«Si el genio estuviera en el tiempo, nunca le veríamos en Eumeswil. De este modo, no perdemos la esperanza».

Tocó la mano del Cóndor: «Tampoco el milagro está en el tiempo».

*

¿Qué quería decir? No era la primera vez que hablaban del genio, aunque bajo diversos nombres. Con las palabras clave que he ido anotando durante sus conversaciones en el bar de noche, podría componer todo un mosaico, aunque con las grietas y hendiduras propias de todo trabajo musivario.

Si Attila fuera cristiano, yo interpretaría en este sentido lo que acababa de decir sobre el milagro, de acuerdo con los antiguos cánticos eclesiásticos. Pero esta idea, y todo tipo de trascendencia, es ajena a su mente. Para él, el milagro es posible en cualquier momento; se le puede experimentar —habita entre nosotros. La trascendencia es el apartadero de la razón. El mundo es mucho más milagroso de lo que las ciencias y los cultos dicen. Sólo el arte llega hasta él.

En el genio parece ver Attila un poder sutilmente difundido, que puede manifestarse en cualquier tiempo y lugar. Un animal desarrolla otros órganos, comienza a volar, cambia de especie y género, o bien se presenta un individuo singular, único, que da a la historia universal una nueva dirección…, no es la fe la que

crea el milagro, sino que el milagro precede a la fe. Hay siempre nuevas sorpresas, sobre todo en las edades tardías.

Attila ha vivido mucho tiempo en los grandes bosques, más allá del desierto. Y ha debido de tener allí extraños encuentros. Es médico de cabecera del Cóndor, pero no sólo médico de su cuerpo.

*

Cuando avanza la noche, la atmósfera del bar adquiere tintes submarinos. Aguzo entonces la atención para contemplar mi acuario. Como siempre que se discute, bajo una misma palabra se ocultan varios sentidos. El más claro de todo es el Domo. Para él, «genial» es una obra extraordinaria, no sólo en el arte y la ciencia, sino también en la artesanía. Es evidente la razón de por qué está dispuesto a pagarla en oro, a distinguirla con premios y honores. Sabe que una sociedad jerarquizada se gobierna mejor que una nivelada; el principio es válido ya en el mundo de los cuerpos. La serpiente es más peligrosa que el ciempiés.

En Eumeswil, donde se suceden demagogos y soldados afortunados, han desaparecido todas las diferencias sociales. Apenas se concede valor a las condecoraciones, pero nadie rechaza cien cóndores de oro puro. Si se quiere, pues, establecer una jerarquía, tiene que basarse en la relación entre oro y servicio prestado.

Aparte esto, el Domo intenta enriquecer la paleta, suavizando por ejemplo el rigor de la escolaridad obligatoria e incluso suprimiéndola para algunas profesiones. Los pastores y pescadores le están muy agradecidos por la iniciativa. Y sus hijos también. Hace poco, me hallaba sentado junto al Sus, en uno de los puestos de observación de Rosner, cuando pasaron dos muchachos con su rebaño de ovejas. Al parecer, estaban hablando de un camarada. Oí que uno de ellos decía: «Tiene que ir a la escuela». Y, por el tono, no parece que esto le diera demasiada envidia. La

anécdota me alegró, pues, como anarca, rechazo como un abuso la escolaridad obligatoria, al igual que cualquier otro tipo de yugo o de limitación de la libertad. Aquí se encuentra una de las grandes fuentes de desdicha del mundo.

*

También al Cóndor le gustaría pagar las obras geniales por su peso en oro; pero las buscaba inútilmente en su entorno. En él se repite el tipo de principillo barroco, con aquel su aire de buen padre de familia. Cada cual debe disfrutar del máximo bienestar posible, de acuerdo con su modo de ser. No da tanta importancia como el Domo al orden y la seguridad. Si le preocupan, es sobre todo porque de ellos depende su propio bienestar. Éste es el punto en el que el egoísmo llega a ser amable.

A cada cual lo suyo; no tolera las discordancias en su entorno. Ya en el simple hecho de que le guste escuchar buena música durante la comida —aspecto en el que coincide con el Domo— insinúa esta peculiaridad. No podría, como los señores coloniales, engullir en el desayuno, con impasible conciencia, un kilo de chuletas, mientras le contemplaban sus hambrientos criados. La sensibilidad música le confiere una gracia que irradia hasta en los efebos.

*

Miro en mi acuario como en un espejo, que me refleja lejanos tiempos tal vez nunca existidos:

> Lo que nunca ha existido y en ningún lugar,
> Sólo esto es verdad.

A veces, un instante de felicidad interrumpe la historia, como un conjuro. Permanece el orden, con sus diferencias…, pero se mueven de otra manera, desde el rey al ayudante de cocina y el encarcelado, que enseña sus cadenas. Danzan, no caminan, can-

tan como en la ópera, exaltan su placer en canción, profundizan su sufrimiento en canto.

Éste creo que es el punto de vista de Attila: el genio transforma la armonía invisible en visible. Éste es su carné de identidad, su vinculación directa a la obra maestra del mundo. No vive en un más allá, sino en medio de nosotros; todo es posible, aquí y ahora.

*

Glosa a la escolaridad obligatoria: el anarca aprende a leer y escribir si le place y cuando le place. Muchos niños sienten atracción por los libros en virtud de una curiosidad innata. Carlomagno era analfabeto, cuando llevaba ya mucho tiempo rigiendo su poderoso imperio. Y aunque estuvo en contacto con sabios como Alcuino y Pedro de Pisa, no llegó muy lejos en materia de escribir; tenía otras muchas cosas que hacer, y mejores.

No es probable que Homero supiera escribir; la letra entorpece la libertad del canto. Sea como fuere, se requiere mucha precaución cuando el mar se adentra en los canales —lo peor de todo son los números. Como historiador, dependo de documentos escritos, pero como anarca podría muy bien prescindir de ellos. Por lo demás, parece que en las catacumbas se han desarrollado métodos que hacen superflua la escritura; el bolígrafo de destellos es una prueba…, pero esto es harina de otro costal.

La escolaridad obligatoria es, en esencia, un medio de castración de la fuerza natural y de explotación. Otro tanto cabe decir del servicio militar obligatorio, desarrollado en este mismo contexto. El anarca lo rechaza —como rechaza las vacunas obligatorias y los seguros de todo tipo. Cuando pronuncia un juramento, es bajo reservas. No es un desertor, sino un refractario. Debo esta expresión a un viejo poeta, a quien cité en el luminar: Gustav Sack.

El anarca puede matar a cualquiera y en esto se apoya su conciencia de sí, pero sólo mata donde y cuando le place —y, en todo caso, muchas menos veces que el criminal, el conductor y el Estado. Está más acorde con sus ideas la figura arcaica del mercenario que la del recluta, que tiene que pasar revista médica y toser cuando el médico le toca los testículos.

«Dame oro… y trabajaré contigo, pero sólo durante un plazo». Esto puede ocurrir por necesidad, por aburrimiento o porque a uno le cae bien un tipo y su causa. En todo caso, el anarca se reserva su decisión, cuando se exige algo de él, aunque proceda de su propia familia.

Si se le obliga a llevar un arma, no por eso es más fiable, sino aún más peligroso. La colectividad sólo puede disparar en un sentido, el anarca, en todas las direcciones.

*

Mercenario y oro son concomitantes. Los eumenistas como Kessmüller, mentes estrechas y pedantes criticastros, no conocen la magia del lenguaje. Les parece incluso inquietante.[5]

Cuando pago a Latifah, de la que hablaré más tarde, por tenderse en la cama, lo hago en oro. Rechazaría el papel lo mismo que el mercenario. Donde la vida se muestra sin velos, como en la desnudez, el rapto y los antiguos sacrificios, se paga en sangre y oro. Que es mejor el oro, lo sabe el hombre y mejor aún la mujer; y este saber sobrevivirá a los estados por muchos que sean los que se hundan o asciendan.

Quitar el oro a los individuos particulares, negarles el derecho a tenerlo, esto es lo que intentan los estados, mientras que el individuo procura ocultarlo a sus miradas. Quieren «lo mejor para él»…, por eso le quitan su oro, y lo almacenan en cámaras acorazadas y pagan con papel, cuyo valor desciende de día en día.

Cuanto más domesticado está el hombre, tanto más se deja engañar por cualquier patraña. Pero el oro es digno de fe. Tiene su valor en sí, en él no hay engaño. Entre nosotros esta realidad es patente; es una de las ventajas de Eumeswil.

UN DÍA EN LA ALCAZABA

28

Ha llegado el momento de esbozar mi jornada cotidiana, y las actividades que desarrollo. Debería comenzar por la noche, de la que mi día es sólo un reflejo. Así lo deduzco ya del simple hecho de que no me gusta despertarme, ya que, cada mañana, tengo que revestirme de nuevo de mi armadura.

La noche es oscura, el día es claro. Según Bruno, esta luz del día es sólo una oscuridad secundaria, ramificada, filtrada. Debe haber algo de verdad en esto. Cuando cierro los ojos, no se hace oscuro, sino luminoso y claro, como si las bambalinas comenzaran a iluminarse, mientras sube el telón. Aparecen flores, que caen lentamente, ruedas multicolores que giran, rostros innumerables que buscan su individualización, y entre ellos el mío. Todo esto cuando todavía no me ha venido el sueño. Luego me sumerjo a mayor profundidad.

Me es más familiar el grito de la lechuza de sedosas alas que el canto del gallo. Prefiero los instrumentos de cuerda a los de viento. El intermedio: esto es la oscuridad. La luz me araña; más un malestar que un dolor, y prefiero sumergirme una vez más.

El sueño sin sueños después de la medianoche es el más profundo; entonces entra el espíritu, como un señor, en el país de los sueños. No sólo dirige los acontecimientos, sino que inventa a su placer y extrae de su almacén inagotable personajes y decoraciones.

Es una posesión viva y palpitante. El espíritu se transforma en corriente; penetra y empapa su propia creación. Puede dirigir su mirada a todas partes…, sobre personas, cosas, animales y plantas; da hálito a su creación y le concede la palabra; insufla. Pero lo que dicen le llena de asombro; como si su palabra ganara espiritualidad en el eco. «En el sueño somos dioses», decía con razón un griego.

*

En las primeras horas de la mañana, el sueño es intranquilo, absurdos hilos se entremezclan en la urdimbre. ¿ Qué ha podido moverme a citar en mi escena interior, en estas primeras horas de este día, a esta tiple, esta mestiza que aparece aquí con su ronca voz? Canta una serie de *cuplés* que apenas me dicen nada, aunque he debido ser yo mismo el inventor del texto y de la melodía. Por eso, me pide disculpas. Si hace esta exhibición, es sólo por *culture physique*. Por supuesto, es mentira; lo que quiere es exhibir sus senos y caderas. Y lo hace, moviendo sus redondeces con flexibilidad simiesca.

Estas escenas se suceden con la velocidad del relámpago. Yo sospecho que se han desarrollado en un espacio atemporal y luego nosotros las interpretamos con mayor o menor acierto. Esto me trae el recuerdo de los triquitraques que deshojamos la noche de San Silvestre, después de haberlos hecho estallar con nuestra compañera. Hay algunas frases en los papeles, de las que no puede sacarse mucho partido. Los primitivos intérpretes de sueños eran más fiables que los modernos.

El género de vida de la alcazaba implica estas insinuaciones de sueños eróticos. Esto explicaría el hecho, pero nada más. Un pintor diría que no es el motivo el que hace la obra de arte.

*

Mi servicio no tiene horario fijo; puede pasar toda una semana sin que haya trabajo en el bar. Sólo está abierto cuando lo visita el Cóndor. Probablemente, el Domo intenta eliminar la posibilidad de que se forme aquí un pequeño círculo sedentario.

El café se sirve en el comedor: muchas veces vienen aquí para tomar un digestónico. Otras veces, en cambio, la velada se prolonga hasta el amanecer. Entonces me siento feliz; el botín es abundante. Tras cerrar y sellar el bar, empiezo a descifrar allá arriba, junto a un vaso de vino, las notas del bolígrafo de destellos y analizo las conversaciones.

Mientras estoy de servicio, no pruebo una sola gota, ni siquiera cuando el Cóndor me invita con cordialidad. No pruebo ni el agua, aunque tenga sed. «No toco un vaso», salvo para servir. Tengo para ello toda una serie de razones —prescindiendo de que, estando sobrio, me expreso con mayor seguridad. Aquí se emplean frases poco precisas: dicen, por ejemplo, «duermo con ella», cuando en realidad están pensando en cosas que tienen muy poco que ver con el sueño.

En este sentido, estoy de acuerdo con el Domo, que también da importancia a un lenguaje exacto, como el que yo empleo. Veo que inclina la cabeza con aprobación, cuando nota que me mantengo firme incluso frente al Cóndor… y que hasta se fía de mí. Dicho sea sin ironía.

*

Cuando me retiro tarde a descansar, también me levanto tarde; tengo el día para mí. El sol caldea ya la alcazaba; el aire vibra sobre las euforbiáceas. Si no se conecta la refrigeración, se nota calor. De ordinario, sólo la enchufo para trabajar. Por lo demás, la técnica es poco segura, aunque disponemos de toda una tropa de electricistas y otros operarios. A veces me produce la impresión de que la hemos conjurado como en sueños, para desecharla después. De cualquier forma, ya no se la considera tan impor-

tante. Incluso el Domo parece preferir el justo medio a la perfección técnica.

No le ponen de mal humor los fallos de los aparatos, sino los de los operarios. Lo cual recuerda a los príncipes de la época de las pelucas, que consideraban el fusil, sobre todo, como un instrumento útil para hacer la instrucción.

Si mi servicio en el bar se ha prolongado hasta altas horas de la madrugada, puede ocurrir que me despierte cuando ya es, allá fuera, día claro, a menudo casi mediodía. Estoy tendido en la oscuridad, porque mi dormitorio tiene una gruesa cortina. Ya despierto, sigo aquí todavía un buen cuarto de hora, antes de levantarme.

Si añado que es «para hacer mis oraciones», la afirmación podría sonar extraña. Cierto que la palabra se ha desvalorizado y ha sido corrompida por los sacerdocios. Es sabido que *religio* viene de *re-ligo*, es decir, que supone una atadura, y esto justamente es lo que rechaza el anarca. No se echa en manos ni de Moisés y sus diez mandamientos ni de los profetas. Tampoco quiere saber nada de los dioses y sus avatares, a no ser como historiador —o a menos que se presenten ante él. Y entonces comienzan los conflictos.

Si digo, pues, que es «para hacer mis oraciones», estoy siguiendo un instinto innato, no menos fuerte que el impulso sexual y acaso más. Los dos son similares, en el sentido de que pueden ocurrir cosas infamantes, si se los reprime.

Tampoco en esta necesidad se distingue el anarca de los demás. Sólo que no le gusta atarse. No dilapida lo mejor de sí. No acepta sucedáneos por su oro. Conoce su libertad y, por tanto, también su contrapeso. La ecuación se resuelve cuando se le ofrece algo digno de fe. El resultado es: uno.

Es indudable que los dioses se han aparecido, no sólo en los tiempos primitivos, sino también más tarde, en la historia. Han comido y combatido con nosotros. Pero ¿de qué le sirve al hambriento el esplendor de banquetes ya pasados? ¿De qué le sirve al pobre el tintineo del oro que percibe a través del muro del tiempo? Lo que se pide es su presencia.

El anarca deja las cosas como están; puede esperar. Tiene su *ethos* pero no moral. Reconoce el derecho, pero no la ley: desprecia las prescripciones. Cuando el *ethos* se deja encerrar en prescripciones y prohibiciones, ya se ha corrompido. Cierto que puede armonizar con ellas, según los lugares y las circunstancias, durante un período de tiempo más o menos largo, como yo aquí con el tirano, mientras esto me agrade.

Uno de los errores teóricos de los anarquistas consiste en creer que el hombre es naturalmente bueno. Con esto, castran a la sociedad, lo mismo que los teólogos a Dios («Dios es lo Bueno»). Rasgo saturnista.

El derecho natural ha sido desgastado en todos los sentidos, desde la legitimación hasta la violencia brutal y el idilio paradisíaco. Y esto tiene su fundamento, en la medida en que todo puede sacarse de la naturaleza. «Ella es todo, de una vez». Pues bien: que cada cual saque del ser lo suyo.

El azar y el capricho se inician ya en el reino de las moléculas. Ha debido haber, ya desde el primer comienzo, un desgarrón en el universo. Así lo indica la misma palabra génesis. El libro del *Génesis* encierra formidables alusiones a este propósito… pero sólo como rumores, como si un pastor hubiera espiado a través de una puerta entreabierta.

El derecho hay que buscarlo en los átomos y, más profundamente aún, también en los de nuestro propio ser. Desde aquí, el juicio ético y estético reacciona a las más sutiles vibraciones. A esto se sabe que la injusticia tenga casi siempre odioso aspecto. A medida que se asciende, crecen los peligros, como en el equili-

brista al que ya ninguna red ofrece seguridad, o cuando cruza el puente Sirat, agudo como el filo de un puñal. Nunca es más fuerte la tentación de invocar a los dioses ni nunca más meritorio resistirla.

Como historiador, y sólo en cuanto tal, soy positivista. El derecho es válido mientras se le respeta y es capaz de imponerse. Uno de sus presupuestos es la buena conciencia, pero no entendida como altivez moral. No sólo sobrevive el más apto, sino también el más honrado. Pero ambas cosas no coinciden en el tiempo, lo que nos lleva de nuevo a la Génesis, a la separación del árbol de la vida y el árbol del conocimiento.

*

Ya se entiende que cuando el anarca reza no pide, ni da gracias. Tampoco busca en la oración un poder mágico. ¡Cuántas ardientes oraciones no han sido escuchadas! Como historiador, penetro a veces en las celdas de los condenados, como anarca quisiera darles un consuelo póstumo; y sé que los culpables lo necesitan más aún que los inocentes.

He estado con Boecio en su mazmorra y con María Antonieta en el Temple, mientras encanecían sus cabellos. Estaba allí, mientras fuera aullaban las masas y el padre se ponía las filacterias para la oración. El niño buscaba su mano. Pero ni el padre ni el hijo fueron escuchados.

*

Y, a pesar de ello, la oración responde a un intento innato. Es más importante que la comida y la bebida, porque testifica una vida que es algo más que la corruptible. Lleva más allá de los insípidos bastidores con que el saber representa el universo. Al agua se la conoce de una manera en las retortas y de otra distinta en los acueductos que la llevan a las grandes ciudades y es

también distinta en los mares —como agua de la vida en la oración.

Los sacerdocios insisten en que la oración debe dirigirse a dioses personales:

«Oración auténtica sólo se da en las religiones que admiten un Dios dotado de voluntad, personal y concreto».

Así un célebre protestante. El anarca no tiene ni quiere tener nada con esto. El Uno puede formar personas, pero no puede ser persona. Ya el mismo «él» incluye un prejuicio paternalista.

Al Uno no se le puede abarcar, mientras que el hombre conversa con los dioses múltiples como con sus iguales, ya sea que los invente o que los descubra. En todos los casos, ha sido el hombre quien les ha dado nombre. Pero no debe confundirse este hecho con el monólogo a nivel superior. Es indudable que debe haber en nosotros algo divino, y que debe ser conocido como tal, pues de lo contrario tampoco tendríamos noción de los dioses.

«Porque domina en nosotros un Dios». (Hölderlin). «Uno es el principio de todo». (Filolao). «Hay un Dios que es mayor que todos los dioses y los hombres, incomparablemente superior en forma y pensamiento a todo lo mortal». (Jenófanes). «Un torbellino de múltiples formas se separa del Todo». (Demócrito).

Y siempre, una vez más, Heráclito. No hay por qué hacer tanto ruido con lo numinoso; sale al encuentro de todos —todos tienen su Sinaí y también su Gólgota.

29

El suelo, delante del dormitorio, está embaldosado; las baldosas son exagonales y se unen entre sí como las celdas de los paneles. Son frías, agradables al tacto del pie desnudo. Su dibujo brilla de una manera peculiar ante los ojos descansados. Tal vez

su impresión sería aún mayor si nunca hubiera oído hablar de matemáticas.

Hay un cuarto de baño al lado. No tiene ventanas; su única iluminación procede de una instalación eléctrica oculta en el techo. Me detengo ante el espejo y analizo ante el reflejo de mi busto mi grado de presencia. Como todo el mundo en la alcazaba, estoy muy bronceado. El azul de las paredes destaca nítidamente el perfil del cuerpo.

Casi siempre me veo con perfiles bien definidos; no hay duda: es mi imagen en el espejo. El día se presenta bien para los negocios; llegado el caso, sabré moverme con desenvoltura. Sabré guardar la adecuada distancia frente a personas y cosas. Lo noto inmediatamente, mientras hago mis ejercicios. Consigo excelentes series en el billar. Ésta es también la atmósfera general en la fortaleza, particularmente acentuada en el Cóndor, cuando desciende del caballo tras su paseo matinal.

Pero otros días la imagen del espejo es borrosa, como si el cristal estuviera empañado, y, sin embargo, va ganando mayor realidad cuanto más tiempo lo miro. En la misma medida va perdiendo su realidad el cuerpo. Estos días tendré que extremar las precauciones; pueden producirse incidentes. En cambio, será más fluido el movimiento en el ámbito del espíritu. Progresarán los estudios, tanto en la biblioteca como en el luminar.

Noto también que la gente me habla entonces con mayor facilidad y que también yo contesto del mismo modo. La puerta de la amistad abre sus batientes, Eros extiende una alfombra. Hasta el Domo sonríe si cometo un error, cosa que suele acontecer con este estado de ánimo. El «Emanuelo» del Cóndor es particularmente afectuoso en estas ocasiones. Tengo que vigilar, para no comprometerme demasiado.

*

La consulta con el espejo es valiosa, pero tiene sus peligros. Es también un acarreo, un traslado de la existencia al ser. Entre otras cosas, podría fortalecerse el elemento femenino, el influjo de la luna y el mar, de los sueños y de la noche, el otro lado de las cosas, su cara oculta. Tiene aquí aplicación la sentencia de un antiguo sabio: «Durante el día, todos ven lo mismo, en los sueños, cada uno ve una cosa especial».

Esto podría distanciarnos del mundo calculable, del lenguaje de que dependemos. Perderíamos la aguda capacidad de distinción. Para mí, por ejemplo, esto significaría el adiós a la historia como ciencia, tal como se ha venido cultivando en nuestra familia desde generaciones.

Los sanatorios y manicomios de Eumeswil pululan de enfermos que han profundizado excesivamente. Ni siquiera necesitaron experimentos para hacerlo. Lo mismo le ocurre de vez en cuando a alguno de mis estudiantes. La gente dice entonces: «Ha estudiado demasiado». Y es cierto; la luz excesiva ciega; es un desafío a las tinieblas. Me gusta visitarlos; se oyen aquí frases que recuerdan a los viejos oráculos o a un Scardanelli —un susurro del poder del Espíritu de la Tierra.

A pesar de todos los peligros es valioso —casi diría: inapreciable— no sólo creer, sino también experimentar que se puede estar aquí y al mismo tiempo en otra parte. Me he opuesto a ello con tanto mayor obstinación cuanto más me entregaba al materialismo. Bruno, sobre todo, me ayudó a superar esta fase —especialmente gracias a su curso sobre los fenómenos ópticos y electromagnéticos. Me llevaría demasiado lejos entrar en esta cuestión. Me contentaré con su máxima: «La imagen original es imagen y reflejo». Lo que, propiamente hablando, pretendía Bruno era que la Idea platónica entrara de nuevo en la apariencia, para reavivar así la materia, castrada por el pensamiento abstracto. No habría que esperar el milagro ni de arriba ni del futuro, del Espíritu del Mundo, por ejemplo, que se va construu-

yendo a sí mismo— pero que permanece siempre igual bajo cambiantes vestiduras, en toda brizna, en toda piedrecilla.

*

La madre oye el grito de llamada del hijo que se ahoga en los antípodas, en el Océano Pacífico. No hay aquí sólo una llamada. Son muchos los que han vivido experiencias similares. Aunque los cultos han dado origen a muchas cosas desagradables, debe reconocérseles el mérito no sólo de haber cultivado, sino también de haber practicado este saber: pueden ejercitarse los trances y los pasos. Cierto que aquí no hay monopolios, porque estos pasos están al alcance de cualquiera y vienen dados ya con el nacimiento…, pero hay diferencias en el *savoir-faire*. Puede observarse en los moribundos.

*

El baño. Hay tuberías para agua caliente y fría, para agua dulce y salada. El agua dulce procede en parte del Sus y en parte de la lluvia recogida en la gran cisterna, excavada en la roca viva. Está inmediatamente encima de las cámaras del tesoro, que puede inundar en escasos segundos.

Para los casos de necesidad existe una planta desalinizadora. En este sentido, podríamos defender la alcazaba tanto tiempo como Eumenes su castillo roqueño de Nora, «que sólo el hambre podría rendir», como dice un historiador.

Mientras me afeito, se va llenando la bañera. Prefiero el agua de mar. La toma se hace a una cierta profundidad y es bastante más fría que la de la playa. El Domo ordenó analizar sus cualidades químicas y biológicas: está incontaminada. Como todos los ríos desembocan en el mar, tiene que tener más virtudes salutíferas que cualquier manantial. A esto se añaden los minúsculos organismos de que se alimentan otros animales, incluidas

las ballenas, y que brillan con luz fosforescente en la resaca. Ningún médico sabe qué importancia tienen para nosotros —pero, sea como fuere, yo rompo mi ayuno con un buen sorbo de agua de mar, para hacer gárgaras. Nada hay mejor para los dientes. Se lo oí decir a los pescadores y gentes sencillas que habitan junto a la playa. Viven allí modestamente, a la antigua usanza, un querida para el anarca. También del mar obtienen la sal que necesitan, arañándola de las fisuras y oquedades de las rocas, donde cristaliza. Bajo los tribunos, estaba prohibido; lo habían reglamentado todo, hasta en los más pequeños detalles. La sal había que comprarla en los establecimientos *ad hoc*, cien veces más cara. Le hicieron añadir además sustancias que los químicos consideraban beneficiosas, aunque en realidad eran perjudiciales. Pase que tales cabezas se tuvieran por pensadores; pero es que también pretendían ser benefactores.

Por aquella época, patrullaban por la playa los carabineros, que vigilaban a los pobres. Todo esto era particularmente desagradable, porque del oro y la sal deberían disponer todos, libres de impuestos, como mero equivalente de su trabajo, ya lo extraiga de las arenas del río o de los arrecifes del mar. Una de las primeras medidas del Cóndor, y base de su popularidad, fue declarar libres estas actividades.

Un poco de generosidad es más beneficiosa que una excesiva administración. Los tribunos eran redistribuidores; gravaban con impuestos el pan de los pobres para hacerlos felices con sus ideas —por ejemplo, a base de construir costosas universidades, cuyos diplomados, en paro, vivían del Estado benefactor, es decir, una vez más de los pobres, porque eran incapaces de manejar una herramienta.

El pobre, en la medida en que no tiene una mente parasitaria, quiere estar lo más lejos posible del Estado, sean cuales fueren los pretextos con que éste le ofrece sus servicios. No quiere escuelas, vacunas ni servicio militar obligatorios; todas estas cosas

han multiplicado hasta límites aberrantes el número de los pobres y, con ellos, la pobreza.

*

Siguen la ducha caliente y la helada, las dos con agua dulce, y luego los ejercicios. Cuando tengo servicio en el bar, suelo afeitarme también por la tarde, y compruebo cuidadosamente mi aspecto exterior. Antes de bajar, me planto delante del espejo y observo a Emanuelo: destreza, presencia física, sonrisa y movimiento deben fluir de forma espontánea y agradable. Es importante —podemos aprender mucho de las mujeres en este punto — que nos presentemos ante los demás tal como ellos lo desean.

Los ejercicios. El Cóndor hace equitación antes del desayuno; le acompañan algunos de sus altos mandatarios y los efebos. Esto les mantiene en forma. Aparte que prefiero pasar solo las mañanas, mi puesto subalterno me dispensa de tomar parte en el paseo a caballo.

A mí me sienta mejor contemplar un cuadro o escuchar música. Entre el personal destinado al servicio interior, son muchos los que practican algún ejercicio, por diversas razones: unos quieren reducir su peso, otros fortalecer los músculos. Otros en cambio, como Kung, el chino, desprecian las dos cosas: «¿Deporte, para qué? No quiero morir antes de tiempo. Donde mejor me encuentro es en cama, cuando tengo que moverme poco y puedo comer mucho». Tiene sus particulares recetas y, por lo demás, apenas piensa en otra cosa.

Tengo que mantenerme en forma, para poder, en cualquier momento, resistir la vida solitaria en el bosque. Me preocupan más las articulaciones que la musculatura. Contorsiones de los miembros desde el cuello a los artejos, ejercicios de equilibrio en la cuerda y con pequeños balones, inhalación y exhalación «conscientes». La conciencia tiene que hundirse hasta el diafragma, rechazando los pensamientos, que acechan hambrientos. Es

difícil —pero, una vez conseguido, favorece también la respiración normal: se espiritualiza. Tal vez sería más exacto decir: descubre su poder espiritual. Que este poder existe y fundamenta la existencia, era algo obvio en los buenos viejos tiempos y así lo testificaba el lenguaje con palabras adecuadas, como *alentar, inspirar*. Tras sus huellas caminaban los peregrinos rusos con la «oración incesante». La oración es respiración, la respiración es oración.

La respiración sale mejor en la profundidad del espejo, y aumenta, en general, la disposición vegetativa y receptiva. Por lo demás, no conviene que esta disposición lleve el timón en la vida cotidiana. La chispa animal debe permanecer en las profundidades como un débil fulgor, como la mecha ante el barril de pólvora. Es la lección de los samurais: el salto súbito desde la suave quietud, el ataque mortal contra el que se precipita a sacar el acero de la vaina.

*

Antes de llamar al camarero de camarote, me pongo, como suele decirse, «presentable», me echo una bata sobre los hombros y me calzo unas pantuflas de cuero; bajo la bata llevo unas prendas de lino como las que se usan en los trópicos. Entonces puedo salir al pasillo.

El menú es abundante, como en la primera clase de los transatlánticos. Ya dije antes que tenemos dos cocinas, la europea, con aportaciones mediterráneas, y la china, aunque ésta apenas hace acto de presencia los días normales. Está pensada más bien para las fiestas y las visitas importantes; en este sentido, el Cóndor puede parangonarse con los Khanes.

El desayuno es mi comida principal, y la única cuando tengo servicio por la noche. En caso contrario, vuelvo a comer por la tarde, a veces con uno de los compañeros del personal de servicio. De vez en cuando me dejo ver en el comedor grande, evi-

tando cuidadosamente parecer un profesor de universidad; esto tiene sus ventajas. Cuando hay mucho que hacer, me presento al jefe de camareros o al sobrecargo. Pero, generalmente, me dicen: «Está bien, Manuelo, siga con sus estudios». Paso por ser muy trabajador. Esto es difícil de disimular aunque, por fortuna para mí, no existen ideas muy claras sobre el tipo y la orientación de mis actividades.

*

Selecciono en la carta, con moderación; sólo en el capítulo de frutas llego al despilfarro. La mesa del Cóndor se abastece de frutas de tres continentes. Yo prefiero las que han madurado aquí y ahora, es decir, las del país y en su estación propia.

Es toda una fiesta darse una vuelta por el mercado semanal, situado en las afueras de la ciudad. Desde la cálida y rojiza tierra, que trae el recuerdo de Attila, suben los montones de fruta de increíble frescor. Las transportan los comerciantes, desde los oasis y el curso inferior del Sus, en las primeras horas de la mañana. A todo ello se añaden las altas voces de los pregoneros de mercancías, las campanillas de los aguadores, las flautas de los encantadores de serpientes, las nubes de moscas en los puestos de carne…, el mercado produce una excitación vital, un torbellino de libertad y de placer. Es el auténtico centro de la sociedad… Quitarle su libertad y su abundancia, eso es lo que intenta el Estado. Basta visitar el mercado y el cementerio de una ciudad para saber si todo está en orden, físico y metafísico.

*

En el estudio, tengo cestas de frutas junto al luminar. Procuro que los camareros las vayan reponiendo. Tal vez dentro de poco tenga que vivir únicamente de frutas —no como vegetariano, sino por frugalidad. Apenas comió otra cosa Attila cuando vivió

en los grandes bosques. De todas formas, también tenía el Cordero de Oro, y no sólo para satisfacer el hambre.

La fruta fresca regala una alegre serenidad solar. Ningún fuego las ha tocado, salvo el del sol. Al mismo tiempo, sacian la sed con sus jugos, en los que se ha ido filtrando y enriqueciendo el agua. Al hacerlo, no perdieron ni un átomo del espíritu del suelo y de su peculiaridad. Buen testimonio de ello es la variedad de uvas y de sus vinos.

Los frutos secos, higos, almendras, nueces, por el contrario, proporcionan una increíble fuerza muscular. Lo he podido observar en la caza de la gacela, durante la cual los cazadores se alimentan exclusivamente de algarrobas y dátiles secos. A pesar del sofocante calor, caminaban infatigablemente, sin apenas sudar, como si las fibras de sus músculos tuvieran la resistencia de hilos de alambre.

En una situación como la mía, en la que en cualquier momento puedo verme obligado a refugiarme en los bosques, no es suficiente una alimentación vegetal. Se perdería la capacidad agresiva. Todos los animales que matan son carnívoros; incluso en la India podía comer carne la casta de los guerreros.

No se trata tanto de un problema de dieta cuanto de una adaptación general. El carnívoro tiene dientes incisivos y molares o se sirve del cuchillo para despedazar… una de las razones por las que el pan no debería cortarse, sino partirse con las manos.

El carnívoro conoce el mundo de los mataderos, de la guerra, del derramamiento de sangre. Si lo niega, apuesta a un mal caballo. Entonces, tendrá que renunciar a sus chuletas o a su mentalidad. Por lo demás, el mundo adolece de una lógica errónea. Aquí, en Eumeswil, pueden verse jeques de enormes barrigas, incapaces de matar una mosca. Pero en alguna parte se mata y se piensa por ellos.

En la Edad Antigua las cosas eran más simples. Los dioses se repartían el cosmos ético. Los sacrificios sangrientos eran competencia de Ares. Este hecho tenía su expresión plástica cada vez que los guerreros se sentaban a comer. A Deméter se le consagraba otro tipo de alimentos y otros distintos a Afrodita, sobre todo los procedentes del mar. Según estas ideas se sigue comiendo aún hoy día en Eumeswil, aunque ya no participan los dioses.

30

En la alcazaba sólo tengo trato directo con los camareros que me traen el desayuno y están dispuestos a prestarme otros servicios. Algunos tienen contrato temporal, pero la mayoría son permanentes; su título oficial es «camareros de camarote».

Prescindiendo del interés tipológico general, procuro sondearlos a fondo, porque tengo que compartir con ellos mi puesto de combate. A Kung, el chino, lo único que le interesa es su bienestar personal; Nebek, el libanés, es un guerrero magnífico, pero de reacciones imprevisibles. Es posible que llegado el momento no deba perder de vista al uno o al otro, o tal vez a los dos. Pero no quiero adelantar los acontecimientos.

Hace ya casi un año que está también a mi servicio un noruego, llamado Knut Dalin. Coinciden nuestros períodos de servicio y de descanso, porque los dos dependemos de los semestres universitarios —él como estudiante de Química. Tras haberle explorado a fondo durante mucho tiempo, me asombré de que hubiera sido capaz de pasar la tupida red de los psicólogos, porque es la viva encarnación del tipo ideal . del individuo poco fiable.

Por lo demás, es muy posible que los caracteres alcancen un cierto punto crítico en el que se produce un efecto basculante. Un hombre cajero, tras treinta años de servicio intachable, des-

aparece un buen día con la caja, un burgués irreprensible mata a toda su familia. Estas cosas pueden ocurrir como una erupción súbita o ir madurando lentamente, en solitaria reflexión, como gotas de agua que van socavando el fundamento moral. El crimen se va incubando en secreto.

Sea como fuere, parece indudable que los psicólogos deberían estar familiarizados con los indicios de esta disposición anímica y que deberían estar prevenidos ante su presencia, si es que hemos de tomar en serio la psicología. En el caso de, Dalin, su aspecto físico había contribuido al error en el enjuiciamiento. En la alcazaba se da mucha importancia a una buena presencia. Por otra parte, sé, por propia experiencia, que los examinadores saben provocar situaciones en las que se arranca el rostro como una máscara.

Dalin ofrecía un magnífico aspecto físico; su fotografía podría haber servido para portada de revistas como *Ladies Life* o *Junggeselle*, como ejemplo de los productos del sol de medianoche. Al conjunto se añadía un cierto rasgo de bohemia. Habría hecho mejor papel entre los ilustres invitados del bar de noche que entre la servidumbre. Pero se sentía más a gusto aquí. Encarnaba, además, uno de los motivos predilectos de los escritores románticos: el aristócrata corrompido. Ya que no puede desempeñar el papel de señor entre los de su clase, piensa que le irá mejor unos peldaños más abajo en la escala. Le gusta enredarse en turbios asuntos o visita los países tropicales. El lord entre gentes de color. En sus hijos mestizos reaparece su rostro.

Explorar una tras una sus capas, hasta llegar al núcleo, no fue tarea sencilla, porque se contradecían entre sí. A juzgar por su mirada, era hombre capaz de todo. No era el azul del Adriático, ni tampoco el del Egeo, que puede llegar al violeta, sino el pálido azul acero de los fiordos en días de calma.

Su ojo izquierdo parecía más pequeño, porque el párpado tenía una ligera caída. Apenas puede calificarse de defecto esta mi-

núscula irregularidad, que se acentuaba cuando se aventuraba por senderos que consideraba atrevidos.

A veces me daba la impresión de que quería sondearme a mí para saber hasta dónde se me podía provocar. La idea se me ocurrió por primera vez cuando me contó una de sus aventuras nocturnas. Había dormido con una compañera en un hotel y, la mañana siguiente, bajó para pagar la cuenta al portero.

«Está todavía acostada ahí arriba… Si usted quiere subir, me ahorro la propina».

Y me miraba de soslayo. La anécdota me pareció bastante vidriosa, sobre todo porque no se trataba de una mujer a la que hubiera conocido en un encuentro casual. Pronto advertí que este comportamiento respondía a su tendencia básica. Causar molestias a cualquier precio parecía ser su anhelo máximo, como si un demonio se lo susurrara al oído.

Como ni siquiera me inmuté (lo que hubiera sido grave error), se sintió más seguro. Poco a poco empezó a salir de su concha. Yo ya sabía, por Bruno, que se dedicaba a las drogas y también a los explosivos. Ya en la primera conversación, Bruno le volvió las espaldas: «Un día saltará por el aire». Fue un buen augurio; se cumplió de la manera más inesperada e imprevisible. Éstas son las auténticas profecías.

*

Cuando me traía el desayuno, mantenía con él, igual que los otros camareros, una conversación más o menos prolongada. Tenía buenas opiniones. No me refiero al sentido moral, sino a la agudeza de sus formulaciones. Como muchos jóvenes que tienen poco que hacer, se dedicaba a planear el «crimen perfecto» —y había construido su propia teoría.

«El crimen tiene casi siempre un punto débil, un defecto en el tejido de la red. Me refiero al interés, al *cui bono?*, considerado

como la pregunta básica de la criminología. Si muere el tío que deja una rica fortuna, el sobrino heredero es examinado con lupa; ni siquiera es necesario que para ello se den circunstancias sospechosas. Pero si un transeúnte es asesinado y robado en el bosque, entonces se busca a un salteador, que probablemente ya está fichado».

«Bien… ¿y qué deduces de aquí?».

Nos tuteábamos, cuando estábamos en la alcazaba, como, en general, toda la servidumbre —pero no cuando nos encontrábamos en la universidad.

«De aquí concluyo que interés y perfección se excluyen mutuamente. Cuanto más sospechoso soy *a priori*, con mayor cuidado debo elaborar el plan, sobre todo en lo referente al *alibi*. Esto crea, ya de antemano, una gran cantidad de indicios. Si vas examinando toda una serie de sospechosos, debes prestar especial atención al que recuerda perfectamente dónde se hallaba en la hora crítica. Y tanto más a fondo cuanto más tiempo ha pasado desde la hora del crimen».

Era evidente que Dalin había estudiado a fondo el tema —demasiado a fondo, en mi opinión. Otra vez tocó el tema de los incendiarios. Aquí tenía especial importancia, según él, que no se estuviera presente en el lugar. Para esto, los incendiarios toman providencias exquisitas. Entre los escombros humeantes se encuentran lupas, relojes incendiarios y otros aparatos semejantes.

Es casi imposible descubrir al que, en un momento de malhumor, incendia una granja ante la que pasa por casualidad. Y lo mismo hay que decir del que, paseando por el bosque, mata al primero que encuentra, pero sin robarle.

Yo dije: «Tendría que ser un loco».

Pero no lo admitió. «Estaría ya fichado, o no tardaría mucho. Quedan excluidos los enfermos mentales. Lo importante es que no haya nada de particular, nada específico en el crimen».

*

Entonces, ¿el arte por el arte, el placer no sólo de planear, sino también de ejecutar un hecho criminal? Todos preguntan quién ha sido pero sólo lo sabe Rumpelstilzschen[6]. A esto se añade la atracción del peligro.

Se daba la coincidencia de que hacía algún tiempo que me venía dedicando al estudio de los escritores prerrevolucionarios —enciclopedistas, dramaturgos, novelistas. Había añadido además detalles de los siglos XVII, XIX y XX de la Era cristiana— puntos de encuentro entre literatura y política, que hoy sólo interesan a los historiadores.

Cuando la sociedad se fosiliza y una nueva conciencia pugna por liberarse… la situación se reconoce en la obra de arte, lo que explica su repercusión, con una violencia que estremece no sólo a los gobernantes sino a menudo al propio artista. Se presenta al «hombre nuevo» —en el fondo, por supuesto, siempre el antiquísimo— en sus manifestaciones activas y pasivas. La tensión es universal: el individuo se reconoce desde en *El joven Werther* hasta en *Los bandidos*, desde en *Las bodas de Fígaro* hasta en *Los días de Sodoma*.

El tema había surgido de mis estudios sobre la anarquía —para decirlo con palabras simples, de la pregunta: ¿por qué el individuo se deja enredar una y otra vez? Sobre este punto se estaban desarrollando además algunas tesis en el Instituto de Vigo. Pocas veces respondían al gusto del Maestro, que en cualquier caso prefería la Sybaris del siglo VI antes de Cristo o la Venecia de hacia 1725.

*

Pero no divaguemos; estoy aún con Dalin. Cuando dijo que «no debía haber nada específico», me vino a la memoria una de las tesis doctorales antes mencionadas, cuyo título es *Raskol-*

nikov, ¿el Werther del siglo XX? La estaba desarrollando un eumenista de extraordinario talento y aún no la había concluido.

Raskolnikov, héroe de una novela de un autor ruso llamado Dostoyevski, que vivió en la época de los zares, estaba incubando un asesinato sobre fundamento meramente experimental. Su problema era el poder; quien demuestra que es capaz de derramar sangre, se concede ya las primeras órdenes. Su víctima fue una vieja usurera, tan casual como el transeúnte atropellado en la calle por un coche.

Lo único que robó fue una joya —y aun ésta sólo tenía carácter simbólico; escondió su botín debajo de una piedra y no volvió a ocuparse de ella.

En este Raskolnikov estaba pensando yo y mencioné su nombre en la conversación del desayuno. Para mi sorpresa y sobresalto, Dalin conocía la novela. Sólo pudo enterarse a través del eumenista que estaba estudiando el tema, no podía ser mera casualidad.

Rechazó al ruso, como a un pobre superhombre fracasado. «¿Por qué mató precisamente a la usurera? Porque la consideraba un ser inútil, superfluo como un piojo. Pero esto es un motivo altamente específico, es un corsé moral. Por eso, el asunto estaba destinado a fracasar desde el primer instante. Manuel, no has entendido lo que quiero decirte».

*

Al principio yo le había tomado por un vándalo, como el que se oculta en cada uno y se expresa en los jóvenes cuando «están en vena», sobre todo si han bebido; entonces pueden ir desde las bromas de los vapores de la cerveza hasta las destrucciones y ataques a las personas.

Pero era demasiado sistemático para encasillarle aquí. ¿Era entonces un revolucionario socialista, de los que hay ejemplos

innumerables, y a los que se aplicaba el nombre de «nihilistas» en aquella etapa final del zarismo? Sin razón por lo demás —aunque causaron muchas destrucciones, sobre todo con la dinamita, inventada por aquellos tiempos. Trabajaban al estilo de los cazadores de piezas mayores; como éstos buscan al jefe de la manada, aquéllos las cabezas coronadas. Fueron liquidados o por el sistema que combatían o por el subsiguiente. El auténtico nihilista no mueve un dedo para cambiar o mejorar el mundo; está más emparentado con el filósofo que con el político.

Dalin despreciaba a la sociedad, la odiaba indudablemente, pero no a una concreta, sino a todas, por principio. Tenía un aire negligente, pero no desagradable, porque concedía importancia a su aspecto externo. Era un gran lector; le vi también en la Biblioteca de Historia de Vigo. Como rasgo menor, pero significativo, noté que agarraba los libros con ambas manos y con tal fuerza que estropeaba la encuadernación, y además conscientemente. Carecía de respeto, desde cualquier perspectiva.

Ya Bruno me había avisado que sus experimentos eran sospechosos. Le pregunté una vez si no debería tomar algunas precauciones. Respondió: «Trabajo en un *bunker* abandonado junto al Sus». Palabras que, naturalmente, me inquietaron.

La dirección de sus experimentos respondía a sus inclinaciones. Su idea general parecía ser un *perpetuum mobile* de destrucción. La marcha de sus pensamientos, si le he comprendido bien, era la siguiente: la destrucción debe alimentarse por sí y desde sí misma y de forma progresiva. Esta meta debería alcanzarse con el mínimo gasto posible. Si uno quisiera, por ejemplo, destruir un bosque talando los árboles, necesitaría un ejército de leñadores. Pero bastaría, en realidad, con un cañón de pluma.

«¿Cómo lo harías?».

«Lo llenaría con huevos de una oruga procedente de Australia, que destruye la madera, y lo echaría en el bosque. La propagación haría el resto».

Cosas así son posibles; un niño puede incendiar una ciudad con un cerilla. La tesis doctoral de Dalin se centraba en los problemas de la antimateria. Según Bruno, no podía negarse que tenía algunas ideas interesantes sobre el mundo molecular. Presupuesto para ello es una espacial capacidad de ver las cosas de forma plástica. De todas maneras, no adelantaba mucho en cuanto a resultados prácticos. Experimentaba con materias mordientes devoradoras, corrosivas, con la esperanza de dotarlas de un potencial altamente peligroso, capaz de desencadenar y mantener un proceso autónomo de destrucción.

*

Una mañana en que me habló con mucho calor de estos temas, le dije: «Podrías hacer méritos, arrojando tus sustancias en los grandes basureros y en las playas contaminadas. Podrías tal vez acometerlo biológicamente…, reproducir bacterias que digieran el petróleo y el caucho».

Lo dije para molestarle; sabía yo muy bien que buscaba justamente lo contrario. En su interior y en su universo mental debía agitarse algo a lo que respondían en el exterior la corrosión, la destrucción progresiva. Pero no parecía llegar a lo luciferino, porque curiosamente excluía siempre al fuego en sus proyectos.

Durante algún tiempo estuvo experimentando con materias que introducían modificaciones cancerígenas en la celulosa. Podría provocarse con ella una infección en los libros y las sucesivas proliferaciones devorarían bibliotecas enteras. Pero parece que el intento no dio resultados; de todas formas, dos o tres veces descubrieron los carteros de Eumeswil buzones cuyo contenido se había transformado en una especie de masa gelatinosa. ¿Quién podía haber hecho tal cosa?

Dalin gozaba con la esperanza de que se produjeran grandes tumultos. No porque pensara apuntarse a uno de los partidos,

como partisano por ejemplo, sino porque esperaba tener entonces mayor libertad para sus iniciativas.

«Si *yo* liquido a alguien, será por la espalda; ya me he reservado un par de cerdos».

«Si te entiendo bien, ¿tú quieres fastidiar a *todos*?». «Naturalmente, por eso no tengo que cambiar de chaqueta».

«Pero, entonces, podrías liquidar a uno del otro bando… tendría el mismo efecto».

«No, Manuel, hay una diferencia fundamental».

*

Reflexionando por la tarde sobre el tema, tuve que confesar que tenía razón. Dalin encarnaba el tipo de anarco-nihilista, que no es infrecuente. Lo peculiar en su caso era no sólo que reaccionaba con universal malhumor, sino que además meditaba sus acciones. Claro que había una distinción entre disparar de frente o por la espalda —una diferencia no en el resultado, sino en la confirmación de sí.

He observado que el gato rechaza un trozo de carne cuando se lo ofrecen, y luego lo devora con gran satisfacción cuando consigue «robarlo». La carne es la misma, pero hay una diferencia en el placer, porque entonces el animal de presa se reconoce a sí mismo.

No debe confundirse al anarco-nihilista con el socialista revolucionario. Su repulsa no se dirige contra este o aquel orden, sino contra el orden en sí. Representa, desde un ángulo apolítico y asocial, la capacidad destructora de la naturaleza, cuyos efectos le gustaría acelerar. Comparado con los modestos medios de nuestra tiranía, Dalin produce la impresión de ser una especie de Don Quijote que lucha contra molinos de viento. ¿Qué se consigue con descarrilar un tren, volar un puente, incendiar unos almacenes? Aunque, por supuesto, hay que ver estas cosas

desde otro punto de vista…, algo así como la modesta ofrenda presentada al poderoso Shiwa. Pocas veces comprende totalmente un químico lo que se trae entre manos.

*

Aunque debo a Dalin algunas ideas, tengo que mantenerlo a distancia, por razones de simple seguridad. Así pues, desviaba la conversación teórica, cuando me daba a entender que también pensaba llevar sus ideas a la práctica.

¿Cómo es que hablaba tan abiertamente conmigo? Sin duda, porque olfateaba en mí al anarca, desligado del Estado y de la sociedad. Pero no podía llegar a sospechar que se trataba de un despego que, al mismo tiempo, objetivaba estos poderes, aunque sin admitirlos. Para esto le faltaba base histórica.

Oposición es colaboración; de esto no podía liberarse Dalin, aunque tampoco lo sospechaba. En el fondo, más que dañar el orden, lo confirmaba. La actividad de los anarco-nihilistas actúa a modo de punzada, que testifica a la sociedad su unidad.

El anarca, por el contrario, no sólo admite, de entrada, que esta sociedad es imperfecta, sino que la admite incluso con estas limitaciones. Es más o menos contrario al Estado y a la sociedad, aunque pueden darse tiempos y lugares en los que la armonía invisible se trasluzca en la visible. Este hecho es patente sobre todo en las obras de arte. Y entonces se goza plenamente de ella.

El anarco-nihilista piensa exactamente todo lo contrario. Por poner un ejemplo, la visión del templo de Artemisa le estimularía a incendiarlo. Pero el anarca no tendría el menor inconveniente en entrar en él para meditar y tomar parte en un sacrificio. Lo cual es posible en cualquier templo que merezca este nombre.

*

Creo haber dicho ya al principio que Dalin había sido uno de los asignados a mi puesto en el chozo de caza. Esto me daba quebraderos de cabeza, porque tenía que admitir de entrada que tendría dificultades con él. Con todo, no es menos cierto que no estaría allí por mucho tiempo; así lo exigía mi propia seguridad.

Se había previsto entonces que el tercer hombre sería el chino o el libanés —según quien estuviera de servicio al sonar la alarma. El libanés era agresivo; a mi más ligera indicación «se ocuparía de Dalin». En cambio, no podría fiarme mucho del flemático chino; en este caso, tendría que encargarme personalmente del asunto. Esto era más seguro y más acorde con mi propia responsabilidad, que es la instancia suprema del anarca.

31

Me viene aquí a la memoria una anécdota que, aunque traída por los pelos, me dio que pensar cuando la oí, o por mejor decir, la escuché, de labios de Attila. Porque, en efecto, abro sigilosamente la espita de las conversaciones para hacer luz sobre mis propias iniciativas.

Eran ya las altas horas de la madrugada, que es cuando se consiguen en el bar de noche las mejores cosechas. Por un motivo que ahora no recuerdo, los señores estaban debatiendo la cuestión del aborto. En Eumeswil se le considera punible, pero no se le persigue de oficio. Entran en este mismo capítulo los juegos de azar, el consumo de opio y también la pederastia, cosa ciertamente curiosa atendidas las costumbres de la alcazaba. Casi todo el mundo lo practica, todo el mundo lo sabe y hasta hay quien se ufana de ello. Se dejan correr las cosas. También yo habría sido víctima de mi papaíto y habría desaparecido por el water, si mi madre no hubiera querido tenerme a toda costa.

*

«Todo el mundo lo sabe», lo cual es particularmente cierto en el caso del Domo y de la policía. Se añaden extraños jeroglíficos en las fichas, que van a parar a la crónica escandalosa, conservada en voluminosos ficheros. El Domo se atiene al principio de que no todo crimen debe ser perseguido de oficio. Pero, si se le persigue, hay que llegar hasta el fondo y arrojar también algunas migajas a los periodistas. Sólo de este modo se les da también peso político. Por eso, concede importancia a los detalles picantes. Esta actitud puede observarse en todo régimen absolutista; se entrega una de las primeras copias al jefe de policía, que goza de la prerrogativa de acceso inmediato. Este mismo principio seguía el Rey Sol con d'Argenson.

Así pues, puede hacerse magnánimamente la vista gorda sobre una acción punible en sí. Pero, si alguien es *persona non grata*, las cosas cambian radicalmente: sobre él «descarga todo el peso de la ley».

Los untos de rana son cosa frecuente; como su propio nombre indica, permiten incluso que las operaciones se deslicen con más suavidad. Por otra parte, están prohibidos. Y, si salen a luz pública, pueden generar envidias. Si el Domo quiere dar un serio aviso al *El Reyezuelo*, por poner un ejemplo, no lo acusará de haber difamado al Cóndor, tachándolo de ave de carroña. Lo amenazará más bien con un proceso por soborno o extorsión. Todos estos redactores tienen confidentes dentro de la esfera de la vida privada de los ricos y poderosos. Y entonces hay que elegir entre el artículo sensacionalista o el «arreglo» privado. O se paga, o se expone uno a la reprobación moral.

*

Lo mismo hay que decir del aborto. Se le tolera entre nosotros, ya por simples razones de estabilidad económica. El pastel se reparte siempre en el mismo número de porciones, aunque unas son más pequeñas y otras más grandes. La pobreza no vie-

ne llovida del cielo; se la incuba. «Hubo tiempos en los que se recompensaba a los que la practicaban». Un *aparte* del Domo en el curso del debate, del que tomé nota escrita.

Los *proletarii* eran los ciudadanos que servían al Estado no con dinero, sino con su prole. Pero desde que las ideas progresistas y el *ethos* nacional perdieron su impulso, pobres y ricos se contentan con dos hijos, al menos en Eumeswil. Mi papaíto se habría contentado con uno.

*

Veo que he introducido una digresión dentro de la digresión. A veces la pluma vuela incontenible. Pero no creo que sea perjudicial, ya que también me propongo, como tema adicional, trazar una descripción del orden o, desde mi perspectiva, el desorden que reina en Eumeswil. De todas formas, debo procurar que no degenere en un mecanismo parecido al de las cajas de juguetes chinas.

Había llegado, pues, en la descripción de mi jornada diaria, al desayuno y a los camareros de camarote que me lo traen. Y había empezado por Dalin, que acaso llegue a ser tan peligroso que tenga que suprimirlo, como se dice en el estilo simple y directo de la alcazaba, que el propio Dalin emplea. Y dije además, empleando una vez más estas fórmulas, que en tal caso tendría que «encargarme personalmente del asunto». Esto podría hacer luz sobre una anécdota que oí a Attila, cuando debatían la cuestión del aborto.

Intento reconstruir la biografía de este médico a base de agrupar diversos retazos de su vida, y para ello dependo enteramente de lo que oigo en estas conversaciones. Parece que sus caminos rozaron muchas veces lo fantástico, y que incluso rebasaron esta frontera.

*

Se le plantea aquí al historiador un problema peculiar. Lo llamaré *inclusum* e intentaré explicarlo con brevedad. La historia no sólo estudia los hechos sucedidos, sino también su secuencia. Primero son los cronistas, luego viene el historiador. Ya se entiende que desempeña aquí un papel no sólo la selección, sino también el estilo de la época. Algunos hechos están ampliamente desarrollados, otros casi ni siquiera se mencionan. Desaparecen para siempre, a no ser que un buen día un espíritu indagador los rescate y revalorice, como por ejemplo la influencia que el saturnismo provocado por las tuberías de plomo para la conducción de agua ejerció sobre la tasa de mortalidad de los romanos.

Hace poco, cayó en mis manos una historia de Noruega escrita en los últimos años del segundo milenio cristiano. Había aparecido por entonces un gran demagogo, que oprimió al país. Esta sección ocupaba las tres cuartas partes de la obra; los dos milenios precedentes, incluida la edad de los vikingos, se despachaban en la primera cuarta parte.

Son, desde luego, deformaciones de perspectiva que se corrigen en el curso de unas pocas generaciones. Con el *inclusum* me refiero a otra cosa, a algo «enteramente distinto». Hay trayectos dentro de la marcha de los hechos que el historiador no llega a comprender, o sólo muy imperfectamente. Entonces, lo único que le resta es calificarlos de «oscuros», por ejemplo las persecuciones de brujas en el siglo XVI de la Era cristiana. Pero ¿qué oculta esta oscuridad?

*

Existen, por supuesto, explicaciones. Pero apenas pasan de mencionar la ocasión y los mecanismos. En este caso concreto, la ocasión vino dada, sin duda, por el *Malleus maleficarum* y la tristemente célebre bula del papa Inocencio VIII, prototipo del perseguidor. Es indiscutible que se proyectaban en muy buena

medida sobre los acusados las obsesiones de que eran víctimas los inquisidores. Así lo confirman las actas de los procesos.

Pero todo este complejo, considerado en su totalidad, asciende, como una emanación, desde los oscuros fondos a la superficie, al nivel histórico. Siempre se ha creído en brujas y siempre se creerá; esto responde a un tipo concreto, que se transforma con el tiempo. No hace mucho, fue encarcelada aquí una vieja; había sido arrojada a una cuadra cercana, cuya paja esta infectada por un virus.

Ha existido también, desde siempre, una literatura demonológica del tipo del *Malleus maleficarum*, sólo que oculta y subterránea. Cuando gana importancia, cuando se torna virulenta, hay que concluir que existe otra cosa, sobre todo un miedo cósmico, que quiere objetivarse.

El *inclusum* puede extenderse. Así se explica el terror del primitivo durante los eclipses de sol. Teme que el gran astro haya sido devorado.

La mayoría considera a la noche un *inclusum* del día; pero unos pocos, como Fechner y Novalis, opinan lo contrario.

> ¿Es preciso que siempre retorne la mañana?
> ¿Nunca se acaba el poder terrestre?
> … … … … … .
> Se le ha medido
> su tiempo a la luz
> y a la vigilia.
> Pero el dominio de la noche es sin medida.

Un *inclusum* puede ser corto, pasar como un relámpago y, sin embargo, puede modificar a la persona y, por ella, al mundo. Un buen ejemplo es Pablo, camino de Damasco. Pero no debe confundirse su experiencia con el retorno de las figuras míticas a la historia; al contrario, abría un nuevo tipo de apariciones.

Por lo demás, apenas puede dudarse de la resurrección; el hecho de que la tumba estuviera vacía más perjudica que fortifica esta certeza. Según Celso, los hortelanos, temerosos de que las gentes que acudían en duelo les pisaran sus hortalizas, alejaron el cadáver por la noche. Objeción para simples. Una aparición así, una resurrección, presupone un cadáver. La imagen original es imagen y reflejo.

*

Según Crisóstomo, sólo los viciosos niegan la resurrección; según Gregorio de Nisa, nos retorna a la naturaleza divina. Se lo imagina algo así como si un salvaje se desprendiera de la piel con que se viste de modo que quedara libre la perfección de su cuerpo. Como el cuerpo conserva su forma, los órganos deben tener otro sentido que el de satisfacer las necesidades. El pintor lo ve mejor que el anatomista.

De tener razón Crisóstomo, Eumeswil está dominado por el vicio. Y, sin embargo, «el tema» ocupa y preocupa a todo el mundo. También en mis ejercicios se me plantean problemas en cuyo estudio apenas avanzo, pero que actúan, ya por el simple hecho de que surgen.

La imagen y el reflejo, el cuerpo real y el cuerpo aparente, pueden coexistir al mismo tiempo. Esto es para mí un hecho demostrado. También pueden presentarse a la vez el reflejo y el cadáver, aunque probablemente por poco tiempo. El moribundo, o incluso el muerto, se contempla tendido en su lecho, mientras los suyos ya le lloran y los médicos todavía se afanan por él. Puede ocurrir que le devuelvan al cuerpo, lo que sería casi lo contrario de la resurrección. Así lo afirman sobre todo aquellos a quienes les ha ocurrido. Y lo lamentan.

A la hora de la muerte, son muchos los que se elevan por encima de sí mismos y además lo comunican. Existen miles de tes-

timonios. En la luz crepuscular, un astro ya invisible penetra, como tanteando con las manos, en lo visible.

*

Al parecer, las inclusiones tuvieron curso libre a comienzos del tercer milenio cristiano. Debió aumentar rápidamente el hastío por la tarea de descifrar el mundo. De otra parte, puede rastrearse una voluntad de espiritualización, aunque no pudo imponerse a la corriente planificadora. Todo ello desembocó en la formación de sectas, en obras artísticas cuyos creadores se morían de hambre o se quitaban la vida, en fracasos técnicos y políticos al estilo de Brobdignac.

Al historiador le resulta dificultoso trazar los contornos precisos de esta torre de Babel, con sus grietas, sus hendiduras; ni siquiera los contemporáneos sabían qué era lo que estaba ocurriendo en realidad. Se multiplicaban las inclusiones de las que uno se pregunta: ¿son rumores, sueños o hechos sepultados bajo catástrofes?

Son estados de ánimo propicios a creer en Atlántidas. Aquí en Eumeswil la óptica se ha simplificado en la medida en que han aumentado los elementos oníricos, que diluyen la realidad. Como historiador, no puedo tomarlos en serio, el tema pertenece al intérprete de sueños. A través de ellos contemplo, allá abajo, la historia con sus catedrales y palacios, como una aldea sumergida bajo las aguas de un pantano. Oigo subir de las profundidades el sonido de las campanas; es un doloroso placer. No me estremece el fragor de la batalla, sino el breve y terrible silencio, cuando los ejércitos están ya enfrentados. El sol destella en las armaduras.

*

La igualación y el culto a las ideas colectivas no excluyen el poder del individuo. Al contrario: en este individuo se concentra la imagen del deseo de millones como en el foco de un espejo cóncavo. Él es su mimo y su trágico; su teatro es el mundo. Puede bosquejar proyectos titánicos, sea para el bien común o para su propio placer. Todos acuden en tropel, para transportar piedra, para combatir, para morir por él. Para construir su Casa Áurea, Nerón ordenó derribar una parte de Roma; ordenó también construir el canal de Corinto —las dos obras inacabadas.

*

En el período histórico que he mencionado, estos planes, incluidas sus aberraciones, fueron potenciados por la automación. A ello se añadía el poder plutónico. Existen innumerables relatos de aquellos tiempos; cuando los someto a prueba no estoy seguro de lo que realmente sucedió y lo que fue sólo un sueño o una fábula. Al parecer, se desplegaron también formidables poderes hipnóticos. Todo esto favorece las inclusiones.

En aquel tiempo debió haber también, como en la época de los procesos de brujas, mucho miedo —con las consiguientes persecuciones. Estas situaciones dan pie a la existencia subterránea: perforaciones, excavaciones, catacumbas, actividades plutónicas de toda especie. También por entonces se iniciaron los trabajos preliminares del luminar— recopilación alejandrina y almacenamiento de datos, con la técnica correspondiente.

Nerón decía: «Mis predecesores ignoraban hasta dónde puede llegar a la osadía». Es una actitud que se repite cuando los circunstantes se sienten paralizados ante la irradiación del poder. A los deseos debe seguir la satisfacción inmediata; el mundo se convierte en teatro de marionetas. La más pequeña demora enfurruña a los señores. Uno de los últimos quería disponer de su espacio de meditación, donde incubar sus proyectos; y, para ello, hizo excavar uno en la cumbre de los Alpes e instalar un ascen-

sor en el interior del macizo. Lo cual me trae el recuerdo de la fortaleza inexpugnable del viejo Eumenes. Por lo demás, también el individuo privado alimenta similares deseos, sólo que no los puede realizar. Por eso los proyecta, a medias con placer y a medias con temor, en el poderoso.

Otro —¿o era el mismo?— transformó toda una cadena de montañas en fortalezas, con inmensas provisiones y arsenales, para prevenir el caso de un ataque o de un cerco. Hizo trasladar tesoros y obras de arte y construir lupanares, termas y teatros. Todo ello había de durar quince años, en una especie de exquisita luz crepuscular.

El montón de escombros en que Sardanápalo convirtió a la ciudad de Nínive para hacerse quemar en ella, junto con sus tesoros y sus mujeres, llameó durante quince días.

*

Tras haber conseguido llegar hasta la luna, no hubo ya problemas técnicos insolubles, a condición de no reparar en gastos. Estos viajes dejaron tras de sí un sentimiento de desilusión, que abría amplio espacio de juego a las inclinaciones románticas. A todo ello vino a sumarse el potencial dinámico.

Fueron muchos los que equipararon los relatos sobre una extraña isla en el mar del Norte a las noticias periodísticas sobre la serpiente de mar. Los marinos que luchaban con sus barcos a través de los hielos flotantes en la noche polar, hablaban estremecidos de la visión de un palacio brillantemente iluminado, como una fantástica aparición. Había quienes afirmaban haber visto un gran edificio, circundando en toda su extensión por un arrecife inaccesible, mientras que otros decían que había una fila de ventanas abiertas en la roca y que se irradiaba la luz desde el interior. Según ellos, estaban talladas como las celdas del panal.

He estudiado estos relatos. En el Instituto de Vigo hay una enorme cantidad de colecciones de informes similares —sobre

todo de recortes de periódicos y artículos de revistas de ciencias ocultas. Además, he consultado el tema en el luminar. También se decía en aquellos tiempos que habían aterrizado en la tierra astronautas procedentes de lejanas estrellas. Muchos los habían visto.

*

Todo rumor tiene su núcleo, más o menos sólido. Pero me daba que pensar el hecho de que aquella región nunca había sido sobrevolada; los pilotos la evitan, porque habían desaparecido con frecuencia aviones, de los que nunca volvieron a tenerse noticias.

Confieso que, como anarca, me parecía seductora la idea de este castillo que brillaba, como el palacio del *Holandés volante*, en la noche polar. Si un Creso, o mejor aún un Craso de aquel tiempo, apoyado además en un fuerte poder político, se había construido aquí su *Buen Retiro*[7], era indudable que poseía el sentido de los contrastes definitivos.

Allá afuera aullaban las tormentas, hasta hace poco todavía mortalmente peligrosas para quien osaba explorar el punto cero. El mar arrastraba témpanos que la resaca estrellaba contra el zócalo rocoso. No había costa más inhospitalaría. Y, como contraste, en el interior luz, calor de las termas e invernaderos, la música de las orquestas en los grandes salones. Y, sobre todo ello, la osadía poderosa, casi deiforme: aquí todo está permitido.

Se oye hablar también de noches de luna con cortinas de auroras boreales. Fuera pasan silenciosamente los azules icebergs. Callan las tormentas; un equilibrio, como si poderosas fuerzas se mantuvieran suspendidas, genera una expectativa, pero exenta de temor.

¿Cómo llegó a ocurrírseme la idea de que Attila pudo tener allí una posición similar a la que desempeña aquí junto al Cóndor?… Pero son sólo conjeturas. Es cierto que sus viajes le llevaron también al extremo Norte. Ama las islas, los desiertos, las selvas vírgenes. Ha vivido, como Ahasver, en ciudades devoradas por el fuego, cuyos nombres se han extinguido. Conoce las fronteras donde la ilusión y la realidad se confunden.

Cuando, con el primer resplandor de la aurora, se desata su lengua, me situó detrás del bar como un cazador; con mi vigilancia aumenta mi esperanza de que aparezcan animales cuyos nombres no figuran en ningún libro.

Conoce la isla, de eso estoy bastante convencido; una vez mencionó su acceso, parecido al de la gruta de Fingal. Pero ninguna alusión a las fortalezas al borde de la nada, allí donde los fuegos de San Telmo coronan el basalto. Aunque Attila ha debido conocer muchas experiencias, y algunas terribles, su mirada restrospectiva se detiene con predilección en el brillo de la calma, en las claras luces de la luna nueva.

*

Aquella isla —la misma u otra similar— está mucho más allá del círculo polar; el sol giraba en torno al horizonte durante muchas semanas, sin llegar a tocarla. El verano la transformaba de un lugar horrible en un mundo mítico. Estaba rodeada y protegida por un banco de hielo. Legiones de aves y animales marinos habían nadado por debajo de él o volado por encima, y se dedicaban a sus juegos sobre o debajo del nivel del mar, claro como el hielo.

Me gustaba escuchar cuando Attila hablaba de sus excursiones de pesca. Sabía de los animales menos y más que Rosner —menos en datos cuantificables, más de sus virtudes, de su poder divino. Esto daba seguridad al Cóndor.

Que una mente puede, y hasta dónde puede, penetrar en la materia, que sabe el punto de la raíz en que se ramifican los detalles… esto es cosa que puede conocerse incluso por la realidad práctica. «No es un general, es un especial», oí decir una vez al Domo, al rechazar a un candidato. Quien ha nacido para la acción no necesita ni nombramiento ni papeles que le acrediten; se advierte en su voz y en su mirada. Al que tiene vocación creadora se le reconoce en la soñadora atmósfera que genera. Ésta es la repercusión de la obra artística, su embrujo inconmensurable, incomprensible y también su poder consolador.

Cuando escuchaba, me veía obligado a recordar mi función; el historiador debe tener los pies en el suelo en cuanto al tiempo, en la historia, en cuanto al espacio, en la geografía. Pero la tierra es hermosa. A veces da la impresión de que Attila, cuando introduce color en sus palabras, está tratando un tema de pintura: desde el romanticismo primitivo al tardío, desde el impresionismo hasta el realismo mágico y más allá.

*

Le veía navegar fuera del basalto. Estaba sentado en el *kayak*; a sus espaldas, un *inuit* de amarillos y lacios cabellos sostenía la pagaya con las dos manos. En el mar, se deslizaba el hielo en blancos copos y azules témpanos, en los que descansaban las focas. Dejaban que el *kayak* se acercara, antes de deslizarse al agua.

El aire era luminoso; los cristales de hielo estallaban en fragmentos. Acá y acullá, polícromas superficies brillaban con suaves colores; se agitaban pequeños organismos vibrátiles, sopa para Leviatán, que giraba en medio del alimento y se movía en él como los primitivos cazadores en las «nubes de caza».

Attila parecía sentirse allí más observador que cazador; más que los gigantes, le atraían los minúsculos seres que formaban su pasto. Por lo demás, la riqueza, la plenitud de las formas vivien-

tes aumenta a medida que disminuye su tamaño. El fenómeno gana inteligente densidad en cuanto más se acerca a lo inextenso. Lo cual me trae el recuerdo de una de las inútiles conversaciones que he tenido con mi querido hermano a propósito del *origen*. Tal vez vuelva más tarde sobre este tema.

*

Attila se ha traído consigo, del alto Norte, la satisfacción primitiva por la abundancia. Ésta constituye el capital, de cuyos réditos, cosecha tras cosecha, vive el mundo. Así vivía el cazador, rodeado de poderosos rebaños, que se multiplicaban sin su intervención, mucho antes de que la tierra fuera arañada por la reja del arado.

«El cazador tenía camaradas, pero con la agricultura se inició la esclavitud, la muerte se convirtió en asesinato. Llegó el fin de la libertad; la vida salvaje fue reprimida y rechazada. En Caín alentaba todavía un descendiente del cazador primitivo, su vengador tal vez. El *Génesis* sólo nos transmite un eco lejano. Pero insinúa ya la mala conciencia de Yahveh frente al asesino».

Escuchaba con placer estas palabras, cuando, ya avanzada la noche, volvía a llenar los vasos. Éstos son los camaradas cuyas huellas ventea una y otra vez el anarca y también el poeta; no hay ninguno de ellos sin un atisbo de anarquía. ¿De dónde, si no, podría venir la poesía?

*

Attila afirmaba que uno de los constitutivos de la sobreabundancia es el control de la misma. El poeta alumbra la palabra, pero aún no ha dado forma a la poesía. En el mármol dormitan infinitas formas —pero ¿ quién es capaz de sacar una siquiera? Muy cerca de las ricas praderas, Attila había encontrado nóma-

das que para alimentarse escarbaban penosamente la tierra en busca de gusanos y raíces.

Oolibuk, que así se llamaba el *inuit*, era un buen cazador; sabía manejar el arco. En cierta ocasión, Attila le señaló como blanco un somormujo polar, que nadaba a ochenta pies del bote. El ave evitó la primera flecha sumergiéndose; la segunda la acertó entre los ojos, cuando emergía.

Pero, en general, estaban muy corrompidos, desde que habían entrado en contacto con los cazadores de ballenas, que, junto con los capitanes buscadores de sándalo, pasan por ser los peores hombres que jamás surcaron los mares. De ellos aprendieron a fumar, a beber y a jugar. Se jugaban sus perros, sus armas y botes, e incluso sus mujeres; hubo alguna que cambió de dueño cinco veces en una noche.

*

Pero Oolibuk sabía que hubo tiempos en los que ningún navío se había aventurado por aquellas latitudes. Así se lo contaban a los nietos las abuelas, que lo habían oído de sus abuelas.

El gran día en la vida del *inuit* fue aquel en que, todavía muchacho, abatió a la primera foca. Los hombres se agolparon en torno a él y su presa; ensalzaron su habilidad y alabaron a la foca —nunca jamás se había visto un animal tan fuerte ni una carne tan sabrosa.

Es tarea difícil abatir una foca; pero no se considera cazador a quien no lo consigue. Tiene que contentarse con el alimento de las mujeres, con peces, algas y moluscos. Se cuentan cosas extrañas de ellos; uno, que no encontraba mujer, quiso satisfacerse con un molusco, que le cortó el miembro, al cerrar las valvas.

El cazador, en cambio, es un hombre libre, en torno al cual se ordena el mundo. Sólo él mantiene a su familia, le procura carne y pieles abundantes, y también grasa, que da luz y calor en las

interminables noches invernales. El cazador es osado y astuto y, como todos los cazadores primitivos, está emparentado con la presa que caza. Su cuerpo es rechoncho y fornido como los mamíferos marinos, rico en sangre y grasa, y apesta como ellos. El cazador no retrocede ni ante la ballena ni ante el oso polar.

*

Pero el invierno es largo. Puede llegar muy pronto y prolongarse más allá de lo habitual. Por otra parte, tampoco es siempre igual la fortuna en la caza. Aunque cuando comienza el invierno las despensas y el depósito de provisiones del iglú rebosan de víveres, la travesía de la noche polar es una aventura incomparable.

Antes de iniciar la instalación de mi *bunker*, junto al Sus, estudié los planes de construcción de los esquimales de Nueva Gales del Norte, tales como los describe el capitán Ross. Es éste un tema básico para el anarca: cómo el hombre, abandonado a sí mismo, hace frente a los superpoderes, sean del Estado, de la sociedad o de los elementos, y utiliza en su beneficio sus reglas de juego, sin someterse a ellas.

«Resulta extraño», dice Sir William Parry, en su descripción de las chozas de Winter-Island, «resulta extraño pensar que todas estas precauciones se orientan a combatir el frío… con casas hechas de nieve».

*

Cuando la caza no es bastante, la familia no podrá afrontar el invierno. Morirá de hambre y escorbuto en su palacio de cristal. Los osos polares romperán el iglú para buscar comida. Zorras y gaviotas seguirán después.

El frío es un amo duro. Cuando el groenlandés lucha todavía con la muerte, se le doblan las piernas por las rodillas, para que

la tumba sea más pequeña. Si nacen mellizos, el cazador mata a uno, para que sobreviva el otro. La comida no alcanzaría para los dos. Si muere la madre en el parto, se entierra a su lado al recién nacido, o un poco más tarde, cuando el padre no sabe qué hacer y le resulta insoportable el llanto del niño. «El dolor del padre supera todos los límites, sobre todo si el hijo es varón», dice el relato de Parry. A veces, también se abandona a los ancianos en islas desiertas, cuando comienza el invierno.

*

¿Por qué insistía tanto Attila en estos detalles, cuando rememoraba la noche polar? ¿Cuál era su «pensamiento rector»? (Ésta suele ser la pregunta del Domo, cuando controla las disposiciones).

¿Quiere ofrecer ejemplos para demostrar el «poder de la necesidad»? Cuando el hombre se enfrenta con las privaciones, tiene que tomar decisiones duras, crueles, hasta mortales.

Naturalmente, hoy día los pueblos polares o lo que queda de ellos se van consumiendo poco a poco, rodeados de bienestar. Es sólo una lenta agonía, prolongada durante generaciones. Pero la pregunta sobre el destino sigue planteada en toda su crudeza, aunque los tiempos le hayan puesto otra máscara.

Desde que se descubrió petróleo en Alaska, se alzan allí, como en todas partes, altos rascacielos. Un viajero, sorprendido por el fuego en el vigésimo piso del hotel, tiene que elegir entre quemarse vivo o saltar al vacío. Va a saltar: allí están los fotógrafos para captar el momento.

*

Pero no parece que esto le interese a Attila. Su pensamiento rector en aquella conversación (recuérdese que el tema era el aborto) era más o menos: delegar en otro una acción inicua es

una villanía. El cazador se dirige con su hijo a la tumba de la madre y le mata. No encarga esta tarea a ningún otro, ni a su hermano ni al chamán, sino que la ejecuta por sí mismo.

Cuando aquí, en Eumeswil, alguien «ha hecho un niño», acostumbra dar a su mujer o su amante un cheque y considera que ha pagado su deuda, con la seguridad de que ella se encargará del resto. Es evidente que Attila piensa: si este hombre matara a su hijo, como el *inuit*, sabría bien lo que hace.

Como anarca, que no reconoce ni la ley ni las costumbres, me obligo a ir hasta el fondo de las cosas. Suelo analizarlas desde sus aspectos contrapuestos, como la imagen y su reflejo. Los dos son imperfectos —pero cuando me esfuerzo en unirlos, como hago cada mañana, atisbo un ángulo de la realidad.

*

Mi madre quiso tenerme. Me conocía, desde que me traía bajo su corazón. Me conocía mejor de cuanto yo llegaré a conocerme, aunque viva cien años. Me quería, sin que le importara lo que yo llegaría a ser física, intelectual y moralmente. Me quiso tal como soy. De haber nacido idiota, contrahecho o criminal nato, me hubiera amado más profundamente. Sus lágrimas son más valiosas que el orgullo del padre, cuando ve a su hijo cruzar el umbral coronado de laureles.

Mi padre persiguió mi vida en su etapa más frágil. Tal vez sea éste nuestro tiempo más exquisito. Mi madre me escondió de él, como en otro tiempo Rea a Zeus en la cueva de Ida de las pesquisas del devorador Saturno. Son imágenes terriblemente crueles, que me hacen temblar, diálogos de la materia con el tiempo. Yacen, inexplicadas, como bloques erráticos, bajo el nivelado suelo.

Pero, aunque inexplicado, el campo es activo. A veces me imagino que me presento ante el padre cuando se le puede hablar —es decir, en los sueños— y le pido cuentas. Y le oiría decir

lo que todos ellos dicen: la situación de un pobre profesor, miserablemente pagado, de un hombre que, además, estaba casado.

Esto responde a la situación de Eumeswil, una sociedad de *fellahs* periódicamente explotada por demagogos en el aspecto moral, hasta que llegan los generales y les colocan una columna vertebral protética. Los unos racionan, los otros dilapidan el oro, la sal y la sangre. *Et ça veut raisonner et n'a pas cinque sous dans sa poche*. Lo mejor sería devolverle el cambio en calderilla. Por ejemplo: «Viejo…, ¿no podrías haber tenido un poco más de cuidado en el cuarto de los mapas?».

*

Tal vez él consiguiera hacerme entrar en razón, pero en una discusión que sólo puede producirse en sueños… es decir, en ámbitos en los que la individualidad, aunque no suprimida, está muy difuminada. (*Diffundere*, hacer fluir, sacar el vino del tonel, así Plinio. Pero también aliviar, serenar el ánimo. Así Ovidio: *Juppiter, nectare diffusus*).

Aquí se pide una particular precaución: se está tocando un problema fundamental, la relación del anarca con el padre. Como ya se ha dicho, la discusión sólo puede tener lugar en sueños, porque si mi querido papá hubiera seguido mi consejo en el cuarto de los mapas, yo ni siquiera habría aparecido. Así pues, ya no habría sido posible nuestra conversación en el Eumeswil geográfico, aunque sí en la ciudad onírica de este nombre, porque en los sueños no sólo aparecen los muertos, sino también los que aún no han nacido.

*

Debo agradecer, indudablemente, a mi padre la existencia, suponiendo que la existencia merezca gratitud. Da que pensar el inmenso despilfarro que se registra en el universo. En definitiva,

y aparte de mí, en el cuarto de los mapas había otros diez mil esperando a la puerta. Mi padre me pudo dar la existencia, pero no el ser. En éste yo estaba ya antes de nacer, antes de ser engendrado, y estaré en el «ser» también después de mi muerte. El ser surge por creación, la existencia por generación. El padre la «presta» al engendrar. Cuando engendra al hijo, da testimonio de la creación de una manera simbólica. Se le confiere un oficio sacerdotal; una gran llamada se propaga a través de los tiempos, rebotando de eco en eco.

No puede discutirse que existen deberes frente al padre. Es normal que el padre sacrifique al hijo; ésta es la superficie de sustentación del mito, del culto y de la historia. Es normal —si es justo, es cosa que no quiero dilucidar; estas preguntas nos desvían de la cuestión principal. Como historiador, debo ocuparme del orden de los hechos. Éstos permanecen— el derecho y las leyes cambian. En esta tarea saco buen partido de la circunstancia de haberme liberado de todo vínculo moral y cúltico. Incluso Moisés, cuando lo cito en el luminar, tiene que responder a mis preguntas.

*

Cuando el padre sacrifica al hijo, se quebrantan los fundamentos. El *inuit* citado por Attila lo sabía bien. El mismo Sebaoth detuvo el brazo del padre, en el monte *Dominus videt*, cuando ya blandía el cuchillo del sacrificio. Había exigido una ofrenda simbólica, pero no permitió que se pusiera en práctica.

Cité a uno de los antiguos reyes de una ciudad, desesperado tras un largo asedio. Cuando ya se vio privado de toda salida, llevó a su hijo a lo alto de la muralla y lo sacrificó a Baal. Ante este espectáculo, sus enemigos se sintieron invadidos por el terror; levantaron el sitio y abandonaron el país.

El hecho se repite en la historia. En todos los países y en todos los tiempos, llama el padre al hijo cuando ya no sabe qué hacer:

viejos y nuevos jefes de partido y cabecillas de las estepas, sumos sacerdotes, Parlamentos, Senados. Sean justas o injustas sus guerras, proyecten venganzas o saqueos, luchen por el sustento o por las ideas, el hijo combate por ellos.

Ocurre a veces que el hijo pida cuentas al padre; le arroja de la cátedra, del trono, del altar.

Si llego a colaborar en la obra histórica de Vigo, *Historia in nuce*, como me ha pedido más de una vez, el capítulo «Padre e hijo» será uno de los temas fundamentales.

*

No es que, como anarca, rechace la autoridad por encima de todo. Al contrario, ando en su busca y precisamente por eso me reservo el derecho de someterla a prueba.

Procedo de una familia de historiadores. Un hombre sin historia es como el que perdió su sombra. Es tornadizo, y de odiosa manera. Los profesores de Eumeswil ofrecen en este punto materia más que sobrada de observación. La mitad son canallas y la otra mitad eunucos, con escasas excepciones. Éstos son o inactuales, como Bruno y Vigo, o sólidos trabajadores, como Rosner.

Incluyo entre los eunucos a mi papaíto, este prodigador de frases hueras. Es imposible mantener una conversación con él que no derive a lugares comunes de sociología y economía, que no recurra a moralismos derivados de ellas. Decir lo que todos dicen es para él una voluptuosidad. Suelta afirmaciones como: «Con esto no hago sino expresar la opinión común». Y, desde luego, es demasiado cierto. Un periodista, aunque no está de acuerdo con los artículos editoriales que circulan por el momento. «Es un hombre discutido», tiene en sus labios, como en el de todos los eunucos, sentido peyorativo. Exactamente lo contrario de un anarca; *God bless him* —pero ¿qué hay del historiador?

*

Hubo grandes conversaciones entre padre e hijo, también aquí, en este país, y todavía en la época de los diadocos…, conversaciones entre los poderosos y también entre los sometidos. El anarca se siente atraído por los dos; la proximidad de la muerte agudiza los perfiles. Si no me engaño, hubo aquí un Antígono; mandaba, en el centro, a los elefantes y su hijo, en el ala derecha, a la caballería. Los dos cayeron; al padre sólo se le encontró al cabo de varios días, cuando ya los buitres habían comenzado su tarea, pero su perro montaba la guardia junto al cadáver.

En tiempos posteriores, cayó también un almirante con sus dos hijos; se hundieron con la flota…; mi querido hermano, que no pierde ocasión de decir alguna tontería, comentaba: «Fue una estupidez que se embarcaran juntos».

Luego está el diálogo del padre con el hijo a punto de ser ejecutado al pie de la muralla —un diálogo que fundó un régimen de cuarenta años.[8] Y, finalmente, está también el diálogo antes del asesinato del tirano que, por la misma naturaleza de las cosas, suele tener lugar entre hermanos.

Sé muy bien, naturalmente, que aquí las guerras civiles o no civiles carecen de sentido histórico. La guerra se libra entre padres, la guerra civil entre hermanos. Aquí, en Eumeswil, todo se reduce a mantener a los mercenarios disciplinados y contentos, y a vigilar de cerca a los oficiales. Ya sólo por esto, nuestra política no desea verse envuelta en conflictos exteriores. Y las revoluciones pierden su atractivo cuando son permanentes. El tiranicidio, la muerte del *tyrannus absque titulo*, presupone que los oprimidos son de alta calidad. Matar al tirano sería como cortar la cabeza de la hidra; por cada tirano muerto surgirían treinta, como bajo Lisímaco.

*

Una conversación con mi padre sería tan inútil como revolver el cieno de la laguna. Dado que todavía le entusiasman los lemas y divisas hace ya mucho tiempo desgastados, el viejo está más profundamente vinculado a la tradición que yo. Pero es necrofilia.

Yo soy en el espacio anarca, en el tiempo metahistórico. Por eso, no me siento ligado ni al presente político ni a la tradición; soy una hoja en blanco, abierta y capacitada hacia todas las direcciones. El viejo, en cambio, tiene que echar siempre su vino en odres viejos, cree en la Constitución, cuando nada ni nadie está ya bien constituido.

*

La conversación con el PADRE podría enderezar las cosas. ¿A qué se debe que siempre me lo imagine por la noche?

Estamos en cubierta; el mar está agitado; él es el piloto que mantiene el rumbo, aunque las constelaciones están nubladas. «Padre, ¿cuánto falta para Actium?».

O bien estoy a su lado, en un antiquísimo observatorio, y busco información sobre el tiempo. Hemos dejado ya atrás la última constelación; la influencia del mar y de las olas es ahora muy fuerte. ¿También la de la madre? Los animales han perdido su rango, que fue no sólo igual sino incluso superior al del hombre. Ya los peces eran sospechosos. Aparecían, bien en bandadas, bien como Leviatán.

Podemos exterminar los animales, pero no aniquilarlos; se refugian, dejando la apariencia, en las imágenes primitivas y también acaso en las estrellas. Los astronautas no pudieron saber si hay vida en la luna, porque sólo trajeron consigo el desierto.

La tierra se purifica periódicamente, surgen nuevas formas. Grandes alaridos de parto lo anuncian ya. Nuevos Prometeos ayudan al nuevo parto. ¿ O volvemos acaso, tras una cadena de

espiritualizaciones, como al cabo de una noche en blanco, al encuentro del animal? Tal vez el Cordero podría aparecer, a nivel superior, en el Capricornio, como signo en el que se unen el poder y la felicidad.

Pero ¿puede ocurrir esto con el padre empírico, que ha perdido su dignidad?

33

¿Cómo he llegado hasta aquí? Todavía estoy desayunando, mientras Dalin espera. Lo recuerdo, estaba hablando de que tal vez me cause dificultades personales, por ejemplo en mi grupo de guardia en el chozo de caza al que ha sido asignado. Seguramente, haría aquí su agosto. De ser así, lo liquidaría. Partía de la idea de que no puedo delegar el trabajo en el libanés, que lo haría sin duda con mucho gusto, sino que debo hacerlo por mí mismo —como el *inuit* de Attila.

Mientras me sirve, escucho sus parrafadas nihilistas. Por un lado son instructivas, pero, por el otro, hacen más que dudosa la confianza que parece tener en mí. Desayuno como si no le escuchara.

«El té está rancio. Seguro que has estado de farra en el pasillo o que has puesto en él uno de tus huevos podridos».

Esto es, por supuesto, muy improbable, porque aquí, en la alcazaba, se anda con mucho tiento. Aunque es un tipo de cuidado, aquí no se atrevería a matar un mosquito. Algunas de sus iniciativas tienen su humor. El asunto de los buzones sólo me fastidió porque sospecho que por su culpa se ha perdido una carta a Ingrid. Por lo demás, lo que pueda hacer en Eumeswil me trae sin cuidado.

Pronuncié aquellas palabras porque ponían en claro la diferencia de nuestras posiciones: el anarquista que hay en él acaba-

rá fracasando, como enemigo innato de toda autoridad, tras haber causado molestias más o menos graves. El anarca, en cambio, ha vinculado la autoridad a su propia persona; es soberano. Esto le permite actuar como un poder neutral frente al Estado y la sociedad. Lo que allí sucede puede gustarle, disgustarle, serle indiferente. Esto determina su comportamiento; no invierte en valores sentimentales.

*

Dalin no llegará muy lejos. Estos tipos intentan levantar pesos excesivos. Sucumbirán aplastados por ellos. Además, se hacen notar demasiado; a menudo caen ya en la primera redada. No conocen las reglas del juego y hasta las desprecian. Son como los que conducen por el carril contrario y esperan, además, ser aplaudidos por su hazaña.

El anarca, en cambio, conoce las reglas del juego. Las ha estudiado como historiador, y las asimila como contemporáneo. Esté donde esté, hace su propio juego y en su propio espacio, lo que disminuye al máximo las complicaciones. Es muy posible que yo liquide a Dalin dentro del marco del orden existente al que desafía. Pero no se funda en esto la legitimidad de mi acción.

Estas palabras podrían sugerir la errónea idea de que tomo a la ligera el derramamiento de sangre. ¡ Nada más lejos de la realidad! Sólo que me mantengo libre de valoraciones morales. La sangre tiene sus propias leyes; es tan indomable como el mar.

El historiador sabe, por numerosos ejemplos, que los valores morales son muy poca cosa. Una y otra vez, sobre todo tras graves derrotas, surgen constituciones en la historia, en el marco de las cuales uno no se atreve a tocar un pelo ni siquiera a los caníbales. Surge también, inevitablemente, el antagonista: «El gobierno no ha tenido el valor de fusilarme…, pero que no espere

que le pague en la misma moneda». El jinete comienza por dejar flotar las riendas y a continuación se le escapa el caballo.

Los extremos se tocan. Los irnos provocan enormes derramamientos de sangre y los otros retroceden aterrados. Probablemente en el fondo de todo ello hay una economía telúrica; los romanos sabían por qué sus circos tenían forma oval y por qué tapaban las estatuas de los dioses antes de que los juegos comenzaran.

*

Hay juristas y también teólogos que han defendido la pena de muerte como recurso supremo de la justicia. Otros la rechazan como inmoral. Los dos cuentan con buenos argumentos. Los dos invocan la estadística, que puede utilizarse en el sentido que se desee. Habría que mantenerse alejado de las cifras.

Al anarca, la controversia le trae sin cuidado. Para él es absurda la conexión de muerte y castigo. En este aspecto, está más cerca del criminal que del juez, porque un criminal de categoría, sobre el que cae la vara de la ley, no está dispuesto a reconocer la sentencia como una expiación, sino que cree que la culpa es su propia insuficiencia. Se reconoce, pues, no como persona moral, sino como persona trágica.

Por otro lado, la autoridad hará cuanto pueda por moverle al arrepentimiento. Pero se descubre ante el que permanece fiel a sí mismo y a su causa hasta el último instante. También aquí hay diferencia entre táctica y estrategia. El que se ve acosado, puede negar y arriesgar jugadas peligrosas, puede sacrificar sus piezas, hasta que sólo le queda el rey en el tablero. Así lo hizo el Gran Maestre Jacques de Molay, cuando antes de ser quemado vivo a fuego lento se retractó de las confesiones que le habían arrancado en la tortura.

Por lo demás, no parece que las acusaciones lanzadas por Felipe el Hermoso contra los templarios fueran puras invenciones.

El estudio de esta Orden, combinado con el del Viejo de la montaña, es una fuente inagotable de conocimientos. Alamut y Famagusta, Bafomet y Leviatán.

Para el anarca la pena de muerte no tiene sentido, pero sí significado, porque cuenta con ella. Es una de esas realidades que elevan la tensión y la vigilancia. En esta dirección marchaba una de las máximas que oí en el bar de noche: «Al que se anda jugando la cabeza, no habría que arruinarle la partida; habría que tomar su juego en serio». Así el Domo; estaban discutiendo un recurso de gracia, sobre el que volveré más tarde.

*

No es espectáculo agradable la ejecución de una pena capital, sea al estilo clásico o de cualquier otra forma. Tampoco es agradable la visión de un campo de batalla, con los cadáveres todavía tendidos en el suelo. Las imágenes debían de ser aún más sólidas cuando dos ejércitos chocaban de frente, en encerrados escuadrones. Evidentemente, estas cosas se tomaban más a la ligera. Las ejecuciones eran públicas y atraían gran número de espectadores.

Al aumentar el ateísmo, creció el terror a la muerte, porque la aniquilación era total e irrecuperable. Se sobrevalora la muerte, tanto el que la sufre como el que la inflige. También se ha secularizado el arrepentimiento. Ya no se refiere a la salvación del malhechor, antes de emprender su camino de regreso al orden cósmico, sino a una genuflexión ante la sociedad y sus leyes.

Mi hermano querido exhibe fotografías que muestran el horrible aspecto de las ejecuciones. Dado que, como ya he dicho, para el anarca es absurda la vinculación de ideas entre muerte y castigo, en mi caso lo único que hace es abrir puertas abiertas. Pero, aparte esto, sólo demuestra su estupidez, y tanto más cuanto que como historiador debería saber que con fotografías se puede probar todo y su contrario, sobre todo lo repulsivo.

Está reservada al arte la capacidad de mostrar tanto los últimos estremecimientos como el resplandor del martirio.

*

El anarca conoce la ley fundamental. Conoce también sus adulteraciones. Sabe que tiene derecho a indemnización por los ultrajes sufridos. Pero el Estado le ha privado astutamente del poder de emitir su propia sentencia; el Estado se compromete a actuar en nombre y representación del individuo.

Los eunucos se agrupan para privar de su poder al pueblo, en cuyo nombre tienen la osadía de hablar. En realidad es lógico, ya que el deseo más íntimo del eunuco es castrar al hombre libre. Y así, se promulgan leyes, en virtud de las cuales «hay que acudir corriendo al fiscal, mientras violan a tu madre».

Privan al hombre del derecho a la sangre que expía el crimen, del mismo modo que le roban el oro que testifica su porción solar y corrompen la sal que une a los hombres libres con el espíritu de la tierra.

Desde este punto de vista se comprende el nihilismo de un Dalin, aunque se sirva de medios abstrusos. Le impele a hacer saltar por los aires lo que sea; éstos son los fanales del impotente.

*

El pueblo se compone de individuos concretos y libres, mientras que el Estado los reduce a números. Donde predomina el Estado, también la muerte es un valor abstracto. La esclavitud comenzó ya con los pastores; se perfeccionó en los valles fluviales, con sus canales y diques; su prototipo lo constituyen los esclavos de las minas y molinos. Mientras tanto, se han ido refinando las argucias para ocultar sus cadenas.

Los anarquistas querrían modificar la situación; sus ideas fallan ya en la base. El hombre no debe ser amigo del sol, debe ser sol. Lo es; el error está en que desconoce su lugar, su patria y, por tanto, su derecho.

El Estado, en su etapa final, es decir, allí donde ha consumido ya enteramente al pueblo y todavía pretende actuar en su nombre, o no mata o lo hace en demasía. Esto debe tener alguna relación con los diques; de vez en cuando se desploman y hay inundaciones.

La ejecución de la pena de muerte se hace por delegación. Un eunuco, incapaz de matar una mosca, firma en su despacho cuantas penas capitales le vienen en gana. Las víctimas son inocentes (el eunuco también). Aquí ya no hay juicios: las cifras mandan. Los dioses se retiran.

*

He estudiado en el luminar la revuelta de los vandeanos. Fue una guerra notable por su aspecto de reliquia gótica. Participaron en ella los tres estamentos: caballeros, campesinos y clérigos. Seguía en pie, intacta, su vinculación personal con el rey. Los republicanos estaban mucho mejor armados y eran muchísimo más numerosos.

Ésta es la situación clásica del hombre solitario, del que «se echa al monte», como aconteció otra vez, unos doscientos años más tarde, aunque entonces en las ciénagas y espesuras de los trópicos. En Bretaña el bosque había quedado reducido a un enrejado de setos y vallas. Ocultos tras ellos, seguían los *chuanes* a los regimientos que marchaban por las carreteras y los estremecían con su griterío. Sólo algunos pocos de estos campesinos que, como un historiador dice, «apenas sabían distinguir su mano derecha de la izquierda», sólo unos pocos tenían fusiles, la mayoría estaban armados con escopetas de caza. Pero sabían utilizarlas; antes de disparar se santiguaban.

Aquí ha debido sobrevivir un estrato antiquísimo, tanto en el suelo como en los hombres. Napoleón ordenó trazar vías militares, por toda la región. Vigo lo citaba como ejemplo de los cúmulos de factores que él califica de «reminiscencias debilitadas». En otro tiempo: el Bronce contra la Piedra neolítica.

*

Lo traigo a colación a causa de los cinco mil republicanos prisioneros de Saint-Florent. Tras varios encuentros, habían caído en manos de los campesinos; había que desembarazarse de ellos. La opinión pública les era desfavorable; habían dejado a su paso aldeas, castillos e iglesias humeantes. De París acababa de llegar la noticia de que la reina había sido guillotinada. Los prisioneros eran conducidos por el comandante Chollet. Era un hombre muy duro; durante la marcha, había hecho fusilar a nueve de ellos, por intento de fuga.

En las deliberaciones sobre el destino de los prisioneros se repitió una vez más todo cuanto suele decirse en tales ocasiones. Al final, se dejó la decisión en manos de Monsieur de Marigny, quien afirmó que aquella carnicería era superior a sus fuerzas; se sentía incapaz de ordenar la ejecución. Monsieur de Lescure, que, gravemente herido, había asistido en silencio a las deliberaciones, murmuró: «Ah, je respire!».

Por lo demás, muy pronto los prisioneros se apoderaron de algunos cañones y dispararon contra sus libertadores, como era de esperar. Pero esto no hace sino dar más mérito aún a la decisión de perdonarlos. Probablemente, los prisioneros querían anticiparse a toda sospecha de simpatías realistas, para presentarse ante la Convención bajo favorable luz. Algunos comisarios republicanos acompañaban al ejército. Pero la noticia de estos temores se pierde pronto en el olvido; para su estudio resultan muy instructivas las biografías de los generales revolucionarios.

En estos conflictos, el caballero se halla en desventaja frente al demagogo, porque actúa como caballero, es decir, de forma anticuada. Está en su propia naturaleza y morirá con ella.

Monsieur de Marigny podría también haberse inclinado por la ejecución; habría actuado a tenor de los usos de su tiempo y se habría degradado al nivel de antagonista de un Fouquier-Tinville. En cualquier caso, no le pasó por las mientes la idea de delegar su responsabilidad y sustituirla por una simple firma.

La responsabilidad es el resultado final de un monólogo. La tragedia sólo aflora cuando se reparte entre los personajes.

34

Respecto de las dificultades que podría causarme Dalin, me estaba preocupando inútilmente. Cada cual se busca su propia ruina, aunque cada uno a su manera. En este caso, Bruno supo adivinarlo con antelación. Las profecías son más convincentes cuando se cumplen de forma inesperada.

Sebastián Carnex, abogado conocido en toda la ciudad, era enormemente obeso. El hecho de que tuviera un carácter agresivo iba en beneficio de su profesión, pero cuando intentaba ayunar, le dominaba la bilis y sus ataques eran temibles.

Attila se encargó de su caso y le prescribió un régimen que por un lado permitía adelgazar y por otro fortalecía. Además, tenía que comer muchas nueces. La nuez obliga a masticar despacio y cuidadosamente; pero ésta es sólo una de sus virtudes. Así pues, Carnex podía comer cuantas nueces le apeteciera y al mismo tiempo tenía que pasear con los pies desnudos por la playa.

En estos casos, la dieta y el ejercicio son los remedios clásicos; Attila le prohibió la carne y la vida sedentaria. Procuró también que Carnex tuviera siempre algo entre los dientes y que no se aburriera. Masticaba con vigor sus nueces y hasta hallaba gusto

en ello. Daba largos y tranquilos paseos por la playa, ya por la arena seca ya entre la espuma de las olas; aire, luz y agua y, sobre todo, la tierra, contribuían a su bienestar. Durante las vacaciones de los tribunales continuó sus ejercicios sin faltar un solo día; iba adelgazando poco a poco, pero de forma ininterrumpida.

La playa, junto a la ciudad, es muy concurrida. Hay puestos de alquiler de caballos y camellos; vendedores ambulantes vocean sus mercancías. Al cabo de una hora de camino, ya sólo se encuentran pescadores que deslizan sus barcas al agua, o algún que otro pescador de red, metido en el mar hasta la cintura. La desembocadura del Sus es solitaria; Rosner tiene aquí sus reservas de aves, la región se considera poco segura. Carnex suele tomar aquí un baño refrescante, cuando el sol está en su cénit, seguido de una prolongada siesta; duerme mejor que antes.

Además de la bolsa de nueces, el abogado lleva consigo, en estas caminatas, una cartera. Cuando se despierta, la abre con una llavecita y estudia las actas de los procesos. Antes de ponerse el sol está ya de regreso en la ciudad.

Había ya adelgazado bastante, cuando desapareció por primera vez la cartera. Las búsquedas resultaron infructuosas. La pérdida era tanto más molesta cuanto que la cartera contenía documentos. Fue inútil que Carnex ofreciera una recompensa. Era indudable que se la habían robado. El hecho se repitió dos veces más.

Al principio, Carnex sospechó que el robo tenía algo que ver con los documentos y que andaba de por medio algún odioso enemigo. Si alguien había querido gastarle una pesada broma, había dado con la víctima adecuada, porque Carnex era sumamente sensible y sus venganzas tendían a ser excesivas. Lo mismo ocurrió ahora: cuando le quitaron la cartera por tercera vez, la había cargado con un material explosivo. Para ello, se había procurado una de esas bombas planas que usan los partisanos para sus atentados —una especie de versión «de salón» para la

ciudad. Todo abogado de Eumeswil tiene sus contactos en los bajos fondos.

Estas bombas no son más grandes que un plato de postre. Se las envuelve en algodón para que no hagan ruido, caso de que caigan en medio de una reunión o en un tumulto. Hay modelos de explosión retardada o con espoleta de tiempo. Carnex la había conectado con una determinada longitud de onda.

La cosa marchó como la seda: Todavía no había terminado el régimen de Carnex, cuando desapareció de nuevo la cartera. Esta vez el ladrón aprovechó el momento en que el abogado se estaba bañando. Cuando volvió a tierra y observó la desaparición, hizo girar el dial del minúsculo emisor que llevaba colgado del cuello, a modo de amuleto. Se produjo una explosión en las dunas, no muy potente, pero desde luego distinta de las que produce la escopeta de Rosner. Carnex asintió con la cabeza; se sentía contento —pero no actuó con prudencia cuando se jactó del hecho. No estaba acostumbrado a esconder la luz bajo el celemín.

Aunque de poco peso, estas bombas son eficaces. Los forenses tuvieron que trabajar de firme para recomponer a Dalin a partir del *puzzle* que les llevaron al laboratorio. Fue lo que antes se llamaba «trabajar para el rey de los prusianos», porque, como la mayoría de sus obras, fue a desaparecer en el estrecho de las islas de los condenados.

*

Yo había venido advirtiendo a Dalin casi en cada desayuno: «Lo que estás haciendo, a la larga tiene que salir mal». La verdad es que no solía cometer dos fechorías en el mismo sitio. Aquí debió tratarse de un golpe de mala suerte. Acaso nunca había oído hablar de la cólera de Carnex; pasó casualmente por allí y vio la cartera. Tal vez iba camino del *bunker* en el que hacía sus experimentos. Habría arrojado su presa al río o se deshizo de ella por cualquier otro medio, porque lo único que le interesaba era

hacer daño. Buscar provecho hubiera sido un error de estilo. Pero el abogado salió demasiado pronto del mar.

Si Carnex no se hubiera jactado de su hazaña, no habrían recaído las sospechas sobre su persona. Lo más probable era que se hubiera seguido la pista de alguno de los anarquistas aficionados que juegan entre nosotros con explosivos. Pero, tal como estaban las cosas, Carnex se enfrentaba a una sentencia capital. Estaba fuera de toda duda que se trataba de un asesinato premeditado; lo indicaban a todas luces los refinados preparativos y la mortal y absoluta peligrosidad de los medios. Pero ya sólo el hecho de que había recurrido a explosivos habría sido suficiente. La alcazaba es muy sensible para estas cosas, y con razón. El caso pedía pena de muerte.

Llamó la atención que un abogado de tanta calidad como Carnex se defendiera tan mal. Pero era sabido que su capacidad crítica le dejaba en la estacada cuando había intereses de por medio; característica compartida por casi todos los ciudadanos de Eumeswil.

*

El caso fue analizado con singular profundidad; no sólo en los informes dados por los funcionarios de justicia al Domo y por el Domo al Cóndor, sino también en las subsiguientes conversaciones por la noche. Estas discusiones me proporcionaron una buena idea de la valoración de la pena de muerte, tal como se había desarrollado en la teoría y la práctica de la alcazaba. Pude completar mis apuntes.

Repito aquí que la discusión sobre la pena de muerte no afecta para nada al anarca. Dado que es él mismo quien se da sus propias leyes, la palabra castigo entra en el capítulo de los prejuicios de que vive la sociedad. Aquí todos están expuestos a los castigos de todos.

Pero matar es, en cambio, uno de los hechos fundamentales. Se hunde profundamente en el mundo orgánico e incluso en el inorgánico. Aquí cada instante es mortal para el anterior; es su heredero… Cronos se mantiene devorando a sus hijos.

Como el oro y la sal, el Estado ha usurpado también la pena de muerte. A veces la emplea como un derrochador, otras como un avaro. Se producen hecatombes, en la disputa por un sepulcro o por un palmo de bosque; y a un asesino de niños se le mima como a un pobre paciente.

El anarca no se deja enredar en estas cosas. Sabe que puede matar; carece de importancia que mate o no. Tal vez nunca transforme su capacidad en hechos. Debe insistirse en que concede este mismo poder a todos los demás. Cada cual es el centro del mundo y su incondicional libertad crea la distancia en la que se equilibran el respeto a los demás y el respeto a sí.

*

Me hallaba, pues, atento y al mismo tiempo desligado cuando discutían el caso de Carnex. Se trataba de su cabeza. El año tocaba ya a su fin, sin que se hubiera ejecutado ninguna sentencia capital. De ordinario, el Cóndor suele condonarla por deportación a las islas. Pero el Domo insistía en la importancia de que hubiera al menos una ejecución al año; la consideraba, evidentemente, más como demostración que bajo la perspectiva jurídica. Una vez le oí desarrollar ante Attila un sistema cuasi-higiénico.

«Basta con que, de vez en cuando, demostremos que no nos asusta llegar hasta la misma persona. La sangre es un poderoso arcano; es suficiente su aplicación homeopática. Si el paciente empieza a febricitar, es aconsejable una sangría; pero en el caso de abscesos supurantes, es inevitable un buen toque de bisturí».

Esta argumentación me pareció curiosa, porque he oído a mi papá cosas parecidas. Los dos consideran el crimen como una enfermedad del cuerpo social, aunque papá más con ojos de in-

ternista, el Domo más como cirujano. Para éste, el enfermo muere por su enfermedad interna, para aquél, debido a la operación.

35

Todo lo que parecía favorecer a Carnex, se volvió al fin en su contra. En la ciudad se produjo una corriente de simpatía en su favor. En definitiva, se había limitado a reaccionar frente a un ataque anarquista. Se contaba entre los ciudadanos más honorables, gozaba de prestigio y procedía de una excelente familia. Tenía, incluso, lejano parentesco con el Cóndor. Pero todo esto sirvió a la postre para realzar el carácter demostrativo de la sentencia y de su ejecución.

Por la época en que se juzgaba su causa, había otros en los que elegir. Desde varios meses atrás, Eumeswil vivía en sobresalto debido a repetidos ataques a mujeres y muchachas que paseaban solas. En las chimeneas hogareñas y en las tabernas no se hablaba de otra cosa.

Los ataques se producían al anochecer y —a cierta distancia de la ciudad, por ejemplo en el Sus— incluso a la luz del día. Las víctimas eran muchachas de servicio, prostitutas, jóvenes de buenas familias, incluso una profesora; en definitiva, todo lo que llevaba faldas, sobre todo si eran largas.

Se les conocía con el nombre de «volcadores de tulipanes», y habían creado en la ciudad un ambiente en el que sólo se hablaba en susurros, juntando las cabezas. Tampoco faltaban los simpatizantes…, ocurría a veces que cuando Dalin me traía el té por la mañana, decía frotándose las manos: «Ayer volvieron a volcar un tulipán».

Trabajaban por parejas en los caminos apartados y en las lindes de los bosques. Uno de ellos se dirigía a la mujer como si se

encontrara por casualidad con ella, mientras que el otro, a su espalda, preparaba el golpe. Primero alzaba hasta la cabeza las faldas de la víctima y luego las ataban con una cuerda. A continuación, gozaban de su torso.

De ordinario, no pasaban de aquí, aunque siempre había daños. Pero una vez dejaron sin vida, sobre la pradera, cosida a puñaladas, a una campesina a la que sorprendieron ordeñando las vacas. La policía sospechó que había reconocido a algunos de los asaltantes y dirigió en este sentido sus pesquisas. En otros dos casos, las víctimas, también mujeres campesinas, perecieron por asfixia debido al espeso tejido de sus faldas, de fabricación casera.

Los volcadores de tulipanes venían prolongando sus fechorías hacía ya casi un año; al final, casi no se veían ya mujeres solas en lugares apartados o por la noche. También cambió la moda: ahora las mujeres vestían pantalones o faldas hasta la rodilla.

La vigilancia y las batidas de la policía resultaron infructuosas. Por fin, donde había fracasado todo el aparato policial triunfó una sola funcionaria: la frágil coreana Kun-San. Había sido educada desde niña en los refinamientos de la defensa personal. Largas faldas, rotundos senos, caperuza infantil y pequeña sombrilla —de esta guisa se paseaba, a pasitos cortos, a lo largo de la desembocadura del Sus, pero no llamando demasiado la atención, sino dando la sensación de que se le había hecho tarde o acababa de faltar a una cita.

Se había vestido, pues, como un bombón. Al conjunto se añadía su aire extremo-oriental. Pero al cebo no le faltaba su anzuelo. Su cuerpo estaba enfundado en un sólido y resistente corsé. La caperuza llevaba un aditamento metálico. La sombrilla ocultaba en el mango una bola de plomo y en la punta una lámina de acero triangular. No quiero bajar a detalles, aumentados por la fantasía del pueblo. Cosas de este tipo forman parte del culto a los héroes. Consta, de todas formas, que la falda ocultaba un

sistema de resortes gracias a los cuales podía enrollarse en un instante, de modo que formara una especie de cinturón en torno a las caderas.

La trampa se cerró ya al primer intento. Kun-San había rechazado toda protección. Detrás de las dunas se extiende una superficie cubierta de aulagas gigantes, donde Rosner tiene una de sus mejores reservas. Desde esta espesura saltaron los malhechores, uno de frente y otro por la espalda, sobre la mujer policía que, ante sus ojos estupefactos, se transformó en un instante en Diana vengadora.

El ataque resultó funesto para el hombre que acometía de frente. La hoja triangular le atravesó la garganta. También al otro le habría llegado su último instante de haberle acertado la bola de plomo que, en rápido giro, disparó Kun-San contra su cabeza; el golpe sólo le rozó. A continuación, y mientras todavía se tambaleaba, la mujer le hizo una presa y le lanzó hacia atrás, por encima de sus hombros. Luego le clavó los dedos en los ojos: «¿No te lo esperabas, querido…?». El hombre se sintió feliz cuando lo entregó a la policía, en la ciudad.

*

Los que se habían permitido semejantes bromas eran dos postillones. En realidad, son mozos de caballos a los que se adorna con este título, porque al Cóndor le gustan estas denominaciones. Se mantiene fiel a la tradición de la caballería, igual que a la de la marina. Aunque los caballos no tienen aquí valor militar ni —exceptuando las patrullas montadas de vigilancia— tampoco policial, hay una jerarquía completa, que va desde el Gran Escudero hasta el mozo encargado de limpiar las cuadras. Los postillones visten uniforme azul con galones amarillos y trencillas en las botas: algunos de ellos llegan a efebos. A veces permanecen semanas enteras de servicio en la alcazaba, lo que da pábulo a la fantasía.

El hombre capturado, Salvatore, era un joven ágil y flexible, de pequeña y negra barba; dice mucho en favor de la excelente técnica de Kun-San el haber sido capaz de derribarle de espaldas.

*

Así pues, Eumeswil tenía al mismo tiempo dos causas célebres, llevadas ante los tribunales con el aparato usual en tales casos; con cortantes duelos verbales ante las salas atestadas de público, donde codo a codo con las damas de los barrios elegantes podía verse a los rufianes del puerto. Durante el interrogatorio de los testigos, la profesora sufrió un desmayo. Kun-San, que hizo demostración de algunas de sus presas, fue la heroína del día; pero tampoco faltaron las manifestaciones de simpatía a favor de Salvatore y Carnex. Por otro lado, es cierto que el postillón estuvo a punto de ser linchado ante el palacio de justicia. Así se enfrentan los ánimos, cuando el pueblo se exalta. Me felicité de que se mencionara poco el nombre de Dalin ya que, a fin de cuentas, era en cierto modo su confidente.

*

En ambos casos, el crimen pedía la pena capital. Asistí a la sala para escuchar los alegatos en pro y en contra de Carnex y quedé sorprendido por su alto nivel retórico. Evidentemente, estaba dando sus frutos la insistencia del Domo en la gramática. Como era obvio, el defensor de Carnex alegó legítima defensa, porque no existía la menor duda sobre la ilegalidad del ataque de Dalin, aunque podía haberla sobre la otra condición, a saber, «la causa inmediata». Ya se comprende que cuando lo que se discute es la «causa inmediata de una acción continuada» pleitea mejor el que mejor domina los tiempos de los verbos. No me perderé aquí en filigranas. Lo cierto es que se cumplieron las exigencias que el derecho plantea a la lógica.

Me siento aquí tentado a entrar en el tema de las ventajas y peligros de la cultura en las épocas decadentes. Cuando esta cultura se manifiesta como lenguaje, trae consigo hasta el presente una herencia invisible. Las épocas decadentes disfrutan del lenguaje, las épocas sin historia lo palpan, lo sienten. Se ve nadar al pez, aunque no se sepa cómo lo hace. Esto replantea, a otro nivel, una antigua relación: la del analfabeto con el escriba.

*

Como historiador salí satisfecho de la audiencia, porque me pareció que la exposición de la persona y de su acción había sido hecha con acierto. En este sentido, los grandes procesos pueden alcanzar la categoría de obra de arte. No por eso se borra la culpa, pero adquiere mayor relieve dentro del conjunto. Acusadores y defensores no son ya adversarios, sino colaboradores de la imagen que surge, con sus luces y sus sombras.

Pero no puede haber Última Cena sin su Judas. Aquí se insinúa una de las perspectivas del anarca, que no admite la culpa: la llegada de una edad en la que, aunque no disminuyen el terror y la muerte, son concebidos de una forma nueva. Sólo que para esto el mundo tiene que ser nuevamente divino, nuevamente soñado.

36

Carnex y Salvatore fueron condenados a muerte, casi por la misma fecha. En la alcazaba impera el criterio de que la ejecución ha de ser por mano del verdugo y que debe correr la sangre. A los criminales se los decapita, a los políticos se los pasa por las armas. Está garantizado que las ejecuciones sean públicas, aunque dentro de ciertos límites.

Creo haber dicho ya que raras veces se ejecuta la sentencia, no tanto por razones jurídico-morales cuanto lógico-administrativas. El año declinaba y faltaba una ejecución, aunque no fuera más que «para que Pedro no pierda práctica», como decía el Domo. Pedro es el verdugo en las causas criminales.

Fue enorme la sorpresa cuando se supo que se le había negado a Carnex el indulto de gracia. A Salvatore se le desterró a las islas. Pude seguir en muy buena parte, en el bar, el proceso que llevó a aquella decisión y tomé apuntes sobre el caso.

El Domo había conseguido imponer su punto de vista, aunque evidentemente había hecho excesivo hincapié en los principios. Esto rozaba el arte por el arte. Probablemente, había querido evitar también dar la impresión de que se administraba una «justicia clasista». Salvatore era un mozo de cuadra, Carnex pertenecía a la aristocracia. Además, supo poner el dedo en la llaga: el rígido criterio de la alcazaba contra la posesión de explosivos.

En mi opinión, Salvatore salvó la vida gracias sobre todo a la secreta simpatía que el Domo siente por los criminales. Ya había notado yo antes que comenzaba a mover la cabeza, casi aprobadoramente, cuando la conversación giraba sobre graves crímenes. Esto ocurría no tanto cuando se hablaba de fraudes o delitos contra la propiedad cuanto más bien de asaltos a mano armada y acciones violentas que han excitado desde siempre la fantasía. Asoman aquí fuerzas que, al propagar el terror, confirman al detentador del poder y su justicia. Estas observaciones podrían tal vez confirmar teorías que defienden que el poder es malo en sí.

*

Los tipos como Salvatore encuentran siempre protectoras que sienten predilección por lo montaraz. Una de ellas, Lady Pelworm, se las había arreglado incluso para llegar hasta el prisionero: era mujer rica e influyente. Oí que el Cóndor le decía al

Domo: «Usted ha permitido que estuviera a solas con el prisionero durante dos horas…, esto es algo excesivo».

«Hice que la registraran a fondo; no llevaba encima ni tan siquiera una lima de uñas».

«En cambio, él estaba allí engalanado con su uniforme y todos sus pertrechos».

El Domo se echó a reír: «Estaba todavía bajo vigilancia preventiva. ¿Qué sería un postillón sin botas, fusta y cuerno? Por lo demás, ella quería acompañarle a las islas; ya ha hecho la petición».

Mi papá considera al Domo como un tipo sin humor. Podría discutirse; en cualquier caso, no le falta ironía…, una ironía que, básicamente, se apoya en abreviaciones. Se divierte cuando alguien salta los escalones. Así, puede pasar por encima de dos o tres posibles objeciones. Pero para esto necesita un interlocutor inteligente.

*

Así pues, Salvatore fue desterrado a las islas. Aunque están muy cerca, se oye hablar muy poco de ellas, como antiguamente de los hospitales de incurables en los que se recluía a los leprosos, tras recibir la bendición de despedida final, por el resto de sus vidas. Éste sería tal vez el momento de hacer algunas observaciones sobre la «ejecución de la sentencia», tal como se ha desarrollado en Eumeswil. Ya he dicho en varios lugares que para el anarca no existen los castigos, sino sólo medidas entre iguales. Aunque comienzo por citar al Domo, basándome en mis rápidos apuntes en el bar de noche, las ideas sólo están bosquejadas.

*

Una condena a prisión de más de un año es pérdida de tiempo; se ha malogrado un gran esfuerzo. La cadena perpetua es ab-

surda. Mejor la muerte. Además, también lo prefiere la mayoría de los afectados.

*

Si se dejara a libre elección, todos preferirían una detención corta, incluso aunque ponga en riesgo su vida, a un encierro de doce años. Esto está en la naturaleza misma de las cosas; es mejor una crisis aguda que una enfermedad crónica.

*

El instante en el que el hombre se hunde en la desesperación es el que trae el giro decisivo; esto es válido no sólo para la prisión. Pero aquí es posible proponerse y alcanzar esta meta. Un trimestre debería bastar: un semestre sería ya demasiado. Los eremitas conocen la receta: ayuno, vigilia y trabajo hasta la extenuación.

*

Pero, sobre todo, un personal bien instruido y bien pagado. Distancia. Tres pasos de separación física —el principio se aplica no sólo al prisionero, sino también al guardián. El contacto corporal sólo está permitido en caso de necesidad, para repeler una agresión.

*

En todo careo, en todo interrogatorio debe haber testigos. Las confesiones arrancadas a la fuerza son inútiles y hasta nocivas; hay que obtenerlas como el jaque mate en el ajedrez.

*

Si uno está dispuesto a poner en juego su cabeza, no hay que estropearle el juego, hay que tomarlo en serio. El principio es aplicable también a las huelgas de hambre. Si quiere luchar, tiene derecho a que se le trate según las leyes de guerra.

*

Quien dispone del tiempo de una persona, tiene en su puño no sólo sus dolores, sino también sus placeres. Puede aumentarlos o disminuirlos, a su voluntad. Ha habido cárceles en las que los prisioneros viven, hasta el fin de sus días, en una espantosa soledad. Murieron de tuberculosis y acabaron en cementerios cuyas cruces sólo tenían un número.

Todo sería enteramente diferente si a un prisionero le concedo, o le niego, pasar una noche con su mujer, su amante, con una muchacha de la calle…, entonces, hasta el más duro se ablanda. Sí, Cóndor: así puede llegar a ser tu amigo. (Esto a propósito de la conversación sobre Salvatore, de la que he tomado nota. Por lo demás, Latifah me contó que más de una vez ha aliviado a prisioneros, aunque no sin su *honorarium*: la paga del honor).

*

«Un huevo de Colón para la justicia. Se pone uno por año».

Así, hace poco, el Domo, cuando acababan de comer. Se refería a una de las propuestas que vienen por correo. Hay un buzón para este menester. Concede especialmente importancia a las misivas anónimas.

«La mayoría de los delitos pueden castigarse rápida y dolorosamente, con azotes. ¿Quién no prefiere esto a una larga prisión? Todos están de acuerdo en este punto: el culpable, los jueces, la opinión pública. Hay ciertos delitos que exigen incluso este castigo. Esto purifica la atmósfera. Puede discutirse el valor disuasi-

vo de la pena de muerte —pero el de los azotes es indiscutible. Además, es posible la indemnización— una reparación pecuniaria por lesiones es más lógica que una condena a prisión».

«Todo está bien», decía el Domo…, «pero ¿por qué es evidente, *a priori*, que el asunto no marcha? ¿Por qué la vida es más tolerable en un Estado que mantiene la pena de muerte que en otro en que se practican los azotes? ¿Y eso aun estando todos de acuerdo? Por lo demás, hay aquí un buen ejemplo de que unanimidad y derecho son cosas bien distintas».

«Y más aún unanimidad y moral. Donde todos son de la misma opinión, lo más aconsejable es encerrarse voluntariamente en el manicomio. No siempre ni en todas partes ha existido la repugnancia a los castigos corporales. Tal vez sea incluso un signo de decadencia. Se dice que en China hasta los más altos funcionarios eran castigados con golpes de bambú y con el Khan Amarillo sigue en vigor esta práctica. En los gloriosos tiempos de la Marina británica, el látigo de siete colas pendía sobre los cadetes de la aristocracia; las correas eran tan cortantes como las de los simples marineros, aunque la empuñadura estaba envuelta en terciopelo».

Así Attila, basado en sus experiencias. Anoté, por mi parte:

«La moral tiene su propia evolución, aunque no en línea ascendente. Pero hay cosas que un buen día son ya imposibles. También nosotros perdemos el gusto por un determinado manjar, tal vez porque en otro tiempo nos gustó demasiado».

*

Y más notas, en parte del Domo y en parte de Attila…, el diálogo era animado; con las prisas, no podía ordenarlas.

Los juicios sobre la crueldad de la pena de muerte son relativos. El archiduque de Chatelet afirmó, mientras era conducido a la guillotina: «Es un género de muerte agradable».

Y no era cinismo, si se piensa que todavía poco antes la muerte era en la rueda, por descuartizamiento o en la hoguera. De hecho, la invención de la guillotina obedecía a impulsos filantrópicos. Cae dentro de lo posible que nuestro aristócrata tuviera una enfermedad incurable. Tenía más de setenta años, cuando fue decapitado por una nimiedad. El suicidio es un indicio de que hay cosas peores que la muerte. La actitud distante que evidentemente despertaba el primero, podría deberse a un último destello del esplendor barroco. Cuando se le arrastraba al cadalso, declaró Sillery: «Ahí arriba se me curará la gota».

Se comprende bien que esta actitud distante sea más acusada entre los cristianos que entre los filósofos… como en el caso de las carmelitas de Compiègne o de Laval Montmorency, abadesa de Montmartre que, con las manos atadas, exclamó al ver la guillotina: «Por ti he suspirado largo tiempo; es una muerte preciosa».

Attila citaba estas y otras sentencias de los condenados por el tribunal revolucionario, pero citaba también a los cínicos. Nota marginal:

«La fotografía falsea el problema, porque lo reduce a un instante efímero. Se podría, muy fácilmente, disminuir la apariencia de crueldad, y hasta transformarla en su aspecto contrario, administrando, por ejemplo, drogas que crean estados eufóricos. ¿Es esta misión de la justicia? Junto a la espada, sostiene la balanza. Debe equilibrarse el peso entre culpa y expiación. Tampoco se trata sencillamente de desembarazarse del malhechor; en este caso, sería preferible desterrarle del país. Antes se decía: "Se ha hecho justicia"».

Y también: «Sólo deberían opinar sobre el tema los que han estado en la antesala de la muerte, los que han estado cerca de la serpiente que da muerte y vida. Esta proximidad puede transmitirse y puede descubrirse de nuevo. Pericles hizo reconstruir el

templo de Eleusis tras haber estado mucho tiempo en ruinas. Esto puede ocurrir en todo tiempo y en cualquier lugar».

Antes de que el Cóndor pudiera intervenir, dijo el Domo:

«¿Para qué? Nos conviene más que tengan miedo a la muerte».

*

Si alguien es condenado por tres veces a un año de prisión, desaparece en las islas y, por ende, para siempre de nuestra ciudad. Hay excepciones, a ejemplo de aquel mítico capitán Dreyfus, cuyo caso he estudiado en el luminar. Se cuenta, junto a Giordano Bruno y otros varios, entre los santos domésticos de mi querido papá.

Las «islas» no son una invención de la tiranía o de los generales; también las repúblicas y las democracias recurrían a ellas sin remilgos. Los gobernantes cambian, las cárceles permanecen e incluso están atiborradas a cada nuevo cambio de poder. Recuerdo cómo mi padre y mi hermano se frotaban las manos cuando los tribunos enviaron a las islas a los predecesores del Cóndor, considerándolo incluso como un acto de clemencia. Hoy piensan de otra manera; en general, piensan demasiado.

He analizado, como historiador, la necesidad de esta institución. El destierro es uno de los antiquísimos medios con que la comunidad intentaba purificarse. Recurre a la expulsión, como en el caso del leproso, tras una comprobación minuciosa a cargo del sacerdote, según las prescripciones de Moisés. Si encuentra que es impuro, «vivirá solo y su morada deberá estar fuera del campamento…» (Levítico, 13, 46).

El destierro forma parte de la sociedad como uno de los síntomas de su imperfección, a la que el anarca se acomoda, mientras que el anarquista intenta eliminarla. Hay aquí ciertas reliquias teológicas. Sólo en un estado perfecto «no habrá ya destierro»

contra nadie (Apocalipsis 22, 3). «Allí estará el trono del Cordero y sus siervos le servirán». Turbias perspectivas. También el anarquismo camina, en definitiva, hacia alguien al que tendrá que besar los pies.

*

Insula, isola, isla, la tierra rodeada por las olas; *sal* es el agua salada, el mar. *Campi salís* llamaba Virgilio a las superficies del mar. *Insularis* era el desterrado, y también el habitante de una de aquellas casas de alquiler de numerosos pisos, que recibían el nombre de *insulae*. Las islas son lugares que *prima vista* invitan al aislamiento, a la reclusión dentro de sí mismo…, sea como residencia de césares destronados o como colonias de castigo para gentes que el Estado o la sociedad tienen por indeseables.

Con todo, nada se consigue sin vigilancia, aunque el destierro sea en los antípodas. Santa Elena era más favorable que Elba, demasiado próxima al continente. «Napoleón era solar, nacido bajo el signo del León, Elena es la diosa lunar. Más allá de las Hespérides acabó la carrera triunfal». Así Vigo, desbordando lo puramente científico.

También aquí, en Eumeswil, las islas están relativamente cerca de la costa; antes del siroco, pueden verse sus contornos desde las montañas: un archipiélago de más de veinte islas, las mayores de las cuales no son mucho menores que Elba. Las más pequeñas apenas figuran en los mapas; son más bien arrecifes en los que, acá y acullá, puede verse la choza de un eremita y el humo de una chimenea.

El archipiélago fue destinado por los tribunos, como ya he dicho, y también antes, para lugar de destierro. Al principio, la población se componía de reaccionarios, militaristas, chupadores de sangre, verdugos o como se les llamara —los derribados del poder y sus seguidores, que figuraban en las listas de proscrip-

ción y se consideraron muy afortunados por escapar así a la muerte. Luego se fue completando a medida de las necesidades.

La ejecución de la pena seguía el modelo clásico de las colonias de castigo —es decir, con estricta vigilancia en todo tiempo y lugar, reclusión en celdas, trabajo controlado, frecuentes revistas de control. Hubo criminalistas de alta categoría que consideraban este procedimiento como óptimo, o al menos como mal menor en un mundo imperfecto. Esto sin duda es cierto, si se piensa en la máxima «sólo los muertos no vuelven», uno de los errores del despotismo. Porque los muertos vuelven, y no sólo como fantasmas, sino que pasan además su factura en el marco de la realidad política.

*

El Domo aceptó la idea básica del sistema, pero no su ejecución. Aflora aquí la diferencia entre la garantía teórica de la libertad y su aplicación práctica, entre liberalismo y liberalidad. Trasladó la vigilancia del interior de las islas al mar, a cargo de algunos destacamentos emplazados en los arrecifes y de lanchas rápidas. Sería suicida intentar cruzar a nado los canales, infestados de tiburones. Los desembarcos aéreos quedaban descartados por el sistema de proyectiles en órbita permanente, una de las reliquias que nuestra época ha heredado de la de la técnica sofisticada. Nos los suministran las catacumbas, a medida de las necesidades, pero nada más.

Las fugas son, pues, prácticamente imposibles. Con todo, siempre hay algunos que lo consiguen y dan tema de conversación para el bar de noche. El Domo suele extraer la conclusión final: «Con mis mejores respetos, nos hemos librado del tipo».

El suelo de las islas mayores es fértil; los desterrados pueden vivir de sus productos. Aparte las hortalizas, cultivan también viñedos, adormideras y cáñamo, para las reuniones de grupo y los sueños. Tienen algún ganado y pescan a caña junto a los

arrecifes. Está prohibida la construcción de botes. Es la única restricción. Todo lo demás está permitido.

La selección de la población en cada una de las islas ha dado pie para experimentos sociológicos. Pero, sea cual fuere el modo en que se mezclaron al principio los deportados, la situación inicial del «todo-está-permitido» fue muy pronto sustituida por un estricto orden autoritario.

*

La isla simplifica; proporciona un escenario en el que la comedia de la sociedad puede ser representada por unos pocos actores. Esta representación ha atraído desde siempre al poeta, al filósofo observador. Robinson: el único, sumido primero en la desesperación, lanzado después a la acción. Señor y esclavo. Sólo más tarde aparece Viernes. Los amotinados de Pitcairn: tras la matanza, el contrato especial sobre la Biblia; al orden de los titanes sigue el orden de los dioses, Abel y Caín.

Ulises es el insular nato, Simbad el Marino es su réplica oriental. Ambos representan al individuo aislado, que con astucia y osadía vence a los elementos y se mantiene, contra viento y marea, frente a los hombres, los demonios y los dioses. Van cambiando su tripulación, víctima de naufragios, y regresan solos a la patria, a Itaca y Bagdad. Éste es el curso de la vida.

Los cíclopes monoftalmos, el canto mortal de las sirenas, el encanto de las hechiceras que transforman en animal el brebaje del olvido de los lotófagos, el remolino entre Escila y Caribdis… modelos de encuentros que experimentamos no sólo en islas lejanas, sino en cualquier cruce de calles de cualquier ciudad. La presión de las costumbres, el terror de los despotismos llegan a sus fórmulas más concisas y concentradas. Simbad desemboca en una ciudad cuyos habitantes tenían en tan alto honor el matrimonio que enterraban al cónyuge vivo junto con el difunto. Estuvo a punto de perecer víctima del jeque del mar, que saltó

sobre el náufrago y cabalgó sobre él, hasta la muerte, como sobre dócil esclavo, mientras le ensuciaba las espaldas con sus excrementos.

*

Entre nosotros, en cada isla se ha formado una autoridad, aunque diferente en cada caso. Una de ellas se llamaba *Felsenburg*, del nombre de la isla que sirve de escenario a una olvidada novela de un autor barroco. Esta obra, robinsonada utópica, apareció antes que el *Contrato Social* de Rousseau en el que, como es sabido, el hombre natural, llegado a ciudadano adulto, delega una parte de su libertad en la voluntad colectiva. La armonización de los intereses individuales lleva a la constitución democrática del Estado, cuyo ideal es el consenso interno de los individuos.

Hice desfilar ante el luminar la novela, tomándola del repertorio inagotable de las catacumbas, y llegué a la conclusión de que Felsenburg no se apoyaba tanto en un contrato de comunidad cuanto en un contrato de sumisión, aunque puede contribuir al sistema la libre voluntad no sólo del individuo, sino de la mayoría de ellos. Se anhela, se reconoce, se elige, sobre todo en las situaciones extremas, un salvador, un caudillo, un padre. A no tardar, el electo pasa a ser el elegido. Los infelices, los abrumados, descargan su peso en él; le entregan jubilosos su libertad.

Cuando la voluntad general es sustituida por la voluntad de las masas, comienza a cegar el resplandor del individuo. La técnica, tanto de la propaganda como de la pena de muerte, aporta su irresistible contribución. Aquí, en el Felsenburg de Eumeswil, el señor se presentó bajo la forma clásica de «padre benevolente». Todo parecía ir por buen camino, pero surgieron dificultades imprevistas. Felsenburg es la más rica de las islas, un verdadero país de Jauja, en el que se implantó un agradable género de vida, mitad feacio y mitad fotófago. Pero los jóvenes, chicos y

chicas, se rebelaron por puro aburrimiento. El padre benevolente tuvo que recurrir al rigor. También él empezó a entresacar; los insoportables fueron desterrados a los arrecifes.

«Les está muy bien empleado», comentó el Domo, cuando lo supo. No pueden echársele en cara veleidades rousseaunianas.

*

De todas formas, Felsenburg tuvo su época de Pericles. Surgieron obras de arte. En las restantes islas, estallaron luchas de partidos. Los grupos rivales se agruparon en torno a su *boss* o *capitano*, hasta que uno de ellos se alzaba con el triunfo. A continuación, repartía los trabajos y las prebendas. «También lo podrían haber tenido con nosotros, y aun mejor», opinaba el Domo —y ésta es una de las fórmulas que más he oído de sus labios.

Los detentadores del poder gustan de estas comparaciones. Al anarca le traen sin cuidado; conserva su libertad para sí mismo, sea bueno o malo el régimen establecido. No la delega, ni en la legitimidad del padre benevolente ni en las pretensiones legales, que cambian según las épocas y los países. Todos pueden desearle lo mejor, pero cabalmente lo mejor, su libertad, la guarda para sí. Es su propiedad incompartible.

Al historiador se le abre ciertamente un campo inagotable de análisis. Desempeña su oficio tanto mejor cuanto menos toma partido; para él, las rojas amapolas no brillan menos que los blancos lirios, ni el dolor le conmueve menos que el placer. Tan pasajeras son las flores del mal como las del bien, pero se permite una ojeada por encima de la tapia del jardín.

*

Si la historia tiene un tema, no es el de la voluntad, sino el de la libertad. Aquí está su riesgo… y, con alguna precaución, po-

dría decirse también que aquí está su tarea. La libertad es común a todos y, sin embargo, incompartible. La voluntad añade diversidad.

Hace algún tiempo tuve que dirigir un seminario en el Instituto de Vigo sobre «Lucio Junio y Marco Junio Bruto; análisis comparativo desde todos los posibles puntos de vista». La peculiaridad del tema me proporcionó un auditorio bastante heterogéneo.

El primer Bruto, semilegendario, acabó con el último rey romano; su sucesor histórico, con el primer César —los dos con sus propias manos. Con el uno se inició y con el otro concluyó la historia, cinco veces centenaria, de la República. Pueden señalarse notables diferencias entre ambos— por ejemplo, la referente a la voluntad general y la voluntad de las masas, o el derecho a aceptar o rechazar la aclamación. Las transiciones han llegado hasta nosotros, en expresión poética, en el célebre discurso fúnebre de Antonio.

No quiero entrar en detalles. Fue para mí instructiva la participación interna del auditorio, que en los dos casos se pronunciaba a favor del tiranicidio. (Bruto es una de las grandes figuras históricas de mi papaíto). Pero les resultaba difícil fijar las diferencias. Concedo que no es tarea fácil, porque está implicado el problema de la libertad.

Pero ya aquí nos engañamos, porque la libertad no es un problema. Es incompartible y, por ende, no existe tiempo ni espacio en que se la pueda contar y medir, ni en que se puedan hacer cálculos sobre ella. Se la objetiva en el tiempo, por ejemplo en una secuencia de sistemas políticos; se la siente en el espacio, desde el ave que aletea contra las rejas de su jaula, hasta el pueblo que lucha por sus fronteras. Una y otra vez aparece el individuo como implantador de la libertad, como triunfador o como mártir, que necesariamente acaba fracasando y muriendo por ella.

Aquí comienza también la tragedia del historiador. Debe distinguir, pero no puede tomar partido. Su oficio es de juez de los muertos. Debe escudriñar y sopesar la libertad de un Bruto frente a la de un César.

*

Con todo, el seminario no fue enteramente inútil. Aunque más de una vez me preguntaba qué estaba haciendo allí —se producen ataques de autoalienación cuando se habla desde la cátedra—, me ayudó a enjuiciar mejor la situación y probablemente contribuyó también a mi descrédito político. El modo que tiene la clase media inteligente de seleccionar e interpretar la historia constituye todo un pronóstico. Un cráter, apagado desde lejanos tiempos, comienza a dar señales de actividad. Regresa Espartaco. Barbarroja se ha movido en el Kyffhäuser. Y luego la agitación se propaga a las solfataras, a los barrios periféricos de las ciudades.

Sea como fuere, por aquellas fechas multipliqué mis excursiones al Sus superior. Llevé también allí parte de mis manuscritos. Así se explican, por otra parte, algunas repeticiones. El tiempo influye no sólo temática sino también técnicamente en este tipo de trabajos. Cuando los acreedores de Balzac se arrojaron sobre los bienes que dejó al morir, toda la calle apareció cubierta de papeles en desorden. Pero ¿qué importa? Basta el escrito, que es concebido por el universo. En última instancia no hay ninguna diferencia entre el papel quemado y el papel escrito, entre la sustancia viva y la sustancia muerta.

> El gran emperador, convertido en barro,
> tapa un agujero en el alto norte.

*

Por otra parte, dos o tres de mis oyentes no se dejaron engullir por el torbellino del simple momento actual; se sintieron

atraídos no sólo por el *nomos* sino también por el *ethos* de la historia. Los llevé al jardín de Vigo y su vivo interés me sirvió de alivio. Estaba, además, nuestra silenciosa unanimidad, cuando la luna brillaba sobre la alcazaba. Todo profesor conoce estas selecciones.

La capacidad de Vigo es conocida y reconocida por las élites, en la medida en que en Eumeswil puede hablarse de ellas. Es un dato a favor de ellas…, quiero decir, de las élites, gentes del mañana y del ayer, o sea, gentes sin importancia. Para ellos, el nombre de Vigo sirve de santo y seña. Por lo demás, también la conciencia general percibe su valía, poco más o menos como se siente la espina en la carne. Tal es su relación con el cuerpo docente.

Es, sin duda, agradable dejarse llevar, como contemporáneo, por la gran ola del momento. Nos llega, desde todos los ángulos, el eco de las aprobaciones, que generan un clima de autosatisfacción. Pero cuando se oye proponer como sabiduría elitista lo que ya nos había aburrido al leer, durante el desayuno, los artículos editoriales, se siente irritación.

La tierra está siempre presente. Bruto, el antepasado, era el «irracional». Se le llamaba así porque parecía estúpido cuando se sentía amenazado. Acompañó a los hijos de Tarquinio al oráculo de Delfos, donde preguntaron quién de ellos heredaría a su padre. La respuesta fue: «El que primero bese a la madre». De regreso, Bruto se dejó caer, accidentalmente, al suelo y rozó con sus labios la tierra. Así se cumplió el oráculo.

Tal vez me he demorado en las islas, pero son un gran tema para el anarca, porque también él lleva una existencia solitaria, insular. Cuando Simbad navegó desde el Tigris, a través del golfo Pérsico y del mar Arábigo, hasta el océano Índico, abandonó el mundo histórico, y hasta el mítico. Aquí comienza el reino de

los sueños, el de nuestra más propia y personal configuración: todo está permitido y todo prohibido. El navegante se estremece ante los sueños; triunfa sobre ellos como su descubridor, como su creador.

La arena de la isla ciega: corales reducidos a átomos por la resaca. Y, con todo, el poder ha conservado sus jardines, pasa, indestructible, bajo las grandes ruedas de molino del mundo. Esta isla: podría ser también un pez sesteando perezosamente bajo el sol; sobre su torso crecen las palmeras.

*

Pero volvamos a Eumeswil: nuestras islas están pobladas por gentes descontentas. Formaron aquí una comunidad que, a no tardar, mostró ser fiel trasunto de la antigua, con sus aciertos y sus errores. Se imaginan las islas como un interregno, como una estancia de paso en la marcha hacia un mundo mejor. Andan errantes a través de las instituciones, siempre descontentos, siempre desengañados. Entra en este capítulo su afición a sótanos y buhardillas, al destierro y las cárceles, y también a la proscripción, de la que incluso se jactan. Pero cuando el edificio se derrumba, al fin, son ellos los primeros que sucumben bajo sus ruinas. ¿Cómo es que ignoran que el mundo es inmutable en sus cambios? Porque no han descendido a la auténtica profundidad, a la del mundo y a la suya. Sólo aquí está la esencia, la seguridad. Y, por tanto, tienen que naufragar en sí mismos.

Puede ocurrir que también el anarca acabe en la cárcel —un azar, entre otros, de la existencia. Pero entonces buscará la culpa en sí mismo. ¿Navegó demasiado cerca de Escila, se acercó demasiado a Caribdis? ¿Se abandonó al canto de las sirenas? Ulises no se tapó los oídos— esto lo dejó para la tripulación; pero, para gozar del embrujo del canto, se hizo atar al mástil. Se encerró en sí mismo. Así, también la prisión en la isla se convierte en asilo de la libre voluntad, en propiedad personal.

*

Aquí debería tocarse el tema del origen, es decir, de la herencia y el medio, a los que se concede excesiva importancia. Son el primer azar con que debemos enfrentarnos cuando nacemos, ya sea como bastardos en un ventorrillo o como heredero legítimo en el palacio. Bastón de mendigo o cetro de monarca, es la propina del destino. Más de una vez se cambió el uno por el otro. El rey Lear anda errante por los eriales, una esclava llega a emperatriz. Y una vez más Ulises, el divino paciente, que triunfa siempre, como mendigo o como rey.

El origen —mil significaciones y *un* sentido. «Heredero» es el sujeto a la «heredad», el que tiene que trabajarla. El anarca la asume, mientras que el «robot» es algo contrario a su naturaleza. Sólo admite una forma de esclavitud: la disciplina con que sujeta su cuerpo.

El «medio», en cambio, viene de la raíz *medius*, y *medius* es el que está en el centro. El anarca se reconoce como su propio centro. Éste es su derecho natural, que también concede a cualquier otro. No admite ninguna ley —lo que no quiere decir que la desprecie y que no la estudie atentamente. Si su medio es el agua, moverá las aletas, si el aire, extenderá las alas; pero sobrevuela la resaca como pez volador. Sabe cuándo hay que sumergirse, pero no retrocede ante el fuego.

Tocamos aquí otra nueva e importante distinción respecto del anarquista: la relación a la autoridad, al poder legislativo. El anarquista es su enemigo mortal, mientras que el anarca se limita a no reconocerlo. No pretende atacarlo, ni derribarlo, ni modificarlo —sus estocadas apenas le rozan. Lo único que tiene que hacer es acomodarse a los remolinos que provoca.

*

El anarca tampoco es individualista. No le tienta la idea de presentarse como «el gran hombre» ni como espíritu libre. Le basta su propia medida, su meta no es la libertad, porque ésta es su propiedad. No se presenta ni como enemigo ni como reformador: es posible llegar a un acuerdo con él tanto en las chozas como en los palacios. La vida es demasiado breve y demasiado hermosa para sacrificarla a las ideas, aunque no siempre puede evitarse el contagio. Pero se descubre ante los mártires.

Más difícil es su delimitación frente a los solipsistas, para quienes el mundo es un producto de su propia invención. Actitud que, aunque acremente combatida por los filósofos, cuenta con buenas razones en su favor como lo testifican los sueños. El mundo como casa rodeada de andamios es nuestra representación, el mundo como jardín repleto de flores es nuestro sueño.

Pero no es menos cierto que el solipsista, como todos los anarquistas y en cuanto su expresión extrema, cae en su propia trampa, porque reclama para sí una gloriosa autonomía, cuya responsabilidad supera sus fuerzas. Si él solo ha inventado la sociedad, entonces también él solo es el responsable de su imperfección. Y si fracasa en ella se debe, en el campo mítico, a su incapacidad como poeta, y en el campo lógico, a un fallo mental.

*

El anarca puede estar destinado al trono por nacimiento y herencia. Es una tarea entre otras muchas que debe llevar a cabo. El trono es servidumbre, sobre todo para el que se sienta en él; Luis XIV tenía, en su jaula de oro, menos libertad que el último de sus caballerizos. Tolstoi afirma con razón, en su historia de la campaña de Rusia, que, de todos sus actores. Napoleón era el que menos libertad tenía.

Puede juzgarse a los cesares según la medida en que consiguieron, a pesar de la presión del destino, su realización personal. En la vida de Tiberio debió producirse un giro radical cuan-

do le resultó intolerable la grandeza y la miseria del mando y dejó el Capitolio por la isla…, por su Capri, que, como dice Suetonio, fue elegida «porque estaba totalmente rodeada de escarpados acantilados, altos como el cielo, y del profundo mar».

Este giro debe fecharse antes de su viaje a Campania, del que ya no regresó a Roma, y se insinuó ya en una serie de acciones contradictorias. Así, por ejemplo, ordenó a Sestius Gallus, a quien pocos días antes había recriminado ante el Senado por su conducta impúdica, que le invitara a comer, con el mandato además de que no modificara en nada sus costumbres, y concretamente la de hacerse servir en la mesa por jóvenes desnudas.

Los historiadores han advertido bien esta ambivalencia. Han examinado sin piedad al menos esta segunda mitad de su vida. Según ellos, Tiberio habría elegido Capri como lugar en que todo estaba permitido, para allí, alejado de miradas curiosas, poder satisfacer sus más fantásticas apetencias.

Tal vez sea cierto; pero para el anarca es secundario. La isla es el modelo de la realización, sea cual fuere su carácter; podría igualmente haber elegido otro lugar en el que vivir como un santo, cuando le repugnó la vileza del mundo. También de esto hay ejemplos.

37

Todavía estoy desayunando; se acabaron mis preocupaciones con Dalin. Muerte apropiada: se ha atomizado. En los canales, los peces pequeños son más activos que los grandes; acuden en bandadas sedientas de sangre, de las que hasta las barracudas se alejan.

Las conversaciones con Dalin habían sido instructivas, pero también peligrosas; por eso procuré siempre mantenerle dentro de unos límites e incluso llevarle la contraria, por si éramos es-

piados. Las conversaciones con su sucesor podía escucharlas todo el mundo. Hablaba de sus intimidades; bajo las tiranías se ve con buenos ojos que cada cual cultive sus zonas privadísimas. En esto se distinguen del despotismo y también de los instintos censores que rigen en las democracias perfectas. En Eumeswil se ha instalado un clima que no es desfavorable para el vividor, el artista, el criminal y ni siquiera para el filósofo. Sólo *in politicis* hay que andar con tiento; en todo lo demás, está permitido un buen montón de cosas. Creo haberlo demostrado con los ejemplos de un Salvatore por una parte y de un Carnex por la otra.

En cierta ocasión tomé algunos apuntes, detrás de mi mesa del bar, sobre una conversación entre el Cóndor y el Domo a propósito de dos candidatos de los cuales uno infundía sospechas morales y el otro políticas. Y opinaba el Domo: «Este último podría serrar tranquilamente la rama en que nos sentamos y además tendríamos que pagarle salario y pensión…, no debe andar bien de la cabeza».

Yo conocía al tipo, que era amigo de mi querido hermano; más tarde, trabajó como redactor en *El Reyezuelo*. Los periodistas que «llegan al poder» tienen mejor punto de partida que los profesores, porque están habituados a trabajar en la sombra.

*

El sucesor de Dalin fue Kung, uno de los cocineros, a quien se le encargó el servicio de camarote. Como ya he dicho, la mesa del Cóndor es sencilla; la cocina china es su reserva gastronómica para las visitas a nivel de Estado, y sobre todo para el Khan Amarillo. Despliega entonces sus artes, que superan a cualquier otra. Entre nosotros le sigue de cerca la cocina provenzal, al menos en el campo de las especias.

Kung es cocinero en cuerpo y alma; vigila y sondea sus platos a fuego lento y se afana probándolos con una cucharilla. No le gusta estar de pie. Cuando me trae el desayuno por la mañana,

caminando como un pato, con su larga chaqueta hasta las rodillas, se viene ya secando el sudor de la frente. En estas horas tempranas, con los sentidos descansados, soy particularmente sensible a los olores —con lo que no quiero decir que huela mal, pero sí de forma peculiar. Dalin traía consigo algo de bohemio nocturno, consagrado a sus ácidos. Kung huele a pescado, aunque el olor no es penetrante. Su especie favorita es el *dayong*, que mezcla según recetas personales. Cuando tropiezo casualmente con él por la tarde, el encuentro me resulta agradable.

Por lo demás, es un excelente sirviente; una vez ha colocado la mesita y vertido el té, empieza a charlar, con las manos metidas en las mangas. Su tema gira sobre dos polos: primero, por supuesto, el arte culinario, y luego su mujercita, Ping-Sin, que vive allá abajo, en la ciudad, y que le recibe siempre con radiante y creciente deseo…, tiene, a todas luces, gran interés en convencerme de este punto.

*

Su conversación gana en intensidad, a medida que se acerca el momento del relevo. El principio es válido para toda la alcazaba en general. Como para Salvatore el caballo y para Nebek, del que volveré a ocuparme más tarde, la fusta, para Kung el emblema es la olla de cocina. Las dos cosas se complementan: maestría en la cocina y en la cama. Para la vieja cultura de los mandarines sólo le falta el tercer factor: el refinamiento literario. Pero no lo echa en falta y tampoco necesita otras mujeres. Ping-Sin le satisface plenamente. La he visto varias veces en la ciudad, cuando salía, con sus altos tacones, de una tienda de brillantes colores. Se maquillaba con vivo bermellón y se tocaba con el bonete de satén negro de Kiang-nan, la ciudad famosa por la belleza de sus mujeres. Allí se les enseñan, entre otras artes, la música y los trabajos manuales. Sus padres las venden cuando son casi todavía niñas.

La cocina, tal como Kung la entiende, tiene que garantizar dos cosas: la consistencia y la concupiscencia. Tiene que ser exquisita y estimulante. De ahí su predilección por las sopas gelatinosas, salsas picantes y por todo lo que produce el mar, sean peces, mariscos, holoturias o crustáceos. Su obra cumbre es el pastel de anguila. Alaba también ciertos sahumerios, masajes con leche de burra y manteca de giba de camello. Todas estas cosas proporcionan un prodigioso vigor.

Suelo examinar la bandeja para impedir que mezcle en ella sus brebajes. Una vez, la mañana anterior al relevo, se me presentó con una mezcla de miel y almendras molidas, junto con otros aditamentos indefinibles. «Manuelo, tienes que beber esto en ayunas y luego no habrá quien te pare».

«Sólo me faltaría esto; no quiero ni siquiera empezar».

«Manuelo, llevas una vida insensata, tomas baños helados y te quemas las cejas estudiando. Créeme, esto no es bueno para ti. Tú no eres como los otros mediterráneos» (emplea esta expresión para marcar su distancia frente a nosotros), «que toman píldoras para estar en forma cuantas más veces mejor. Y luego van puf, puf, puf, sin pararse, como el tren».

Pero él, Kung, era un hombre que hacía las cosas con mucha reflexión, que preparaba los platos con fuego suave y lento, hasta que todo estaba a punto y a una; el número de veces no tiene ninguna importancia.

«No me harás cambiar de opinión; ésos son unos cabrones y tú una salamandra. Y ahora esfúmate, tengo que trabajar».

*

Pero Kung no se daba por ofendido o al menos lo disimulaba muy bien. Me gustara o no, tenía que seguir escuchando lo que le reservaba aquella noche. Contármelo era uno de sus placeres anticipados. Imposible imaginar a Ping-Sin sin servicio domés-

tico; tenía que mantener sus manos suaves. Cuidaba mucho las uñas de los dedos de las manos y también de los pies. Ya tenía la cena preparada. Kung añadía los complementos que había sustraído de la alcazaba o que compraba en las tiendas que tienen el símbolo del cangrejo rojo. Allí le conocen y le honran como cocinero personal del Cóndor. Por lo demás, entre cocineros y comerciantes suele existir un cierto trato de favor. El Domo decía: «Podemos hacer la vista gorda cuando se lleva algo a escondidas —pero, si es un pez, no quiero ver la punta de la cola».

*

Ping-Sin ha quemado incienso y encendido las lámparas; la luz es tan tamizada que sólo brillan las incrustaciones de los cofres y armarios. Resulta curioso observar que, a pesar de su gusto por los bambúes y las sedas, prefieran muebles pesados, de tonos oscuros.

«Sabes, Manuelo, me gusta ver bien la piel, pero no con precisión». La distinción no es mala, hay que concederlo. Da sus instrucciones y luego viene el baño, muy caliente, y la bata. Se sientan a la mesa, la criada les sirve. Tras la última sopa, y después de dar las gracias por el honor que le han hecho, la mujer desaparece por toda la noche. Se quedan solos, bebiendo el té.

«Bueno, acaba de una vez, quiero perderte de vista».

Ni hablar. Sigue el ceremonial de desnudarse; la acaricia, mientras van cayendo una a una las hojas. Al fin, se sienta frente a él, en el sillón; se deleita en su contemplación. ¿Cuánto tiempo puede pasar hasta que, sin tocarla, extiende la mano hacia ella y la retira rápidamente, como un pez asustado por el cebo? Acariciar sus brazos, sus hombros, sus rodillas —esto lo reserva hasta bien pasada la medianoche.

Antes de llegar a los senos, dejo ya de oírle, pero no debido a su discreción, sino más bien al vértigo que se apodera de él. Parece como si cayera una cortina cuando las imágenes son tan vi-

vas que le cortan la palabra. Su permanente sonrisa se desfigura en muecas, como las que se ven en los vigilantes de los templos.

*

Tras la muerte de Dalin, Kung ha sido asignado al chozo del pato y podría crearme dificultades —de otro género, de acuerdo con su modo de ser. No se puede confiar en nadie cuando aparece el rojo, el fuego y la sangre. En este sentido, no carecen de valor estas conversaciones durante el desayuno.

Concedo escasa importancia a las características nacionales; en primer lugar porque sólo responden a un impreciso término medio y luego porque hubo una profunda mezcla en la época de los pueblos combatientes y del Estado mundial. Hay chinos por todas partes y con todas las gamas del color de la piel. De modo que cuando un viejo viajero, llamado Sir John Barrow, habituado a observar y comparar las cosas a fondo, decía de ellos: «El carácter general de esta nación es una extraña mezcla de orgullo y bajeza, de seriedad artificial y auténtica ausencia de dignidad, de refinada cortesía y grosera falta de educación», no puede deducirse gran cosa de la descripción. Con razón añadía un contemporáneo suyo, ya olvidado, pero magnífico historiador, llamado Klemm: «Es un cuadro que puede aplicarse a toda nación civilizada de la tierra. En un pueblo de millones de individuos se encuentran el bien y el mal, con todos sus matices».

Por la época en que Barrow y, más tarde, Huc viajaron por el país, había, hasta la Mongolia Interior, innumerables conventos en los que se vivía según los principios del catecismo de los discípulos de Buda. Comenzaba con la explicación de la palabra *shama*, que significa «compasión». El primer mandamiento de su decálogo dice: «No quitarás la vida a ningún ser viviente, ni al más pequeño insecto». Esto suena muy distinto que en Sebaoth.

*

El rasgo extremo-oriental que más llamaba mi atención en Kung era la relación entre tiempo y sensibilidad. Los mandarines cuidan sus manos, dejan crecer sus uñas hasta longitudes extraordinarias, tienen en sumo aprecio las superficies suaves al tacto —seda, porcelana y jade, marfil y laca. Excitan los conductos auditivos con finos pinceles. Sus médicos han bosquejado un sistema de puntos sensitivos, un auténtico mapa dermatológico.

Se dice que fueron los inventores de la mecha y que miden el tiempo con cordones que se queman lentamente. Su arte de la tortura ha tenido desde siempre una pavorosa fama. Por otra parte, su fuerte es la meditación, la paz de espíritu en medio del torrencial aflujo de imágenes. En sus templos se alzan dioses cuya sola mirada introduce en el mundo de los sueños.

Kung se limita a la materia. Hasta el opio le resulta demasiado espiritual, porque disminuye la libido. Es un Fabius Cunctator de sus placeres, un «ralentizador» por antonomasia. Conoce también, sin duda, el momento exacto en que debe volver la espalda en el chozo del pato. Ha reflexionado sobre esto no menos a fondo que yo.

«Mi viejo amigo, si intentas largarte antes de que yo te dé permiso, las cosas podrían ponerse feas».

«¿Cómo se te puede ocurrir, Manuelo?… Antes morir cortado en mil pedazos que dejarte en la estacada».

38

La conducta de Nebek en el chozo es más fácil de adivinar. Si hay que disparar, no habrá problemas con él. Caso de que yo abandone el puesto, se irá a algún punto de la ciudad, preferentemente, donde pueda dedicarse al saqueo.

Nebek es libanés; ha estudiado en Beirut. Está al servicio de la alcazaba durante las vacaciones semestrales, lo mismo que yo; le

conozco bastante bien, porque trabajaba como orientalista en el Instituto de Vigo. Todavía sin título y mal pagado, el oficio de camarero le proporciona unos ingresos adicionales. Recibe de Beirut una modesta asignación. Está o, mejor dicho, estuvo casado.

Vigo sólo le ve en el Instituto, no en su jardín; es evidente que no le agrada su presencia. Por otra parte, sabe apreciar sus conocimientos. En el archipiélago de la historia, ha dirigido su atención a una isla en la que todavía hoy se hacen nuevos descubrimientos. Hay escasos orientalistas de valía; las grandes figuras pueden contarse con los dedos de una mano. El campo es enorme y, como ocurre en la gnosis, algo difuso. Es indispensable una inclinación innata, aunque sólo sea para superar las barreras filológicas. Pero entonces se abre un inmenso tesoro de manuscritos y de incunables, en los que hay que ir separando las perlas de entre la escoria teológica.

Nebek tiene los requisitos necesarios. También a mí me resultó antipático —ya por el simple hecho de que intentó muchas veces utilizar mi luminar que, junto con las visiones directas del bar de noche, son el cebo que me mantiene en la alcazaba. Cuando le conjuro, necesito una paz total— allá el objeto, aquí el ojo, en solitarias nupcias; la presencia de un tercero aportaría una nota obscena.

Además, los temas que él estudia desviarían mi atención. Se centra en los grandes Khanes —Gengis, Jayuk, Kubilai, Baber, Timur y otros. Esto me fascina, pero sólo de forma marginal— sólo allí donde las hordas irrumpieron en las culturas. Aquella su manera de insurgir desde la Gran Mongolia, para devastar países y pueblos y desaparecer después como una pesadilla, tiene el signo de algo elemental, como un pálpito. Tal vez sea como el flujo y reflujo de un regulador telúrico…, pero ¿dónde está la luna? De cualquier forma, es escaso el botín para el historiador.

*

En cierta ocasión, hablando de Nebek por la noche en el jardín, me hizo Vigo la siguiente confidencia: «En realidad, no sé si merece el título de orientalista. Pertenece más al tipo de criminalista que estudia las huellas en la arena. Pero estas huellas sólo se encuentran en las culturas. Hasta en el Rin se encuentran herraduras de caballos mongoles. Lo que Nebek desentierra en los monasterios de los lamas no tiene valor. Estudia las fuentes chinas, persas, indias y occidentales, para disfrutar con nuestras cicatrices. Aquí, en Eumeswil, la masa es ahistórica, la élite metahistórica, la mayoría se Umita a vegetar, algunos piensan…, pero él es antihistórico y sólo se sentirá feliz cuando nuestra ciudad comience a ser pasto de las llamas».

*

Vigo permite que cada cual desarrolle su propia valía y por eso me extrañó esta crítica. A continuación, pasó a los principios generales: «Donde estos hombres hacen acto de presencia, se esfuma el tiempo histórico. Y esto, como la caída de los meteoros, está fuera de todo posible cálculo. Hay en el firmamento agujeros oscuros de los que lo más que podemos suponer es que están llenos de materia interestelar. Tenemos en nuestros fondos una polvorienta crónica moscovita de los tiempos de Iván III, poco antes de que consiguiera liberarse del dominio de aquella horda. Su retrospectiva histórica es pobre, tal como era de esperar. Pero lo que me llamó la atención fue la conclusión, en la que se expresa, de forma ingenua, la aniquilación del tiempo: y esta situación intolerable durará cuatrocientos años».

»Sí, pueblos sin casas y sin calendarios, pero sensibles a los tiempos atmosféricos, pueblos lunares, sin perfiles para el historiador. Tal vez aquí se apoye aquella aversión que sentía contra los turcos uno de los de la remota antigüedad».

*

Como todos los profesores, también Nebek tiene acceso al Gran Luminar, pero sólo allá abajo, en el Instituto, y por un tiempo limitado. Es algo así como una llave maestra, parecida al fonóforo de oro. Los alumnos trabajan en aparatos con teclados limitados.

Surge espontáneamente la comparación con la masonería; también aquí se pasa de «aprendiz» a «compañero de oficio» y luego a «maestro»; el hecho se reconoce en la palabra y en la acción; muchos fracasan ya ante las dificultades técnicas; es duro el aprendizaje de los ideogramas, hasta leerlos y dominarlos como un juego. Los hechos son más numerosos que las moléculas en el cerebro de un adulto. Además, hay exámenes.

Aquí arriba, Nebek echaba a faltar el gran instrumento. Pudo comprender su reacción. Tenía que contentarse con una emisión procedente de los archivos del Khan Amarillo, tal como correspondía a su especialidad, pero no a sus necesidades estetoscópicas.

Su especialidad explica sus viajes de estudio, que le han llevado a aquellas regiones y le han dado un cierto peso político, si bien modesto. Suele insinuar que una vez el Khan le concedió una audiencia. Sea como fuere, también es cierto que toma parte en los paseos a caballo de la mañana —no entre la servidumbre, como Salvatore, a quien conocía bien, sino en el séquito inmediato, con los efebos y la guardia.

Su deseo de compartir conmigo las horas del luminar respondía también a su necesidad de un contacto más íntimo. Lo mismo les ocurría a los demás camareros asignados a mi servicio. Barruntan un suelo neutral y se adentran en él con ritmo de danza. Se aprenden entonces cosas que ocultan incluso a sus mujeres, se pueden lanzar ojeadas a las zonas más íntimas. ¿Qué sería un historiador sin conocimiento de los caracteres? Un pintor que sólo dispone de lápiz, pero no de color. De otra parte,

debo ser precavido. Aquí, como en cualquier otro tipo de neutralidad, es preciso alejarse de todo compromiso.

*

Nebek es de mediana estatura, sólidamente construido, de anchos hombros, cintura estrecha y vigorosas piernas —la figura de un jinete. Realzan la impresión las botas, los pantalones de montar, el cinturón de cuero. Cuando entró al servicio de la alcazaba se presentó ya vestido de jinete y con él llegaba un hálito de piel de Rusia. Esmerada presencia, aunque un poco engolada, como después de un baño de vapor— no sé cuántas veces al día se muda de camisa. No le gusta estrechar la mano.

Los cabellos no rubios, como él hubiera deseado, sino de un pálido color de cera; aunque de escasa barba, se afeita meticulosamente. No sé si se depila, aunque no tardé en saber de sus propios labios que se lo hace a su palomita.

Estas confesiones fueron precedidas por una clara fijación de fronteras. Quiero anotarlo aquí, aunque es una minucia, porque hace luz sobre los entresijos del servicio interior. Como ya dije, cuando me levanto tengo una especial sensibilidad para ciertas percepciones, por ejemplo contra el olor a cuero, caballos y perros que, ya en principio, me resultan desagradables. Entra en este capítulo el uniforme de los cosacos. Era evidente que lo había hecho aposta. Le dije, pues, aunque de ordinario los subalternos se tutean:

«Mañana me gustaría verle en uniforme de servicio».

Nebek tiene la cara pálida, no sólo porque, como me ocurre a mí, no sabe alejarse del luminar en las noches libres de servicio. Es que, además, evita el sol; sus ojos son de un azul sumamente desvaído. Su rostro es inquieto, tempestuoso a veces, y en otros distante, de duro perfil sármata. La luna está en Sagitario y entonces se siente poseído de una seguridad onírica:

Replicó: «Sabe tan bien como yo que no puede darme órdenes».

«Será mejor que lo haga».

Alzó la barbilla, intentó gallear, adoptó una actitud imponente. Luego depositó el servicio y salió. A la mañana siguiente, se presentó con la túnica de franjas y el pequeño barquito. Se había descalzado las espuelas.

*

Modus in rebus…, hay que conocer las reglas del juego, tanto si se está bajo la tiranía como en el *demos* o en casa de un amigo. El principio es válido sobre todo para el anarca…, es su segundo mandamiento, acto seguido del primero: «Conócete a ti mismo».

Nebek, que no es anarca, sino hombre violento, había quebrantado las reglas. Era demasiado inteligente para no advertirlo al instante y para actuar en consecuencia.

En todo lo referente al trato y el atuendo, el Domo tiene una atenta y penetrante mirada, y con razón, porque por aquí comienzan los motines. Si no se le para en seco a uno cuando se desabrocha el primer botón, pronto se presentará desnudo.

Aparte esto, allá abajo, en el Instituto, yo tengo un rango superior al suyo, ya que soy la mano derecha de Vigo. Y, en fin, Nebek esperaba que yo le dejara mi luminar. Así pues, no tardamos mucho en entendernos.

Podría creerse que el choque se debió a su falta de cortesía. Pero no era así. Al contrario, tenía los mejores modales que cabe imaginar. Debe estar relacionado con su sensibilidad a flor de piel, con su modo de ser sumamente sensitivo, que le obliga a guardar distancias como por instinto. En este sentido, se movía con la habilidad de un maestro de baile.

Por otra parte…, cuando la danza tuviera como escenario los jardines, caería la máscara.

*

Una noche, tras largas horas de servicio en el bar, y mientras me hallaba todavía sentado ante mi vaso de vino, entró en la habitación sin llamar. Era luna llena; su rostro aleteaba. Era evidente que había bebido. Le serví un vaso. Llevaba una casaca entreabierta, adornada de cordones, un vestido de fantasía. Debajo se percibía la piel, muy blanca. Había sido soldado en alguna parte.

Tras haber bebido generosamente, me acerqué a él y le puse la mano en el brazo: «Nebek…, ¿dónde te aprieta el zapato?».

Lo que afloró no era nada bueno. Cambió la escena. Ahora me hallaba sentado junto al depravado hijo de un pope, en una taberna; corrían las cucarachas por el suelo; sucios iconos pendían de las paredes. Alguien tocaba *La Paloma*[9] con una cítara. Era uno de esos instrumentos bajo los que se les colocan las hojas cubiertas de notas; la mano sigue el clisé ya impreso.

Había perdido a su blanca paloma, a la que había adorado como a una santa —y la había perdido de villana manera. Ella estaba por encima de toda duda; había superado la prueba a que él la sometió. Le había contado su sueño:

«Yo languidecía en lo más profundo del infierno, que tenía bien merecido, mientras que tú descansabas en los hombros del Señor. Tú mirabas desde lo alto mi tormento. Una pequeña gota de agua lo aliviaría, aunque sólo fuera por un segundo; yo te supliqué. Tú no dudaste: sacaste una lágrima de tus ojos y la dejaste caer sobre mi lengua —esto fue la salvación: dime, ¿serías capaz de hacerlo?».

Apartó con la mano los cabellos que caían sobre su frente: «Sí, Manuel, ella lo prometió —aquí no había dudas. Yo besé sus

pies».

*

El asunto me disgustaba. Creaba una mala atmósfera en el estudio. Uno puede llegar a descomponerse, pero no perder la compostura. Nebek cultivaba este punto; de ahí su pulcritud, que llegaba hasta la obsesión del lavado.

Hacía calor; abrí la ventana y oí los pasos de los centinelas sobre el granito. Existen también sonidos refrescantes. Una variante de la historia del rico Epulón y el pobre Lázaro. Desde muy pronto, este texto formó parte de aquellos lugares de la Escritura que me causaban especial desagrado: el padre Abraham, con su arrogancia legalista, prohíbe a Lázaro refrescar, «ni siquiera con la punta de los dedos», la reseca lengua del desgraciado atormentado por las llamas. Legiones de rígidos y pedantes profesores han repetido aquella infamia.

Volví a sentarme frente a Nebek: «Al grano. ¿Qué ocurrió?».

*

Beirut es un cálido adoquinado, en el que viven, unos junto a otros, mahometanos, cristianos y judíos, subdivididos además en sectas. Del mismo modo que hay suelos uranianos que han contribuido acaso a la evolución mucho más de cuanto podemos soñar, hay también paisajes de incesante agitación cultural. El tiempo no actúa aquí como en la historia profana. Aquí se crea el tiempo.

Entre estas sectas están los drusos y los maronitas; los primeros invocan al divino Sarasi, los otros a San Maro. Los dos se vienen combatiendo desde hace muchos siglos.

Cuando Nebek inició sus estudios, se hospedó en la casa de una familia maronita: una viuda con dos hijos: una muchacha,

nuestra palomita, y su hermanito. Vivían en una casa de un solo piso, junto a la playa, cerca del paseo de Maameltein.

Ya desde el primer día le hechizó la palomita…, su timidez, la palidez de su rostro, su obediencia a la madre, su modo de cuidar de su hermanito, de adornar las imágenes de los santos ante los que hacía sus oraciones.

Y pasó lo que tenía que pasar, en una noche de luna como ésta; paso por alto los detalles clásicos…, «no hay un ángel tan puro como esta niña».

También la viuda lo había notado, por supuesto; al parecer, no lo veía con desagrado. Es también comprensible que, antes de que las consecuencias comenzaran a notarse, exigiera el matrimonio. Nebek abandonó la casa una noche y se vino a Eumeswil. Era todavía un estudiante; le conocí cuando se presentó a Vigo. Nos sentimos fascinados ante aquella su primera visita. Aparte la circunstancia de que aportaba a la discusión los más extraños datos, tenía una especie de poder pasivo de sugestión, una silenciosa sonrisa que casi imponía el asentimiento. Era indudable que se le concedería una beca de estudios. Además, venía recomendado.

*

Muy pronto advirtió que no podía olvidar a su paloma; su recuerdo le obsesionaba, era aún más poderoso que cuando estaba cerca de ella. Un día se presentó ante Vigo: «Deseo casarme. Esperamos un niño».

Vigo dijo: «Le felicito, un niño es una gran cosa… no puedo menos de aprobar su decisión».

Nebek voló a Beirut, se casó según el rito maronita y regresó con su palomita. Aunque fuera de la facultad apenas tenemos contactos, una vez me invitó a su casa. Es difícil precisar qué es lo que un hombre encuentra en una mujer y qué es lo que sueña

en ella —sobre todo si este hombre se sienta a tu lado con cara de preguntarse: «¿Qué me dices ahora?».

Sea como fuere, la recuerdo tanto como al pastel que dejamos cortésmente a un lado, tras haberlo examinado junto a otra docena. Vertía el té y seguía nuestra conversación, sonriendo de vez en cuando. «También una naturaleza lunar —tal vez debería maquillarse un poco».

Al poco tiempo nació el niño. Murió a los pocos instantes —tenía sin soldar los huesos del cráneo. El Domo había concedido un permiso a Nebek; regresó a la alcazaba más pálido que nunca. De todas las horas del zodíaco que había calculado, aquella había sido la más nefasta; Marte ascendente, Júpiter descendente…, mejor era así.

*

Cierto, mejor era así… y muy pronto supe la sencilla razón. Con todo lo que pesaba sobre aquella mujer, era imposible que tuviera hijos sanos.

Hay dos circunstancias que me parecen casi increíbles: primero, que ella hubiera sido capaz de guardar durante tanto tiempo el secreto y segundo que él, que es un policía nato y un olfateador hipersensible, hubiera tardado tanto es descubrirlo. Por supuesto, aquella noche de luna debió estar como en trance, pero no le faltaron otros indicios, ni antes ni después. Evidentemente, éste fue el punto ciego de su ojo, que todos conocemos por propia experiencia.

Pero, en fin, tenía que llegar el día en que sintiera el extremo del hilo entre sus dedos y entonces todo se redujo a ir ascendiendo por él como una araña. El resto fue simple rutina, torturadora inquisición. Nebek es una de esas naturalezas a quienes preocupa el pasado de la mujer amada. No debe haber ni un átomo de polvo sobre el ramo de flores. «Maldición, siempre ha ha-

bido alguien, o el primo bajo la enramada o el tío que la meció en sus rodillas».

En su caso, el señor que se le había adelantado era un estudiante que se había hospedado antes que él en casa de la viuda. También, como él, abandonó la casa de noche, cuando se le anunció el pequeño Benjamín…, el hijo de la palomita, no su hermanito.

*

En aquella secta de los *Haeretici ad Libanum nontes* predominan las concepciones paleotestamentarias. Goza de un inmenso prestigio el rigor ascético. Lo mismo cabe decir del himen intacto y de la venganza de sangre. En este sentido, Nebek se hallaba en buena situación.

La viuda fingió que estaba embarazada y se refugió con su hija en las montañas, donde la palomita trajo al mundo al Benjamín. Y luego regresaron de nuevo a Beirut, presentándolo como su hermanito. De haber vivido el padre, habría matado a la hija. O cualquier otro pariente masculino, por lejano que fuera, se habría encargado de la tarea.

Sólo puedo explicarme que el secreto pudiera mantenerse tanto tiempo debido a la sumisión de la palomita y al rigor con que, a no dudarlo, había instruido la viuda a su hija, hasta en los menores detalles. Pero la tensión interior debió ser insoportable.

Todo esto me contó Nebek, aquella noche de luna, mientras estaba sentado frente a él. Era evidente que no podía resistir más. Le pregunté:

«¿Por qué no le…?».

«¿No le corté el cuello inmediatamente?».

«No, pero pudiste mandarla a su casa. Es lo que haría todo el mundo, incluso en circunstancias menos graves. Y, a fin de cuentas, no eres un santo».

«Dios no lo quiera. Ahora soy su demonio, después de haber sido ella mi ángel. Se lo tiene más que merecido. No se librará tan fácilmente de mí».

«Nebek, créeme; ella es como tú la conociste al principio…, tú has llegado hasta el fondo de su ser, lo demás son accidentes. Ella es un cordero pascual de nacimiento».

Pero era esto lo que le sacaba de sí. Allá, en el fondo último, hallaba placer en lo que le había sucedido.

*

Primero empezó por presionar sobre la viuda. Voló a Beirut y la convirtió en su esclava, incluso físicamente. Allí mismo, en la cocina, ante el crepitante fuego, la forzó y sació su primer furor. «No hubo explicaciones, ella supo desde el primer momento a qué se debía». Luego, le sacó con extorsión la renta, su viñedo, cepa por cepa, y, finalmente, le llegaría el turno a la casa. Y, además, seguía teniendo a la palomita en su puño.

Cada vez que regresaba de la alcazaba, la sometía a interrogatorio; se sentaba en el sillón y la obligaba a postrarse de rodillas. Pasaré por alto los detalles. La sondeaba cada vez más a fondo. Quería profundizar cada vez más —sobre todo la noche en que su predecesor se acercó a ella. Escudriñaba hasta la última fibra bajo la lupa del tiempo. Debía agitarse en su interior una angustia primaria, que calmaba con torturas.

«Nebek, así no solucionas nada; la vas a matar. Y luego irás a llorar ante su tumba como ante una santa y te colgarás del techo. Envíala a su casa».

Magma del período arcaico, peso intolerable. «De pronto, una mosca se despertó y empezó a zumbar y luego se calló, posada en el techo. El príncipe se estremeció. "¿Has…?", logró susurrar al fin. "Lo he hecho…", dijo Rogoshino, también en voz queda, y bajó los ojos».

*

«Nebek, esto no es el final: tienes que sondearte hasta el fondo. Dime, ¿no has tenido, como todo el mundo, sueños infantiles, ensoñaciones, por las que nos dejamos llevar antes de saber en qué consiste el juego, sueños despiertos?».

Sí, conocía esto muy bien. De niño, sus padres le enviaron a la escuela coránica, una especie de jardín de infancia para los retoños de las familias pudientes. Sólo estuvo un corto tiempo, durante un cálido y somnoliento verano en Beka, la fértil llanura entre las cadenas del Líbano y el Antilíbano. Ya me había llamado la atención su modo de sentarse a la turca; esto o se aprende de niño o no se aprende nunca.

«El maestro se llamaba Mustafá; era un hombre ignorante, que se había alzado el turbante sin ningún derecho; apenas sabía leer con mucha dificultad. Y, sin embargo, nadie se atrevía ni a respirar cuando él entraba; calzaba altas botas, llevaba el recado de escribir en el cinturón y el libro bajo el brazo. Su ralo mostacho le colgaba a ambos lados sobre el pecho. Mustafá era rígido y esto complacía a los padres.

»Se colocaba detrás del pupitre, nos clavaba la mirada como un caballerizo que examina sus caballos y recitaba la oración, mientras nosotros nos inclinábamos. Luego venía la repetición de memoria a la que él, como todos los maestros necios, concedía la máxima importancia. Para mí no era difícil; yo era su discípulo predilecto, porque ya entonces podía repetir sin errores y omisiones cualquier texto, con sólo haberle escuchado una vez en voz alta y pausada. Podía repetir incluso la segunda sura, la de la Vaca, que es la más larga, después de haberme inclinado hasta la cintura, como si la leyera en el papel. Y eso cuando apenas tenía seis años. Era para él el alumno que se propone como modelo. Tú también conoces mis maneras corteses.

»Entre mis condiscípulos, los había que podían repetir el texto más o menos bien, otros mal; algunos eran incapaces de decir una palabra. Entonces me frotaba interiormente las manos, porque sabía lo que venía a continuación. Mustafá se acariciaba las puntas del bigote y su rostro tomaba tintes sombríos. Si en algo era maestro, era en los castigos. El culpable tenía que salir de las filas, quitarse el cinto del pantalón y echarse sobre el pupitre. Y luego venía la vara. Veíamos su cara, contraída como la de una gárgola.

»Yo había notado que para este tipo de lecciones el maestro prefería a un tipo determinado —y no precisamente de los que no sabían repetir una palabra. Elegía a los chicos guapos, a los hijos de los *effendis*, que barruntaban lo que les esperaba y empezaban a temblar apenas fijaba en ellos la mirada. Eran también mis predilectos.

»Ya en las primeras horas de la mañana hacía calor. Buscaba la sombra mientras me dirigía a la mezquita, con mi pizarra, musitando entre labios la sura de la lección… y entregándome al mismo tiempo a pensamientos agradables. Probablemente hoy le tocaría salir al pupitre a éste o aquél.

»Esta esperanza casi nunca quedaba insatisfecha. Con Mustafá había que dar por descontadas dos o tres lecciones, sobre todo si estaba de buen humor. Lo curioso del caso es que no se le pasó por alto mi aprobación. Cuando llamaba desde el pupitre a uno de nuestros favoritos, me guiñaba el ojo —oh, era magnífico.

*

«Mustafá era mi modelo, me identifiqué con él. Había en nuestro jardín una enramada y me refugiaba en ella por las tardes, para soñar con mustafá. Era un rincón apartado. La enramada era muy frondosa e incluso la entrada estaba oculta por una cortina de zarcillos. Se habían entrecruzado dos plantas tre-

padoras: la calabaza vinatera y el pepinillo del diablo. La primera la había plantado el jardinero, la otra había crecido sola, como la mala hierba.

»Me quedaba allí, sentado, como un pájaro en su verde jaula, hasta que salía la luna. Las pesadas calabazas pendían del enrejado, sujetas por el cuello».

El rostro de Nebek había recobrado su compostura; movió la mano, como para «calcular un peso.

»Y además los pepinillos del diablo. Tiene curiosos frutos, como ciruelas, que amarillean cuando están maduras. Están tensas, como pistolas con el percutor a punto —apenas las tocas con el dedo, y casi con sólo pensarlo, se disparan, derramando jugo y semillas. Me divertía jugando con ellas; tenían un sabor amargo, cuando la rociada me salpicaba los labios.

»Yo me convertía en Mustafá, alcanzaba, con él, la dignidad de pachá. Llamaba a los favoritos al pupitre, para someternos a interrogatorio, y era más severo que el mismo maestro. Introducía, además, una variante: también había muchachas. Solía espiarlas en los jardines vecinos; están, desde pequeñas, vigiladas por eunucos.

»También ellas tenían que quitarse el cinturón de sus pantalones; ordenaba que se presentaran por parejas, para averiguar lo que habían tramado entre sí…, de nada servían las negaciones. Qué era lo que tenían que confesar… era un misterio que se me escapaba aunque, por supuesto, no existía la menor duda sobre su culpabilidad.

»Éste era mi juego favorito en aquel jardín; me entregaba a él muy a menudo, hasta que los primeros pájaros se agitaban en los arbustos; entonces volvía a casa. Soy hombre nocturno; ya entonces llamaba la atención la palidez de mi tez. Mi padre creía que estudiaba demasiado y estaba preocupado por mí».

*

Esto me contó Nebek. Es curioso notar cuán tempranamente se configura la composición de la vida, que luego se repite en el destino. Ya lo venía sospechando: él y la palomita estaban hechos el uno para el otro. No era culpa de ella…, era su secreto, que él no le podría arrancar con ninguna tortura, su secreto el que la hacía culpable y acarrearía su muerte.

Clareaba la luz del amanecer, los caballos piafaban en los establos, los perros ladraban. Dije: «No puedes perdonar…, eso ya lo veo. Así que repite tres veces la fórmula de divorcio —tienes que enviarla a su casa».

Sería demasiado prolijo contar aquí cómo lo conseguí, cómo se lo impuse. Tenía medios para ello. Por lo demás, fue un trabajo inútil. *Oleum et operan perdidi*. Apenas había llegado la palomita a Beirut, cuando su madre nos comunicó su muerte.

Aunque la viuda le maldecía, Nebek voló otra vez allí; fue imposible disuadirle. Volvió, más pálido que nunca, pero los rasgos de su cara tenían —¿cómo decirlo?— algo de luminoso. Me contó lo sucedido.

En aquellos climas la calefacción de invierno se consigue con el *mangal*, un brasero de barro o de cobre, que se pone debajo de una mesa camilla, con faldas hasta el suelo. No es difícil intoxicarse con las emanaciones del carbón y de hecho se dan frecuentes casos. Esto es lo que había hecho la palomita y —Nebek insistía mucho en ello— con extremada pulcritud. Se había puesto sus vestidos de fiesta, con un pañuelo en torno a la cabeza, para no estropear su peinado. Ya era la santa.

*

«¿Hueles algo?», preguntó el príncipe.

«Tal vez huela algo, pero no lo sé. Por la mañana lo podré oler, sin duda».

Ya he rozado antes el tema de la relación del anarca con el *ethos*. Hay que distinguirlo de la moral. El guerrero sigue su *ethos*, sobre cuya moralidad pueden abrigarse dudas. Ser y costumbre entran en conflicto.

Comprendo muy bien —aunque no las apruebo— las relaciones entre el mando y los subalternos en la alcazaba, y en particular las de los camareros que se traen el desayuno y que, llegado el caso, lucharán a mi lado en el chozo de caza. Pero las desaprobaciones no deben influir en mi visión histórica. Ante todo, hay que prescindir de culpa y castigo. Culpa y expiación es otra cosa. Cada cual paga su uniforme, cada cual expía sus culpas.

Por otro lado, el anarca debe conservar su aureola, es una necesidad tan perentoria como el aire que respiramos. También cuando caminamos por la calle evitamos pisar excrementos. Cuanto más a nuestras espaldas quedan la ley y la costumbre, el Estado y la sociedad, más debemos pensar en nuestra propia limpieza. Es una distinción similar a la que se da entre el desnudo y el vestido. El uniforme sólo tiene agujeros, el cuerpo, heridas.

He notado que cuando ellos se reúnen en casa de mi querido papá, para mejorar el mundo, pronto apesta la atmósfera. Son entonces inútiles los sahumerios, los climatizadores de ambiente —hay que salir fuera. Mi profesión de historiador me obliga a personarme allí de vez en cuando; se trata de una obligación tan indispensable para mi vida cotidiana como para la ciencia. El peor hedor es el de los anarquistas…, que se da siempre y en todas partes, también en Eumeswil. Se me admite en sus círculos gracias a mis alumnos, aunque me tienen por persona sospechosa.

Este mal olor se explica en virtud de su máxima —en sí acertada— de que cada cual debe vivir según su gusto, sólo que su gusto es maloliente. Se encuentran allí tipos que pisan ex profeso los excrementos y que, además, hacen gala de ello, como de

una proeza. Vigo los contempla con cierta benevolencia, aunque sus actividades le hieren de refilón. «Dentro de diez años, todos ellos serán notarios y se peinarán a la última moda».

*

Lo concedo…, pero ¿qué es lo que les atormenta? Su concepción infradesarrollada de la libertad. Los hechos la corregirán. Si descendieran un piso más y se confesaran anarcas, se ahorrarían muchos sinsabores. Buscarían la libertad en sí mismos, no en la colectividad.

Prima vista, el anarca parece identificarse con el anarquista en cuanto que ambos admiten que el hombre es bueno. La diferencia está en que el anarquista lo cree y el anarca lo concede. Para él, pues, es una hipótesis, para el anarquista, un axioma. La hipótesis tiene que comprobarse caso por caso; los axiomas son inconmovibles. De donde se siguen los desengaños personales. En consecuencia, la historia del anarquismo es una cadena de secesiones. Al final, sólo queda el individuo, como un expulsado, como un ser desesperado.

En sus acciones, el bien guía al anarca no como axioma en el sentido de Rousseau, sino como máxima de la razón práctica. Rousseau tenía demasiadas hormonas y Kant demasiado pocas; el primero movió al mundo por sus confesiones, el segundo por sus conocimientos. El historiador debe hacer justicia al uno y al otro.

39

He terminado el desayuno; Nebek se retira. Me he anticipado un poco a los acontecimientos: de hecho, no ha pronunciado aún la fórmula de divorcio…, si tuviéramos que reunirnos en el

chozo de caza, tendré que reflexionar si no será mejor que le elimine.

Hace ya calor; en los matorrales, junto a la fortaleza, chirrían las cigarras, en el extremo oriental de la ciudad el milano parasitario vuela en círculo sobre los mataderos. A pesar de la distancia, lo distingo con claridad en el aire transparente.

Esta noche estoy libre de servicio; si no me llega una llamada, telefónica tengo el día para mí. Cierro la puerta, bajo la cortina, me quito la bata. La silla está a la distancia justa del luminar y al lado el indicador con sus teclados, varios ficheros y el instrumental necesario. Todo el mundo conoce la instalación, pero es, en cambio, un secreto la batuta que tengo en mi mano. En Eumeswil sus poseedores son aún más escasos que los que tienen el fonóforo, mientras que aquí ya para dominar la simple técnica se requieren muchos años de aprendizaje. Y ni esto bastaría, porque hay que llegar a olvidarse del instrumento. Pero, conseguido este estadio, se convierte en una prolongación de la mano. Actúa magnéticamente: los hechos saltan a nuestro encuentro.

El material es inagotable; fue atesorado en aquella época que puede considerarse como el Siglo de Oro de la historiografía. A medida que iban disminuyendo el impulso político y sus pasiones, aumentaba la perspectiva general. Innumerables sabios hallaron aquí su último amparo, su ilusorio refugio. Una de las mejores cosas que nos legó el Estado mundial fue la combinación de todos estos esfuerzos. Hubo, por supuesto, variantes, pero no hacen sino aumentar el placer estetoscópico. En el palacio de Tiberio aparecen con idénticos derechos el emperador y el esclavo, el comandante de la guardia pretoriana, el cocinero y el pescador. Cada uno de ellos es el centro del universo. Me perdería en el laberinto de una noche de opio si me adentrara en este terreno.

*

Primero la bibliografía. Lo que solemos llamar fuentes no es, propiamente hablando, más que lo fijado, el sedimento en signos escritos de toda una época. Pero basta un golpe de martillo y el manantial brota de la peña.

También los signos escritos ocultan un secreto inmediato, como los corales en los arrecifes petrificados. En ellos quedaron encerradas las moléculas, tales como las formó la vida, y pueden volver a vivir.

En la materia puede descubrirse, puede volver a liberarse de ella, un núcleo supratemporal. Son resurrecciones. Aquí la mirada sobrepasa la ciencia, e incluso el arte, para llegar a la plenitud meridiana del presente. La mano que escribió el texto es nuestra propia mano. La calidad no tiene importancia: el drama de la historia ha sido tejido, de punta a cabo, con el hilo de las nornas. Es el juego de los pliegues, no la tela, lo que crea las diferencias. Antes solía decirse: «Para Dios todos somos iguales».

*

En general, las respuestas a las preguntas del día anterior se encuentran en un buzón abierto. Se refieren a mis trabajos personales o bien a los que yo dirijo y controlo, como en el caso de Nebek y de Ingrid. Por lo demás, es lo que el sabio Basleda llama puro pasatiempo.

Una pregunta puede ser, por ejemplo: «¿Quién vivía, además de Robespierre, en la casa del carpintero Duplay, de la calle Saint-Honoré? ¿Qué fue de él y de Eleonora? Extracto del discurso que pronunció en 1789 Robespierre ante la Asamblea Nacional, solicitando la abolición de la esclavitud en las colonias y de la pena de muerte en el reino. ¿ Qué altura tenían las torres de la Bastilla?».

Y otras muchas cosas. El aparato de las respuestas en el formato pedido. La altura de la Bastilla era de 73 pies y 3 pulgadas.

Apenas la luz llegaba al patio. Era preferible pasear por los pasadizos de las torres, lo que se considera un privilegio.

Respecto de Duplay, no es necesario hojear el catastro ni los libros de direcciones —se dará con él, en una fracción de segundo, en el registro personal central, donde figura junto a otros diez mil homónimos. Si tuvo aunque fuera la más pequeña importancia, hay indicadores que remiten a otros ficheros, por ejemplo, al Departamento de Correspondencia o de literatura impresa. Una memoria de piedra, inmensa— y otra vez la esfinge da sus respuestas.

*

Puedo dominar esta pane mecánica de mi trabajo sin moverme de mi asiento, mediante proceso analítico, desde la alcazaba. Dejo que los textos se vayan desplegando en la pantalla y extraigo la documentación a medida que la necesito. Hay profesores en Eumeswil, como Kessmüller, que escriben sus libros siguiendo esta pauta. Pero no merece la pena detenernos en esto.

En los mundos subterráneos, que se han mantenido a través de todas las tempestades de fuego, debe haber cabezas dotadas de una capacidad original de asociación, que tal vez han constituido allí una especie de república de sabios. Sospecho que estaría dentro de lo posible llegar hasta ellos, una vez que los estudios hayan alcanzado aquí el último grado de perfección. Tal vez entonces bastaría con una sola palabra, una señal…, pero son sólo suposiciones.

He intentado a veces, aunque inútilmente, bosquejar un juego parecido a los que figuran con la etiqueta de «servicios secretos», en los que aparecen los colaboradores y sus adversarios. Me llegaban informaciones que casi nunca pueden obtenerse a través de los archivos —sino siempre de forma anónima, y maquinal. Nada de diálogos personales, pero sí informaciones apenas imaginables si se carece de intuición. Así, por poner un ejemplo:

Pregunta: «Puede estimularse el espíritu comunitario hasta un grado tal que obliga a la unanimidad. El problema sería sencillo si se pudiera imponer el asentimiento, pero en los casos extremos debe añadirse una exigencia que no deja ya ninguna otra alternativa y que levanta y hunde a los individuos como una ola. Busco un ejemplo significativo».

Respuesta: «París, Rue Saint-Honoré, de las dos a las tres de la noche del 10 de agosto de 1792 de la Era cristiana. Sigue la Era mundial».

Ya esto parece ir más allá de un simple desciframiento. ¿Se trataba de una insinuación de que ahora justamente me iba a ocupar de aquella calle? ¿Un primer barrunto?…, porque no podía ser simple casualidad. Luego venía el ejemplo: extracto de las memorias de la Marquesa de la Rochejaquelein.

Esta mujer, amiga íntima de la princesa Lamballe, ya tan cercana a su horrible fin, fue una heroína durante la rebelión vendeana. Se desencadenó allí una guerra de campesinos que tenía en común con la otra que devastó a Alemania tres siglos antes mucho más que el nombre. La rebelión de la Vendée fue posterior en el tiempo, pero anterior desde una perspectiva morfológica…, fue una guerra gótica; en ella lucharon unidos los tres estamentos originarios, los caballeros, los campesinos y los clérigos. En Alemania, en cambio, y por razones no del todo claras, se agitaba un nuevo estamento, entendido en un nuevo sentido. Aquí el campesino llegó demasiado pronto, en La Vendée, demasiado tarde. Aquí las enseñas llevaban pan y abarcas, allí, flores de lis.

El símbolo era acertado; la marquesa ofrecía a todas luces el prototipo de una persona a la vez valerosa y reaccionaría. Aquella noche cruzó con su marido los Campos Elíseos, donde durante el día habían sido asesinados más de mil hombres. Vieron los incendios cerca de la barrera, oyeron disparos y gritos. En la Plaza de Luis XIV les detuvo un borracho, que se jactaba de ha-

ber matado durante el día a muchos; ahora se dirigía a las Tullerías *pour aller tuer les Suisses*.

Hay noches en las que la atmósfera parece cargada de pólvora. Hay también plazas y calles, arterias principales de las grandes ciudades, en las que el terror hace acto de presencia en repetidas ocasiones. También los sabios dicen: la sangre cambia más que mil debates en la Convención. Allí se funden las diferencias.

En vano intentó el marqués calmar a su esposa, que estaba fuera de sí. Comenzó a gritar: «¡Vivan los *sansculottes*! ¡A la linterna! ¡Romper las ventanas!».

Esta mujer era a todas luces no sólo valerosa, sino también honrada, porque en sus Memorias registró este pasaje, que otros habrían pasado en sordina o simplemente olvidado.

*

Esto por lo que se refiere a la transmisión de los textos y a su combinación. Se desmontaron uno a uno los ladrillos de la torre de Babel, se los numeró y se reconstruyó de nuevo el edificio. Un juego de preguntas y respuestas lleva a los pisos, a las habitaciones, a todos y cada uno de los detalles de su instalación. Y esto basta para el historiador que cultiva la historia como ciencia.

Pero el luminar ofrece más. En las catacumbas no sólo crearon enciclopedias de inmensa extensión, sino que también las activaron. No sólo se escribió la historia, sino que se la representó. Se la hizo volver al tiempo, se la presentó con sus imágenes y sus actores. Debieron colaborar en la inmensa empresa no sólo sabios y artistas, sino también espíritus clarividentes, que miraban la bola de cristal. Cuando, a media noche, cito una de las grandes escenas, se llega al conjuro mágico, con inmediata participación personal.

Por supuesto, hay objeciones. Mi querido papá no suele utilizar esta parte del luminar; hiere su sensibilidad de exactitud his-

tórica. Pero ¿dónde está, exactamente hablando, la historia?… ¿en Plutarco tal vez?, ¿en los magníficos discursos de los reyes y los capitanes antes de la batalla? Es indudable que Plutarco compuso estos discursos y los puso en boca de sus héroes. ¿Y por qué no? Por lo demás, oigo muchas veces en el luminar cosas mejores. Son, en cambio, sumamente pobres las fuentes procedentes de la época en que inventaron las máquinas parlantes.

40

Tanto los textos como las representaciones escénicas del luminar me sirven de ayuda para mi estudio de la anarquía, al que me dedico especialmente, aunque en secreto. Doy cita a los personajes principales y secundarios del anarquismo teórico y práctico, desde el «Banquete de los siete sabios» hasta los dinamiteros[10] y lanzadores de bombas de París y San Petersburgo.

Añadiré una observación general sobre el luminar. Cuando aparecen personas en la escena, se ponen en sus labios discursos y réplicas con una habilidad que roza a menudo lo genial. Pero debe haber en las catacumbas una élite que está tratando de superar este estadio. Intentan que las personas respondan por sí mismas. Técnicamente, la tarea no debe ser imposible; sólo se requería un mayor nivel de automatismo. Ya hubo algunos tanteos en el pasado… en los ajedrecistas automáticos, en las palomas y tortugas artificiales, en la Oficina de Convergencia de Heliópolis. Evidentemente, lo que ahora se pretende es más ambicioso: es la reanimación. Y esto nos sitúa en otro plano: conexiones con Fausto, Swedenborg, Jung-Stilling, Reichenbach y Huxley —con las tentativas, una y otra vez repetidas, de no desvalorizar la materia en pro de la metafísica, sino… sí, aquí comienza el problema.

Las palabras reforzadas por el sufijo «ismo» delatan una peculiar pretensión, una voluntariosa tendencia, a veces una hostilidad anticipada. El movimiento se acentúa a costa de la sustancia. Son palabras con destino a sectarios, a gentes que sólo han leído *un* libro, a los que « han jurado sus banderas y. permanecen incondicionalmente fieles a la causa», en una palabra, a representantes y viajeros de lugares comunes. La conversación con una persona que se tiene por realista suele acabar casi siempre agriamente. Tiene una muy limitada concepción de la cosa, lo mismo que el idealista de la idea o el egoísta del Ego. Se etiqueta la libertad. Y lo dicho es válido también para la relación del anarquista con la anarquía.

Si en una ciudad se reúnen treinta anarquistas, se anuncia ya el olor de incendios y cadáveres. Antes, comienzan a oírse palabras obscenas. Pero si viven en ella treinta anarquistas que no se conocen entre sí, no pasa nada o casi nada; la atmósfera es más limpia.

¿A qué se debe el error, que ha exigido tantas víctimas y seguirá exigiéndolas hasta el fin? Si mato a mi padre, caigo en manos de mi hermano. De la sociedad cabe esperar tan poco como del Estado. La salvación está en cada uno.

*

Estos encuentros con el luminar darían materia para un libro. También habría repeticiones. El pensamiento rector: que la relación del anarca con el anarquista es muy simple, por muchas que sean las variantes. Por lo demás, la diferencia es gradual, no de principio. Como en cualquiera, como en cada uno de nosotros, también en el anarquista hay oculto un anarca; se parece al arquero cuyas flechas yerran el blanco.

Sea cual fuere el tema que estudiemos, hay que empezar siempre por los griegos. La *polis* en su multiplicidad: un sistema de retortas en las que ya se han aventurado todos los experimentos.

Aquí se encuentra todo —desde violadores de Hermes y los tiranicidas hasta el apartamiento total de los negocios del mundo. En este aspecto, puede servir de modelo Epicuro, con el ideal de la ataraxia fundamentada en la virtud. Los dioses no intervienen, se limitan a contemplar los afanes de los hombres como un espectáculo; del Estado sólo cabe esperar, en el mejor de los casos, seguridad…, el individuo debe procurar alejarse de él cuanto le sea posible.

*

Tuve que renunciar muy pronto a mi tentativa de agrupar a los hombres en dos polos. Por ejemplo: de un lado los soñadores, los quiméricos, los utopistas…, del otro los pensadores, los planificadores, los sistematizadores. Pero las fronteras no son precisas. Se corresponden sentimientos y pensamientos; persona y cosa, Estado y sociedad se funden íntimamente. La ola, irresistible cuando se precipita, se deshace en espuma, ya porque agota su furia o porque choca contra un obstáculo exterior. Así lo confirma la práctica —por ejemplo en las divisiones de los anabaptistas o de los saintsimonianos. Se requiere especial precaución cuando surgen pretensiones mesiánicas.

Hice desfilar el plan mundial de Fourier. Apareció en visión surrealista, como ya realizado. No había ni ciudades ni aldeas. El planeta estaba colonizado por casas de increíble altura, los falansterios. Las blancas torres estaban separadas por los campos de cultivos asignados a cada una de ellas, administrados y explotados en régimen de comunidad de bienes. Debo confesar que la visión tenía en sí algo de majestuoso, tal como Fourier lo había soñado. De hecho, en el curso de la historia se registraron aproximaciones a su ideal. Sueños e imaginaciones se anticipan siempre a la realidad.

Muchas de las cosas que entonces parecían utópicas fueron más tarde conseguidas y hasta desbordadas. En aquella época de

los fisiócratas, en la que predominaba todavía la economía agrícola, hubo ya cabezas que previeron los mundos técnicos; también ellos se apoyaban en sueños. Es cierto que aquellas planificaciones parecían a menudo palacios sin escaleras, pero algunas de ellas se realizaron.

Se piensa ya en el medio ambiente; así, gracias a la colaboración de los falansterios, se produce un cambio del clima, un cambio a mejor. Reina por doquier una temperatura agradable, armoniosa, como de invernadero. El agua de mar es potable, se logra la domesticación de los animales salvajes. Toda la tierra es habitable, incluidos sus desiertos y sus polos, sobre los que se instalan corrientes de luz que irradian calor.

La población mundial alcanza los tres mil millones. El hombre llega a una estatura de dos metros y vive 150 años. Los números ternarios desempeñan un importante papel; todo ello trasluce un espíritu armonioso. Los trabajos se dividen en necesarios, útiles y agradables. Las ganancias se reparten en tres clases: el capital, el trabajo y el talento. La mujer puede vivir con un esposo, un amante o un reproductor, o con los tres a la vez. También el hombre es libre en estos tres puntos. La crianza de los hijos se encomienda a las abuelas.

La idea básica de Fourier es aceptada: la creación se estropeó al fundirse en el molde. Pero su error consistía en creer que los daños eran reparables. El anarca debe guardarse, ante todo, de ser progresista. Aquí está el fallo del anarquista. Al actuar así, pierde las riendas.

De hecho, tampoco Fourier pudo prescindir de la autoridad. Al frente de cada falansterio hay un uniarca; al frente de un millón, un diarca; la totalidad está regida por el omniarca.

Cada falansterio se compone de cuatrocientas familias. Si se tiene en cuenta lo que ocurre aquí, en Eumeswil, en las casas con dos familias, puede imaginarse cómo irían las cosas allí Muy pronto todo huele que apesta. Entonces, tiene que intervenir el

uniarca «con escoba de hierro». Acaso tenga incluso que recurrir al diarca.

Fourier encontró un mecenas, que le proporcionó dinero y tierras para fundar el primer falansterio. La empresa fracasó ya en sus inicios.

*

Ante el anarquista se alzan dos escollos. El primero, el del Estado, puede ser superado, sobre todo cuando sopla el huracán y son altas las olas. Pero choca inevitablemente contra el segundo, el de la sociedad, y en concreto de la sociedad que él propone como modelo. Se da un corto intervalo entre el derrumbamiento de la autoridad legítima y el establecimiento de una nueva legitimidad. Dos semanas después de ser enterrado Kropotkin bajo las negras banderas, fueron liquidados los marinos de Kronstadt. Lo cual no quiere decir que en el intermedio no hubiera ocurrido nada…, tal vez fue Merlino, uno de los desengañados, el que encontró la frase adecuada: «El anarquismo es un experimento».

De ahí también las interminables querellas entre anarquistas, sindicalistas y socialistas de todos los matices…, entre Babeuf y Robespierre, entre Marx y Bakunin, Sorel y Jaurès, y todos los demás, cuyos nombres habrían desaparecido, como las pisadas en la arena, de no haberlas conservado el luminar.

Prescindiendo de algunas máximas que, de cuando en cuando, brillan a través de la niebla, la lectura de estos textos tiene, como en los Padres de la Iglesia, largos trayectos estériles y a menudo fastidiosos. Por lo demás, del mismo modo que allí todos los caminos llevaban a Roma, aquí, y a. partir del siglo XIX de la Era cristiana, todos parten de Hegel.

Cuando cité a Bakunin en el luminar, surgieron otros problemas. Para empezar: ¿cómo se explica el papel de la dorada juventud en las agitaciones anarquistas mundiales? Nunca faltaron

en sus filas príncipes, hijos e hijas de la alta burguesía, militares de elevada graduación, estudiantes que en su vida habían tenido un martillo en sus manos.

¿Y cómo se explica la mezcla de compasión y de extremada brutalidad de sus acciones? Estas facetas pueden darse unidas en una misma persona o repartirse en varias personalidades. Un encuentro clásico entre aristócratas del ala izquierda y de la derecha es el de Florian Geyer y su cuñado, que le mató con sus propias manos. Los campesinos no veían con agrado que los caballeros tomaran parte en su rebelión.

En sus andanzas, Don Quijote oyó los lamentos de un muchacho, a quien su amo, en castigo de una falta, había atado a un árbol y estaba azotando cruelmente. El Caballero liberó al infeliz e impuso una penitencia al verdugo. Pero apenas se había alejado, cuando el muchacho se vio otra vez atado y azotado con mayor rigor. Lo único que el Caballero había conseguido fue hacerse enemigo de los dos.

Una y otra vez afloran los conflictos tanto con el padre como con el hermano. Creo que se refería a Bakunin la siguiente anécdota que me contaron una vez: un padre de familia montó en cólera porque, cuando estaban comiendo, un criado rompió una bandeja o no sirvió de manera correcta. Sucedió entonces lo que los niños temían y les hacía temblar: su padre escribió una nota al próximo puesto de policía solicitando un castigo de veinte azotes. Cuando se marchó, los niños abrazaron al criado, para llorar con él…, pero él los rechazó; no quería nada con ellos.

Es malo verse excluido. Esto deja cicatrices. En Tolstoi se encuentran casos similares. En aquel tiempo estaban en vigor las carreras de baquetas.

*

En pura lógica anarquista, se podría tomar parte en guerras civiles, pero no en guerras nacionales. Hay excepciones y tam-

bién transiciones —por ejemplo la insurrección. En Bakunin se combinan el anarquismo y la eslavofilia. Garibaldi, héroe nacional con incrustaciones anarquistas, viaja por los campos de batalla de dos continentes. Sacaba buen partido del hecho de estar familiarizado con las armas de mar y tierra. Ofrece, en cambio, un deplorable espectáculo el ideólogo puro, que durante unos días o unas semanas «ha conquistado el poder».

También para el anarquista la guerra es el padre[11] de todas las cosas; le asiste la razón cuando deposita en ella grandes esperanzas. La máxima de Clausewitz, de que la guerra es la continuación de la política con otros medios, es válida para el anarquista, pero en el sentido contrario: en toda declaración de guerra, olfatea ya un nuevo amanecer. En la guerra civil mundial actuó, entre las naciones y los partidos en lucha, un difuso ejército de guerrilleros anarquistas. Fueron utilizados hasta la consunción.

Pocas veces los remolinos anarquistas agitan durante semanas o por más tiempo la corriente de la historia. Presuponen una situación política en tablas. Como ejemplo clásico suele citarse la Comuna de París, en el marco de una guerra galo-germana, hacia finales del siglo XIX de la Era cristiana. Socialistas y comunistas reclaman el honor de ser sus promotores.

También en el fuego de la historia es posible calentarse las manos, pero a conveniente distancia. Se olfatea la presencia de lo atemporal, que irradia sus inquietantes rayos en el tiempo. Si la guerra es el padre de las cosas, la anarquía es su madre; se inicia una nueva Era.

41

El dolor es la dote del historiador. Lo siente con especial agudeza cuando reflexiona sobre el destino de los reformadores del

mundo. Un lamento sin fin, una esperanza eterna pasa de generación en generación, como antorcha que se extingue una y otra vez.

El luminar reproduce las imágenes en toda su dimensión especial; puedo elegir, según me plazca, sentarme en la Montaña o la Gironda, ocupar el lugar de presidente o el de portero, que era tal vez quien mejor dominaba la situación. Soy a la vez acusador, defensor y acusado, a mi entera voluntad. Mi pasión fluye hasta los partidos como una corriente eléctrica.

El tema antes mencionado me lleva con frecuencia a Berlín. Visito la ciudad un poco antes de la muerte de Hegel y me muevo por ella unos veinte años…, exactamente hasta la revolución del año 1848 del calendario cristiano.

Es una revolución curiosa, porque provocó en los países europeos afectados por ella exactamente todo lo contrario de lo que pretendía y estancó la corriente de la historia universal durante casi un siglo. Se han buscado desde distintos puntos de vista las razones de este hecho. A estos procesos se los llama en medicina *maladie de relais*, es decir, la enfermedad que produce una nueva tensión; en este caso, por ejemplo, Bismarck y Napoleón III. Éste sería el juicio que habría emitido Kaunitz de haber vivido por aquel tiempo. Contemplaba desde la iglesia de san Pablo[12], la crisis no llevó a la curación, sino que abrió el camino a una enfermedad crónica. Es cierto que aquellas gentes carecían de toda capacidad de autocrítica. Yo sospecho que fracasaron porque predominaban los oradores de huecas frases idealistas, del tipo de mi papá. Y tales hombres evitan el derramamiento del «jugo especial».

*

Podría parecer a primera vista que la elección del lugar nos desvía del tema. El domingo por la mañana, Unter den Linden, tuve la impresión de hallarme en una ciudad habitada mitad por

soldados y mitad por filisteos. Los relevos de la guardia se dirigían al palacio y a la puerta de Brandeburgo, marcando el paso de oca cuando divisaban a un jefe de alta graduación; por la calzada central regresaban los jinetes de su paseo matinal en el Tiergarten. De la Mauerstrasse venían señores con sombreros hongos y damas con mangas de jamón, que salían de la iglesia de la Trinidad; todavía gozaban de amplia audiencia los sermones de Schleiermacher. El aire de la Marca es seco; Schelling había desilusionado, Schopenhauer se había desilusionado.

Me dirigí al castillo, junto al Spree, aunque me hubiera gustado visitar al soberano en sus habitaciones privadas. Nos sale aquí al paso, una vez más, una diferencia entre el anarquista y el anarca: el anarquista persigue al príncipe como a su enemigo mortal, mientras que el anarca mantiene frente a él una relación objetiva y neutral. El anarquista quiere matar al monarca, el anarca sabe que le puede matar…, pero deben moverle a ello razones no generales, sino personales. Si el anarca es a la vez historiador, el monarca le ofrece por añadidura una fuente de primera calidad, no sólo respecto de las decisiones políticas, sino también de la estructura típica de una época. No hay dos faraones iguales. Pero cada uno de ellos refleja su tiempo.

*

El anarca puede salir al paso del monarca con ánimo sereno; se siente igual, también entre los reyes. Este estado de ánimo fundamental se comunica también al príncipe, que advierte la mirada franca. Surge así una mutua benevolencia, favorable al diálogo.

Sólo quiero tocar de pasada las formas exteriores; por ejemplo, el modo de dirigirse al soberano. ¿Era necesario el tono insolente que empleó Herwegh con el monarca? Hubo germanistas que se ensuciaron ex profeso las botas cuando entraron en el Congreso de Viena —esto es resentimiento.

A todos les gusta que se les trate de forma personal, sea con el nombre de pila, el apellido o un diminutivo familiar, con un título o una distinción, Sire, Excelencia, Doctor, Monsignore, camarada Pérez, mi dulce palomita. «Primero tienen que familiarizarse a través de los títulos», esto es una buena manera de iniciar los contactos. Metternich era un consumado maestro en estos matices.

«A cada uno lo suyo», no fue la peor de las máximas prusianas. El anarca, bien seguro de lo suyo, se permite añadir su granito de ironía.

*

La conversación que me hubiera gustado tener con aquel príncipe se refería a una de esas figuras que reaparecen una y otra vez —a saber, al fracaso del ideal frente al poder del espíritu del tiempo, que lo degrada a la categoría de ilusión. El hecho se repite en los intermedios románticos que separan la aparición de nuevas escenas históricas.

Yo sabía que leía con gran interés los escritos de Donoso Cortés, al que muy pronto tuvo a su lado en calidad de encargado de negocios de España. España fue una de las ciudadelas de la reacción, como Inglaterra lo fue del liberalismo, Sicilia de la tiranía. Silesia de la mística y así sucesivamente. «Sangre y patria»…, el lema que entusiasma a los espíritus alicortos y divierte a las cabezas hueras.

Este autor y el rey compartían un mismo ideal: el del trono cristiano, amenazado por el socialismo ateo que iniciaba entonces sus primeros pasos. Los dos compartían la convicción de que el liberalismo sostenía el estribo o, como Saint-Simon prefería decir, el *chausse-pied* de los nuevos titanes, los futuros dominadores del mundo.

Sólo que la mirada del español era más clara que la del prusiano: alcanzaba cien años más lejos y contemplaba como ya

inevitable la catástrofe del orden sagrado; su actitud fundamental no era la del idealista, sino la del desesperado.

Je marche constamment entre l'être et le néant. Esto es lo que sucedió cien años más tarde. Aquí se dieron cita, junto a las exageraciones habituales de todos los ultras y radicales, cristalinas astillas, como las de aquellos para quienes la abolición de la pena de muerte legal constituyó la señal para los asesinatos ilegales.

Como quiera que sea, el historiador no puede tomar partido. Bajo el humus social, debe contemplar también el zoológico y el físico. Para él, la reacción es un movimiento entre otros, un movimiento indispensable para el progreso, al que acompaña como una sombra a la luz. En épocas armoniosas, el conjunto puede adquirir el ritmo cadencioso de una danza. Los Parlamentos eran inimaginables sin oposición; todavía hoy me gusta hacer desfilar en el luminar los duelos de alto nivel intelectual, como los de Pitt y Fox.

*

Como algunos otros de su familia, el monarca prusiano era un buen orador —cosa que para los príncipes es un don de discutible valor. Su aversión a los Parlamentos corría pareja con la de Donoso: rechazaba con energía «la transformación de la relación natural entre el príncipe y el pueblo, tan poderosamente asentada en su verdad íntima, en una relación convencional, constitucional».

Me informé con el luminar sobre los consejos que Donoso pudo haberle dado en este punto. En los archivos, que administran el pasado, hubo sin duda mentes preclaras que analizaron este tema. Le recomendaría sin duda el golpe de Estado. Pero es preciso admitir que el príncipe es la persona menos indicada para hacerlo, porque así se aleja del centro de gravedad de su poder. La dictadura no es hereditaria.

Los diálogos entre utopistas e idealistas, estimulados por la realidad, pero sin ser influidos por ella, tienen para el historiador un gran encanto: semillas de invernadero, al abrigo de granizadas. Donoso tenía que considerar como enemigos a todos los utopistas, por ejemplo al socialismo anarquista de un Proudhon, mientras que Marx era para él un desconocido. En Hegel veía un «devastador de cerebros».

Pero toda nueva chimenea que comenzaba a humear era un indicio en contra de sus ideas. Los destructores de máquinas lo comprendieron antes y mejor que él. En el siglo XXI de la Era cristiana volvió a festejarse con júbilo la reaparición de estos destructores.

*

El epílogo de los grandes partidos, de uno u otro signo, aumenta más aún el dolor del historiador. No se pronuncia ni contra el uno ni contra el otro, ni contra los dos, sino contra el poderoso Cronos, que devora a sus hijos, y también contra el Caos que engendró a Cronos.

*

Mi excursión al período anterior a la Revolución de 1848 no me ha llevado, como ya he dicho, al Palacio, sino que me encuentro en el Café Kranzler, en la Friedrichstrasse, con su célebre salón de fumadores y su «servicio de graciosas manos». Mi meta es la «Taberna de Jacob Hippel», ubicada, desde hacía muchos decenios, en el número 94.

Paseo por esta calle casi tan a menudo como por la Rue St. Honoré. En varias ocasiones me he encontrado no sobre sino entre las barricadas, por ejemplo en aquel mes de marzo en que soñó ante el Palacio el disparo fatal, y luego también al final de las dos grandes guerras entre la bandera roja y la cruz gamada.

Me hallaba allí cuando la barricada se convirtió en muro y también cuando fue demolida. Desfilaba, bajo diferentes monarcas y presidentes, hacia los campos de maniobras y de regreso a los cuarteles, acompañaba a los blindados desde la Cancillería del Reich hasta su destrucción en el puente de Weidendammer. Visitaba también las buhardillas, el estudio, allá en el norte, donde dibujaba Schadow, el cuchitril de estudiante donde Friedrich Hielscher cavilaba sobré la autonomía del yo. En frente había un cabaret, la Bombonnière, donde trababa conversación con las damas que paseaban a lo ancho y largo de las aceras.

Así pues, esta vez mi meta era la taberna de Hippel. Por aquellos años, solía darse cita allí un grupo de hombres a los que el público ilustrado y la policía prestaban una modesta atención; se les conocía con el nombre de «los libres» y eran etiquetados como de «extrema izquierda»; inteligencia, independencia de espíritu y descontento frente al orden existente eran sus notas comunes. Por lo demás, sus concepciones e intenciones eran muy dispares, una mezcla explosiva.

También tenían en común sus contactos con Hegel, de los que quedaban o cicatrices o puntos neurálgicos. Era muy conocido, como terrible crítico de la Biblia, Bruno Bauer, antiguo encargado de curso, que había sido despedido de su puesto y dirigía una editorial combinada con un estanco. Había estudiado con Schleiermacher, bajo cuya instigación atacó a Strauss y a su *Cristo histórico*. La causa inmediata de su despido fue su *Trompeta del Juicio Final*, que había hecho retumbar contra Hegel. Su protector, Altenstein, le abandonó a su suerte tras la publicación de aquel escrito porque, dijo, «evoluciona demasiado hacia la izquierda»…, el error típico de un ministro que no sabe comprender los cambios de los tiempos.

Como en las guerras de los campesinos, también estas actividades estaban vinculadas al Evangelio. Una de las funciones de las corrientes teológicas de anticipación consiste en definir y

asegurar el lugar de la libertad. Los «libres» lo ponían en la persona. La libertad debería convertirse, a través de la «conciencia de *sí*», en detonante de la acción. Había que fortificar la libertad en todos los frentes, contra el Estado y contra la Iglesia, contra el liberalismo y contra el movimiento social en ascenso. Todo esto era para ellos sólo «masa», que coartaba y paralizaba la «emancipación absoluta del individuo».

*

Uno de los asistentes asiduos de Hippel era Buhl… cuando no estaba en la cárcel. Una mente crítica. Hojeé en el luminar los escasos números de su revista *El Patriota*. Tal vez fue el primero que dio expresión a la máxima de que debe rechazarse no esta o aquella forma de Estado, sino su esencia misma. Ésta es la visión que le falta al anarquista y que puede extenderse también al capital. El capitalismo estatal es aún más peligroso que el privado, porque tiene una vinculación inmediata con el poder político. Esquivarlo es cosa que sólo consigue el individuo privado, no la asociación. También aquí fracasa el anarquista. Tal vez fue ésta la idea que movió a Bruno Bauer a proclamar —antes de volver a sus estudios históricos— que el ideal de los «libres» era la «ausencia de principios».

También Marx y Engels, que más tarde habrían de desempeñar un papel mundial, aunque sólo después de muertos, se contaron al principio entre los asiduos visitantes del grupo de los «libres». Ya se comprende que, a la larga, no podía resultar de su agrado aquella atmósfera; querían apoderarse del Estado, no destruirlo. Poco a poco, pero con creciente determinación, se fueron distanciando de ellos los «libres». Parece que los consideraban como precursores de lo que cien años más tarde se habría de llamar «posición de tiro de la batería».

La aversión era mutua y se expresó, entre otras formas, en un panfleto que publicaron los dioscuros tras su retirada de Berlín:

La sagrada familia o crítica de la crítica crítica, contra Bruno Bauer y consortes.

En estos encuentros se advierte que el enemigo capital de los socialistas no es ni el Estado ni la Iglesia ni el capital; todo esto puede ser convenientemente sustituido mediante aclaración científica y remodelación a cargo de una hábil propaganda. Su lucha no es contra el poder, sino por el poder. Su enemigo mortal es la anarquía, representada de un lado por el anarquista ideal y del otro por el *Lumpenproletariat*, que, en los momentos de crisis, se despoja de los últimos velos de orden y derecho y pone fin al debate. Para que éste pueda reiniciarse bajo nuevos signos, hay que comenzar por aniquilar a los dos, aunque fueron indispensables para alcanzar el punto cero.

42

Como siempre que se producen discusiones, la atmósfera era pesada. Pero es el precio a pagar. El objetivo de mi visita a los «libres» no era observar a uno de los grandes, sobre el que se han escrito bibliotecas enteras. De hecho, con el encuentro personal disminuye su talla.

Quería obtener información sobre uno de ellos, que apenas tomaba parte en la conversación. Se sentaba, silencioso, ante su vaso, fumando con evidente placer. Se decía que su única pasión era un buen cigarro puro. Por otra parte, ni en su vida profesional —era por entonces profesor en un colegio privado para muchachas de buena familia— ni en el matrimonio ni en la literatura (con una sola excepción) había cosechado grandes éxitos.

Su esposa, con la que Mackay sostuvo, muchos años después del divorcio, una entrevista en Londres, conservaba de él un detestable recuerdo. Se habían casado, en circunstancias escandalosas para la época, en la casa que ella tenía en Berlín, con Buhl

y Bauer como testigos. Cuando llegó el clérigo, miembro del Supremo Consejo Consistorial, apareció Bruno, en mangas de camisa, saliendo de un cuarto contiguo. También la novia llegó tarde, sin ramo de flores ni velo —faltaba la Biblia y no tenía los anillos de boda. Bruno Bauer les echó una mano, sacando de su monedero dos anillos de latón. El humor berlinés los convirtió en los «anillos de la bronca». Acabada la ceremonia, se quedaron todos bebiendo cerveza y reanudaron su interrumpida partida de naipes.

Se habían conocido en el grupo de «los libres». La esposa era, por supuesto, una *emancipada*. Su ideal era George Sand. En Londres se dio a la beatería. No quería ni oír hablar de su matrimonio y, frente al escocés, describía a su marido como astuto, zorro, furtivo: *sly*. Según su versión, él había derrochado y perdido en el juego todo lo que ella había aportado al matrimonio. Había algo de cierto en ello, porque el hombre fracasó en una serie de extraños proyectos. Como muchos literatos, junto a una total ausencia de sentido práctico, tenía excelentes ideas, que debería haber explotado en las novelas y no en los negocios.

Así, por ejemplo, comprendió las ventajas de centralizar la venta de la leche, que se seguía rigiendo por los usos medievales. Pero no había contado con las amas de casa, que ya se habían acostumbrado a sus campesinos, que llegaban todas las mañanas con su carrito arrastrado por un perro. No tuvo clientes. La leche se agrió y hubo que arrojarla a las alcantarillas. Pero la idea era buena, como lo demuestra el hecho de que poco después la pusiera en práctica un hábil hombre de negocios, conocido por «El lechero de la campanilla», que consiguió hacer fortuna.

*

Contemplo su suave perfil, mientras fuma sentado. El boceto que le hizo de memoria Friedrich Engels en Londres sólo es acertado en la parte central del rostro: la nariz recta y la fina bo-

ca. La imagen ha sido revisada y corregida en el luminar por los *mediums*. También aquí aparece la alta frente, aunque menos huidiza. A este Johann Caspar Schmidt le llamaban ya sus camaradas de Königsberg «Stirner», «frontudo». Más tarde, usó como pseudónimo este nombre de «Max Stirner».

También sus firmas son finas; llama la atención que, con los años, el trazo final va descendiendo. Por lo demás, no tuvo la muerte de un hombre libre; falleció a consecuencia de la picadura de un insecto, que se le infectó. Una vida trivial: fracaso en la profesión y en los negocios, matrimonio arruinado, deudas, tertulias con la palabrería habitual de la Revolución del 48, filisteos de alto nivel…, en fin, lo de costumbre.

Tampoco tiene valor su obra literaria, sus ensayos y críticas en periódicos y revistas; había sido olvidada ya en vida del propio Stirner, y habría desaparecido para siempre, víctima de las tempestades de fuego, de no haberla salvado el luminar. Y, sin embargo, cabalmente estas pequeñas páginas, que brotan en los períodos de crisis como setas, para desaparecer con igual rapidez, tienen un valor incalculable para el historiador que quiere estudiar las ideas *in statu nascendi*. Luego quedan sepultadas bajo los escombros de las revoluciones.

También se habría perdido el panfleto que redactaron contra Stirner Marx y Engels: un manuscrito *in folio* de varios cientos de páginas con el título de *El santo Max*. Cuando se desenterró estaba ya muy roído por los ratones. Engels se lo había confiado a un ebanista llamado Bebel. El luminar ha restituido el texto.

La redacción de este manuscrito se inició el año 1845, del calendario cristiano, fecha de la aparición de la obra más importante de Stirner. Este libro es la excepción antes mencionada. Así pues, la polémica era fruto de impresiones frescas e inmediatas.

*

En toda burla hay su granito de verdad. También en el «santo». Max. Stirner halló en John Mackay su Pablo. Mackay tomó muy en serio la santidad… por ejemplo, cuando puso al «Único» por encima de la Biblia:

«Del mismo modo que este libro "santo" se sitúa en los inicios de la Era cristiana y llevó sus efectos devastadores casi hasta los últimos rincones de la ecumene, también la nada santa obra del primer egoísta autoconsciente se sitúa en los inicios de esta nueva Era… para ejercer un influjo tan beneficioso como fue funesto el del "libro de los libros"». Y luego cita al autor:

«Un crimen brutal, desconsiderado, desvergonzado, sin conciencia, orgulloso, cometido contra la santidad de *toda* autoridad».

Tales pretensiones no son cosa nueva. También los franciscanos osaron afirmar que la vida de Jesús había sido «considerablemente superada» por la de su fundador. Sade fue aclamado como «el divino marqués» —y todo violador de fronteras puede contar con aprobaciones de este tipo. De Helvétius, que ponía la felicidad personal por encima de todo, y cuyo libro *De l'Esprit* (1758) fue públicamente quemado en París, decía una mujer muy espiritual que «había puesto al descubierto el secreto de todos». Así me lo hizo saber, en Auteuil, la esposa del autor, una mujer tan prudente como amable.

El signo distintivo de los grandes santos —y sólo hay unos pocos— es que van al fondo de las cosas. Lo más inmediato es invisible, porque está oculto en el hombre. Nada tan difícil de explicar como lo evidente. Pero cuando se descubre, o se lo encuentra de nuevo, desarrolla una fuerza explosiva. Antonio conoció el poder del solitario, Francisco el del pobre, Stirner el del único. «En el fondo», todo hombre es solitario, y pobre, y único en el mundo.

*

Para estos descubrimientos no se requiere genio, sino intuición. Pueden darse en la existencia más trivial, son obvios. Por eso, no se los debe estudiar como sistemas; se accede a ellos mejor con la meditación. Para volver al arte del tiro al arco, nunca se ha dicho que el arquero más ejercitado sea el que mejor acierta el blanco. Puede ocurrir que un soñador, un niño, un chiflado sean más precisos. Incluso el centro tiene un punto céntrico; el centro del mundo. No es temporal, ni se le alcanza en el tiempo, sino sólo en el intervalo atemporal. Uno de los críticos benévolos de Stirner —tuvo pocos, y sí muchos hostiles— le calificó de «metafísico del anarquismo».

Los chiflados son indispensables. Actúan gratis y tejen sus finas redes a través de los órdenes establecidos. Al hojear estas revistas ya olvidadas, di con un dato que me sorprendió. Un psiquiatra se había tomado la molestia de analizar los escritos de una «mujer de mente perturbada», una «criada puesta bajo tutela por idiotismo». Y le llamó la atención descubrir en ellos sentencias de gran penetración lógica, que coincidían del todo en todo con los puntos básicos de Stirner.

Paranoia: «La obsesión elabora casi siempre un sistema lógico en sí, cuya fuerza demostrativa no se puede invalidar por los argumentos contrarios». *Spiritus fíat ubi vult*. Lo que recuerda el juicio de un filósofo sobre el solipsismo: «Una fortaleza inexpugnable, defendida por un loco».

Por lo demás, Stirner no era solipsista. Él es el Único, como lo son Pedro y Juan. Sólo tenía de especial el hecho de que lo reconocía. Se parece al niño que juega con el juguete que ha encontrado en el suelo. Que se lo guarde para sí, responde a su naturaleza. Lo extraño es que comunique a otros su descubrimiento. También Fichte, que enseñó en Berlín una generación antes, había descubierto (mejor sería decir «desvelado») esta margarita en la «posición del yo por el yo mismo»; sólo que, tal vez asusta-

do por su propia osadía, lo envolvió en el papel de estraza de su oscuro pensamiento. A pesar de lo cual, también él gozó de mala fama de solipsista.

*

¿Cuáles son, pues, los puntos cardinales o los axiomas, si preferimos decirlo así, del sistema de Stirner? Son sólo dos, pero dan materia bastante para una meditación a fondo:

1. Esto no es Mi causa
2. Nada hay superior a Mí.

Huelgan los comentarios. Ya se entiende que el Único provocó, desde el primer momento, vivas contradicciones, que fue radicalmente mal interpretado y que se atrajo la reputación de monstruo. El libro se publicó en Leipzig y fue inmediatamente secuestrado. Pero el Ministro del Interior levantó el secuestro, porque «la obra es demasiado absurda para ser peligrosa». A lo que comentó Stirner: «Puede quitársele a un pueblo la libertad de prensa. En cuanto a Mí, conseguiré la impresión por astucia o violencia: el permiso de impresión lo saco de Mí, sólo de Mí y de Mi poder».

La palabra monstruo tiene, por otra parte, un doble significado. Se deriva de *monere*, advertir; el autor ha lanzado una de las grandes amonestaciones. Ha hecho comprensible lo evidente.

Las acusaciones centraron su fuego graneado, como no podía ser menos, en el egoísmo, un concepto que el propio Stirner no acertó a definir bien. Pero al Único le añadió en muchos pasajes la etiqueta de «propietario», y a veces incluso le sustituyó por ésta. El propietario no lucha por el poder, sino que lo reconoce como su propiedad. Se lo apropia o, por mejor decir, se lo adjudi-

ca. Y puede hacerlo sin recurrir a la violencia, sobre todo mediante la confirmación de la conciencia de sí.

«Todo puede ser asunto mío, pero nunca Mi causa. "¡Huye del egoísta!". Pero es de Dios, de la Humanidad, del Sultán, de todos cuantos fundamentan su causa sólo en sí mismos, de estos grandes egoístas quiero aprender yo. Nada hay superior a Mí. Como aquéllos, tampoco yo quiero fundamentar Mi causa sobre nada que no sea Yo».

El propietario no lucha con el monarca; se inserta en él. En este sentido, se parece al historiador.

*

Existe el gozo del descubridor. Cuando comencé a ocuparme del Único, no pude contenerme y lo comenté con Vigo. Mostró interés y dimos vueltas al tema en su jardín, bajo los cipreses, mientras la luna brillaba sobre la alcazaba.

¿Qué es lo que me había afectado tan profundamente? Había faltado el grueso de un caballo para que la flecha de Stirner acertara en el punto exacto en que sospecho está el anarca. Percibir las diferencias presupone una finísima capacidad de análisis que, en Eumeswil, sólo concedo a Vigo. También él advirtió inmediatamente la diferencia entre el propietario y el egoísta. Es la misma que separa al anarca del anarquista. Los conceptos parecen idénticos, pero son radicalmente diferentes.

Vigo opinaba que deberíamos organizar una serie de estudios sobre el tema. Si hay en todo Eumeswil un círculo al que poder confiar la tarea, es el suyo; aquí se encuentran espíritus solitarios, como Nebek, Ingrid, el *Magister* y algunos otros, dispuestos a agarrar el hierro por donde quema, sin ponerse guantes. No pasamos del plan y de las disposiciones preliminares, que he guardado en el archivo para más adelante.

*

¿Cómo acometer la tarea? De ordinario, estos trabajos se inician con una ojeada a la historia. Lo evidente es atemporal; empuja siempre, a través de la tenaz masa histórica, hacia la superficie, aunque casi nunca la alcanza. El principio es válido también para la conciencia de la libertad absoluta y para su realización. En este sentido, la historia se asemeja a un bloque magmático, en el que han quedado encerradas algunas burbujas. Aquí es donde dejaron su huella los inconformistas. Considerado desde otro ángulo, podría pensarse en la corteza de un planeta muerto, sobre el que han caído meteoros. De hecho, los astrónomos no saben si los cráteres deben considerarse como cicatrices de estos impactos o como volcanes apagados. Pero, vengan de abajo o de arriba, lo cierto es que intervino aquí un fuego cósmico.

Habría que indagar, pues, dónde aconteció esta obviedad de la anarquía, sea en la acción, el pensamiento o la poesía…, dónde coincidió y se identificó con la autocomprensión del hombre y se descubrió que ella era el fundamento de la libertad. Pondremos el luminar a disposición de los colaboradores: presocráticos, gnosis, mística silesiana y otros períodos semejantes. Entre los peces curiosos, también quedarán prendidos en la red algunos grandes.

*

El siglo cristiano que corre de 1845 a 1945 forma una época claramente delimitada, lo que confirma la sospecha de que un siglo sólo consigue su forma auténtica en el centro. Me resisto a creer que el hecho de que el Único apareciera en 1845 sea mero azar. El azar es todo o nada. Hojeé en el luminar la mesa de bibliografía secundaria consagrada a Stirner y di con un autor, llamado Helms, que le describe como el prototipo del pequeñoburgués y de sus ambiciones.

Esto es cierto, en el sentido de que el Único está oculto en todos, es decir, también en el pequeño-burgués. Aparte esto, la afirmación era particularmente acertada para aquel siglo. No es menos cierto que suele pasarse por alto la importancia de este tipo —lo que, ya de por sí, es un indicio de su robustez. Cuando mi querido hermano se dedica, con sus camaradas, a tirar bolas sobre figuras de papel, lanzar una injuria se considera ya una demostración. Ésta es una de las razones de sus desengaños.

¿A qué se debe que el pequeño-burgués sea tratado por los intelectuales, la alta burguesía, los sindicatos, en parte como si fuera el coco y en parte como el pagador de los platos rotos? Probablemente, a que se niega en redondo a empujar la máquina, sea por arriba, por abajo o desde atrás. Pero, si no hay más remedio, entonces toma él mismo el timón de la historia. Un tejedor, un carpintero, un sillero, un albañil, un pintor de brocha gorda, un tabernero, descubren en sí al Único y todos se reconocen en él.

¿Por qué se convierte en alud la bola de nieve? Primero hace falta que la bola y cuanto la rodea sea nieve. La inclinada pendiente hace el resto. Del mismo modo, los hombres y las ideas de las épocas finales, históricamente lavadas con lejía, deben ser acordes, no peculiares, y en modo alguno elitistas.

En consecuencia, Vigo opinaba que no deberíamos pasar de aquí en el análisis del problema. El historiador necesita caracteres, fechas, datos; necesita el drama, no el apocalipsis… y yo le comprendía.

*

Distinguir lo esencial de lo que se le parece y hasta se presenta como idéntico es una tarea particularmente ardua. Lo mismo ocurre con la relación entre el anarca y el anarquista. El anarquista se parece al hombre que, al oír la señal, se lanza a galope, pero en la dirección contraria.

Dado que también en el anarquista, como en cualquier otro individuo, hay algo de anarca, ocurre a menudo que en el árido desierto de sus escritos se descubren algunos aciertos que confirman esta afirmación. He extraído del luminar algunas frases que podría haber firmado el propio Stirner.

Así, Benjamin Tucker que, en su *Liberty*, una de aquellas revistas anarquistas de mínima difusión, rompe una lanza, a estilo de Don Quijote, contra «la canalla de los gobiernos del futuro»:

«Afirmen o nieguen lo que quieran los socialistas del Estado, una vez implantado su sistema, está condenado a convertirse en religión del Estado, a cuyos gastos tendremos que contribuir todos y ante cuyos altares nos tendremos que arrodillar; en una escuela estatal de medicina, a cuyos tratamientos nos veremos sometidos todos; en un sistema estatal de higiene, que prescribirá lo que todos nosotros debemos comer o beber, cómo nos tendremos que vestir, qué es lo que debemos hacer o no hacer; en un código estatal de moral que no se contentará con castigar los crímenes, sino todo cuanto la mayoría decida que es vicioso; en un sistema estatal de la enseñanza que prohibirá todas las escuelas, academias y universidades privadas; en un jardín de infancia estatal, en el que todos los niños tendrán que educarse comunalmente, a cargo del erario público, y, finalmente, en una familia estatal, movida por el deseo de fijar, según normas científicas, el número de hijos y su tipo de crianza… Y entonces la autoridad habrá llegado a su culmen y el monopolio habrá alcanzado su máxima expansión de poder».

Escrito en el año 1880 de la Era cristiana, mucho antes de que un irlandés, de similar espíritu, bosquejara el horrible cuadro de este futuro. Pobre Tucker…, murió, en avanzada edad, en el primer año de la segunda guerra mundial, y pudo vivir el triunfo

del Estado autoritario en Rusia, Alemania, Italia, Portugal y España.

En términos generales, descubrí en sus escritos fórmulas que son inhabituales en un anarquista, como «La anarquía es orden», o «cuídate de tus propios asuntos, ésta es la única ley moral». De ahí que considerara como en sí mismos criminales todos los intentos por reprimir el vicio. He aquí un anarca que se abre paso a través del sistema anarquista. Comparados con él, los anarquistas individualistas, como Most, que exhultaba cada vez que un príncipe saltaba por el aire, son unos petardistas sin cerebro.

Bakunin quería transformar las iglesias en escuelas, Pelloutier infiltrarse en los sindicatos, algunos propugnaban actuar sobre las masas, otros, como Emma Goldmann, entre las élites, unos eran pacifistas, otros recurrían a la dinamita…, marean sus divisiones y subdivisiones. Calefactores de prisiones, cuyo único factor común es que todos hacen su asado en su propio fuego, hasta ser devorados por sus llamas.

También en Eumeswil pudo mantenerse un núcleo de activistas: a estas gentes les gusta morir, pero son inextinguibles. Tienen un *capo*, por el que serían capaces de andar sobre brasas con los pies desnudos. Entre los de a pie, se encuentra Luigi Grongo, camionero del puerto, que me ha hecho algunos encargos…, un tipo robusto, de pequeña estatura, enormes músculos, angosta frente y cara de bonachón. Cuando me estrecha la mano, me produce calambres. Pero si su jefe le dijera que soy un obstáculo para la felicidad del mundo, me eliminaría con la mayor amabilidad. Un tipo que se hace querer.

*

Stirner no se deja enredar en la discusión de las ideas, y menos aún en las ideas de felicidad. Busca la fuente de la dicha, del

poder, de la propiedad, de lo divino, en sí mismo. No quiere estar al servicio de nadie.

«Inconscientemente, todos buscamos la afirmación del yo. Pero una acción inconsciente es siempre una acción a medias y así caéis una y otra vez en manos de una nueva creencia…, por mi parte, contemplo sonriente la batalla».

Yo, aquí y ahora —sin rodeos. Una de las primeras disertaciones tendría que dedicarse al redescubrimiento de Stirner por Mackay. Acertó a comprender su peculiaridad, pero vio más el humo que el fuego. Así se trasluce ya en la divisa de su *Ajuste de cuentas*: «Quien dice la verdad, no labra su dicha».

Esta tendencia, ampliamente difundida, a ser desagradable sin motivo alguno, no se da en Stirner. Él habría dicho: «¿La verdad? Esto no es asunto mío». Era su propiedad. No la acepta, no quiere ser su esclavo, sino que dispone de ella.

En los escritos de Mackay se expectora a menudo la palabra «asociación» —tomada de Stirner. La diferencia está, para decirlo con el Aquinatense, en que para Mackay la asociación es sustancial, mientras que para Stirner es accidental.

«¿Puede un propietario tomar partido? Desde luego lo que no tolera es que el partido le tome a él». Se une a una asociación, y permanecerá en ella, «mientras el partido y el Yo persigan la misma meta».

Las coincidencias más profundas con Stirner aparecen en las máximas de Mackay contra la «masa». Así:

«Las masas siguen siendo tan necias e indiferentes como antes; los huecos se llenan inmediatamente con otros, salidos del arsenal inagotable de los que están en todo momento dispuestos a la sujeción».

En este pasaje de mis apuntes, Vigo anotó al margen:

«Habría que analizar las diferencias entre comunismo, anarcosindicalismo y anarquismo individualista. Evolución de Fourier a Sorel».

Descomponer en sus celdas este nido de avispas exigiría todo un *in folio* y aun así no se llegaría a una conclusión satisfactoria. Se extraería más vinagre que miel. Se dan cita aquí las pretensiones del Estado, de la colectividad y del individuo, y se pasaría totalmente por alto la pregunta fundamental: ¿de qué se trata «en última instancia», de economía o de libertad?

Parece razonable el punto de vista de los sindicalistas, según el cual las ganancias pertenecen a la empresa que las consigue. Pero ¿qué decir de los rendimientos, sutiles, pero imprescindibles, obtenidos fuera de la empresa, por ejemplo en la poesía? La empresa debería asumir el papel de mecenas…, pero cuando el Estado toma a su cargo a los artistas, triunfa por doquier el mal gusto. Programa simpático: nada de Estado, nada de ejércitos, paz en el interior y en el exterior, como entre hermanos…, sólo que el programa debe implantarse mediante la revolución violenta.

A veces se percibe un ramalazo de nostalgia por las edades más primitivas: «Cuando Adán cavaba y Eva hilaba». Pero cuanto más razonable es una idea, más imposible es su realización. Mejor hubiera sido apoyarse, por aquel tiempo, en los sinarcas, una especie de mauritanos de alto rango, cuyas actividades, en su máxima parte hoy hundidas en la oscuridad, conocieron una gran difusión a finales del período que ahora mencionamos. No argumentaban razonablemente, como los sindicalistas, sino racionalmente. Planificación, *brain-trusts*, tecnocracia eran sus divisas. Los cité en el luminar al pasar por Saint-Yves. El progreso técnico y el social están estrechamente vinculados, los dos son babilónicos; se fomentan y estorban mutuamente, se contraponen. Con mirada retrospectiva, es difícil determinar quién de ellos causó mayores devastaciones.

*

Stirner daba escasa importancia a estos problemas; los sacudía como a la ceniza de su cigarro de importación. No eran «asunto de su incumbencia». A él le preocupaban otras cuestiones, por ejemplo el derecho del individuo a la vida y la muerte. No se dejaría matar por el rey y la patria, como el soldado, ni por una idea, como el anarquista, ni por una religión, como el mártir, sino sólo cuando así lo exigiera su propia causa. Y ponía como ejemplo a la cantinera, que se desangró en la nieve, junto a su hijo de pecho, en el Beresina. Pero antes estranguló al niño con la liga de sus medias.

*

Habíamos previsto, como acotación importante, la comparación entre el Único y el superhombre. Sería aquí secundaria la discusión de si el viejo Cabeza de Pólvora había leído —como supone Mackay— o no la obra de Stirner…, las ideas están en el aire. La originalidad está en su modelación, en la fuerza con que se las agarra y se les da forma.

En primer lugar: el superhombre conoce el mundo como voluntad de poder: «no hay nada fuera de esto». Incluso el arte es voluntad de poder. El superhombre toma parte en los acontecimientos del mundo, mientras que el Único contempla su espectáculo. No anhela el poder, no corre detrás ni delante de él, porque lo posee y lo disfruta con plena conciencia. Lo cual recuerda los mundos de imágenes del Lejano Oriente.

Puede ocurrir, naturalmente, que en virtud de una serie de circunstancias exteriores el poder recaiga en el Único, o también en el anarca. Pero más bien le pesará como un fardo. Periandro, tirano de Corinto, heredó de su padre el poder «como quien hereda una enfermedad». Por lo demás, me llaman la atención en este Periandro, y también en Tiberio, ciertos rasgos, sobre todo

en sus mejores momentos, que tienen parecido con nuestro Cóndor, aunque en el marco de una Eumeswil ahistórica, ya fenecida. Creo haber dicho ya que entre el anarca y el monarca se da una similitud de tipo polar; en el fondo, cada uno de ellos lleva al otro en sí.

En segundo lugar: el célebre «Dios ha muerto». Con ello, Cabeza de Pólvora no hacía más que abrir puertas abiertas. Era un hecho de general conocimiento. Así se explica la sensación que causó. El Único, en cambio: «Dios… no es Mi causa». Con lo que todas las puertas quedan abiertas: puede destronar a Dios, entronizarlo, abandonarlo a su suerte, como le plazca. Puede despedirle o «asociarse» con él. Como para los místicos de Silesia: «Dios no puede estar sin mí». Como Jacob, puede luchar con él por el poder hasta la llegada de la aurora. No dice otra cosa la historia sagrada.

También aquí había añadido Vigo una observación: «Porfirio, sólo existe el individuo». Pero también: «Esto lleva a la disputa del nominalismo. Los medios de nuestro Instituto son limitados».

Cabeza de Pólvora se comportó en este punto como nominalista… hasta el encuentro en Turín. La disputa quedó sin zanjar, salvo en el caso de que *nomina* y *res se* identifiquen en los dioses. Aparte esto, el historiador no puede agotarse en el estudio de los procesos mentales; su campo son los hechos. Por eso, en el luminar me dedico preferentemente a la fisiognomía.

Cuando Eumenes, el viejo zorro fundador de nuestra ciudad, fue dado por muerto tras una batalla, a su hermano le faltó tiempo para alzarse con el poder y casarse con la soberana. Cuando volvieron a verse, el tenido por muerto abrazó a su hermano y le susurró al oído: «La próxima vez, no te cases antes de haber visto mi cadáver».

Debe observarse aquí que el hermano salió al encuentro de Eumenes al frente de la guardia y lanza en mano. Era una buena representación… ya el simple gallardo gesto con que abatió la lanza. A comienzos del tercer milenio cristiano, apareció una escuela de actores que había superado el estadio de la psicología o que la insertaba íntegramente en su acción. Sus éxitos fueron registrados en el luminar.

*

Lo confieso: no es tarea fácil desprenderse del presente, prescindir de sus tablas de valores. Pero precisamente Eumeswil, estéril y agostada por el nihilismo, es el lugar ideal para conseguirlo. La mirada se dirige desde el cráter apagado al Océano. Allá abajo, en Pompeya, los mercados hierven de gentes; pronto aparecerán en el horizonte las velas de Plinio, navegando desde el cabo Misenum.

El que acepta el desafío de la historia, debe transformarse en su elemento, como un Proteo, debe moldearse, sin reservas, según el espíritu del tiempo en que se adoptó una decisión y según el carácter del hombre que la tomó. Pasión sin participación. La vida fluye, sin que el juicio la paralice; el espíritu se alza con la ola y se hunde con ella. Se siente bien en la resaca. Se cita al príncipe, al general, al tirano, a su verdugo, a su víctima y a su asesino, y se les somete a interrogatorio… pero es sólo un interrogatorio interior: eso eres tú.

Se advierte entonces que existían numerosas posibilidades…, nosotros, que conocemos ya el resultado, podemos comprobarlas mediante cálculos. Se debería haber reforzado el ala derecha. Y, sin embargo, el espíritu del tiempo era poderoso, el carácter, imperioso; no podía ser otra la decisión, buena o mala, equivocada o acertada. Por eso la historia no enseña nada. Sus grandes personajes se imaginaban modelar el futuro, pero en realidad eran engullidos por él, caían en sus manos. En el momento pre-

ciso, ocurre lo necesario. Así lo refleja, *a posteriori*, el hecho de que es irrevocable.

Ahora la atmósfera es inquietante. Lo innominado, el poder ante el que los mismos dioses tuvieron que doblegarse, turba la mirada.

43

Un nuevo día llega a su fin; en la ciudad, las luces marcan la recta de la arteria principal y la sinuosa de las calles secundarias. También encienden sus luces los botes en el mar; algunos costean las islas, mientras que otros están inmóviles sobre la superficie —son las lámparas de los pescadores, que persiguen al *loligo*[13].

> Cuando busca a su hembra con deseo,
> que, como él, y al igual que el iris,
> luce velos de brillantes perlas,
> le prende el pescador, lleno de engaño.
> Arroja al mar bolas de vidrio
> que resuenan con su cortante punta
> y brillan como tú, como tú, calamar.
> Engañado por la luz que en el mar se mueve
> llega el Veloz,
> juega con el cristal y se rompe el manto
> en un baño de sangre.

Abajo, en el salón, el Cóndor ha abandonado la mesa; es el momento de mantenerme a la espera. Tal vez desee seguir la conversación en el bar. Esto no figura en la orden de servicio, pero debo estar preparado y casi siempre obtengo en estas ocasiones un botín especial. Pero no hay llamada; ya puedo beber un vaso de vino.

Los efectos del luminar se prolongan; me permito entregarme a un placer común a todos los historiadores, el de la metacrítica. Cito a una persona; ocupo su puesto y analizo la decisión. Pero

hay que evitar un error que es también muy común: un juicio *post hoc*. Mi papá, por ejemplo, censura la corrompida situación de Eumeswil, comparándola con otros tiempos mejores. Pero así pasa por alto la necesidad histórica de esta misma corrupción. Es una situación como otra cualquiera. Se ha agriado la leche de los piadosos sentimientos. No existe un Catón capaz de devolverle su pureza. Por lo demás, todo presente es penoso y por eso se buscan tiempos mejores, ya en el pasado, ya en el futuro.

*

Medianoche, hora de acostarse. Comienza el juego de la retina. Retornan las imágenes del luminar, de claros perfiles, pero ahora con colores complementarios. Se van deslizando las páginas de los textos; puedo leerlos. Debe haber en nuestro interior un inmenso archivo, en el que nada se pierde.

Los rostros cobran vida, cambian como un plasma y luego recuperan la rigidez. Aparecen a continuación figuras extrañas. Una cabeza, vista de frente, en bronce verde, durante largo tiempo sepultada bajo tierra etrusca; sus cabellos irradian como un nimbo. La realidad es más acusada, pero no como en los sueños. Se oyen voces:

«Nevermann ha muerto».

Luego, otra:

«Ball ha muerto».

No las conozco. No parecen proceder del exterior, sino directamente del oído. Posiblemente se trate de una invención de las catacumbas, a las que, me guste o no, estoy supeditado. Confiemos en que sólo se trate de un error.

*

El sueño es precedido de pensamientos o de imágenes: pensamientos si por la mañana predominó la realidad en el cuerpo;

imágenes si predominó en el espejo.

Me llama la atención que las combinaciones giren sobre todo en torno al equilibrio. ¿Cómo se mantiene constante el contenido de sal o de calcio del mar, a través de los aportes y las pérdidas? ¿A qué ritmo se desmoronan las rocas en polvo y rocalla y se acumulan luego de nuevo hasta formar montañas?

Las masas de meteoros y polvo cósmico que caen continuamente sobre la tierra deben haber aumentado su peso en proporciones enormes, a lo largo de millones de años. La fuerza de repulsión debería haber crecido a este mismo ritmo y aumentar, por tanto, la distancia al sol. Pero hay que admitir que también el sol habrá ido recibiendo un peso adicional similar y, por tanto, las relaciones permanecen equilibradas.

El gran molino: del trigo sale harina, de la harina, pan. A los panaderos les gusta dar a los panes la forma de granos de trigo o, como otros piensan, de órganos sexuales. Pero no hay diferencia.

Agresión y réplica. Cuando Periandro vio la primera catapulta, exclamó: «¡Cielos!… El valor del hombre no tiene ya nada que hacer». Pero luego se robustecieron las murallas y se replicó al adversario también con catapultas. El hecho se repite: cuando Ricardo Corazón de León estaba sitiando el castillo de un vasallo, se recostó cómodamente en uno de los muros y una flecha le hirió mortalmente en la espalda. Todavía no sabía que los artesanos ingleses había logrado fabricar una ballesta de mayor alcance. Pero la nueva ventaja sólo ganó unos palmos, y muy pronto volvió a igualarse la partida.

Esto me trae el recuerdo del reloj de arena; a medida que se vacía la parte superior, se va llenando la inferior…, pero el equilibrio se mantiene constante. La idea es tan simple que sobrepasa toda imaginación. No lo inventó un relojero, sino un hacedor del tiempo. Todo cálculo es comprobación. Si el cálculo parece correcto, proporciona una inmensa tranquilidad, como si la pa-

ciencia no tuviera ya razón de ser. Entonces, se invierte el reloj de arena y se comienza de nuevo, hasta que cae el telón.

El sueño es aún ligero; prosigo mi viaje; la luz viene de arriba…, pero ya no con pensamientos precisos, sino en una especie de estado mental rememorativo. En el duermevela se siguen moviendo los pesos, pero sin contenido, sin cohesión. Las cosas son diferentes si por la mañana predominó el reflejo. Entonces me hallo durante todo el día distraído, y tengo que esforzarme por cumplir bien mi servicio. Pero por la noche el espíritu penetra sin obstáculos en el resplandor y el estremecimiento del mundo de los sueños.

*

Todos conocen los repentinos sobresaltos durante el sueño. Las primeras horas del amanecer parecen sin salida, forman un laberinto. Casi siempre afloran preocupaciones, muchas veces sobre cosas mínimas, pero confusas y mezcladas de forma inextricable: ¿cómo hallar la solución?

Comienzo a cavilar sobre mi situación: ¿qué hago aquí, en Eumeswil? De una parte, soy un camarero sospechoso, de la otra, un historiador sin sistema. No me agobia en demasía la opinión del ambiente, pero ¿ cómo enfrentarme con mi autocrítica? Es dura la hora en que el hombre se cita ante su propio tribunal.

Se está iniciando ya una lucha por el orden que amenaza mi seguridad personal. Pero esta perspectiva más bien me resulta agradable. Tengo preparado el *bunker* en el Sus superior —aunque, a pesar del esfuerzo derrochado, fue más bien un juego mental, como cuando en invierno se planean las vacaciones de verano. Se hace uno con una tienda, una canoa plegable, un fusil. Si el juego va en serio, tomaré mis vacaciones. Regresaré al cabo de algún tiempo. Así acaban todas las fugas románticas. O no se regresa nunca, o se sale bien librado.

Para mí es indiferente que manden en Eumeswil los tiranos o los demagogos. Quien, en medio de los cambios políticos, permanece fiel a sus juramentos, es un imbécil, un mozo de cuerda apto para desempeñar trabajos que no son asunto suyo. El primer paso hacia la libertad es desembarazarse de todo esto. En el fondo, así lo barruntan todos, aunque se sigue acudiendo a las urnas a cada nueva elección.

Dentro de la *polis* se gira en círculo, como asno de molino. Sólo en el sueño es libre el esclavo. En sueños es el rey, incluso la noche anterior a su ejecución. En esta mesa se ofrece mucho más que el pan cotidiano. También esto lo barruntan todos, en el fondo. De esta hambre han vivido papas y profetas. Los príncipes de la noche, con mágicas vestiduras, quieren apoderarse también de los sueños.

*

Dos pasos, mejor, dos saltos, pueden llevar fuera de esta ciudad, en la que la evolución se ha estancado. Boutefeu supo verlo muy pronto, aunque seguía confiando en la evolución. Para juzgar un experimento, hay que prescindir del factor utilidad y hasta de la valoración. El experimento no hace sino enriquecer la experiencia; como la naturaleza, no tiene ni intención ni meta, tal como nosotros los introyectamos en ellos.

El experimento siempre «resulta»; y así, el superhombre, lo mismo que el driopiteco procónsul, ha encontrado entre los primates su puesto, su capilla, su estado fósil; el árbol genealógico incluye también las ramas muertas. «Como tantos otros fósiles antropomorfos, también el driopiteco procónsul ha sido elevado a la categoría de antepasado del hombre». (Heberer). Pero cabría preguntar: ¿por qué «elevado»?

Hay tan poco que esperar de la evolución como de cualquier progreso. La gran transformación lleva no sólo más allá de la especie, sino también más allá del *bios*. H sido una pérdida irrepa-

rable que los testimonios antiguos sólo hayan llegado hasta nosotros en estado fragmentario. La diferencia entre las catacumbas y los bosques parece consistir en que las primeras hacen experimentos con el árbol del conocimiento y los segundos con el árbol de la vida.

*

Attila conoce los bosques; ha vivido mucho tiempo en ellos, y también en otras fronteras extremas. Por eso sigo con singular atención sus palabras, y más aún sus silencios.

También en las catacumbas se hace algo más que atesorar y administrar conocimientos. Se sacuden los cimientos no de la conciencia, sino de la especie. En el bosque debe haberse engendrado una nueva Isis. Prometeo ha sido liberado del Cáucaso por los hombres subterráneos.

En nuestro mundo de epígonos de imperios decadentes y ciudades-estado envilecidas, el esfuerzo se limita a la satisfacción de las necesidades primarias. La historia está muerta, lo que hace más fácil la mirada histórica retrospectiva y la mantiene alejada de prejuicios, al menos para aquellos que han conocido el dolor y lo han dejado a sus espaldas.

De otra parte, no puede haber muerto aquello que llenó la historia de contenido y la puso en marcha. Debe haberse trasladado desde el fenómeno a la reserva —a la cara oculta. Vivimos sobre un estrato fósil que puede, de improviso, empezar a escupir fuego. Probablemente todo es material combustible, hasta el centro.

Algunos lugares comienzan a recalentarse y no son sólo los estrafalarios y fantasiosos los que los advierten. Aunque sólo afectan marginalmente a los problemas políticos y económicos, el Domo tiene que ocuparse del asunto «en razón del cargo». Trata como materia reservada los informes que recibe de las patrullas fronterizas y que complementa con otras informacio-

nes…, en parte porque los considera peligrosos y en parte también porque querría desplazarlos del campo de su conciencia: no se encuentran en su sistema. Le gustaría clasificar el asunto bajo el epígrafe de las noticias periodísticas sobre nuevas apariciones de la serpiente de mar. En el bar de noche oigo de vez en cuando algunas frases ocasionales, que arrojan luz sobre su modo de enjuiciar la situación. Es un juicio realista, como corresponde a su modo de ser, que podría formularse, más o menos, de la siguiente manera:

«Es indudable que estos rumores, aunque exagerados, hacen referencia a unos puntos neurálgicos concretos. El saber se ha hecho autárquico en unas pocas centrales, con independencia incluso de los grandes imperios. Esta independencia, de un lado de los tecnócratas y del otro de los biólogos, se basa en la acumulación del saber y en el secreto en que se le mantiene. Halla su expresión en los luminares, que proporcionan noticias y datos indispensables. Las torres se han hundido para transformarse en pozos, que hacen frente al poder político.

»Este cúmulo de factores se ha dado siempre…, por ejemplo en la historia de las órdenes secretas o en la manera como, desde Alamut, dirigió la política de los reinos orientales el Viejo de la Montaña.

»Si no me engaño, aquí están trabajando dos escuelas: una de ellas quiere dar mayor capacidad al cerebro, mientras que la otra, la de los bosques, querría sumergirlo en el tronco cerebral. Los unos no pueden prescindir del fuego, los otros, del animal.

»Aquí, en Eumeswil, somos poca cosa y tenemos que mantenernos apartados de estas actividades. Es más importante que cada día haya pan en la mesa. Por otra parte, no nos causan problemas los rumores de que algo funesto está ocurriendo. Porque entonces todos se agrupan, como al borde del abismo».

*

Así, más o menos, el Domo. Pero Attila opina, al parecer, que el Cóndor debería aliarse con los bosques. Una vez le oí decir: «El Cóndor y el Cordero».

Como historiador, concluyo de aquí la existencia de un movimiento todavía sin dirección precisa, lo que suele llamarse *precorriente*…, una intranquilidad en los espíritus, que se va difundiendo hasta que llega el instante en que se objetiva con precisión. Aún no se han formado los partidos, pero se insinúan. Algo va a pasar. También la escisión del átomo está precedida de una crepitación.

En una isla en la que no hay perros ni gatos, puede anticiparse quién se inclinará por los perros y quién por los gatos, cuando se los introduzca. Y también quién se mantendrá neutral. Así, hay también personas que tienen miedo de las serpientes, aunque no las han visto nunca. El fenómeno puede ampliarse hasta Moctezuma y los dioses blancos.

*

A mi parecer, en Eumeswil, Vigo está predestinado a los bosques, Bruno, a las catacumbas. Son también los únicos con los que se puede mantener una conversación. Como ya he dicho, acepté el puesto en el bar de noche por consejo sobre todo de Vigo. Le debo gratitud por su interpretación de los fragmentos que le llevo. A propósito de las anteriores explicaciones del Domo, Vigo opinó:

«Ese hombre está a la altura de su cargo. Su paso es seguro, porque no ve ni quiere ver nada de lo que ocurre en el límite subliminar o por encima de él. En caso contrario, no tomaría tan en serio la ciencia. Le parecería absurda la idea de que la ciencia, sobre todo en su versión técnica, es un juego de marionetas. Pero lo cierto es que la ciencia no tiene luz propia. El robo del fuego: primero por Prometeo, para el fuego del hogar, luego por los uránidas, en beneficio de Leviatán. Es indudable que nos halla-

mos ante el tercer peldaño: la transformación del fuego en espíritu. Pero entonces la tierra no podrá prescindir de los dioses».

*

Estas ampliaciones son típicas de Vigo y a ellas debe su descrédito oficial. Para él, Herodoto es el mayor de todos; sin una atenta observación del mito no hay, según él, historiografía bien cimentada. Aunque le venero, no puedo seguirle aquí del todo. Sea lo que fuere lo que el hombre cavile, siempre retorna a sí mismo.

Dudo entre Vigo y Bruno, que tiene otro punto de vista. Conoce más de cerca las catacumbas y se ha movido al menos por sus antesalas. Le preocupa, entre otras cosas, la capacidad de superconductibilidad de la inteligencia, que haría el espíritu independiente de los medios técnicos. Pero, para ello, deberán producirse antes enormes reducciones. Los titanes limitan la libertad, los dioses la garantizan.

*

Es todavía de noche, busco salidas. Tal vez allá arriba, en el *bunker*, en la soledad, vea las cosas más claramente. He tenido la precaución de llevar allí un espejo del más puro cristal. No espero que la catástrofe modifique la distribución de los pesos políticos, sino que los elimine. Los relámpagos purifican la atmósfera.

Queda aún por mencionar otra especie de llamadas, distintas de las que proceden de las catacumbas…, un rebote tenaz contra la sustancia humana, un *de profundis* en la noche.

San Silvano fue despertado de su sueño por voces como éstas y creyó que los difuntos imploraban su ayuda. Se levantó y oró por ellos. Yo pienso más bien en contactos con el dolor todavía indiferenciado, que atribuyo a mis estudios.

Ocurre a veces que tropiezo en el luminar o en mis lecturas con horrores que van más allá de todo lo imaginable y de los que hubiera sido mejor que los testigos hubieran silenciado los detalles. No pienso en los crímenes que son nuestra parte de la común herencia cainística. El asesinato tiene una calidad individual. Quien se entrega a él, mata una o mil veces, si dispone de cómplices y medios. Aunque la técnica ha prestado una gran colaboración, está muy lejos de Caín. Con su simple puño, hizo mucho más que los grandes khanes con sus ejércitos.

Tropiezo con acciones tan horribles que obligarían a someter a juicio a los reformadores de sistemas, a una con los dioses, los inventores del infierno, los trazadores de nuevas sendas. Herodoto dijo que los dioses se han reservado los extremos, y que tienen envidia de los hombres; de ser cierto, el hombre es mejor que ellos, y debería tenerlos a raya. También algunos animales, sobre todo insectos, matan con extremado refinamiento, pero sólo por necesidad. La tierra necesita asesinatos, porque así lo exige su equilibrio, pero no conoce el castigo ni quiere la venganza.

No es el más próximo, sino el más lejano, Prometeo, el que, desde su roca, llama estas noches a mi puerta.

UN DÍA EN LA CIUDAD

44

Un día en la alcazaba, desde una mañana hasta la siguiente, y, sin embargo, he hablado poco de mi servicio.

La duración de un día no está determinada por el reloj. Depende de nuestra fantasía, de nuestro juego mental. Las imágenes acortan el tiempo, porque destierran el hastío. A la vez, aumentan los contenidos. Lo ideal sería aquel instante en el que el tiempo se condensa y hasta se aniquila; entonces todo es posible. La luz es más viva, es absoluta.

Esta mañana tengo relevo. Entrego el bar de noche con todas las pertenencias, dejo el uniforme y las llaves en la oficina. El estudio permanece cerrado durante mis ausencias: el gran luminar es materia reservada.

Ya puedo emprender el camino de la ciudad; en la fortaleza hace ya auténtico calor. Hay un sendero que desciende en línea recta, cortando las curvas de la carretera; apunta directamente, como una flecha roja, hacia el puerto. Verdes lagartos lo cruzan y desaparecen entre las euforbiáceas. No les molestan las espinas. Tengo mi sueldo en el bolsillo y jugueteo con las monedas de oro. Haré un alto en el puerto.

Latifah me espera; he hecho que Madame Poser le pase el recado. Ella no puede recibir llamadas; tiene el fonóforo gris, que sólo capta las emisiones oficiales de la alcazaba; con él se puede oír, pero no hablar. Si en el seno de la sociedad atomizada de Eumeswil queda alguna huella de diferencias de clases o castas, aquí tiene su expresión. Los derechos son de naturaleza dinámica; se fundan en el poder, no en la propiedad.

Dicho sea entre nosotros, Latifah fue la primera persona que encontré en mi camino. Ocurrió ya en mi primer día de permiso. Su coto de caza se halla encima del puerto, donde abundan las tiendas de equipamiento de barcos, las oficinas de los agentes de cambio, bares y tabernas. Por aquí acostumbra hacer sus idas y venidas; el centro temporal se sitúa frente al *albergo* de Madame Poser, un hotelucho de paso, de angostas escaleras, estrecha fachada y numerosos pisos; ante el exiguo espacio, sobre el adoquinado, se han instalado un par de mesas redondas y algunas sillas. Madame alquila por horas; son muy pocos los que quieren pasar toda la noche.

Latifah no habla con los transeúntes, pero el lento caminar y la mirada interrogativa son ya bastante expresivos: espera que le hablen. Además, está el fonóforo gris. Aquí arriba, la clientela es más selecta… pilotos de barcos, comisarios, jefes de camareros, incluso un notario o un *effendi*, a quien, de pronto, le viene el deseo de echar una cana al aire. No tiene que esperar mucho.

Me he acostumbrado a ella. En el fondo, me siento más a gusto allá abajo, en el puerto…, figuras de mascarón de proa, de arrogantes senos, y medusas del País de los Ríos, que se mueven contoneando las caderas, mientras lanzan miradas provocativas. Pero casi siempre hay riñas. Sobre todo cuando algún barco de gran porte echa el ancla, la policía tiene trabajo a manos llenas.

*

Nos sentamos en una de las redondas mesas; el tapete tiene un dibujo calado. Si se derrama un vaso, no quedan huellas. Madame sirve el aperitivo. El sol está ya sobre los tejados, la luz es buena. Calibro a Latifah como un mercader de esclavos antes de la puja: flota en ella algo de la edad antigua, de la vieja Persépolis. Tiene importancia, sobre todo, la dentadura, a través de la cual se insinúa la estructura ósea. Arriba, a la izquierda, un diente de oro, que no molesta. Lo pone al descubierto, con una

sonrisa que confiere a sus rasgos una misteriosa profundidad. Es un error empecinado de los hombres ver aquí un signo de inteligencia.

No se maquilla, aparte el rojo de los labios; esto y sus negros cabellos, caídos sobre la frente, hace aún más pálido su rostro granuloso.

«Llevas falda larga; apostaría a que tienes las piernas feas».

«¿Quiere que lo enseñe todo en la calle?».

La respuesta no era mala. Me sondea de la forma justa, con mirada calculadora, como a un pez caído en sus redes. El fonóforo a franjas indica que pertenezco a la alcazaba; los de allá arriba son tipos normales, que no piden extras ni cultivan la palabrería romántica. Y, sobre todo, son solventes.

«De acuerdo. Entonces, *upstairs*; Madame, pagaré ahora la habitación».

«El aperitivo es gratis, profesor. Se sentirá satisfecho». Parece conocerme mejor de lo que pienso. Pero esto es inevitable; Eumeswil es un villorrio.

*

Un alto en la escalera.

«¿Qué entremeses prefiere?».

«*Des crudités*. Pero date prisa, moza…, te estoy esperando».

«Sí, ya lo veo… En la alcazaba, el Cóndor os ata corto».

A veces, no es malo recibir los honores del «grupo». Esto normaliza, evita los despilfarros individuales.

Arriba, en el cuarto. Una cama, una chimenea, lo corriente. Cortinas corridas en las ventanas, a través de las cuales se filtra el sol.

«Usted sabe lo que se le debe a una dama».

Suena como dicho por una nueva en el oficio, con voz registrada en el magnetófono y repetida hasta aprenderla de memoria. Busco en el bolsillo y dejo un escudo sobre la chimenea.

«¡Ah! ¡Es usted muy generoso!».

«Y ahora, ¡abajo la ropa!».

Allá afuera chillan las gaviotas que pasan rozando la fachada. La luz no es ni demasiado oscura ni demasiado clara. La contemplo un instante, de pie ante la chimenea —tranquila, los brazos, con las manos cerradas, apoyados en las caderas. Los senos: no demasiado rotundos, bien formados. Estilo arcaico, casi contraproducente en esta situación.

*

La botella de Leyden, llamada también botella de Kleist, un aparato para acumular electricidad. Consiste en un cilindro de vidrio recubierto de láminas metálicas en el interior y el exterior. Sería más bonita si, como los vasos, ascendiera en curva hacia la parte superior. La capa de vidrio sirve de aislante gradas a la separación espacial; actúa como retardador del tiempo. Cuando se establece el contacto, surge un relámpago, una chispa que anuncia la aniquilación del tiempo. Que muera un hombre o una mosca, todo es uno y lo mismo; en los átomos se oculta el misterio con el que se acuñan, como monedas, el *bios* y la psique; hacen fructificar el talento recibido.

*

Hay que tomar en serio a Latifah, como a cualquier otra persona. Ahora está otra vez apoyada en la chimenea. Puedo observarla a placer —el pálido cuerpo, el oscuro delta, los negros cabellos, más caídos que nunca sobre la frente. Se confirma la primera impresión: debe haber sido engendrada en el momento favorable. En nuestros lupanares de los barrios altos de la ciudad,

se dan cita todos los tipos de hetairas, desde la edad clásica y de Pericles hasta la helenística y de los diadocos. Hay álbumes en los que se puede elegir. O bien Madame da unas palmadas: «la elección», y se presentan todas en grupo. Pero Latifah habría parecido ya arcaica cuando Eumenes fundó la ciudad.

Fuma un *joint*, se pasa la barra de color por los labios, se prepara para el próximo cliente. Se viste a continuación. No lleva mucho encima.

La atmósfera es agradable, los perfiles son precisos, como después de la tempestad en la montaña. Podría ocuparme ahora de cualquier problema. Abajo, un vendedor de pescado pregona sus caballas. *Tutti freschi…*, todavía es temprano. Aquí, en el puerto y en las calles adyacentes, todos, las mujeres de los puestos, los galopines de cocina, los vendedores de refrescos, pregonan a gritos sus mercancías. Tal vez el Cóndor logre mantenerse más tiempo de lo que supongo. Estoy de buen humor:

«Latifah, eres una joya, ¿haces a todos tan felices como a mí?».

Se ha puesto ya en torno a las caderas una oscura pieza triangular de aéreo tejido.

«A fin de cuentas, soy una chica de placer…, pero algunos incluso lloran».

«Serán los casados».

«Justamente, esos no. Sollozan porque son incapaces de hacerlo o porque ya lo han hecho. Vosotros, los de la alcazaba, no hacéis escenas».

Desaparece por la escalera, tras dirigirme un saludo con el bolso.

*

Estos diálogos se han convertido ya en costumbre, se repiten en cada relevo. Soy curioso por naturaleza. Poco a poco voy reconstruyendo su pasado —cómo empezó, cómo siguió, quién

fue el primero. ¿Fue un seductor, un violador? Quiero conocer los detalles, casi como Nebek, pero *sine ira*. Es de mediana inteligencia, pero de desbordante fantasía; al hombre se le sondea mejor en la mentira que en la verdad trivial— su medida está dada por los deseos de sus sueños.

Un día en que ella estaba, como de costumbre, ante la chimenea, se produjo bruscamente un fenómeno inquietante. La luz comenzó a oscilar como cuando se produce un cortocircuito, pero lo que sobrevino no fue la oscuridad, sino un destello cegador. Protegí mis ojos con el brazo. La luz zigzagueó entre el cúbito y el radio. Las paredes habían desaparecido como barridas por un torbellino; sólo se perfilaba su armazón. Veía ante la chimenea un esqueleto, una estructura de huesos con el diente de oro, la curva de la pelvis, el escudo que ya había guardado, la pequeña espiral bajo la vulva.

Un experimento de las catacumbas —que había salido mal o que tal vez pretendía ser una demostración. Estas intervenciones siembran de vez en cuando inquietud en la ciudad y provocan una especie de entumecimiento; los relojes se paran; sigue un *black-out*, como si el tiempo quedara bloqueado. Pueden provocar también terremotos y tinieblas. Una breve sacudida al poder de los khanes, que pronto se olvida como un mal sueño.

Oí que Latifah me decía: «¿Quieres que venga otra vez… contigo?».

Era la primera vez que pronunciaba estas palabras. Estábamos tendidos bajo la manta, casi sin piel, dos embriones en el vientre de Leviatán. Sí, era buena esta recaída en la humanidad.

Después de su partida, encontré el escudo sobre la chimenea. Lo había vuelto a dejar. La intención era buena, pero iba contra las reglas del juego. En el siguiente relevo, encontró dos. Se los guardó, sin hacer un solo gesto. Chica lista. De cualquier forma, llegamos a intimar.

45

Latifah me sirve también de pararrayos —a Ingrid le desagradan los abrazos brutales. Se atiene a lo estrictamente necesario — y aun entonces, creo que sólo lo hace por darme gusto. No hace teatro, pero se mantiene siempre bajo control, aunque sin mojigatería.

En nuestra Eumeswil, produce la impresión de muchacha extranjera, de ave migratoria del alto norte durante su peregrinación invernal. Es de mediana estatura, tirando a pequeña, pero de proporciones exquisitamente armoniosas. En un fichero antropológico, su rostro llevaría la etiqueta de «tipo de mujer sueca». ¿A qué puede deberse que me cruzara por la cabeza la palabra «mellizo» cuando la vi por primera vez en el Instituto? Probablemente, a aquella su simetría, que la hacía parecer como recién salida de un molde. En estos casos, la raza prevalece sobre el individuo.

Su color es el azul. Sus vestidos abarcan toda la gama, desde el casi blanco hasta el profundo rayando en negro; a esto se añade la lavanda. Apenas lleva joyas, salvo un camafeo, y a veces una cadena al cuello; nunca anillos. Sus comidas, como en general todas sus costumbres, son simples: sopa de pescado sin azafrán y, por supuesto, sin ajo…, «con pepe»[14], cuando comemos juntos; en estos casos, me acomodo a sus gustos. Ella y Latifah conocen sus respectivas existencias. No hago ningún misterio de este asunto. Por lo demás, el apartamento que me sirve de refugio, lejos de papá, está cerca del barrio en que actúa Latifah. Ingrid no es celosa; Latifah no tiene derecho a serlo.

Ingrid es de entera confianza en su trabajo. En este aspecto soy para ella lo que suele llamarse director o «padre de tesis». A este hecho se debe su entrega, que culmina en el incesto. Así lo sospeché ya desde el primer encuentro.

Vigo es uno de esos profetas que reciben más honra en el extranjero que en su patria. Su nombre sirve de santo y seña entre los iniciados, desde Beirut a Uppsala, para secreta irritación de sus colegas. De ahí que entre sus alumnos haya siempre algunos procedentes de lejanos países.

Una vez, cuando ya nos despedíamos de una de nuestras veladas, me dijo: «Por cierto, que ha venido a visitarme otra vez un ganso blanco, que quiere trabajar con nosotros. Tiene buenas calificaciones y ya ha hecho algunos descubrimientos en el luminar. Le agradecería que me la quitara de encima».

Quiere hacer creer que estas cosas le resultan molestas, pero, en realidad, aumentan su prestigio.

A la mañana siguiente hizo las presentaciones, en el Instituto. Propuso, además, un tema: las diferencias de la potestad imperativa en los antiguos imperios. El estudio debía abarcar también las colonias de las potencias occidentales, con particular detenimiento en la autonomía proconsular.

Ocurre a veces que las castas de guerreros se ven privadas del poder por el *demos* o por el Senado y entonces deciden establecerse en regiones apartadas. La madre patria se ve así libre de espíritus inquietos, de aristócratas y reaccionarios; en el nuevo país, pueden seguir haciendo la guerra a la antigua usanza, como en parques y cotos de reserva, contra los nómadas y las tribus montañosas. Aventureros que prestan su servicio. Por otra parte, pueden llegar a ser peligrosos si consiguen crear, como César, sus Galias, o como un cierto general ibérico, llamado Franco, porque, en períodos de crisis, pueden retornar a la patria al frente de sus legionarios.

Desde esta perspectiva había enfocado Vigo el tema. Dijo: «Es un campo muy amplio. Habría que extraer la idea clave…, tal vez la extrapolación. (En puras matemáticas, la extrapolación es

tanto más imprecisa cuanto más se aleja del campo originario y, en algunos casos, incluso apenas lo abandona). En fin, vean ustedes lo que puede hacerse…». Y, con esto, nos dejó solos.

Tenía razón: era un campo muy amplio. Es cierto que la distancia dejó de jugar un papel desde que aparecieron las tropas aerotransportadas. Ingrid trabajaba en una de nuestras dependencias, poco más que una cabina, junto al luminar pequeño. Fue entonces cuando advertí que el azul de sus vestidos armonizaba con la lavanda.

De hecho, comenzó muy pronto a hacer excelentes descubrimientos; por ejemplo, en el Departamento de Correspondencia dio con una nueva variante del suicidio de Lord Clive. Su trabajo me resulta, además, útil para mi tema de la delimitación del anarca. Consiguió fijar una base sólida para el tema en los doce artículos, redactados por un anabaptista durante la guerra de los campesinos de Alemania. Se decía allí que debería ponerse fin a las guerras entre los pueblos cristianos y, por tanto, también al recurso a las armas. Pero si había hombres con irrefrenable tendencia a guerrear, se les debería dirigir contra los turcos.

*

Cuando me hallaba de servicio en la alcazaba, cedía a Ingrid, con permiso de Vigo, mi cuarto de trabajo en el Instituto, lo que conllevaba el privilegio de utilizar el gran luminar. Pasó así un año, pero advertimos al fin que el tema se perdía como río en el desierto. Después de hablar con el profesor, esbozamos un proyecto que ofrecía mejores perspectivas. Se refería al «Plan Stieglitz» —que aquí sólo puedo esbozar en sus grandes líneas. Es bien conocida la eterna atracción que ejerce sobre los judíos la «Tierra prometida», ya desde la época de la cautividad egipcia y babilónica y durante la diáspora del pueblo tras la destrucción de su capital. Reaparecen una y otra vez antiquísimas actitudes, como la de Ammón.

«¡Oh Sión, la ciudad construida en las alturas!». En ella venía confluyendo, a lo largo de los tiempos, uno de los más grandes sueños; el sionismo intentó convertirlo en realidad y de hecho alcanzó su meta en la época de las grandes guerras mundiales, superando las resistencias tanto internas como externas. A propósito de lo cual, uno de estos judíos dijo: «Con lo que se demuestra que no somos más astutos que los demás».

Del sionismo nacional se desgajaron el religioso y el cultural. Como en todos los problemas en los que se implican deseos soñados, también aquí hubo muchos puntos imprecisos; las fronteras se mezclaron y confundieron. El «Plan Stieglitz» destacaba, en cambio, por su sobrio realismo, ya que se trataba de un programa sobre base mercantil.

Yo sólo lo conocía de oídas. Esta palabra no figura ni en los escritos de Herzl ni en la correspondencia de Bialik. Era evidente que se la había elegido como símbolo de una ciudad abigarrada y multicolor. El plan preveía que los estados cederían a los judíos algunos pequeños y hasta minúsculos territorios, ya en arrendamiento o como simple cesión. Aquí una ciudad franca, allá una isla, una franja desértica en el Yemen, la punta de una península, y así sucesivamente. Se había pensado también en un corredor que uniera a Sión con el mar. Desde allí llevarían a cabo sus actividades comerciales las doce tribus, gracias a una flota federal; dispondrían también de astilleros y refinerías.

Para los estados —por entonces estaba aún muy lejos el Estado mundial— las renuncias serían mínimas y las ventajas enormes. Es bien conocido el efecto multiplicador de las plazas neutrales de libre comercio sobre las grandes naciones de fronteras cerradas. En este punto, el comerciante ha obtenido mejores resultados que los ejércitos. El principio es aplicable también a la cultura y, en general, a todos los valores. Por este camino podría llegarse a un esquema de sistema económico mundial…

Vigo se mostró inmediatamente de acuerdo. Ya he dicho que siente una innegable predilección por Venecia. «Podría dar buen resultado. Los judíos, el oro y la serpiente…, éstos son los misterios evidentes».

*

Ingrid no tardó en descubrir abundante material en las pequeñas revistas, en los cuadernos de apuntes de los alumnos y en el Departamento de Correspondencia. Para entonces, dominaba ya a la perfección el luminar. Comenzó por trazar el punto básico: teníamos que retroceder hasta las raíces semitas. El antiguo mar Mediterráneo ofrece un modelo inagotable, un gusto anticipado de todos los ordenamientos del futuro. Descubrimos, por ejemplo, que el «Plan Stieglitz» había sido ya puesto en práctica por los fenicios. Sus navegaciones entre las colonias filiales, el establecimiento de factorías en islas que servían de puestos avanzados, la explotación de minas ocultas incluso más allá de las Columnas de Hércules, el tráfico de mercancías muy codiciadas, como marfil, vidrio, púrpura, plata, la asombrosa abstracción del valor monetario…, todo esto aparecía en un estadio más seguro y concentrado en los orígenes que en las repeticiones. No faltaba la audacia, aunque más en el sentido de Ulises y de Simbad que en el de los conquistadores.

A partir de aquí, se abrían dos perspectivas: ¿en qué se habría convertido el Mediterráneo, si Aníbal hubiera derrotado a Escipión, o si el emir Muza hubiera triunfado sobre la cruz?

Era también excelente el hecho de que Ingrid supiera retroceder hasta el *bios*: los viajes marinos eran secundarios. Hay plantas, sobre todo las gramíneas, que se propagan en las estepas y las praderas. Otras, en cambio, prosperan aisladas, en lugares muy distantes entre sí. Los fenicios eran ante todo semitas, y en segundo lugar navegantes. Que el medio fuera el viento, el aire o el éter… el desafío consistía en mantener la unidad de la especie

a cualquier distancia. Y demostraron que eran capaces de resolverlo, a escala mundial, después de la destrucción de la ciudad por Tito. Por supuesto, también aquí, como en todas partes, había que pedir consejo a los dioses: «Dios es el Señor de Israel».

Aquí hay que situar el flanco débil del nacionalsocialismo: había simplificado el biotipo, le había privado de su consenso mágico y, por consiguiente, sólo le había dejado una frágil apariencia, sin contenido.

46

Sobre este tema habíamos estado hablando aquel día que, como otros muchos, habíamos pasado juntos en el luminar. Pero el de hoy estaba destinado a convertirse en una fecha especial.

Los *privatissima* con los alumnos ya profesores, como Nebek, son agradables y a veces incluso excitantes. Llegan a olvidarse la comida y la bebida, y hasta el propio cuerpo. Surge un problema: se discute y se ilustra con documentos históricos. Flavio Josefo, una sinagoga en el Rin superior durante las cruzadas, el cementerio de Praga, Dreyfus, a quien se le arrancan los galones y cuyo sable se rompe. Se ilumina el *Libro de las horas* a veces sólo con que aparezca el brillo de una inicial.

Contemplo a Ingrid inclinada sobre el luminar. La exquisita figura, las pequeñas manos, la entrega mental. No sé si Jenny Lind tocaba algún instrumento. «El ruiseñor sueco», esto hubiera parecido ante el piano de cola, por la época acaso en que los estudiantes de Gottinga habrían salido a recibirla en triunfo.

«Ingrid, creo recordar que Hesíodo menciona a un mercader fenicio».

Comienza a teclear; las teclas parecen hundirse ya antes de que los dedos las rocen. Nadie puede competir con su memoria. Como si se deslizara por una pista de hielo, se va abriendo ca-

mino en línea recta a través de la espesura de los números. Pronto aparece ante mis ojos el mercader extranjero, junto al pozo. A su lado está la muchacha. Se la lleva a su nave. Aquella noche no regresó a casa con su cántaro. Es la vieja canción, tan antiquísima como el viento y las olas.

El luminar es una máquina del tiempo que, además, lo elimina por superación. No ocurre siempre, ni con todos, pero hay pasajes en los que ya sólo se escucha la melodía, y se olvida el instrumento.

*

Por aquellas fechas, Ingrid tenía una habitación alquilada, cerca de nuestra casa; la acompañé, bajo la luz de la luna, hasta la entrada del jardín. Seguíamos hablando del tema; en las sombras, sólo veía su cara y sus manos…, llevaba puesto su vestido más oscuro, con la adición de la lavanda.

Debo mencionar aquí una ambivalencia que me resulta sorprendente. De suyo, el olor de la lavanda es disuasivo. Así lo había sentido ya en el luminar. Pero ahora ejercía una fuerte atracción sobre mí. Por otra parte, estaba ya cerca la floración de los naranjos y algunos árboles estaban en flor. El lugar era más claro, del jardín venían efluvios embriagadores, como si se hubiera espolvoreado lavanda. Y el todo se mezclaba y fundía sobre la piel.

Contribuye a la ambivalencia el hecho de que una inteligencia femenina precisa actúa también como disuasivo, aunque el principio no es válido para los genios, como lo testifica una serie de grandes encuentros. De cualquier forma, en nuestras academias apenas se da importancia a la manzana de París y los matrimonios felices son la excepción.

Sea como fuere, lo cierto es que, mientras caminábamos, iba creciendo en mi interior una tensión que amenazaba hacerse insoportable; la conversación languidecía. Se rompían penosa-

mente los silencios. Tenía que tirar de las riendas con creciente energía.

Por supuesto, yo era para ello no sólo el profesor, sino el ideal. Lo había advertido ya varias veces durante este año y, por otra parte, ella no intentaba disimularlo. Pero ¿ qué ocurriría, si yo la abrazaba? Podía imaginármelo: la sorpresa inmensa, el mortal silencio bajo la luz de la luna, mientras los rostros palidecían, tal vez las lágrimas. El cuadro quedaba roto en mil pedazos.

Con este estado de ánimo la acompañé hasta su jardín: «Entonces, hasta mañana». Evité darle la mano. Como ya he dicho, yo vivía muy cerca de allí cuando me hospedaba en casa de mi padre. Di todavía unos cuantos paseos arriba y abajo, para refrescar la cabeza, y luego entré.

Apenas había cerrado la puerta, cuando llamaron desde afuera. Ingrid estaba en el umbral. Todavía estaba encendida la luz del vestíbulo. Me entregó una nota, en la que pude leer: «Por favor, no haga escenas».

Apagué la luz con la mano derecha y la introduje al interior con la izquierda. Arriba trabajaba mi papá, hasta muy tarde, como de costumbre. Mi querido hermano ya se había retirado a descansar. El piso estaba enlosetado con mármol. Un duro lecho; pero no hubo escenas. Ella ya venía preparada. La espuma de la resaca salta incluso por encima del recuerdo.

Debí quedarme dormido inmediatamente. Cuando desperté me encontré solo. Me parecía haber soñado.

*

Es extraño, pero nuestras relaciones apenas sufrieron modificación. Las conversaciones ganaron en intensidad, como si hubiera caído una barrera. Cuando estoy en la ciudad, paso la mañana en el Instituto. Me presento a Vigo, doy clases, visito en sus lugares de trabajo a los que siguen estudios superiores. Para mis

estudios personales cuento con tiempo más que suficiente en la alcazaba.

El recorrido termina en el pequeño cuarto de Ingrid; discutimos los problemas en curso y consultamos durante una hora o más el luminar. La conversación se prolonga mientras nos dirigimos al puerto; nos sentamos durante un rato en el muelle, frente a los botes amarrados. Sobre la marina brilla el alto mediodía; entonces la llevo a mi cuarto, de reducido ajuar. Igual que en el paseo de aquella noche, no solemos hablar. A través de las callejuelas y mientras subimos las escaleras, nos movemos como a lo largo de un carril.

Me he preguntado varias veces si ella siente algo en estos momentos o si sólo lo considera como parte de sus deberes…, no en el sentido de un sometimiento, sino más bien como algo obvio, dada la situación. Sea como fuere, sobran las palabras. Nos limitamos a lo necesario. Nunca la he visto enteramente desnuda, aunque siento su cuerpo bajo la tela; sólo se desnuda caderas y pubis. De otra parte, sería exagerado decir que predomina la situación objetiva sobre la pasional. Tengo que contenerme, para no susurrar en su oído palabras indecentes, como me gusta hacer con Latifah.

*

En el Museo de Rosner hay una sección dedicada a las aves que anidan en los arrecifes del alto norte; muchas de ellas llaman la atención por la magnificencia de su plumaje, su rico colorido, su brillante resplandor. Algunas han sido capturadas por Attila, que no sólo se dedicaba a la pesca cuando estuvo en aquellas latitudes. La vida se ha concentrado en la noche polar.

Me gusta escucharle cuando, en horas avanzadas, en el bar de noche, rememora sus viajes más allá de la banquisa. Su rostro adquiere entonces rasgos neptunianos. Veo el tridente en su mano. Se aventura osadamente por las grietas que se abren en la

masa del iceberg, se adentra hasta las azules grutas, pulidas por las olas. La caída de los glaciares retumba en la bóveda de aquella catedral. Cristales de hielo de un azul lavanda estallan en torno a la proa. Hasta Islandia queda al sur; estamos solos.

*

Continuamos la conversación sobre el «Plan Stieglitz». Según una interpretación cabalística, Leviatán habita en altas fortalezas, muy alejadas entre sí, tal vez entre los arrecifes; los judíos están repartidos entre ellas como extranjeros. Desde allí lucha contra Behemot. Éste se defiende con los cuernos, mientras que Leviatán intenta ahogarle tapándole las ventanas de la nariz con sus agallas…, «lo que, por lo demás, constituye un excelente ejemplo de cómo un país puede ser reducido mediante el bloqueo». La comparación es de Don Capisco —Ingrid la descubrió en el luminar.

Como toda obra fundamental, también la cábala tiene incrustaciones proféticas. Lo advertí en esta descripción de Leviatán, que es uno de los símbolos titánicos de las catacumbas.

La gente de Eumeswil cree que las catacumbas son subterráneas: pero hay que distinguir. Aunque Bruno suele ser muy reservado en sus indicaciones, creo poder afirmar que ha estado algún tiempo en las cavidades creadas por la acción plutónica y la humana. Se encuentran allí amplios jardines, con una flora que supera en magnificencia a la de la superficie terrestre. Temperatura uniforme y una luz de singular poder de irradiación contribuyen a crear maravillas. Los botánicos han acertado a liberar fuerzas de la naturaleza hasta ahora desconocidas. Pregunté a Bruno: «¿No resulta extraño este hecho, puesto que los botánicos están de parte de los bosques?».

«Sin embargo, usted sabe bien que Proserpina fue raptada por Plutón y llevada al mundo subterráneo cuando estaba recogiendo flores en una pradera».

Así es; la respuesta nos hace retroceder a aquellos tiempos en los que el adversario se apoderaba, por astucia o por violencia, de las luces de la ciencia y las «trucaba» en su beneficio.

Es cierto que las catacumbas son subterráneas, pero sus cúpulas se alzan tan altas como montañas. Surgen así conos, divididos en cámaras separadas, como hormigueros de termitas. Desde aquí, con una organización que recuerda a Fourier y a la cábala, se dominan los campos intermedios. La más poderosa de estas fortalezas, la de Radamonte, sirve al mismo tiempo de cabeza para los satélites. Desde aquí se vigilan las naves especiales y los proyectiles, tanto en órbita como en sus rampas de lanzamiento cósmicas. Se los puede acercar a tierra, o alejarlos de ella, según lo pida la situación. Más allá de la estratosfera, el espacio es tabú, incluso para los grandes imperios.

Vigo piensa que hay aquí materia para un Dante. Con todo, él mismo añade que Dante disponía ya del espacio y pudo insertar en él poéticamente su infierno, mientras que la metatécnica tiene que comenzar por organizar este espacio. A esto se debe que las catacumbas lo consideren más como autolimitación que como zona de dominio.

*

Cuando tecleamos en el luminar, a veces a cuatro manos si yo tomo parte, me acude un recuerdo de la infancia. Tengo que confesar que mi querido papá puso gran empeño en mi formación. En dos puntos obtuvo un éxito notable. El primero se refiere a la rapidez de la lectura, indispensable para el luminar. Los diversos tipos de escritura, la distribución de las mayúsculas, los acentos y signos de puntuación, que no indican tan sólo lo que hay que leer, sino también cómo hay que leerlo, garantizan, aparte una lectura en diagonal y estenográfica, una valoración cualitativa de lo leído. De otra forma, sería totalmente imposible dominar la inmensa materia.

El otro fue las lecciones de piano. Los mejores aciertos son los inesperados. En nuestro barrio, la autoridad indiscutida era la signora Ricci, emigrante de Esmima —¿griega, libanesa, judía?; la ciudad es un crisol de razas. En verano daba clases de piano y en invierno de danza. Era una mujer morena, de formas rotundas y rostro suave y bonancible, como los cuadros de Murillo. En el labio superior se anunciaba la sombra de un bozo. Cuando quería ser enérgica, la situación adquiría un algo de circense—así, cuando daba unas palmadas: «Sólo las damas…, los señores, de rodillas». Sentido preciso de la decencia, tal como correspondía a su profesión.

Acudí allí de mala gana, como un perro a quien hay que llevar a rastras hasta el lugar de la cacería. Me hallaba por entonces hundido en el período de las horas sombrías, pasadas en el desván. Dentro de un instante tendría que enfrentarme una vez más con el minué de Diabelli. Ya al quinto compás, toqué una nota falsa. A continuación, venía la palmada sobre la mano.

La palmada era lo mejor; era suave, hasta agradable. Y luego la aguda voz: «¡ Estúpido, manazas, eres incorregible!».

Todo tiene su técnica; yo tocaba el minué en casa, como se teclean las letras en la máquina de escribir. Conseguía así una ejecución correcta, pero carente de ritmo y de alegría —no había palmada y me resultaba aburrido.

El dedo izquierdo tenía que bajar hasta el *mi*. Pero me olvidé de hacerlo y fui desenmascarado *a tempo*:

«¿Quieres que me enfade? ¡Lo has hecho adrede!».

Y, mientras lo decía, enlazó sus dedos con los míos. Podéis imaginaros la continuación. Esperaba con impaciencia la hora, y seguía oyendo a menudo el «manazas» y también el «eres incorregible». La palabra es ambivalente.

Por entonces desapareció mi melancolía como barrida por el viento; me consolé de la pérdida de mi madre y fui un buen

alumno también en otras disciplinas, que no se aprenden de memoria, sino *par coeur*.

La señora confesaba treinta y cinco años; hoy me inclino a creer que andaba cerca de los cincuenta. Es la mejor edad para introducir en los misterios. «Los maestros brillan como lumbreras en el cielo».

¿Por qué me viene su recuerdo? Exacto: también ahora estoy tecleando a cuatro manos, en el luminar, con Ingrid. Aquí soy yo quien pone la mano sobre la de ella. Transmito lo que he aprendido. Son interconexiones, enlaces que se cruzan, un policromo tapiz, que se teje para un placer compartido.

*

Al describir mis tardes libres en la alcazaba, olvidé mencionar el ajedrez. El tablero está junto al vino y las frutas y tengo ordenado que no lo muevan de allí.

El juego sólo conoce adversarios, no enemigos. Es un *agon*[15] entre iguales y, por consiguiente, un apto para anarcas como para monarcas —el ataque osado, la trampa refinada que se le tiende, provocan en él un placer digno de los olímpicos. Se puede jugar contra uno mismo, como hago yo aquí, en la alcazaba.

La partida dura todo el tiempo de servicio. Para economizar movimientos, comienzo por practicar una de las aperturas que, desde Filodoro, gozan de merecido prestigio. Entonces se inicia el juego. Se limita a un movimiento por día; el tiempo intermedio es suficiente para hacer olvidar las intenciones que tenía el día anterior. Cuando se quiere jugar contra uno mismo, no se debe mirar por encima del hombro.

El placer es arcaico: muevo peones y piezas importantes, el veloz alfil, el imprevisible caballo, las poderosas torres, la reina, el rey. Señorea el silencio en la alcazaba; el destino se concentra. Alcanzo un estado en el que las figuras no sólo significan, sino

que están llenas de sentido. Se hacen autónomas; el simple soldado se transforma en mariscal: se advierte ya el bastón que lleva en su mochila.

Estén hechas de marfil, madera, arcilla o mármol —la materia se condensa. Lleva al último denominador, ya se jueguen nueces o imperios, o «sólo por la honra». En definitiva, siempre jugamos a vida o muerte.

Todavía estoy con Latifah; la partida no pasa del movimiento de apertura. Una muchacha del País de los Ríos —en ella está Afrodita, como en Cleopatra o en cualquier otra mujer. Podría llevarla, a través de las casillas blancas y negras, hasta el límite: el peón femenino[16] se transforma en reina. De haberme guardado el escudo, éste habría sido el primer movimiento…, pero ¿por qué precisamente ella? En cada uno de nosotros dormita un pastor al que se presentan las diosas, como otrora en el monte Ida.

APUNTES DEL BOSQUE

47

ESTOY de regreso en la alcazaba, para reanudar mi servicio. Desde el bar, veo al Cóndor; da la impresión de estar distendido, casi siempre jovial, aunque a veces también agotado. A su derecha se sienta el Domo, como Ulises de musgosa barba, que más acentúa su perfil que lo encubre. A la izquierda, Attila, el unicornio de blanca y flotante melena. Cuando ha bebido, se la acaricia con la mano. Me gusta encuadrarle entre los centauros…, no de dos figuras, sino dobles. Los invitados cambian de un día a otro. Algunos vuelven a altas horas, llamados por el fonóforo, cuando la conversación requiere su presencia. En los bancos laterales los efebos, con los ojos clavados en sus señores. Si uno ha vaciado el vaso, vienen hacia mí y lo llenan antes de que se les pida.

Primero, el jefe de cocina. La comida ha sido, como siempre, sencilla y deliciosa. Propone el menú para el día siguiente. El Cóndor tacha el postre y lo sustituye por otro. A veces aparece el director de la pequeña orquesta que toca desde el estrado. El Domo le hace llamar cuando la pieza le ha complacido de forma extraordinaria o cuando tiene objeciones que hacer. Es difícil de contentar. Sigue un diálogo sobre detalles sutiles, que escapan a mi capacidad.

«Quisiera oír la nota, no el instrumento. Éste debería deslizarse con mayor suavidad».

«El violinista no estaba hoy en forma. Ha tenido disgustos familiares».

«Son cosas que pasan».

Puedo seguir mejor el diálogo cuando la crítica versa sobre los fundamentos físicos.

«Tendría que prestar más atención a la pausa previa». «No entiendo bien lo que desea, Excelencia».

«Me refiero a la pausa que precede a la ejecución…, no a la que hay entre dos fragmentos».

«En mi opinión, está ya bien marcada al levantar la batuta».

«No, esto es ya un signo visible. Imagínese una escalera. Si levanta usted la batuta, ha subido ya el primer escalón; la pausa es lo que hay antes».

¿Por qué me pareció todo esto evidente desde el primer instante? Sin duda porque rozaba un problema general del arte. También el pintor contempla durante un largo momento el blanco lienzo, el poeta reflexiona, silencioso, antes de que su lengua se desate. Tal vez en esta silenciosa quietud estén más cerca de la perfección que cuando ejecutan la obra, sea cual fuere el resultado.

El Domo parece opinar que hay que estar a la espera de la eufonía o, mejor, esperar que se esté preparado para recibirla. Aunque también es cierto que deba exigirse más del compositor que del artista que ejecuta la pieza, sobre todo durante una comida.

*

Carezco de toda referencia a la edad y el origen de Attila. A veces le situó entre las figuras míticas que, en definitiva, son atemporales. Otras veces me recuerda a un cierto conde Saint-Germain, que afirmaba poseer el elixir de la eterna juventud y contaba, con tono negligente, cómo había compartido la mesa con Alejandro Magno.

Al principio le catalogué como uno de esos médicos que, en su contacto con los oficiales, procuran adoptar unas maneras

soldadescas. Cuanto estaba en vena, contaba anécdotas como la que sigue:

«Las barbas siguen los dictados de la moda y a menudo imitan las del soberano —aunque ya he superado este estadio. (Y hacía un signo de cabeza al Cóndor).

»He llevado muchas veces una barba como la de hoy, sea por impulso paternalista o anarquista. En la primera guerra en que tomé parte, yo era un joven imberbe; fue la única vez, durante mi servicio, en que juré fidelidad a la bandera. Quiero decir, la única vez que hice honor a mi juramento…, desde entonces, he jurado muchas veces, sea para obtener ventajas o para evitar inconvenientes. Incluso el juramento de Hipócrates no ha significado para mí más que una orientación general de la conducta. Con los juramentos ocurre como con la virginidad.

»Tras haber perdido una guerra, me dejé una barba como la que tengo ahora: ya entonces era blanca. Como médico, había visto y aprendido mucho; los grandes hospitales de campaña son una especie de antesala del infierno. La ciudad había sido ocupada por las tropas del Khan Amarillo y disfrutaba de una relativa calma. Saqué partido de mi barba; me daba ante los tártaros el prestigio de un hombre venerable. Muy pronto empezaron a llamarme "el general".

»De otra parte, advertí que a los jóvenes de nuestro bando les chocaba y que me consideraban como un "contestatario". Comenzaron a importunarme y a lanzarme insultos. Dejé correr las cosas. Sólo una vez, cuando uno de ellos me cortó el camino y me asió la barba con ambas manos, perdí la paciencia. Le agarré por los hombros, le obligué a girar en redondo y le apliqué un puntapié que le catapultó al interior de un escaparate. No hubo más daños que la rotura de cristales, porque los escaparates estaban vacíos y la única mercancía que casi todos ellos exhibían era un retrato del Khan Amarillo.

»A partir de entonces, me sentí inseguro. Los tipos aparecían en grupos y se mostraban agresivos. Me llegaron amenazas anónimas. Solicité una entrevista con el comandante de la plaza, que me recibió amistosamente. Estaba sentado en un trono, rodeado de un espléndido lujo, construido a base de objetos robados por doquier. Le saludé con el *ko-tau*.

»Quiero advertir que para mí quedaban ya muy atrás los días en que se consideraba la resistencia como un deber moral. Son reminiscencias liberales, recetas para suicidas, que ahorran trabajo a la policía. Aquí sólo cabe una norma de conducta: la del camaleón, que en griego significa "el león de tierra". Ya he hecho una vez mi juramento, he "ofrecido resistencia"; ni el rey ni el pueblo pueden exigirme más.

*

«General, ¿qué le trae por aquí? ¿Qué puedo hacer por usted?».

«Comandante, he sido amenazado. Se me persigue por haber cuidado a sus heridos, por haberme ocupado de ellos. Estoy dispuesto a mantenerme en mi puesto, pero le ruego que me proporcione armas para poder defenderme».

«Meneó la cabeza: "Lo mejor es que me dé sus nombres… y puede estar seguro de que no volverá a verlos"».

«Por desgracia, no los conozco».

«Por supuesto, los conocía, y muy bien. Además, yo ya tenía un arma, escondida en lugar seguro. Pero hay que atenerse a las reglas del juego por ambas partes, mientras sea posible. Por lo demás, yo había prestado al comandante algunos discretos servicios. Un médico es medio confesor.

»Está bien, padrecito…, en tu caso haré una excepción».

«Conseguí, pues, una pistola y, lo que es más importante, un permiso de armas. Hay que retrasar todo lo posible el paso a la

ilegalidad. Mi casa estaba separada del hospital por un parque. Lo cruzaba, cuando ya había anochecido, tras un largo día de trabajo. A mitad de camino, apareció el tipo al que había catapultado. Quité el seguro a la pistola.

»El tipo se dirigió hacia mí, con un cigarrillo en la mano izquierda.

»¡Eh, viejo cabrón…, ¿tienes lumbre?!».

«Lo siento, pero no fumo».

«A lo que siguió un *swing* que me derribó por tierra».

«*Excuse me darling*…, aquí tienes el encendedor».

«Y, mientras lo decía, disparé desde el suelo, a través del bolsillo, para dejarle un buen recuerdo. Le duraría mucho tiempo; las balas en diagonal, de abajo arriba, traen problemas.

»Luego me dirigí a los otros y les obligué a tenderse sobre el vientre. Se habían vueltos mansos como corderos; uno tras otro, les fui poniendo el cañón de la pistola sobre la nuca. Los tártaros recurren a este sistema en los interrogatorios, para quebrantar la resistencia —del mismo modo que los romanos hacían pasar a los vencidos bajo el yugo. Una sola vez bastaba.

»Ya no tenía nada que temer por aquel lado, al menos mientras la ciudad estuviera bajo ocupación. Estos jóvenes suelen ser retoños de familias respetables. Se rebelan contra sus padres, que se dejan dominar; y me habían catalogado en esta especie. Me habría entendido muy bien con ellos, de haberme conocido. Pero la vida es breve y prefiero el vino al mosto.

»Al cabo de algún tiempo, me pareció aconsejable levantar las tiendas; durante la noche, me pasé, con dos pistolas, al campo contrario. También aquí tenía amigos y protectores desde tiempo atrás. Un mauritano encuentra en todas partes la mesa puesta. Aparte esto, hay dotes innatas. Un médico, un cantor, una hetaira de talento son bien recibidos por amigos y enemigos. Co-

mo Bias, llevan consigo su fortuna; se les puso ya en la cuna un pasaporte universal».

48

En estas conversaciones de antes de medianoche, Attila causa la agradable impresión del hombre que cuenta sus aventuras juveniles; desde mucho tiempo atrás ha dejado de darles importancia, pero las relata de vez en cuando para animar el ambiente. Es asombrosa la libertad con que expresa sus ideas sobre la tiranía; el hecho podría atribuirse a su autoridad. Por otra parte, se dirige a compañeros de mesa seguros de sí mismos; el Cóndor y el Domo toman parte, sin reticencias, en la conversación. Una cosa similar ocurre en la ironía con que los judíos inteligentes se juzgan a sí mismos; suaviza aristas y da alegre vivacidad a la conversación.

He coleccionado toda una serie de estas anécdotas, que ofrecen cierto parecido con las que se cuentan en los círculos militares. Resulta curioso notar que casi nunca menciona la época que consagró a sus estudios, aunque debió pasar muchos años en el laboratorio. Indudablemente, estas actividades están registradas en su ficha personal y de hecho el Domo ha hecho varias alusiones al tema. Attila debió jugar un destacado papel en la época de los trasplantes, cuando se acometió la arriesgada empresa de intervenir en los procesos de crecimiento originarios. La nueva raza de los prometeos supo que sonaba su hora, y no sólo los uránidas.

La actitud reservada de Attila puede deberse a dos razones. O bien considera que sus experiencias excedieron los límites y condujeron a resultados contraproducentes, sobre los que es mejor guardar silencio; o bien los resultados superaron todas las esperanzas. Y también es aconsejable el silencio cuando se ha

descubierto una mina de oro. Tal vez la respuesta fue más poderosa que la pregunta… y un prodigio desbordó el experimento. Un maestro intentó superar con astucia la naturaleza y una explosión dio testimonio de su trabajo, al tiempo que le destruía. Ésta es la senda de los conjuros. Las precauciones son muy minuciosas. Pero, cuando aparece el espíritu, sobran las minucias. Entonces, se olvidan con facilidad los detalles técnicos.

*

Comienzo a agudizar la atención cuando, en horas ya muy avanzadas, se aventura más allá de las fronteras: en el mar polar, en los grandes desiertos, en el bosque. Me resulta difícil distinguir entre geografía y sueño, pero esto también me ocurre respecto de nuestra Eumeswil. La realidad de cada día se difumina, se copula con la de los sueños; tan pronto es la una como la otra la que irrumpe con mayor fuerza en el campo de la conciencia.

He podido reconstruir, fragmento a fragmento, algunos de estos lugares, como el Palacio Gris de Transislandia. Son inevitables las meras suposiciones y hasta las equivocaciones; éste es uno de los puntos débiles de nuestra ciencia. Las fuentes brotan una sola vez en el tiempo.

*

«Fue después de una de las grandes devastaciones. Había ocurrido hacía varios años. La estepa, de rala vegetación ya antes, quedó totalmente devorada por el fuego. Las rutas de las caravanas estaban sembradas de esqueletos de hombres y animales. Los huesos brillaban como ópalos bajo el sol; estaban calcinados. Nos los había blanqueado la putrefacción. La carne debió quedar consumida en un instante. También habían quedado fundidas bajo el fuego las cabañas de barro de los oasis, las casas junto a los pozos; arcilla y piedra se vitrificaron. Sobre los muros se dibujaban las siluetas de palmeras, camellos y hombres como

sombras chinescas proyectadas por la irradiación que siguió al incendio abrasador. De una de las torres junto a los pozos pendía el varillaje superior, como surtidor de agua solidificado. El cañón de una pieza de artillería se había curvado como el chorro de una manguera. A su alrededor, sobre la arena, aparecían esparcidas gotas de acero. También las catástrofes tienen su estilo.

»Estaba solo. De mis compañeros, algunos habían renunciado ya en las primeras etapas, incapaces de soportar aquella espantosa visión; otros muchos perecieron de sed o murieron en los valles contaminados. Una vez más, yo era el último; es una de las experiencias de la ancianidad. La supervivencia causa hastío.

»No sé cómo conseguí llegar al bosque. Tal vez las lluvias torrenciales volvieron a llenar los antiguos depósitos de agua. Por otra parte, me había ido alejando del centro de la destrucción; los primeros buitres giraban en círculo en el aire. Vi plantas y animales, algunos de los cuales me resultaban desconocidos. Recordaban los dibujos de los antiguos libros de fábulas, como si un demiurgo los hubiera compuesto reuniendo varias piezas.

»Es bien sabido que las marchas forzadas hasta el agotamiento provocan visiones. Por otro lado, me recordaban las figuras de los experimentos a que me había dedicado durante largo tiempo y es muy posible que estos recuerdos se prolongaran y ampliaran en el desierto. También ellos pueden ganar realidad; en definitiva, todo experimento es un recuerdo realizado.

*

«La selva se alzaba como un muro. Ningún hacha había llegado hasta allí. Es indudable que la catástrofe había aumentado aún más su ritmo de crecimiento, como si el soplo abrasador y el diluvio subsiguiente hubieran liberado su poder primitivo. Dato confirmativo de la teoría de Cuvier.

»Algunos grandes ejemplares alcanzaban alturas superiores a las de las más altas torres. Otros habían desarrollado inmensas

copas, a cuya sombra podría acampar todo un ejército. Sólo más tarde advertí una notable singularidad en su ramaje: las ramas se habían copulado. En realidad, el hecho no es nuevo ni para los botánicos ni para los jardineros que practican injertos. Conocí a uno, en Sajonia, que recolectaba frutas de siete especies de un mismo tronco. Lo asombroso aquí era que la mezcla se había llevado a cabo sin orden ni concierto. Se habían acoplado especies totalmente extrañas, produciendo frutos que habrían desesperado a un Linneo, si los hubiera visto.

»También esto me traía el recuerdo de los laboratorios. Habíamos logrado, si puedo decirlo así, provocar crecimientos gigantescos, seres de múltiples brazos, como los dioses indios, mujeres de innumerables senos, como la Diana de Éfeso. Habíamos penetrado, tanteando, a través de los laberintos genéticos para devolver la vida a los remotos antepasados, sólo conocidos por los esquistos pizarrosos y los depósitos de las canteras.

*

«Pero aquí flotaba en el aire una tempestad prometeica y se había llegado mucho más lejos de cuanto habíamos intentado hacer, con enormes dispendios, en nuestras retortas. Lo barrunté inmediatamente, casi como el alquimista que, cuando ya desesperaba de la gran transmutación, ve brillar en su hornaza el oro macizo. Y sentí que yo también me hallaba inserto en la gran transmutación…, en un mundo nuevo, que más tarde se ha ido confirmando con experiencias concretas.

»La marcha desde el árbol del conocimiento al árbol de la vida tiene algo de inquietante. Pero no podía retroceder al desierto que quedaba a mis espaldas. Allí la muerte era segura. Tenía que afrontar el bosque, con todos sus peligros, para abrirme paso al mar abierto. Como todas las selvas vírgenes, estaba rodeado de un cinturón de maleza densa y a veces espinosa. Bajo la sombra del interior, el camino era más practicable. Tenía, en

cambio, la desventaja de que el sol —único medio de orientación— quedaba oculto por el follaje.

»Debí girar en círculo durante mucho tiempo, desnudo y despellejado como un náufrago. Las espinas habían destrozado mi ropa y mi piel. Encontré fuentes y arroyos en los que calmar la sed y frutas y bayas que comía con ansia. Tal vez sus virtudes se mezclaron con las visiones producidas por la fiebre, para convertirse en imaginarias pruebas de poder.

»En una ocasión tuve que apartarme de un ejército de termitas en marcha. Eran enormes y avanzaban hacia un obelisco, de cuya punta saltaba una lluvia de chispas. También las serpientes que se mecían en lo alto de los árboles eran de enorme tamaño. No parecían deslizarse, ni tampoco volar. Los rebordes de sus cuerpos palpitaban. Era, a todas luces, la transición hacia los dragones. Se copulaban con los troncos en que se enroscaban. Una resina sangrienta, o una sangre resinosa, fluía de las hendiduras que trazaban con sus garras. No necesité prismáticos: cada escama se quedó profundamente grabada en mi retina.

»Parecía como si se hubiera difundido aquí por doquier aquella sensibilidad que entre nosotros sólo se da en las mimosas. Uno de los árboles daba frutos parecidos a los de nuestros arces; los niños se los ponen en la nariz y llaman a sus extremos "alitas". Se trata de una simple analogía, que en el bosque era desnuda realidad: los frutos no caían en tierra, sino que aleteaban en el aire. Un remolino de minúsculos murciélagos se entregaban a la ceremonia nupcial en torno al tronco. Aquí se podrían echar raíces y convertirse en árbol.

»En un claro, un rayo de sol iluminó una figura con cabeza de carnero. Apoyaba la izquierda en un cordero de rostro humano. Ambos se fundieron en la luz, como si la visión fuera demasiado fuerte.

*

«Luego, otra vez islas de espesura en torno a ramas desgajadas por el viento. En una de ellas se abría una senda, trazada por el paso de animales. Mortalmente fatigado, avancé a tientas por ella. Desembocaba en un claro; en el centro se alzaba un ciprés cuya altura superaba todo lo imaginable. Si el cielo hubiera estado cubierto de nubes, no habría podido ver su cima. El tronco estaba hueco; el acceso al interior no estaba corroído por la intemperie, sino que aparecía tallado en la albura de la madera, en forma rectangular, como una puerta. Los árboles son nuestros mejores amigos; me aventuré en él.

»Penetré en la oscuridad de su interior caminando a cuatro patas; el suelo estaba cubierto de pieles o, mejor dicho, con un vellón que parecía brotar allí mismo, como sobre el lomo de un animal. Un magnífico lecho; me tendí en él y al instante me sumergí en un sueño parecido a la muerte.

»No sé cuánto tiempo estuve allí dormido. Al despertar, me sentí como un recién nacido, como si me hubiera bañado en la fuente de la juventud. El aire era prodigioso, olía a madera de ciprés, cuya resina se quema como incienso.

»El sol de la mañana penetraba por la puerta de madera. Me levanté; mi piel resplandecía, la sangre estaba lavada y había desaparecido toda huella de espinas. Debí haber soñado, Pero era indudable que, en el intermedio, alguien se había cuidado de mí. Pero ¿qué es inter-medio? Una pausa entre dos instantes, o también entre dos formas existenciales.

»A mi lado había un vestido, una especie de albornoz; estaba tejido con el mismo oro que el tapiz. Había además sandalias y una bandeja con pan y vino —una gran atención inmerecida. Viniera de donde fuere, aquí sólo había una respuesta posible: la oración».

*

Muy raras veces llega Attila hasta este punto, y aun entonces casi a modo de monólogo. Hay lagunas, se producen inter-medios. Ocurre también que se pierde en excursos científicos o mitológicos. Así, por ejemplo, sobre la madera de ciprés, que se tenía por incorruptible. Se la utilizaba para construir templos y naves, cunas y sepulcros y también para la cremación de cadáveres. Me llamó la atención el hecho de que Attila dé más importancia a la significación mítica que a la botánica. Entran aquí en juego el ciprés y el cedro, la tuya y el enebro, y también las cumbres, como el Atlas y Sión, Sinaí y las montañas del Nuevo Mundo. Parece también creer que el Iggdrasill no es un fresno, sino un cedro. Así, pues, para él la palabra tiene una significación más cosmogónica que biológica. Anoto esta particularidad, porque al principio me resultaba difícil penetrar hasta el trasfondo de su lenguaje, hasta que advertí, al fin, que aquí las cosas no se complican, sino que, por el contrario, se simplifican, porque se las inserta en una síntesis.

Así me explico también el efecto que causa en el círculo sentado a la mesa. Él forma, como fulgente plata, su punto central. Hasta el Domo aparece iluminado por su fulgor. Se ha bebido mucho; yo soy el único que se mantiene sobrio. Me concentro en su frente; veo el cuerno que se curva, como surgiendo de su yema. Acaricia la mano del Cóndor, casi como un padre —aunque también podría ser el gesto de un suegro.

Ya no habla más del bosque; cuando llega al mar, se muestra más comunicativo. Indudablemente, no estaba demasiado lejos. El camino llevaba de los paisajes metahistóricos a los ahistóricos, desde el bosque a la arena caótica. Lo que contaba, no era agradable, y hasta sonaba a desesperado.

Uno de los símbolos de los espacios sin historia son los desechos. El espacio está amenazado por los escombros. Se ha olvidado la técnica de eliminación de basuras de la civilización. Ahora se acumula sobre otras formaciones. Si una nave naufra-

ga, los restos son arrojados a la arena. El mástil y las cuadernas se utilizan para construir chozas o como combustible. Aquí se vive en y de los desechos…, de la utilización de montones de basura. A la riqueza del pasado y a su abundancia sigue el hambre famélica. Se paraliza el crecimiento.

Se comienza por pensar aviesamente y luego se actúa funestamente; existen los presagios anunciadores. Entre ellos pone ya Attila la pasión por las excavaciones arqueológicas, basadas en el humanismo. «Por entonces se inició una especie de culto a los cargamentos subterráneos; sólo de las tumbas salían obras de arte. El proceso marchaba paralelo al destronamiento de los dioses. Vino luego la explotación de los restos fósiles, siguieron los terremotos y la destrucción de las selvas vírgenes, devoradas por el hambre de energía. El mismo mar se convirtió en un desecho. No se desmochaba el fresno, sino que se talaba».

*

Aquellas gentes degeneradas, cuyas actividades estudió Attila sobre los grandes montones de desechos, vivían en cuevas excavadas con las manos; carecían casi totalmente de vestidos y armas. «Así viven los hongos, de la clorofila de otras plantas». Escarbaban en el bosque, al modo de los recolectores, en busca de raíces, y cazaban pequeños animales por medio de trampas. No sabían trabajar ni la piedra ni la madera y se limitaban a utilizar los objetos que se adaptaban a la mano. Lo mismo hacían con los restos de instrumentos metálicos o con las piezas de las máquinas. Apenas parecían vivir, sino más bien vegetar en una somnolienta luz crepuscular, como en los tiempos antiguos, antes de que Prometeo les hiciera el don del fuego. «El heredero del último hombre no es el primitivo, sino el espectro».

Al parecer, Attila les prodigó sus cuidados médicos, pero sin resultado. De vez en cuando, desembarcaban piratas y se dedicaban a cazarlos, para probar la eficacia de las armas que habían

conseguido en *bunkers* incontaminados. Se llevaban también algunos consigo, para comprobar la contaminación de otros *bunkers*. Como esclavos no tenían ningún valor.

49

Hoy he tenido que tomar una decisión que tal vez preludie mi partida de Eumeswil. Junto con el desayuno, Kung me ha traído el horario de servicio y una orden del Domo, para presentarme ante él, a las 11, «sin uniforme».

Llevaba puesta todavía la bata y comencé a reflexionar, mientras el chino iba poniendo en orden mis cosas. La orden podría significar acontecimientos desagradables. Tal vez se habían espiado mis conversaciones con Dalin, en las que me hacía partícipe de sus proyectos nihilistas. ¿ O acaso se había descubierto mi refugio en el Sus superior? Replicaría a lo primero que era una curiosidad y a lo segundo que lo había hecho por diversión personal. Respecto del servicio, no veía motivos de reproche; la noche anterior lo había desempeñado como de costumbre, y el Cóndor se despidió de mí con palabras amables. No parecía, pues, amenazarme ningún peligro grave. De ser así, no se me habría pedido que me presentara, sino que me habrían llevado detenido.

*

El Domo me recibió sentado tras su mesa; era evidente que el trabajo le desbordaba, pero estaba, como siempre, concentrado. Ocurrió que aquella mañana yo había visto en el espejo mi imagen real. Me miró como quien va a comunicar una buena noticia…, porque he estudiado su rostro durante muchas noches.

«Venator, usted sabe muy bien en cuánto aprecio le tenemos —lo mismo aquí, de camarero, que como historiador. Usted no

introduce aspectos superfluos en su interpretación de la historia. No en balde ha puesto el Cóndor el gran luminar a su disposición. Esto presupone confianza en su talento, pero también en su fidelidad».

Y luego pasó al asunto:

«El Cóndor ha decidido organizar una gran cacería, que nos llevará más allá de los desiertos, hasta el corazón de los bosques. Estoy haciendo los preparativos; partiremos pronto. Aparte los cazadores y el acompañamiento habitual, he pensado llevar un pequeño estado mayor de sabios, entre ellos a Rosner como zoólogo y a usted como historiador. "Los asnos y los sabios en el centro" —ya conoce usted la cita. Bien, bromas aparte… hemos pensado en usted como nuestro Jenofonte, claro está, siempre que acepte».

Tal vez quería añadir algo, pero se limitó a una alusión:

«La tarea no me parece abrumadora, pero podría desbordarse».

Puntilla para Attila. El hecho de que el Domo hubiera pensado en un zoólogo y en un historiador indicaba que estaba dispuesto a mantener la cacería dentro de sus límites naturales y humanos, cualesquiera fueran los peligros que pudieran amenazarnos. Otro indicio es el hecho de que esté dispuesto a formar parte de la expedición, aunque su presencia aquí es imprescindible.

Se volvió de lado, para recibir el próximo informe a través del fonóforo. Vi su cabeza de perfil. La bien cortada barba acentúa y prolonga un poco la línea del mentón; aquí parece insertarse el cuerno, y no en la frente, como en Attila. La barba tenía reflejos verde-musgosos, tal como pedía la rojiza roca de la fortaleza. La vida es una secuencia de ilusiones ópticas, pero ésta respondía a la personalidad del Domo; si alguien sale bien librado de la aventura, ése será él.., no se dejará enredar en el juego de los dioses.

Me concedió un tiempo para pensarlo; lo acepté por razones tácticas, porque ya había tomado inmediatamente mi decisión. Aquí se abría uno de los dos caminos que llevaban fuera de la ciudad, aunque sólo fuera durante un interregno, a modo de antesala. Pero no me pondré del lado del Domo, que pertenece más a las catacumbas, sino de Attila, que precede al Cóndor, para pedir la mano de la novia.

*

Vigo era la única persona a la que podía consultar antes de dar mi respuesta afirmativa. Pedí permiso y salí de la alcazaba, para visitarle por la tarde, en su jardín. Comprendió inmediatamente que se trataba de algo más que una simple excursión, aunque es bien cierto que toda cacería tiene su trasfondo calidónico.

Vigo enjuició la situación sobre base histórica. «El gran objetivo de la voluntad política es Leviatán. Se le ha conseguido, en mayor o menor grado y siempre necesariamente en épocas tardías, como bajo los césares o en el Estado mundial, como consecuencia de la perfección técnica. Dos cumbres, la una surgida de la voluntad personal, la otra de la voluntad general. Allí, el César-Dios, aquí el *homo magnus* como Titán, el uno vinculado al animal, el otro al poder plutónico. Así lo expresan los símbolos: allí el águila y el león, aquí los colores y las máquinas.

»El Estado mundial se ha disgregado en sus componentes, como había previsto Boutefeu. Quedaron los reinos de los diadocos y las ciudades-estado de los epígonos. El siglo XIX del calendario cristiano había proclamado la idea del crecimiento permanente, no sólo cuantitativo, sino también cualitativo; el siglo XX pareció haber realizado el ideal del *homo faber*. Pero el progreso se escindió en dos ramas que, a grandes rasgos, podemos calificar de económica y ecológica. Una de ellas pensaba todavía en términos de historia universal, la otra en términos de historia te-

rrestre, la una tendía a la distribución, la otra a la administración; surgieron conflictos entre el medio humano y el medio natural, a todo lo cual se añadían voces que presagiaban el fin del mundo, como ocurre siempre que se acerca el cambio a un nuevo milenio.

»La concentración de poder se produce también en las épocas tardías. Aquí tuvo necesariamente una naturaleza técnica. Otra vez a grandes rasgos, es decir, expresado en el marco de la ciencia clásica, podría afirmarse que de un lado se armaban los biólogos y del otro los físicos. Los unos buscaban la rejilla orgánica, los otros la material, los unos los genes, los otros los átomos. Y todo ello llevó más al fondo no sólo de los fundamentos históricos, sino incluso de los fundamentos humanos —aquí en el bosque, allá en el mundo subterráneo.

»Se dudaba de todo, menos de la ciencia. Fue la única que se desarrolló, férreamente, a nivel planetario y llegó incluso a devorar al Estado. Consiguió lo que estaba reservado a los grandes titanes que habían precedido a los dioses y que incluso los habían creado. Para conocer estas metas, ocultas hasta para la propia ciencia, le fue necesario a ésta llegar a un límite en que la muerte y la vida dan respuestas nuevas».

Vigo añadió: «Martín, nunca he dudado de que usted prefiere el bosque. Pero sé también que usted lo considera sólo como un paso…, no al modo de Attila, para el que es el objetivo final, ni al modo del Domo, para el que es una ficción. Pero ¿qué son ficciones? En cada uno de nuestros grandes cambios se realiza un sueño. Usted lo sabe, como historiador. No fracasamos por culpa de nuestros sueños, sino por no haberlos soñado con suficiente fuerza».

50

Attila ha calculado la hora favorable; caminaremos durante las noches y partiremos mañana, con el novilunio. Ya nos han precedido los grupos de exploración, con sus tiendas. Dedico estas horas a las visitas de despedida, entre ellas también a mi querido papá, que, por supuesto, ha intentado disuadirme. Para él, la empresa se sitúa a medio camino entre la aventura y la charlatanería. También Bruno expresó algunas dudas; habría preferido verme camino de las catacumbas. Estuve una vez más con Latifah y con Ingrid, me bañé de nuevo en el mar, con sus corrientes cálidas y frías.

Esta Vez, Latifah no tuvo su escudo, sino un ramo de flores. Fue un acierto y lo sentí hasta la médula de los huesos. El calor interno fluyó sin trabas. También Ingrid me reservaba una sorpresa: por vez primera, se despojó de todos sus velos. Supe estar a la altura de este gesto.

También me despedí de mi fortaleza de refugio en el Sus superior. Encontré el acceso ya cubierto por la maleza, que muy pronto lo cerrará del todo. Fui allí para guardar los apuntes que he ido tomando en el bar de noche. Tan sólo Bruno sería capaz de descifrarlos. He dejado en el Instituto los trabajos científicos; en general, son sólo esbozos fragmentarios.

He reflexionado mucho sobre el destino de estos cuadernos y a veces pienso que lo mejor sería quemarlos. Me atormenta, sobre todo, su imperfección. La conciencia de no estar a la altura de la tarea arroja su sombra sobre mi existencia, tanto la individual como la del historiador. Pero, por otra parte, la destrucción de un manuscrito es una especie de suicidio espiritual —con lo cual no pretendo afirmar nada contra el suicidio. Pero me ocurrió algo relativo precisamente a esta sombra, que me ha movido a conservarlo.

Durante estos días, y como preparación para la expedición al bosque, me he ejercitado intensamente ante el espejo. He conseguido al fin lo que siempre había soñado: el distanciamiento to-

tal frente a la existencia física. Me contemplaba en el espejo como hombre libre, más allá de los sentidos…, a mí mismo enfrentándome con mi cuerpo real como si fuera una fugitiva imagen del espejo. Entre los dos ardía, como siempre, una bujía; me incliné sobre ella, hasta que la llama me quemó la frente; vi la quemadura, pero no sentí ningún dolor.

Cuando vino Kung a traerme el desayuno, me encontró tendido en el suelo y desnudo. Los chinos son maestros tanto en el arte de matar como en el de reanimar; me devolvió el conocimiento con paños calientes y esencias concentradas. Me prometió guardar silencio. Si no fuera por la marca que tengo en la frente, creería haber soñado.

EPÍLOGO

Mi hermano, Martín Venator, desapareció hace ya varios años, con el tirano y su comitiva, y hace poco se le ha declarado oficialmente muerto. Tenía razón mi padre, cuando le instó con apremio a que abandonara aquella empresa. Ya entonces la consideramos como la última y desesperada tentativa de un detentador del poder que había perdido la partida.

Desde entonces, son muchas las cosas que han cambiado en nuestra ciudad, y puedo afirmar honradamente que para mejor. La alcazaba está desierta; los pastores de cabras apacientan sus rebaños dentro de los muros de la fortaleza. Han regresado los que estaban desterrados en el extranjero y los prisioneros de las islas; su lugar ha sido ocupado por los esbirros del tirano.

Como heredero de mi hermano, recae sobre mí la administración de sus papeles póstumos. Se encuentran entre ellos los estudios que había guardado en el Instituto Histórico, del que soy ahora director. Él los había calificado, tal vez con excesiva modestia, de esbozos fragmentarios. He ordenado hacer un estudio sobre ellos.

Han causado sorpresa los papeles que se han descubierto no hace mucho en la maleza, en el Sus superior. Los descubrieron en un *bunker*, junto con armas y provisiones, unos cazadores que perseguían un búfalo. De no haberse dado la feliz casualidad de que estaban acompañados por un sabio, es indudable que estos manuscritos habrían acabado en las llamas. Por su medio, llegaron a mis manos.

Siempre lamentamos y vimos con desagrado los servicios subalternos que prestó en la alcazaba. El hecho de que se tomara tanto trabajo para construirse aquel refugio es indicio de su escepticismo y de su resistencia interior. Es indudable que también habría corrido mejor suerte de haber confiado en nosotros y en nuestros amigos.

La sección principal de estos papeles es una serie de apuntes, en parte fechados y en parte no: cuentas y notas de actividad

nocturna, entre las que se deslizan algunos pasajes en estilo jeroglífico. Bruno, al que se refiere varias veces, ha emigrado. Se dice que desempeña un cargo importante en las catacumbas.

Están, además, estos cuadernos, cuyo epílogo escribo. Su lectura es más fácil, aunque a veces los rasgos de la escritura son fugitivos. De todas formas, me he familiarizado con ella casi como con la mía propia. Hay rasgos comunes de parentesco totalmente innegables.

La lectura me ha creado un cierto conflicto de conciencia: el que surge entre el hombre privado y el historiador. Mi hermano no amaba a su familia. Éste era su modo de ser. Pero nosotros sí le hemos amado. Su exposición está sembrada de juicios y, en mi opinión, de juicios erróneos que me autorizan, como persona privada, a destruir el escrito; de hecho, había pensado hacerlo. En toda transmisión hereditaria hay quema de papeles…, ya sea para purificar el recuerdo de la figura del desaparecido o por consideraciones familiares.

Pero soy historiador y procedo de una familia de historiadores. Mi querido hermano…, entre sus títulos preferidos figuraba este de «historiador de nacimiento».

Existe una conciencia de archivero, ante la que es preciso sacrificarse. Me inclino ante ella, sello estas páginas y las guardo en el Instituto.

ERNST JÜNGER nació en Heidelberg el 29 de marzo de 1895.

A los dieciséis años huyó de casa de sus padres y se alistó en la legión extranjera francesa. De regreso en Alemania, participó en la primera guerra mundial como oficial de un grupo de voluntarios, y fue herido siete veces.

En el período de entreguerras, adquirió fama como escritor con *Tormentas de acero* (1920), *El bosquecillo 125* (1925), *Fuego y sangre* (1925), *El corazón aventurero* (1929), *El trabajador* (1932), *Hojas y piedras* (1934) y *Juegos africanos* (1936). En la novela alegórica *Sobre los acantilados de mármol* (1939) expresó su actitud crítica ante el nazismo.

Durante la segunda guerra mundial participó en la campaña de Francia, siendo expulsado del ejército alemán tras el fracaso

del movimiento antihitleriano del 20 de julio de 1944. En su obra de postguerra —de la que destacan los diversos volúmenes del *Diario*, la novela *Heliópolis* y varios ensayos— Jünger ha expresado su actitud crítica y desencantada ante la fanatización y la crueldad de la era contemporánea.

Notas

[1] Papageno, vendedor de pájaros en la ópera de Mozart *La flauta mágica* [N. *del* T.]. <<

[2] Obviamente, el autor explota las posibilidades lingüísticas del alemán que, por fidelidad al texto, se conservan en la traducción. La correspondencia española del «ur» alemán es el «proto» (protomártir, protagonista), a veces debilitado por el uso en «pro» (prólogo). La idea generalizadora del prefijo «ge» germánico se expresa en español por varios cauces: el prefijo «ex» (extender), el sufijo «al» (robledal). [N. *del* T.]. <<

[3] Todo, hasta el recuerdo, todo alza el vuelo, todo huye / Y se está solo con París, la onda y la noche. <<

[4] ¡Cuán oscura es la vida, irreal y vana, / como imágenes que giran en torno a un borrachín…! / Gota de agua en la vasta inmensidad del océano, / desierto insondable de aflicción; / donde millones viven sus horribles vidas / empujando hacia la muerte a otros millones. <<

[5] En las tres densas líneas siguientes, el autor ejemplariza esta capacidad mágica del lenguaje basándose en la fonética y el vocabulario alemán, sin posible traducción al castellano. Así, *Schlange* (serpiente) implica dos elementos: *sch*, que indica el terror del instante inicial en que se ve al reptil; *lange* (largo) prolongaría, desarrollaría (como se desenrosca el cuerpo de la serpiente) este primer instante. Entre *Soldner* (mercenario, soldado en el

sentido del guerrero que lucha por la soldada) y *Gold* (oro) habría también una cierta resonancia (*Sold* y *Gold*). La «amarillenta y brillante vocal» expresaría en *Gold* la avidez insaciable, el *Sold*, la satisfecha. [N. *del* T.]. <<

[6] Personaje de un cuento de Grimm. En algunas traducciones castellanas se le llama «Ruidoquerito». [N. *del* T.]. <<

[7] En castellano en el original. [N. *del* T.]. <<

[8] El autor alude a la conversación telefónica entre Moscardó, defensor del Alcázar de Toledo en el verano de 1936, y su hijo, a punto de ser fusilado por los republicanos. El régimen de cuarenta años es el de Franco. [N. *del* T.]. <<

[9] En castellano, en el original. [N. *del* T.]. <<

[10] En castellano, en el original. [N. *del* T.]. <<

[11] La sentencia es griega; en esta lengua, guerra (*polemos*) es masculino. [N. *del* T.]. <<

[12] Sede del Parlamento alemán, de mayo de 1848 a mayo del año siguiente. [N. *del* T.]. <<

[13] En latín, calamar. [N. *del* T.]. <<

[14] En castellano, en el original. [N. *del* T.]. <<

[15] *Agon* era, entre los griegos, el combate de acuerdo con unas normas previamente establecidas, para establecer quién era el mejor entre dos contendientes. Se distingue del *polemos*, la guerra que tiende a destruir al enemigo. [N. *del* T.]. <<

[16] En el ajedrez oriental, a nuestra pieza «peón» se la llama «campesina». [N. *del* T.]. <<

ÍNDICE

Eumeswil 2

Los maestros 4

1 5

2 6

3 14

4 24

5 31

6 37

7 45

8 49

9 57

10 65

11 69

12 76

13 85

Aislamiento y seguridad 95

14 96

15 102

16 107

17 110

18 124

19 127

20 135

21 141

22 166

Apuntes del bar de noche 170
23 171
24 178
25 189
26 197
27 203
Un día en la alcazaba 220
28 221
29 227
30 236
31 246
32 255
33 268
34 275
35 280
36 284
37 303
38 309
39 326
40 332
41 338
42 346
43 362
Un día en la ciudad 372
44 373
45 379
46 384
Apuntes del bosque 393

47 394
48 399
49 407
50 410
Epílogo 413
Sobre el autor 416
Notas 418